HERMANOS DE DIOS

UN THRILLER DE MISTERIO Y SUSPENSE

JORGE ZARAGOZA GÓMEZ

HERMANOS DE DIOS

Jorge Zaragoza Gómez

© Jorge Zaragoza Gómez, 2024
Visítame en: https://www.jorgezaragozagomez.com
Todos los derechos reservados. *Hermanos de Dios* es una novela de ficción cuya trama y personajes son imaginarios.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34
35
Epílogo
NOTA DEL AUTOR

La hipótesis de Riemann trata de encontrar un patrón o una regla que explique cómo se distribuyen los números primos y es uno de los problemas abiertos más importantes en la matemática contemporánea.

HERMANOS DE DIOS

descargaepub.com

1

Aurora Delacroix volvió a pensar que la mejor manera para morir sería a toda velocidad sobre su motocicleta. Siempre que zigzagueaba entre los coches, le asaltaba el mismo pensamiento: cada segundo, 1,93 seres humanos dejaban de existir en el mundo, unos sesenta millones al año. Su muerte no sería más que una cifra insignificante para los casi ocho mil millones de habitantes del planeta. Para otras personas, podría parecer la mente de una enferma. En realidad, la mente de Aurora trabajaba a una velocidad infinitamente superior a la del resto de los mortales. Dentro de su cerebro, los números, algoritmos, series y, de vez en cuando, los pensamientos suicidas se golpeaban unos contra otros a la velocidad de la luz.

Por eso, cuando soltó el puño derecho hecho a medida de la Ducati Panigale V4 roja y levantó el brazo para que la cazadora de cuero se deslizara lo justo para poder ver la hora en el reloj digital de su infancia, el corazón le dio un vuelco. Faltaban solo diez minutos para el evento. Murmuró las estrofas de *Don't stop me now*, de Queen, que le habían acompañado desde esa mañana. Tras echar un vistazo a ambos lados de la calle, ignoró el semáforo en rojo, metió la primera marcha con la nueva prótesis y aceleró a fondo, provocando que las ruedas derraparan sobre el asfalto. La motocicleta se encabritó, desafiante, como un pura sangre.

Recordó, no sin cierta vergüenza, cómo el mes pasado había llegado tarde a la entrega de premios en París, donde fue nombrada científica europea del año por una prestigiosa revista. En aquella ocasión, había sido a más de mil kilómetros de su ciudad, frente a colegas de profesión, autoridades y periodistas. Un acto que le traía sin cuidado. Pero esta vez era diferente: jugaba en su terreno, ante su público predilecto.

Aurora Delacroix lucía su habitual maquillaje en tonos grises. Llevaba el pelo color fuego recogido en una coleta, una camiseta blanca bajo la desgastada cazadora de cuero marrón, falda vaquera que le llegaba por encima de las rodillas y deportivas blancas. En otras palabras, se había arreglado para la ocasión.

—Vamos, ¿no has visto qué hora es? —le recriminó con los brazos abiertos Clara, su antigua tutora de la tesis, y ahora catedrática de Inteligencia Artificial en la Universidad de Valencia.

Aurora le dio un abrazo y volvió a echar un vistazo al reloj de su

muñeca.

—Faltan todavía dos minutos para que empiece.

—Dos horas son las que llevan esperándote, nadie se quiere perder tu charla, eres la estrella del momento. Vamos, hay que darse prisa. Luego me contarás cuál es tu secreto para mantenerte igual de delgada que hace diez años, yo llevo toda la vida a régimen y no pierdo ni un gramo.

—Me temo que, al acabar la charla, saldré pitando.

Con una mueca de disgusto, Clara la agarró del codo. Las dos mujeres aceleraron el paso hasta llegar al salón de actos del Campus de Ciencias de la Universidad de Valencia, en Burjassot. Cuando entraron, el murmullo que reverberaba por la sala enmudeció de golpe. Aurora sintió como cientos de ojos se clavaban en ella. Los jóvenes no solo ocupaban todos los asientos del salón, sino que también se amontonaban en los pasillos laterales y al fondo, en la parte superior, donde no quedaba un solo hueco libre entre la amalgama de cuerpos erguidos.

—Parece que en lugar de una charla científica estuvieran a punto de presenciar el último concierto en vida de los Rolling Stones —le murmuró Clara mientras subían al estrado.

Aurora se sentó frente a una pequeña mesa de cristal que albergaba un par de vasos y una botella de agua. Llenó uno y se lo bebió de un trago. Luego, se ajustó ligeramente la falda vaquera y entrecruzó las piernas, colocando la rodilla sobre la prótesis. El técnico de sonido le sonrió y le confirmó con el pulgar alzado que los micrófonos inalámbricos estaban listos. Sin más preámbulos, Clara se dirigió a la audiencia.

—Queridos estudiantes —comenzó ante un auditorio lleno de caras rebosantes de emoción—, nuestra invitada de hoy no necesita presentación. Una mujer formada en esta casa y que fundó la empresa que ha revolucionado la forma de invertir en criptomonedas gracias a los modelos matemáticos que ella misma ha desarrollado. Ante ustedes, Aurora Delacroix, la pionera en España que… —en ese instante Clara hizo una pausa.

Los alumnos presentes, que no tenían muy claro cómo actuar, se pusieron a aplaudir con entusiasmo. Tras esa interrupción calculada para aumentar la expectación, Clara sorprendió a Aurora, que ya se había preparado para la clásica perorata que tanto odiaba sobre los datos y detalles de su vida profesional, cuando retomó la palabra y dijo:

—Podría estar durante un buen rato repasando sus logros y premios, su impresionante currículum, su lista interminable de proyectos filantrópicos. Incluso podría recordar cómo hace tan sólo un par de semanas ganó múltiples partidas simultáneas de ajedrez contra

22 jugadores locales para promocionar este deporte en la ciudad de Barcelona. —De nuevo otra pausa. Aurora sintió cómo le quemaban las mejillas—. Sin embargo, voy a dejar que sea ella misma quien tome las riendas de su acto. Así que, sin más dilación, cedo la palabra a nuestra distinguida invitada.

La ovación se expandió como un tsunami por toda la sala.

—Gracias, Clara —dijo Aurora, incorporándose sobre la silla y acercándose el diminuto micrófono aún más a los labios—. Se nota que has dedicado mucho tiempo en preparar mi presentación —miró al público, suspirando, y éste rio—. Bromas aparte, no estoy aquí para que me conozcáis mejor, como bien sabéis, estoy aquí… —ella también hizo una pausa intencionada—, para hablaros del poder transformador de la ciencia.

La ponencia concluyó con una marea de aplausos que se prolongó durante varios minutos. Aurora no dejaba de mirar su muñeca y se removía en la silla. Clara, que había captado su impaciencia, indicó a los jóvenes, con un gesto de la mano, que la charla había terminado, sin la consabida ronda de preguntas. Cuando Aurora pensó que por fin conseguiría abandonar la universidad, una fila interminable de estudiantes la aguardaba con alguno de sus libros bajo el brazo, en busca de la codiciada firma. Con una paciencia y dedicación que raramente reservaba para los medios de comunicación, atendió a todos y cada uno de los estudiantes.

Por fin, llegó el turno de la última persona de la fila: una joven que calzaba a la perfección con la estudiante de primer año recién llegada a la gran ciudad —cara aniñada, cuerpo encogido, mirada tímida—, y que, por el temblor de sus manos, a duras penas podía sostener el ejemplar que llevaba pegado al pecho. Aurora lo tomó entre sus manos.

—¿Y tu nombre es?

Un hilo de voz apenas perceptible escapó de sus labios.

—Beatriz.

—¿Estás en primer curso de matemáticas?

La chica asintió.

—¿Quieres preguntarme algo?

Tras unos segundos eternos, Beatriz se atrevió a lanzar su duda.

—¿Cuál es el secreto para conseguir tanto?

Aurora le devolvió una sonrisa, abrió el ejemplar y buscó una página con el espacio suficiente. Se esforzaba en trazar con suavidad cada una de las líneas con la esperanza de que al menos fueran legibles. Cuando acabó, la chica no pudo evitar abrirlo para leer la dedicatoria.

Beatriz, la vida no es fácil para ninguno de nosotros. Debemos tener

perseverancia, y sobre todo, confianza en nosotros mismos. Debemos creer que estamos dotados para algo y que esto debe ser alcanzado.
Valencia, marzo de 2023

—¿Sabes quién dijo esas palabras? —le preguntó Aurora.

—¿Usted? —respondió la joven.

Aurora no pudo evitar una sonrisa maliciosa.

—Ya me hubiera gustado que fueran mías —respondió entre risas—. Marie Curie, la primera mujer en ganar un Premio Nobel y la primera persona en ganar el Nobel dos veces, en Física y en Química —Aurora le pidió el libro de nuevo—. Te anoto mi número personal, cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme.

Los ojos de Beatriz se abrieron como platos. Tan sólo le dio tiempo a ver cómo su ídolo se alejaba de forma apresurada con una ligera cojera.

Aurora calculó el recorrido más corto entre la Universidad y la Plaza de la Reina de Valencia en un instante. El resto del tiempo lo dedicó a sortear a toda velocidad un tráfico que se había vuelto imposible mientras trabajaba incansablemente en el algoritmo que estaba desarrollando. No era un algoritmo ordinario; se trataba de un enfoque revolucionario para desentrañar la hipótesis de Riemann, un problema que traía de cabeza a los matemáticos desde hacía siglos. Ram, que llevaba más de dos años dedicado a este enigma, la había involucrado en el proyecto y, ahora colaboraban juntos. Estaban a punto de lograr un avance definitivo. Aurora se relamía de gusto. Para ella, cuanto más difícil era el desafío, mayor era la satisfacción al resolverlo.

La luz del día aún brillaba cuando estacionó su Ducati en el aparcamiento de la Plaza de la Reina. El lugar bullía de gente. Las cafeterías y terrazas desbordaban clientes, mientras la catedral era un imán para turistas y curiosos que no dejaban de deambular de un lugar a otro. Al pasar bajo la torre del Miguelete, Aurora se mezcló entre una multitud que había congregada junto a un músico callejero que interpretaba con maestría inusitada una melodía de Sting. Sacó de su bolsillo unas monedas y las dejó caer en la caja de cartón que había en el suelo.

Su paso apresurado espantó a unas palomas que revoloteaban alrededor de un anciano que repartía migas de pan. Su mirada pasó del vuelo de los pájaros a centrarse en un joven que estaba sentado en uno de los bancos de piedra. A través de sus gafas de sol escrutaba la fachada barroca de la catedral. Su cabello rubio, casi blanco y cortado al cepillo, contrastaba con los numerosos tatuajes en los musculosos brazos que lucía gracias a una camiseta negra ajustada. El diablo rojo que cubría su antebrazo derecho fue lo que captó su atención. Ella

misma había considerado tatuarse uno similar, un símbolo de fuerza y maldad, pero finalmente lo había descartado.

La imagen del tatuaje se desvaneció mientras su mente volvía a enfocarse en Ram. Una sonrisa se dibujó en su rostro al recordarlo, y su corazón empezó a latir por encima de las apenas sesenta pulsaciones que solía tener. Revivió el momento en que él la vio por primera vez sin ropa, la excitación palpable en su expresión. Más allá de las caderas, la cintura, la espalda y la prótesis, despacio, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, los dedos de su amante recorrieron con suavidad el tatuaje del ave fénix en tono fuego que le cubría el surco de la espina dorsal y se detuvo al final de ésta. Entonces, arrodillado, acercó allí su boca para depositar un beso tierno y ardiente. La cercanía de sus labios y la calidez de su aliento le inyectaban una excitación intensa. El mundo se convertía de golpe en uno muy diferente, en un lugar apasionante.

Bordeó la catedral y atravesó la Plaza de la Virgen entre una multitud de turistas que se fotografiaban alrededor de la fuente, con la catedral enmarcada al fondo. Mientras caminaba con las manos en los bolsillos de su cazadora, observó su propia sombra sobre el pavimento brillante. Los movimientos de su reflejo le recordaron a los de una loba, una loba peligrosa y feliz.

Casi había llegado al apartamento en la calle Caballeros, cuando la melodía de un par de músicos callejeros hizo que se detuviera un instante. Una joven al violín y su compañero con el violoncelo, deleitaban a un grupo de personas. Las notas musicales se entrelazaron en su mente, formando una conexión inesperada con la hipótesis de Riemann, pero no había tiempo que perder. Ram, probablemente, ya la esperaba en el apartamento.

Al llegar a la portería, Aurora, cautelosa, miró a ambos lados de la calle. Deslizó la lámina despacio, sin hacer ruido y entró de puntillas. Ascendió por las escaleras hasta el primer piso conteniendo el aliento. La puerta del apartamento estaba cerrada con llave, por lo que él aún no había llegado. Mejor, así tendría tiempo para sorprenderle.

—¿Ram? —preguntó al cruzar el umbral, para asegurarse.

No obtuvo respuesta. Se dirigió directamente al dormitorio de invitados, que también servía de almacén de trastos. Buscó la caja que había ocultado con tanto esmero el día anterior, y con cuidado, desató la cinta de seda que la envolvía. Se desvistió lentamente, dejando caer las prendas al suelo una a una.

Sus movimientos eran lánguidos, casi ceremoniales. Una vez desnuda, sacudió la cascada roja de su melena sobre los hombros y espalda, contemplándose en el espejo del armario. En el reflejo, la luz acariciaba la curva elegante de su prótesis metálica de la pierna

izquierda, un recordatorio del Día en que Todo se Jodió. Acarició suavemente la superficie fría y lisa.

—Papá, si me vieras ahora, —dijo con orgullo en un susurro apenas audible.

Como su antigua profesora de universidad había observado, aunque había rebasado la treintena, su cuerpo no mostraba cambios. Seguía tan delgada como cuando empezó el doctorado. Sus senos se mantenían pequeños, casi sin desarrollar, coronados por unos pezones de aureola oscura que desafiaban a la gravedad. Contempló entonces la imagen de su rostro juvenil: una nariz pequeña, pómulos definidos, numerosas pecas, y esos hoyuelos en las mejillas que cuando estaba feliz le hacían parecer quince años más joven.

Con la sonrisa todavía dibujada en el rostro, sacó el picardías rojo de la caja. Se lo enfundó acariciando la prótesis metálica y se calzó unos zapatos de aguja del armario de los que estaba segura se habrían ganado la desaprobación de su padre. Faltaba el último detalle: los labios pintados de un carmín sangrante. Se dirigió al baño con el estuche de maquillaje en sus manos, cuando al pasar junto a la puerta entreabierta del dormitorio principal creyó ver ropa sobre el suelo. Invadida por un vértigo contenido, empujó la puerta de par en par. Aurora sintió un vuelco en el corazón y se llevó la mano a la boca de forma instintiva.

Cerró los ojos por un instante, deseando borrar la imagen que se presentaba ante ella, pero al volver a abrirlos, la escena seguía igual de macabra. El estuche se le escapó de las manos, cayendo con un golpe sordo sobre el suelo de madera. Avanzó en completo silencio hacia los pies de la cama, donde yacía el cuerpo desnudo de Ram.

Sus brazos y piernas estaban atados al somier, y una bolsa de plástico transparente ceñida alrededor del cuello envolvía su cabeza. La bolsa se había adherido a sus rasgos faciales con sombría precisión. Los labios gruesos, antes rosados, habían adquirido ahora un tono morado, y la lengua sobresalía en un gesto grotesco. Los ojos, enrojecidos y desorbitados, reflejaban el terror que había asolado al hombre en sus últimos momentos. Las marcas de unos arañazos surcaban el torso.

El pecho de Aurora se agitaba con cada respiración, negándose a aceptar lo que veía. No podía ser verdad; tenía que ser un burdo montaje, una broma de mal gusto de alguna mente mezquina. De repente, Aurora fue consciente de la situación, sintiendo un puñetazo directo en la boca del estómago que brutalmente la arrastró de vuelta a la realidad.

Un gemido de dolor escapó de sus labios mientras se dirigía instintivamente hacia Ram, pero antes de llegar a él, unas manos fuertes como tenazas la levantaron como si fuera una muñeca de

trapo. Estaba a punto de gritar cuando la visión de un diablo rojo se cruzó ante sus ojos. El olor penetrante de un paño húmedo presionado contra la boca le impulsó a lanzar un violento cabezazo hacia atrás en un intento desesperado por liberarse. Pudo oir unos quejidos en ruso, sonidos que se difuminaron junto al eco de su corazón, hasta que el mundo a su alrededor se fundió en negro.

2

Cuando la avisaban para acudir al escenario de un crimen, la inspectora Leonor Guerrero siempre se aseguraba de que Marquitos no se quedara solo en casa. A pesar de su apodo, Marquitos, a sus quince años, ya rebasaba el metro ochenta sustentados en setenta y nueve kilos de músculos que el chaval había desarrollado en extenuantes sesiones de judo en el gimnasio.

En realidad, Leonor era consciente de que los genes maternos, los que ella misma portaba, los heredados del abuelo Aitor, eran la principal causa de su aspecto de luchador: unas espaldas anchas, unos hombros desarrollados y unas piernas de caballo percherón que parecían poseer la fuerza para arrastrar un camión. La inspectora confiaba en que el deporte domara unas hormonas que, cada vez con más frecuencia, provocaban la visita al director del instituto.

Así, esa mañana, mientras Leonor y Marquitos se dirigían al instituto y el nombre del subinspector Salvador Ramírez apareció en la pantalla de su móvil, la inspectora comprendió de inmediato que tendría que organizar tanto la tarde como probablemente la noche para asegurarse de que su hijo no quedara solo en casa.

—Dime, Ramírez.

—Jefa, pinta mal. Un hombre desnudo atado a la cama, asfixiado con una bolsa de plástico —la voz se propagaba por el interior del vehículo con un cierto eco—. Lo encontró la señora de la limpieza hará cosa de unos diez minutos. Todavía no se ha repuesto del sobresalto, la pobre.

—¿Y ya se sabe quién es?

—No lo sabemos todavía, la mujer dice que no lo conoce. El apartamento está a nombre de una empresa, ella nunca ha visto a nadie. Le pagan muy bien por hacer una limpieza a fondo dos días a la semana.

Leonor cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Nada más deje a Marcos en el instituto, en cosa de diez minutos, voy para allá. Envíame la dirección al WhatsApp.

Mientras hablaba, miraba de reojo a su hijo. Este, sin disimular su desagrado, fruncía el ceño y mantenía la mirada clavada en la carretera, ignorando por completo a su madre, como si no estuviera presente.

—Voy a llamar a la abuela para que sepa que esta noche dormirás allí —anunció Leonor.

—Estoy harto de ir a casa de los abuelos —replicó el chico con fastidio.

—Cariño, ¿no has escuchado lo del hombre que han encontrado sin vida?

—Joder, ¡siempre lo mismo!

A pesar de los múltiples intentos de Leonor por entablar conversación el resto del viaje se desarrolló en un absoluto silencio. Cuando por fin llegaron, ella intentó suavizar el ambiente.

—Te llamaré más tarde para saber cómo te ha ido el día.

La inspectora hizo un amago para darle un beso de despedida, pero su intento se vio frustrado por un brusco movimiento de su hijo, cuyo manotazo estuvo a punto de desencajar el marco de la puerta del viejo Citroën.

Llegar al centro de Valencia en hora punta no era tarea sencilla. La discusión con Marquitos la había puesto de mal humor, y por poco atropella a una joven que circulaba en un patín eléctrico a la altura de la Plaza de Tetuán, y cuando pensaba que ya tenía todo bajo control, al enfilar la curva que llevaba a la calle Jovellanos, casi colisionó con un autobús de la empresa municipal de transportes. Se obligó entonces a concentrarse más en el endiablado tráfico y relajar la tensión sobre el acelerador.

La dirección que le había facilitado Ramírez se encontraba a escasa distancia del Palacio de la Generalitat Valenciana. Unos minutos más tarde, se dio de bruces con dos coches de policía atravesados en la calzada que bloqueaban el principio y el final de la calle. Tras identificarse ante un agente de la policía local, soltó el vehículo ahí mismo y se bajó para ir andando a la portería que ya estaba precintada. Reconoció el descapotable del juez Pizarro junto a un par de furgonetas de la científica mal estacionadas en el centro de la calle. Bajo la atenta mirada de los vecinos asomados en las ventanas, se abrió paso ante una fila de curiosos que se agolpaban tras la cinta policial.

Una decena de personas trabajaba en el escenario del crimen. A pesar de la multitud que se amontonaba por la vivienda, los policías se movían con la precisión de una coreografía bien ensayada. Cada uno conocía a la perfección su trabajo y se desplazaba entre el resto en un baile marcado por una melodía silenciosa. Tomaban medidas sin decir palabra, recogían muestras con delicadeza y los destellos de los flashes de las cámaras fotográficas centelleaban sin parar.

El piso era amplio y estaba decorado con elegancia. La entrada conducía directamente al salón, una estancia con paredes de cemento pintado de blanco. La de la izquierda estaba adornada con una imponente reproducción fotográfica al estilo Warhol, una obra con la que Leonor ya se había topado en el pasado. Debajo, un sofá de cuero beige, hecho a medida. Frente a él, se encontraba una mesa de cristal

sobre la que se apoyaban unos pocos libros de diseño de gran formato, y, al otro lado, una pantalla de televisión enorme completaba el conjunto.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó la inspectora al acercarse al subinspector Ramírez.

—En la habitación, sígueme.

El juez Pizarro dialogaba con el secretario judicial, mientras de soslayo observaba el cadáver sobre la cama. Al lado, una agente de la científica, inmersa en su tarea, tomaba una lluvia de fotografías desde todos los ángulos posibles con la réflex. Junto al cuerpo sin vida, el médico forense se encontraba arrodillado.

—Inspectora Guerrero, un placer verla —manifestó el forense.

—Lo mismo digo, doctor. ¿Qué tenemos?

El médico observó de nuevo el cuerpo inerte, con una mirada penetrante que Leonor, a lo largo de los años, había aprendido a interpretar. Con meticulosidad, se reajustó los guantes de látex y comenzó a explorar con delicadeza la mandíbula, el cuello y los brazos del cadáver

—La muerte parece haber sido por asfixia. No hay señales evidentes de violencia, a excepción de unos arañazos superficiales en el pecho y estas marcas rojizas en las muñecas, seguramente dejadas por las cuerdas con las que estaba atado a la cama. Lo confirmaremos en la autopsia, pero tampoco hay marcas o heridas en la zona —explicó, mientras volvía a examinar el cuello con detenimiento—. No parece haber indicios de estrangulamiento previo a la muerte.

—Entonces, parece que no se resistió a ser atado —concluyó Leonor.

El médico se giró hacia ella y asintió.

—Todo indica que estaba practicando un juego consentido de carácter sexual.

—¿Cuándo se produjo la muerte? —preguntó Leonor.

—El cuerpo ya ha alcanzado la temperatura ambiente y presenta rigor mortis, especialmente en las extremidades —le cogió una de las manos—. Observa —ladeó ligeramente el cadáver—, esta coloración morada oscura en la espalda indica la acumulación post mortem de la sangre —se quedó pensativo unos segundos—. Aunque la hora exacta de la muerte solo se podrá confirmar con la autopsia, basándome en los datos actuales, estimo que tuvo lugar hace unas 16 horas, alrededor de las 6 de la tarde de ayer —afirmó con tono académico.

De modo que alguien había abandonado el cuerpo sin vida en aquel apartamento, sin notificar la defunción desde hacía prácticamente un día. La inspectora alzó la vista. Los espejos cubrían el techo, así como las puertas correderas del armario ropero. La cama,

de dimensiones exageradas, se convertía sin lugar a duda en la protagonista de esa habitación.

El cuerpo del hombre yacía sobre las sábanas de seda roja que encajaban a la perfección con el ambiente de la habitación. Calculó que el muerto tendría unos cuarenta años. De tez morena, con rasgos árabes o indios, y debía de practicar deporte habitualmente. Tenía los músculos desarrollados, unos brazos con los bíceps marcados y unos pectorales poderosos bajo un abundante vello corporal que contrastaba con las piernas, perfectamente rasuradas. Habían quitado una colcha escarlata, que estaba tirada en el suelo amontonada junto con la ropa que debía ser del fallecido.

Leonor echó una mirada al ropero, que estaba cerrado.

—¿Alguien ha comprobado lo que hay dentro? —preguntó en voz alta.

Un agente de la científica respondió que todavía no, con un tono desprovisto de emoción. Leonor se ajustó los guantes de látex y deslizó hacia la derecha una de sus puertas.

—Vaya, vaya —musitó en voz alta.

La inspectora se inclinó hacia abajo para examinar la multitud de juguetes sexuales que se apilaban sobre uno de los estantes. En la parte superior, una amplia variedad de lencería exótica colgaba de las perchas: corsés de encaje negro, conjuntos de sujetador y tanga rojo pasión, medias de seda. Abajo, vibradores de diferentes tamaños y formas se alineaban junto a consoladores realistas. Había esposas de cuero, látigos suaves y plumas sensuales que parecían formar parte de juegos de dominación y sumisión. Un pequeño cofre de terciopelo negro reveló una colección de geles, aceites y lubricantes.

El forense se levantó y permaneció callado durante unos segundos, hombro con hombro, junto a Leonor.

—Parece que no llegó a utilizar nada de esto —expresó finalmente.

Leonor ordenó a una agente que localizara al dueño del apartamento. Luego, acompañada por el subinspector Ramírez, se retiró, dejando al equipo de la científica completar la recopilación de evidencias, notas y fotografías. Salieron de la casa y al llegar a la calle, se detuvieron un instante, mientras observaban en silencio a la multitud de curiosos congregada detrás del perímetro de seguridad.

—La prensa no tardará en llegar —soltó Ramírez con desgana—. Algo tendremos que decirles.

La inspectora asintió, como si le hubiera escuchado, pero su ayudante conocía bien esa mirada.

—Empieza por interrogar a los vecinos. Es probable que alguien haya observado algo. Que Vega se encargue de la revisión de las cámaras de seguridad en un radio de tres kilómetros. Que se revisen

absolutamente todas las imágenes desde ayer por la mañana.

Ramírez meneó la cabeza de lado a lado.

—Necesitaremos algo de tiempo —admitió tras una pausa.

—Prioridad absoluta —afirmó con rotundidad Leonor—. Ya me encargo yo de solicitar los recursos que haga falta al Colibrí.

El comisario Mateo Morales, conocido entre la inspectora y su equipo como el Colibrí, era un tipo ágil, de complexión delgada, que no podía permanecer quieto ni un segundo. De ojos brillantes y vivaces, siempre dispuesto a trabajar, estaba acostumbrado a obtener resultados de forma eficiente. En el pasado, había sido capaz de encontrar en algunos pequeños detalles las pistas que diferenciaban al buen detective del malo, olfato de sabueso.

El Colibrí se había labrado una carrera meteórica gracias a esa celeridad y precisión con la que se revolvían los casos de su comisaría. Su adhesión inquebrantable a las órdenes y su capacidad para actuar con rapidez eran legendarias en el cuerpo. «Una orden es una orden», solía afirmar. A lo largo de los años, Aurora había observado en él una ausencia total de los signos de fatiga que aquejaban a otros colegas de más edad. Lo único que le desagradaba era su ciega obediencia a los superiores y que la interrumpiera frecuentemente mientras ella exponía los casos. No obstante, tras comentarle por teléfono los primeros detalles del caso, el comisario le garantizó su total apoyo. «Lo que necesites», sentenció antes de colgar.

Al llegar a la comisaría, Leonor subió al departamento de homicidios y recorrió con determinación el pasillo, con los ojos fijos en la puerta de la sala de reuniones. El taconeo de sus botas contra el terrazo martilleaba el suelo como las pezuñas de un caballo al galope. Antes de que tocara la manilla de la puerta, un agente de uniforme abrió desde dentro, como si hubiera estado apostado allí mismo esperando su llegada. Al hacerse a un lado, Leonor pudo observar el interior de la sala, bañada por la luz vespertina que se colaba a través del amplio ventanal.

Una variada combinación de mesas de despacho agrupadas dominaba el centro, rodeada por sillas de diferentes tamaños y formas. El comisario Morales presidía la mesa, flanqueado a su izquierda por el inspector jefe de la unidad científica y, a su derecha, por un asiento vacío que esperaba ser ocupado. El subinspector Ramírez, la oficial Vega y cinco agentes de la unidad de homicidios completaban el cuadro. Con un gesto, el Colibrí invitó a Leonor que ocupase la silla libre que había junto a él. Apenas había comenzado a sentarse cuando el comisario lanzó su primera pregunta:

—¿Qué tenemos?

La inspectora procedió a detallar la escasa información que

habían logrado recopilar hasta ese momento. Tan pronto como hubo concluido y sin dar pie a preguntas por parte de los asistentes, expuso el plan de acción.

La sala se transformó en un bullicioso centro de mando. Se reorganizó por completo para acoger los ordenadores, pizarras y tableros de corcho destinados a documentar los avances de la investigación. Una vez establecidas las prioridades, Leonor se dirigió hacia la ventana. La noche ya había caído y observó a un joven corriendo con pantalones cortos por la calle. La visión del joven evocó en su mente el recuerdo de Marquitos, su expresión de enfado en el coche esa mañana de camino al instituto.

—¡Joder! —exclamó con fuerza.

Desesperada, Leonor fue a sacar el móvil de su chaqueta, y éste casi se le escapa de las manos. Rápidamente marcó el número de su hijo, esperando impaciente al otro lado de la línea hasta que se activó el buzón de voz. Sin perder tiempo abrió *Whatsapp*. Él estaba en línea. Los dedos de Aurora volaron sobre el teclado al escribirle:

"Cariño, ya terminamos la reunión. Menudo día de locos. ¿Cómo te ha ido a ti?"

Al ver que su hijo salía de la aplicación sin siquiera responder a su mensaje, Leonor deslizó con furia el dedo sobre la pantalla para cerrar *Whatsapp* y se fue a buscar un café bien cargado a la máquina. Era consciente de que esa noche no se acostaría hasta entrada la madrugada.

3

Aurora Delacroix escuchó unas voces cercanas que hablaban de forma pausada. Entreabrió los ojos y distinguió de soslayo dos sombras. Sentía un dolor intenso en las muñecas. Tenía los brazos sujetos por encima de su cabeza y las manos atadas con una cuerda sujeta a un gancho que pendía del techo. Le dolía la cabeza como si un taladro quisiera perforar su cerebro. Intentó tragar saliva, pero una boca pastosa y una lengua acartonada se lo impidieron. El zumbido de los tubos de neón, parpadeantes, daba a la escena un cierto aire de discoteca.

Poco a poco las imágenes fueron tomando forma. Las paredes estaban revestidas de utensilios de carnicero, cuchillos de todos los tamaños, ganchos y sierras dentadas. Enfrente había una gran mesa de acero inoxidable, brillante, con canaletas en los bordes para recoger la sangre resultante de cortar las piezas.

En el extremo, al otro lado, a través del ventanuco de una cámara frigorífica, se distinguían numerosos lomos de reses recubiertos por una grasa blanquecina que colgaban de un riel. El olor inconfundible de la carne madurada y el hierro se mezclaban en el aire. Por fin, Aurora consiguió tragar algo de saliva y ladeó ligeramente la cabeza para observar a los hombres. Uno era el culturista rubio con el diablo tatuado en el brazo que había visto al lado de la catedral y la inmovilizó en el apartamento. El otro individuo era de menor estatura, delgado, pero a Aurora le costaba centrar la atención y a esa distancia no podía distinguir más detalles.

—Vaya, nuestra princesita se ha despertado —dijo el más menudo en un castellano casi perfecto, con un ligero acento del este de Europa, que revelaba su origen.

Se aproximó hacia ella con pasos lentos y elegantes. Aurora estimó que tenía alrededor de treinta y tantos años; su piel era pálida, y sus ojos azules, casi blancos, tras unas gafas de montura fina, le otorgaban un aire intelectual. Vestía un traje oscuro, ajustado a su enjuto cuerpo, camisa de seda, con un pañuelo de bolsillo perfectamente doblado en la solapa de su chaqueta a juego con la corbata.

—Aurora Delacroix, la científica del año —una sonrisa de hiena se dibujó en el rostro del hombre—. Viktor, acércame un vaso de agua para nuestra invitada de honor.

El culturista se levantó. Vertió el agua de una botella en un vaso de cristal y se lo acercó a su compañero. El hombre que tenía a su lado empequeñeció ante el tamaño de Viktor, más de metro noventa de

músculos y tatuajes.

—Toma bebe. Debes tener la boca pegajosa y la cabeza a punto de explotar.

Aurora se la tomó de un trago.

—Te preguntarás dónde estás, ¿verdad?

Delacroix movió la cabeza con desgana.

—Mi querida Aurora —le pasó la mano por el pelo en un gesto paternalista—. te encuentras en la zona de despiece de nuestro afamado restaurante. La mejor carne del mundo al alcance de unos paladares a los que de verdad les gusta apreciar la vida. *Carpe Diem*, que dirían los romanos.

Hizo un gesto con la mano y Viktor se acercó con un delantal de cuero. El hombre se desprendió de la chaqueta y el culturista se la llevó para depositarla sobre el respaldo de una silla, no sin antes haber atado por la espalda el mandil a aquel remilgado personaje.

—Como te decía, estás en el mejor restaurante de carne del mundo —otra vez esa sonrisa de cinismo—. Claro, que tú no tomas carne. Hace años que decidiste no comerte a otros animales vivos. ¡Menuda diferencia con Ram! Te dijo que era vegetariano, ¿no es cierto?

¿Qué relación tenían aquellos hombres con Ram?

La imagen de su amante desnudo sobre la cama con una bolsa de plástico alrededor de la cabeza, le provocó una arcada.

—Ese cabronazo nos salía caro cada vez que venía por aquí: la mejor botella de vino francés, buey con maduración extrema, y, por supuesto, varias botellas de champagne cuando le traíamos a dos de nuestras chicas para la sobremesa. Su única petición es que fueran voluptuosas, de pechos enormes, eso es lo que le enloquecía —el hombre acarició el contorno del seno derecho de Aurora. Tenía unas manos aniñadas y cuidadas, como si le acabaran de hacer la manicura —. Que mal lo debía pasar al tocar estos —se quedó pensativo—, ¿cómo decís los españoles?, ah, sí, estos huevitos duros.

—Ram me quería —afirmó Aurora, casi sin aliento. Debía hacerle hablar y ganar algo de tiempo hasta poder centrarse y evaluar las opciones que tenía.

Los ojos azules se le dilataron, preludio de unas risitas, agudas y cortantes, semejantes al sonido de las hienas. El hombre miró a su secuaz, quien estalló en una risa grave y resonante con tono burlón.

—Mi pequeña Aurora —replicó él en un tono académico—. No está bien follarse a un hombre casado, padre de dos preciosas criaturas de tres y cinco años. ¿Qué hubiera pensado su mujer al enterarse de lo que hacíais en aquel apartamento con tanta pasión? Ese cabrón de indio te tenía bien engañada. ¿Qué te prometió? ¿Qué iba a dejarla?

La mente de Aurora procesó inmediatamente la información. La

actitud de aquellos hombres no presagiaba nada bueno. Aquellas palabras buscaban herirla, claro, pero en ese momento lo importante pasaba por alargar la conversación, retrasarlos en la medida de lo posible. Se había comportado como una adolescente. Ya tendría tiempo de encajar los golpes, lamentarse de lo estúpida que había sido y curarse las heridas en soledad. Lo esencial ahora era actuar con determinación y astucia.

—Ram me quería —reiteró ella, con un tono de tristeza.

—Ese cabronazo solo se acercó a ti para utilizarte. Por favor, aleja el amor de todo este asunto. Ram lo hacía por dinero, por mucho dinero. Al mundo lo mueven tres cosas: dinero, sexo y poder, y seguramente no por ese orden. Pero, ¿sabes lo que le pasa a los que son un don nadie y de un día para otro catan las tres cosas? —sus ojos parecían penetrar en el alma de Aurora—. Se les sube a la cabeza y ya nunca tienen bastante. Siempre desean más. Una vez que pruebas la sangre, ya no hay marcha atrás; todos llevamos dentro ese instinto depredador que surge a las primeras de cambio —continuó, cabeceando levemente, como si saboreara cada palabra de su discurso —. Ram creía que podía jugar con nosotros. Nos aseguró que, gracias a ti, estaba a punto de conseguirlo, pero en el último momento subió el precio para intentar chantajearnos. No resultó complicado resolver la ecuación. Si tú eras quien tenía la llave para resolver el problema, ya no lo necesitábamos, ¿verdad, Aurora?

Aurora entornó los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla. El hombre se dirigió hacia la mesa. Cogió un cuchillo de gran tamaño y empezó a afilarlo con una piedra negra rectangular, sin aristas. Cuando acabó, cogió una chuleta gruesa de carne y volvió junto a ella.

—El plato estrella de este restaurante es la hamburguesa premium: buey de Kobe madurado cocinado con su grasa, el mejor queso gruyere de 36 meses, cebolla caramelizada entre dos trozos de pan brioche casero cubierto de una capa de semillas de lino. Hemos reinventado un clásico, la hamburguesa de toda la vida, pero a 110 euros por persona, incluyendo una buena botella de vino francés para dos. El éxito radica en que solo servimos 6 unidades cada fin de semana. Contamos con una lista de espera de hasta 8 meses. Exclusividad, la gente busca exclusividad. Así de estúpidos somos los seres humanos. Tan sólo para poder contarlo, para alardear delante de nuestras amistades y conocidos.

Tocó la punta del cuchillo, serigrafiado con letras japonesas negras, y una gota de sangre brotó de su dedo. Se lo llevó a la boca y succionó con delicadeza. A continuación, extrajo la parte central de la chuleta de más de dos kilogramos, con la precisión de un cirujano. Cortó una buena porción de grasa que había adquirido una tonalidad amarillenta, similar a la mantequilla, y lo dispuso todo sobre una tabla

de madera. El lugar se impregnó de un aroma a rancio, carne y queso curado. Con minuciosidad milimétrica y la velocidad de un cocinero profesional, procedió a cortar tacos homogéneos de unos dos centímetros y mientras tanto, continuaba su discurso sin levantar la cabeza.

—Ram tenía un punto débil: sus hijas. Cuando le enseñamos el vídeo en directo para demostrarle lo fácil que sería hacer desaparecer a la mayor a la salida del colegio, se nos meó encima. Menuda peste, el muy mariquita —negó con la cabeza—. Deberías haber visto cómo suplicaba. Cayó de rodillas, las palmas juntas como si rezara. En ese momento, el dinero dejó de importarle, relegado a un segundo plano. «Os devolveré vuestro dinero, pero no le hagáis daños», gritaba entre lágrimas. Hablaba tan deprisa que apenas podía entenderle. Entre la avalancha de cosas que nos dijo, aseguró que tú tenías la solución, que esa misma tarde, entre los polvos que ibais a echar, le ibas a revelar de que por fin habías descifrado el misterio. No ofreció resistencia cuando le dimos a elegir entre su vida o la de su hija.

—¿Disfrutas matando a niñas?

El hombre se quedó reflexivo un instante, con la mirada puesta en los trozos de carne. Entonces, esbozó por primera vez una gran sonrisa.

—No, la verdad es que no creo que sea eso. Naturalmente, mis actos no son aceptados por la sociedad, pero la muerte nos llega a todos. Es cuestión de tiempo. No sabemos cuándo vamos a morir, lo único seguro es que lo haremos. A veces a mí me corresponde ponerle fecha, como la de caducidad de los envases de los supermercados. Es fascinante tener ese poder, ¿no crees?

Aurora no supo qué contestar y solo asintió con la cabeza.

—Tendrías que ver cómo, cuándo se acerca el momento, todos, sin excepción, se adaptan a mis reglas. Se acaban plegando ante mis condiciones. Es más, suplican aceptarlas, para terminar rápido y no sufrir. Debes saber que cuando hago un trato, es inquebrantable. Ram eligió la vida de su hija a cambio de la suya.

El hombre dejó de cortar carne y se acercó más a ella.

—Tú, no lo entenderías nunca. No pueden ser actos impulsivos los que nos guíen. Se requiere de un trabajo previo de análisis y planificación. Hay que conocer a la presa, estudiarla minuciosamente, antes de dar un paso. Mírate tú. Una mente privilegiada, pero que en cuanto a las relaciones personales se comporta igual que una adolescente.

Se inclinó y le acarició la mejilla. Su tacto fue delicado, casi tierno.

—Eres consciente de que esto solo puede terminar de una manera, ¿no?

Aurora asintió.

—¿Ves? —rio satisfecho—. Ya has empezado a adaptarte a mis reglas. Sabes que te puedo matar en cualquier momento y aceptarás una a una mis propuestas.

El corazón de Delacroix palpitaba a un ritmo frenético. Permanecía inmóvil en esa posición forzada, las dos manos atadas arriba, colgando del gancho.

—¿Estás incómoda? —preguntó él.

—Sí —contestó Aurora.

—Podemos acabar con esto de una forma rápida.

Volvió al banco de trabajo con la tabla sobre la que se amontonaban los trozos de carne y grasa y los introdujo lentamente en una trituradora que empezó a rugir con fuerza, convirtiéndolos en una pasta rojiza moteada de puntos blancos.

—¡Voilà! —exclamó antes de coger el cuchillo y regresar a su lado—. Dos hamburguesas premium para una pareja de afortunados comensales.

Le apoyó la punta afilada contra la barbilla, justo debajo del labio inferior y ejerció una ligera presión hacia arriba. Aurora sintió un leve pinchazo, lo que le obligó a elevar la cabeza y encontrarse con su mirada.

—Tal vez debería cortarte la lengua. Parece que no la usas mucho y ya no te hace falta para chupársela a tu amigo Ram. Este sí que sería un ingrediente único para una auténtica hamburguesa Premium.

De repente, el hombre bajó el cuchillo.

—Ya va siendo hora de que terminemos con todo esto. Tú posees una información que vale mucho dinero. Voy a hacerte una oferta, recuerda, mi palabra es inquebrantable. He investigado sobre ti. Vaya familia… —pasó el dedo por la sangre que le resbalaba por la barbilla y lo chupó intensamente. Después, sacudió la cabeza—. Sin hijos, sin pareja, salvo el indio que te proporcionaba tanto placer. Aurora, ni tan siquiera mantienes una buena relación con tus padres. Claro, que lo poco que he podido ver de ellos, tampoco me ha impresionado. Observa a la pobre de tu madre cruzando la calle para asistir a la misa del domingo.

Acto seguido, le puso delante de la cara un móvil.

—Que fácil sería atropellarla —de repente, calló.

Acercó su rostro al de ella, lentamente. Desprendía un aroma a colonia infantil y sus ojos brillaban de un modo peculiar, como una nebulosa. Con delicadeza, tomó las mejillas de Aurora entre sus manos y extendió la lengua para lamerle la barbilla. Aurora experimentó el contacto húmedo en su piel. Un escalofrío recorrió su espalda. Una vez terminó, se limpió con el dorso de la mano los vestigios de sangre—.

Escucha bien lo que te voy a proponer. La primera opción es que nos entregues la información que deseamos y te aseguro que tu final será rápido, sin dolor.

Se giró y volvió a tomar el cuchillo japonés entre sus manos. Deslizó el filo por la entrepierna de Aurora hasta levantar la tela de seda roja por encima de la cintura. Aurora apretó las rodillas en un intento vano de ocultar su sexo.

—Viktor está deseando ponerte la mano encima. Al muy degenerado le pone una lisiada como tú —el hombre volvió a reír como una hiena. Se aclaró la garganta antes de continuar—. La segunda opción que te ofrezco es la muerte más lenta y dolorosa que puedas imaginar. Te dejaremos sin uñas, sin dientes, moleremos cada uno de los huesos de este anoréxico cuerpo. La prioridad será que tu agonía se alargue el mayor tiempo posible, lentamente. Te sorprenderías el dolor que se puede llegar a infligir a un ser humano. Un ojo, otro ojo, la lengua, no puedes ni tan siquiera imaginar los horrores que sufrirás. Te aseguro que nos dirás lo que queremos. Tú eres una mujer lista, pragmática. ¿No es cierto, Aurora?

El corazón de Aurora latía con tanta fuerza, que estaba a punto de estallarle en el pecho. Hacía varios minutos que había tomado una decisión.

—Acércate —susurró la científica con apenas un hilo de voz, suplicante.

4

El apartamento cercano a la catedral donde se había encontrado el cuerpo del hombre era propiedad de una sociedad inmobiliaria constituida hacía tan solo un año. Eran las ocho menos cuarto de la tarde y Leonor Guerreo se encontraba en el Paseo de la Alameda, frente al antiguo cauce del río, en el interior de un edificio con cristal por todas partes, muebles de diseño y objetos de arte moderno.

A Leonor no le gustaba aquel lugar, ni la secretaria de curvas pronunciadas que la había recibido, pero cuando por fin consiguió hablar con el gerente, el señor Díaz, la cosa lejos de mejorar empeoró. Vestía traje gris claro, camisa de rayas azules finas, zapatos italianos puntiagudos, gemelos de oro y el escaso pelo negro que aún conservaba, pegado a la cabeza y brillante. Cuando le mostró la placa de la policía judicial el hombre primero levantó las cejas y luego torció la sonrisa en un gesto extraño. La paciencia no era precisamente una de las virtudes de la inspectora Guerrero. Tras un intercambio básico de información, fue directa al grano.

—Necesitamos saber quién alquiló la vivienda. Urgente.

—Evidentemente, ¿de qué vivienda se trata?

—Calle Caballeros, cerca de la catedral.

Díaz palideció y un silencio tenso se extendió entre ellos.

—Señor Díaz —prosiguió Leonor con su tono más suave—, creo que sería beneficioso, tanto para usted como para su empresa, que me explique qué ocurre.

—Verá, esa vivienda es especial —comenzó, tras tomarse su tiempo—. Es un proyecto clave para nosotros, un edificio que consta de dos apartamentos y dos plazas de garaje. Todavía está pendiente la aprobación de la licencia para los vehículos por parte del ayuntamiento, pero hemos ofrecido los apartamentos desde hace tres meses —Díaz volvió a hacer una pausa—. Ese alquiler no se llevó a cabo…, quiero decir …, por los cauces habituales, ¿comprende?

—Lo cierto es que no —respondió la inspectora con firmeza.

La mirada del gerente se desvió hacia la ventana, en busca de ayuda.

—La mujer se llamaba María, María García, si no recuerdo mal.

—¿No está seguro?

—Verá, invertimos mucho dinero en los apartamentos, alto standing destinado a parejas en busca de privacidad. La idea era alquilarlos por días sueltos. Sin embargo, la cosa no estaba funcionando como esperábamos, y los ingresos eran menos de los deseados para rentabilizar la operación.

—Aparte de esa mujer, ¿alquilaron la vivienda a alguien más?

El hombre carraspeó.

—La verdad es que, aparte de María García, no hubo nadie más.

Leonor lo miró fijamente.

—¿Adónde quiere llegar?

—Verá, esa señora, María, me contactó diciendo que necesitaba el apartamento por un mes entero. Me llamó la atención la duración. Su solicitud me sorprendió. Me esperaba que quisiera discutir el precio, pero, no está el mercado como para que sea uno mismo el que muestra sus cartas primero. Le confieso que, para mi sorpresa, cuando le mencioné la cifra, aceptó sin rechistar. Claro, si lo hubiera sabido de antemano, le habría pedido el doble —confesó el hombre, bajando la voz al pronunciar las últimas palabras.

—Permítame adivinar: pagó en efectivo y nunca llegó a verla en persona.

Díaz se aflojó el nudo de la corbata.

—Fue una gestión poco habitual. Nuestra empresa es muy seria, por favor, no malinterprete nuestras acciones. Bajo circunstancias normales, nunca hubiéramos aceptado esa oferta, pero dadas las circunstancias económicas, optamos por ser menos rigurosos. Así que aceptamos que el pago se realizara en efectivo, entregado en nuestra oficina dentro de un sobre.

—¿Y ella no quiso ver el apartamento primero?

—Tenemos una página web dónde se puede ver con todo lujo de detalle la estancia y los complementos que ponemos a disposición de nuestros clientes. Esa mujer parecía tener las cosas muy claras.

—Es ilegal alquilar un inmueble sin recabar una copia de los datos personales del cliente, incluyendo una copia de su documento de identidad y su firma. Así que céntrese en recordar cualquier dato que nos ayude a identificar quién le alquiló el apartamento un mes entero. Por ahora, tenemos un cadáver, eso es lo más importante, incluso para usted.

Díaz estaba pálido, tenía la mirada perdida y la corbata, por los continuos movimientos, había quedado girada, dándole el aspecto de un condenado a muerte. El móvil de la inspectora sonó de repente.

—Disculpe —dijo Leonor mientras se levantaba y salía del despacho para poder atender la llamada del subinspector Ramírez con algo de intimidad.

—Jefa, tenemos algo —anunció Ramírez tan pronto como Leonor aceptó la llamada.

Eran las ocho y media de la tarde cuando la inspectora soltó de nuevo el Citroën junto al agente que permanecía de guardia en la puerta del apartamento precintado. El subinspector la estaba

esperando frente a uno de los coches de la científica que seguía aparcado allí desde esa mañana. Leonor subió las escaleras de dos en dos hasta el segundo piso, con Ramírez detrás, intentando seguirle el ritmo. Al llegar al rellano, el subinspector resoplaba como si acabara de correr una maratón.

—Jefa, no sé de dónde sacas las fuerzas.

Leonor ya había pulsado el timbre. La mujer al otro lado de la puerta les invitó a entrar con una voz acogedora. Leonor le calculó alrededor de los setenta y cinco años, bien llevados. Se movía con una soltura que desmentía su edad, ágil. Su pelo blanco estaba ligeramente desaliñado, era de estatura baja y calzaba unas zapatillas de felpa. Pese a que la temperatura era agradable, llevaba puesto un jersey de cuello vuelto de lana gris que sobresalía de la bata a cuadros.

—Por favor, acompáñenme —dijo la mujer.

Cruzaron el pequeño salón de techo alto y se aproximaron a un gran ventanal que ofrecía vistas a la calle. Con un gesto delicado, la anciana apartó una maceta con un geranio y señaló a través del cristal.

—Miren, tenemos vista directa al portal —de repente paró en seco—. Disculpen, ¿desean tomar algo? ¿Un café, quizás…?

El subinspector la interrumpió.

—Se lo agradecemos, pero no tomaremos nada. Cuéntele a la inspectora lo que vio.

—Verá, a mis años, la rutina es importante. No se crean, que me levanto más bien tarde, ya que nadie me espera. La casa y salir a comprar son mis principales tareas. Siempre las hago por la mañana, un rato de cocina, comer, una cabezadita —la mujer arrugó la nariz y soltó una risita—. Al despertar, me siento un rato aquí para ver a la gente pasar por la calle. Ya no conozco a nadie, no como hace cincuenta años, cuando las caras del barrio eran todas familiares. Cuando todavía vivía mi marido, dábamos un paseo —ella mismo se paró, como si entendiera que estaba divagando—. En fin, todas las tardes me siento una hora aquí mismo con mi bandeja, el café con leche y las tres galletas para pasar el rato. Las horas hasta llegar el momento de acostarse se hacen muy largas cuando no hay mucho que hacer. Desde hace al menos un par de semanas, llevo viendo entrar en ese portal a la misma chica y también a un joven moreno, con aspecto de extranjero. Nunca lo hacían juntos, generalmente con cinco minutos de diferencia. Por lo general él llegaba y se marchaba el primero. Pero no hace falta ser detective para darse cuenta de que había algo entre ellos, ¿me entiende?

—¿Cómo era ella?

—Espera, que ahora viene lo mejor —terció Ramírez, impaciente.

—Delgada, vestía de forma moderna, siempre llevaba esa cazadora de cuero marrón, una melena pelirroja hasta la cintura, y —se detuvo a pensar las palabras que iba a emplear—. ¿Cómo se dice? ¿Una pierna artificial? En fin, esa chica que se ve tanto en la televisión y en los periódicos últimamente, ¿cómo se llama?

—Aurora Delacroix —sentenció el subinspector.

Las palabras que acababa de pronunciar la mujer cayeron como una bomba en los oídos de Leonor. Permaneció en silencio durante unos segundos antes de poder formular una respuesta.

—¿Está segura?

La anciana se quitó las lentes. Los ojos, diminutos, reflejaban una mezcla de tonalidades difícil de descifrar.

—Sin ellas no veo nada de lejos, pero puestas, no se me escapa detalle.

De camino a la comisaría Leonor realizó varias llamadas al equipo y al menos tres intentos fallidos al móvil de su hijo.

—No te preocupes por el chaval. Cuando se lo expliques, lo entenderá.

—Coño, Ramírez, soy un desastre como madre —se reprochó a sí misma.

A las nueve y media de la noche, Leonor, irrumpió en la sala de trabajo como un caballo de carreras. Era consciente de que la reunión con los equipos y el comisario se iba a alargar. Al menos se sabía algo más que por la mañana. Lo primero que hicieron fue ponerse mutuamente al corriente de los respectivos avances con el resto del equipo. Beatriz confirmó que Aurora Delacroix estaba ilocalizable y que sus padres estaban al tanto de que la policía quería hablar con ella, pero que de momento también les había sido imposible ponerse en contacto con ella.

Leonor, a su vez, compartió los detalles de la conversación con el gerente de la empresa propietaria de los apartamentos, el señor Díaz. Al mencionar el nombre de la secretaria, no pudo evitar que sus formas voluptuosas le vinieran a la cabeza. Pidió que se comprobara el estado del acceso al garaje. Aunque el ayuntamiento aún no había concedido la licencia para vehículos, era posible que se hubiese usado como ruta de acceso a la vivienda.

El equipo ya había empezado a compilar una lista de sospechosos de delitos sexuales, así que se centró en conocer cómo iba el proceso de revisión de las cámaras de seguridad de las inmediaciones. En ese momento, un agente uniformado irrumpió en la sala con urgencia.

—Creemos que hemos identificado al hombre muerto.

—¿Quién es? —exclamó Leonor.

—Su esposa está de camino al Instituto Anatómico Forense. Está completamente conmocionada, apenas puede hablar, pero tras enseñarle unas fotografías, no nos queda duda de su identidad. Se trata de su marido, Ram Gopal, un ingeniero aeronáutico de origen indio que trabaja para SpaceVal.

—Espera un momento—le interrumpió la inspectora—, ¿SpaceVal no es una de las empresas vinculadas a los hermanos Delacroix?

—Así es —el Colibrí, que hasta el momento había estado en silencio observando, empezó a moverse en la silla, con una agitación contínua—. Esto se pone interesante.

—¿No resulta extraño que su marido pasara la noche fuera de casa sin que ella conociera su paradero y no presentara denuncia alguna hasta bien entrada la tarde del día siguiente? —preguntó el subinspector.

—Según parece, no era la primera vez que se ausentaba por la noche debido a su trabajo —apuntó el agente mientras consultaba sus notas.

—Tampoco tiene que significar nada —remarcó Leonor—. Por ahora, dejaremos que la mujer descanse esta noche. Mañana iremos a visitarla, después de pasar por SpaceVal.

Leonor se levantó y puso los brazos en jarra.

—¿Alguna novedad con respecto a Aurora Delacroix?

Uno de los agentes que estaba sentado en una mesa al teléfono, confirmó que seguía en paradero desconocido. Leonor cabeceó de lado a lado.

—Ramírez, encárgate de contactar a su señoría para ver a qué hora nos podría recibir mañana. Nos espera una jornada intensa de trabajo.

5

—Acércate, os diré lo que queréis saber —susurró Aurora con la sumisión de una mujer que se había rendido.

Eso arrancó una sonrisa de placer al remilgado hombre con aspecto eslavo.

—Repite eso —dijo él, triunfal.

—Por favor, no me hagáis daño —suplicó Delacroix.

Aurora seguía con el cuerpo relajado, los brazos colgando, sin apenas fuerzas.

—Mírala Viktor —el intelectual dibujó una amplia sonrisa—, ha entendido que es mejor tomar el camino rápido.

El hombre se inclinó y Aurora esbozó una mueca de afligida conformidad.

—¿Dónde está lo que nos interesa?

En ese instante, la voz grave de su instructor de defensa personal resonó con fuerza dentro de su cabeza: «Actuad rápido y con determinación». Aunque tenía las manos atadas por encima de la cabeza, aún podía usar el resto del cuerpo. Cerró los ojos y calculó, que al contestar en voz baja, ese incauto, que no había dejado de hablar en todo el rato, se había ido acercando poco a poco para poder oirla y ahora se hallaba a la distancia idónea. Aurora tensó todos los músculos, desde los dedos de las manos hasta los de los pies, y flexionó con fuerza los brazos, al tiempo que levantaba sus piernas para entrelazarlas por el cuello de su enemigo. En esa posición, el hombre le sirvió como apoyo, lo que le permitió levantar los brazos lo suficiente para que la cuerda se soltara del gancho. Una vez libre, giró su cadera para derribarlo. Rodaron sobre el suelo, y las gafas de él quedaron hechas añicos.

Todo ocurría muy deprisa. La mayor amenaza era Viktor, así es que debía deshacerse de él lo antes posible, luego ya tendría tiempo para ocuparse del intelectual. Se incorporó como un resorte, tomó la botella de vidrio de la mesa y la lanzó hacia la cabeza del culturista, que se acercaba a ella con pasos lentos. Se llevó éste las manos a la frente, mientras el envase se hacía pedazos a sus pies. Entonces, tras un par de zancadas, agarró con fuerza la piedra de afilar cuchillos. Su brazos describieron una trayectoria ascendente y golpearon con violencia la sien del culturista. Crock, un ruido seco, como si se quebrará un hueso, resonó, y un hilo de sangre roja empezó a brotar de la ceja del culturista. El hombre musculoso reaccionó como esperaba: se tambaleó un par de segundos, con los ojos muy abiertos, hasta que golpeó el suelo con un gran estruendo. Luego, se valió de un

cristal para cortar la cuerda todavía atada a sus muñecas.

El intelectual había logrado ponerse en pie, pero sin las lentes, no vio cómo Aurora se acercaba y le asestaba una patada con la tibia metálica entre las piernas, que lo hizo arrodillarse con un aullido de dolor. Luego, ya en el suelo, le propinó una segunda patada en el mismo lugar, y una tercera en la cabeza, para asegurarse de que no se levantaría rápido.

La situación parecía estar bajo control cuando escuchó ruidos que provenían de detrás de las ventanas. Había más gente en aquel lugar. Debía aprovechar la escasa ventaja que había logrado y huir. Corrió en dirección contraria a la fuente de los sonidos.

El viento ululaba por debajo de una puerta metálica. Al salir, una ráfaga la zarandeó con fuerza. Las rachas en su contra la hacían tambalearse. La piel del cuerpo se le erizó y no fue hasta ese instante que se dio cuenta de que iba descalza, y no llevaba más prenda que el picardías de seda rojo.

Comenzó a correr por un camino de tierra, tan rápido como se lo permitían las piernas, bajo un frío endemoniado. No sabía dónde se hallaba, pero más allá de los arbustos, distinguió una carretera de doble sentido. Oyó el bocinazo de un camión y vio que un automóvil se había detenido en el arcén. Un golpe de suerte. ¿Quizá no estaba todo perdido?

Caía la luz del sol sobre el horizonte cuando Diego Ortega entraba en el bar El Castillo. El marco de la puerta estaba descascarillado, y en el polvo que cubría el cristal del ventanal más grande, una mano temblorosa había escrito: «Comida casera y tapas a buen precio», junto a un dibujo de lo que parecía ser un bocadillo. Era un local pequeño, con una barra en forma de L, y vitrinas refrigeradas bien surtidas de platos de comida: ensaladilla rusa, salchichas encebolladas, magro con tomate acompañados de botellines de cerveza y copas de vino. Detrás de la barra, de espaldas a la puerta, un camarero metía tercios en un frigorífico. Cuando acabó de colocarlos, se secó las manos en el paño grasiento que le colgaba del pantalón.

—Hombre, don Diego *Pibe* Ortega, ¿lo de siempre?

—*Carallo* Paco, ¿qué va a ser sino?

El hombre sonrió, sacó una botella de aguardiente del congelador y un vaso de cristal algo mayor que un dedal. Lo llenó con el líquido transparente y sirvió una cerveza recién tirada en una jarra escarchada. Diego bebió primero el chupito de un trago y luego sorbió la capa de espuma refrescante.

—Alimento para el espíritu —dijo mientras se relamía el labio superior tras santiguarse. Señaló a los cuatro hombres que jugaban al dominó—. ¿Quién es el de la camisa a cuadros?

Paco aprovechó para recoger los envases vacíos. No respondió hasta haber limpiado la madera con el paño.

—Como cada vez vienes menos, ya te han encontrado sustituto.

El Pibe iba a responder cuando una voz ronca retumbó por el local.

—¡Hombre, Diego! —vociferó el más corpulento de la mesa—. Ven, acércate para comprobar cómo desplumamos a estos dos.

El de la camisa a cuadros golpeó, desafiante, la mesa de mármol con la ficha que tenía en la mano.

—¡Pito doble!

Un rápido vistazo a las fichas le permitió a Diego adivinar la pareja ganadora.

—No vendas la piel del oso antes de cazarlo, Herminio.

Ortega se acodó en la barra, con la mirada concentrada en la partida. Herminio propinó una fuerte palmada en la espalda al desconocido.

—Carlos, te presento a Diego *Pibe* Ortega, almanaque del fútbol mundial y fanático del Depor. No te dejes engañar por ese acento gallego, Diego nació en el gran Buenos Aires —el hombre se quedó pensativo—. ¿Cuántos años hace ya?

—Cincuenta y siete primaveras.

—Diego, canta la alineación de España en el partido de inauguración del Mundial 82.

—Saltaron al Luis Casanova de Valencia ante cincuenta mil almas: Arconada en la portería; defensas: Camacho, Tendillo, Alesanco y Gordillo; el medio campo lo formaban…

Diego recitó de memoria la alineación, un partido terriblemente malo de España que terminó con empate a uno. Así se inició uno de los múltiples debates de la noche. Luego, la cosa se fue animando, como ocurría cada vez que el Pibe visitaba el bar El Castillo. Lo hacía más a menudo de lo que su médico le recomendaba, pero menos de lo que él creía necesario.

La primera ronda de bebidas dio paso a varias más. A las once de la noche, tras varios intentos infructuosos, Paco consiguió hacer salir del local a los tres parroquianos que permanecían enzarzados en un extraño debate sobre dónde degustar la mejor chuleta de vaca en España.

—*Tenera rubia galega, esa é a clave* —sentenció Diego antes de subirse al automóvil.

El Pibe había ya cruzado el túnel del Mascarat, en dirección a su chalé en Calpe, cuando al tomar una curva a derechas de repente vio surgir delante de su vehículo un camión que venía directo hacia él. En cuanto oyó el bocinazo, dio un volantazo y acabó en el arcén. El

miedo lo atenazó. El corazón empezó a latirle bajo el pecho, y sintió tal vértigo, que creyó que iba desmayarse. Durante un buen rato mantuvo las manos aferradas al volante de forma compulsiva.

Una vez que hubo recuperado la calma, se dio cuenta de que había vuelto a beber más de la cuenta. Se había quedado atontado al volante. Había sido sólo una fracción de segundo, pero fue suficiente para que su vehículo invadiera, haciendo eses, el carril opuesto, poniendo su vida, y, lo que era peor, la de otras personas, en peligro. Un poco más y ahora estaría muerto, aplastado bajo el peso del camión. Por un momento, la idea lo dejó helado.

Comprendió que no podía seguir así, comportándose como un idiota. Debía admitir que tenía un problema con el alcohol y enfrentarse a la realidad. No podía permitir que esto se repitiera, debía tomar medidas. El Pibe estaba absorto en esos pensamientos cuando creyó ver a alguien que se acercaba a la carrera desde un camino de tierra. Se frotó los ojos.

—*Meu Deus* —suspiró en voz alta.

Se volvió a frotar los ojos. No había duda: una joven delgada en ropa interior roja venía hacia él en medio de aquel vendaval. Una pierna era ortopédica. No estaba seguro si se trataba de una alucinación o todavía estaba bajo los efectos del aguardiente cuando, a trompicones, se bajó del coche.

—Por favor, ayúdame —gritó ella—. Me persiguen, sácame de aquí.

Diego no sabía qué decir, y por instinto, le abrió la puerta. Tras maldecir unas palabras en gallego, se golpeó la espinilla con el parachoques, lo que le hizo ver las estrellas. Acto seguido, se acomodó de nuevo al volante, tomó aire y metió primera.

—Sácame de aquí —insistió ella.

El Pibe no se lo pensó dos veces. Las ruedas derraparon sobre la grava al incorporarse a la carretera. Miró de reojo a su extraña acompañante y sintió, por primera vez en mucho tiempo, que volvía a ser útil.

6

La inspectora Guerrero y el subinspector Ramírez divisaron a lo lejos, sobre un promontorio entre pinos, la sede de SpaceVal. Las enormes naves con el logotipo azul de la empresa, un cohete sobre un cielo estrellado no dejaba lugar a dudas del sector al que se dedicaba la pujante empresa valenciana.

El coche avanzaba de forma paralela a una valla de gran altura, rematada con alambre de espino, que lo separaba de un lago artificial. Al llegar a la entrada del recinto, dentro de una garita, aguardaba de pie uno de esos aspirantes a policía que termina trabajando para una empresa de seguridad, equipado con gafas de espejo, balas relucientes en el cinto y un revólver del calibre 38 con la culata muy visible.

—Buenos días, ¿qué desean? —preguntó, un tanto retador.

El subinspector Ramírez le dio el nombre del contacto y el hombre se dirigió de nuevo a la caseta con andares lentos de pistolero. Descolgó el teléfono, dijo algo, asintió un par de veces y pulsó de forma precipitada el botón que levantaba la barrera. Mientras esta se alzaba, y sin soltar el teléfono, sonrió e hizo un gesto con la mano para que pasaran.

Les recibió algo nervioso Mariano Berenguer, el director de relaciones institucionales de SpaceVal con quien habían concertado la entrevista. Un hombre elegante que les esperaba en la escalinata frente a la puerta de un edificio de amplias vidrieras, que contrastaba con la austeridad gris de las grandes naves industriales visibles a ambos lados.

—Disculpen, no hay manera de que los de seguridad entiendan las instrucciones —se excusó.

—No se preocupe, hacen su trabajo. De hecho, ni siquiera tienen que dejarnos pasar, no traemos orden judicial.

—¡Por Dios! —exclamó horrorizado Berenguer—. ¿Cómo se le ocurre decir eso? Estamos destrozados por la muerte de Ram.

El encargado de relaciones institucionales los acompañó hasta una sala enorme, adornada con una amplia mesa ovalada y diversas pantallas digitales colgadas de las paredes y que ofrecía unas vistas privilegiadas hacia el lago artificial dónde unos patos jugueteaban. Allí les esperaban una mujer que rondaría la cincuentena, ataviada con un traje gris, y un hombre, ligeramente más joven, en vaqueros y una camiseta negra de algún grupo de rock.

—Les presento a Carmen Pérez, nuestra directora de Recursos Humanos y Ángel Ortiz, nuestro director adjunto de tecnología —

Berenguer procedió a las presentaciones y luego señaló a la pareja de policías—. La inspectora Guerrero y el subinspector Ramírez, de homicidios.

—¿El señor Delacroix no ha podido asistir? —preguntó Leonor.

—Se encuentra de viaje por Estados Unidos. Tras recibir la triste noticia, ha cancelado todas las reuniones. Sin embargo, debido a problemas con los vuelos, no regresará a Valencia hasta mañana a primera hora.

Berenguer les invitó a sentarse y les reiteró su bienvenida y la total predisposición a colaborar con las fuerzas del orden de todo el personal de la empresa. A continuación, pasó a entonar un discurso elaborado algo emotivo sobre la razón de la visita de la policía: la pérdida de un compañero ejemplar.

—Comprenderán que este es un hecho delicado y muy doloroso —añadió—, pero quiero que sepan que cuentan con nuestra ayuda en todo lo que necesiten. Para nosotros es importante que se esclarezca la verdad.

—Lo cierto es que ayer encontramos a su empleado muerto en un apartamento de alquiler y debemos averiguar quién lo hizo. De modo que necesitamos cuanta información puedan facilitarnos sobre el difunto —la inspectora mostró una de las mejores sonrisas que era capaz de ofrecer—. Para eso estamos aquí, para preguntarles un par de cosas al respecto.

—Por supuesto —asintió el director de relaciones institucionales.

—¿Cuál era su puesto y el concepto que tenían de él?

El hombre dirigió la mirada a la directora de Recursos Humanos.

—Era el director de tecnología, se incorporó a la empresa hace apenas un año. Un profesional intachable —respondió ella.

—Y como persona, de lo mejor que me he encontrado jamás —añadió el de la camiseta negra—. El mejor jefe que he tenido, y he de confesar que he pasado por varios.

—Deduzco por lo que dicen que no imaginan que pudiera andar envuelto en alguna cosa extraña —preguntó Leonor.

—En absoluto —confirmó Ortiz, sin pestañear.

—¿No notaron en los últimos tiempos alguna anomalía en su comportamiento? ¿Tal vez, se sentía nervioso o intranquilo?

—No —rechazó la directora de recursos humanos.

—Bueno… —Ortiz hizo una pausa antes de continuar—, su mujer y sus dos hijas acababan de mudarse hacía unos pocos meses. Ya sabe, buscar los colegios adecuados, organizar la mudanza… puede que eso le tuviera un poco más preocupado que de costumbre, pero nada más.

—Entiendo, la familia acababa de mudarse. Bien, volvamos a Ram, ¿a qué se dedicaba? No nos ha quedado del todo claro su

trabajo.

—Como le hemos comentado, era el director de tecnología, eso quiere decir que lideraba el equipo encargado de desarrollar los motores que nos permitirán hacer los viajes espaciales que hasta hace poco no podíamos ni soñar.

—Un trabajo apasionante —constató Leonor.

—Aquí la mayoría lo son —remarcó la mujer.

—Si esa tecnología viera la luz, ¿cuál sería su valor en el mercado?

Un silencio se apoderó de la sala y las tres personas intercambiaron una mirada. El director de relaciones institucionales retomó la palabra.

—La industria aeroespacial ha tomado auge en los últimos años. Son muchas las empresas, europeas, chinas y estadounidenses que trabajan en conseguir un motor que permita que el hombre pueda viajar fuera del sistema solar. Nuestra empresa es una más en esa carrera, por desgracia todavía no hemos conseguido completar esa tecnología. Pero entenderá que tiene un valor incalculable.

—Me puedo hacer una idea —asintió la inspectora—. ¿Conocía Ram Gopal a Aurora Delacroix?

—¿Entonces es cierto lo que dice la televisión? —respondió exaltada la directora de recursos humanos.

—Lo siento, pero esa información se encuentra bajo secreto de sumario.

—No, a todos nos sorprendió cuando lo descubrimos en los medios. La sobrina del señor Delacroix nunca ha venido a la empresa y no nos consta que se conocieran —confirmó Berenguer.

La conversación se alargó con algunas otras preguntas, que poco más descubrieron. Al fin, los policías se levantaron y los interlocutores los acompañaron hasta la puerta.

—Se me olvidaba —dijo Leonor, dirigiéndose al hombre de la camiseta cuando salía—, ¿acostumbran a alargar la jornada laboral hasta la madrugada?

—No —zanjó Carmen, categórica—. Una de nuestras prioridades es la conciliación de trabajo y familia.

—La empresa da mucha flexibilidad para poder trabajar desde casa —añadió el director adjunto de tecnología—. Las jornadas maratonianas en el despacho han pasado a la historia.

A medida que la silueta gris de las naves de la empresa se iba haciendo cada vez más pequeña por el espejo retrovisor del Citroën, Leonor lanzó la pregunta habitual a su ayudante.

—¿Qué opinas?

El subinspector se tomó unos segundos antes de responder.

—Parecía un tipo normal, no hemos avanzado mucho, ¿no crees jefa?

—Así es, a ver que nos cuenta su esposa. De momento, la opción más plausible es un móvil económico. Las investigaciones que dirigía son de gran valor, y ya sabes, donde hay mucho dinero, hay tomate.

Leonor aprovechó el resto del trayecto en el coche para realizar varias llamadas. Primero le pidió a la oficial Vega que solicitara de su señoría la autorización para acceder a los móviles de Aurora Delacroix y del fallecido. Era crucial determinar con quienes habían hablado y donde se hallaban en los días previos. Luego pidió que le pasaran con el agente a cargo de la revisión de las cámaras de seguridad instaladas en las inmediaciones de la vivienda. No habían logrado avances con la cámara de la entrada principal que daba a la catedral. La plaza estaba siempre estaba abarrotada de gente, y poco se podía conseguir, pero habían tenido más suerte con la cámara situada en la calle trasera. Aunque no proporcionaba una visión directa de la puerta del garaje, sí podría ofrecer alguna pista relevante. Guerrero solicitó al agente un inventario detallado de todos los vehículos que hubiesen circulado por la zona el día del crimen.

Tras las llamadas decidieron hacer una pausa para comer algo en El Medievo. Era un establecimiento, que fiel a su nombre, recreaba el ambiente medieval. Resueltas unas dudas trascendentales sobre la comanda y el vino tinto que debía acompañar a la tortilla con hongos, unos buñuelos de bacalao y un plato de jamón, pasaron a hablar de nuevo sobre SpaceVal, Aurora Delacroix y el ingeniero Ram Gopal.

La investigación no avanzaba al ritmo que el Colibrí deseaba. Impaciente, había llamado dos veces a Leonor en el transcurso del almuerzo, para remarcar que el caso era de vital importancia. Finalizada la segunda llamada, Leonor cogió la copa de vino tinto y la liquidó de un trago tras haber saboreado el último trozo de jamón, uno veteado de grasa. Se quedó pensativa unos segundos.

—No quiere hablar conmigo —dijo finalmente, con la mirada perdida.

El subinspector Ramírez abrió primero los ojos de par en par y luego preguntó.

—¿Qué edad tiene el chaval?

—Quince años.

—A esa edad las hormonas son las que mandan. Ya se le pasará, en unos días, ni se acuerda. Si yo te contara de los míos. Y míralos ahora, casados y responsables como el que más.

—No sé Ramírez, tengo la impresión de que Marquitos es igual que mi padre. Son testarudos como mulas, y, para decirte la verdad, algo rencorosos —entornó los ojos—. Muy rencorosos. Pero ¿sabes lo

peor de todo esto? En el fondo este trabajo me fascina.

El subinspector asintió con la cabeza.

—Jefa, el chaval está en otras cosas, y olvídate que es igual que tu padre. La genética no funciona así. En serio, no te preocupes, verás como en unos días se le habrá pasado.

—Ya me gus…

El sonido del móvil de la inspectora no la dejó acabar la frase.

—Dime, Vega.

Asintió un par de veces. Cuando colgó, se levantó de la mesa.

—Vamos, la viuda nos espera.

La casa de Ram Gopal era un chalé impresionante en todos los sentidos. Se hallaba cerca de la localidad de Puzol, en medio de una colina con una gran arboleda tras la que se extendía una lámina azul pálido del mar mediterráneo, y a la que se llegaba por un camino recién asfaltado. Las parcelas de alrededor albergaban todas grandes casas, con un amplio jardín, que quedaban escondidas tras altos muros y tupidos setos. El subinspector Ramírez se detuvo a su lado y observó lo que le rodeaba.

—¿Cuánto crees que cuesta? —preguntó tras dejar un silbido de admiración.

—Por encima del millón —respondió Leonor sin dudarlo—. En función de los metros cuadrados de parcela y construcción, nos podemos ir a varios.

Al llegar a la valla de entrada, aparecieron un par de rottweilers. Llegaron sigilosos, sin ladrar y se pararon mirándolos fijamente.

—Odio estos perros —dijo por lo bajo la inspectora.

Tocaron el timbre y en ese momento los perros empezaron a ladrar. Al cabo de unos segundos apareció una mujer joven en la puerta de la casa. Dio una orden en voz alta y los perros se pegaron a ella.

—Ahora vuelvo, voy a encerrarlos.

Acompañó a los perros hasta una caseta y los dejó allí, encadenados.

—Lo siento. Ram insistió que era bueno para mí y las niñas, para que no estuviéramos solas tantas horas. Cualquier día los llevo al veterinario.

Era una mujer de poca estatura, de pelo negro, unos ojos verdes enormes y lo que en verano debía ser una tez morena había adquirido una ligera tonalidad cetrina con dos grandes bolsas oscuras bajo los ojos.

—Soy la inspectora Leonor Guerrero y mi compañero, el subinspector Salvador Ramírez.

La mujer asintió con la cabeza.

—Vengan, acompáñenme.

Recorrieron un camino empedrado con estatuas a los lados que parecían centinelas. A mano derecha había una amplia piscina, una mesa de madera con sillas para diez comensales bajo un porche y una barbacoa de obra. A mano izquierda, una caseta que debía servir de garaje dónde podían caber sin problemas tres coches. La vivienda constaba de dos plantas, y era de estilo moderno, dónde predominaban el cemento y el cristal.

Una vez en la casa, les hizo pasar a un salón enorme y les invitó a sentarse. Durante diez o quince segundos se mantuvo quieta, mirando a los policías con sus ojos tristes.

—¿Es cierto lo que dicen los periódicos? —preguntó al fin.

—Todo, no. Siempre inventan algo, ya sabe que el titular más sensacionalista es el que más vende. Le podemos contar lo que nosotros sabemos —Leonor tragó saliva—. Su marido apareció muerto en la habitación de un apartamento que se alquilaba para parejas. Estaba completamente desnudo, con una bolsa de plástico atada a la cabeza —la esposa contrajo los músculos de la cara, parecía a punto de echarse a llorar—. Al parecer llegó a la habitación acompañado por…

—Aurora Delacroix, ¿entonces es cierto?

—Todavía no lo hemos podido confirmar —prosiguió la inspectora—. Lo que sí sabemos es que podría ser que estuviera practicando algún tipo de juego sexual. Siento darle esta noticia, por desgracia todavía carecemos de más información.

—No entiendo cómo podía… —se echó las manos a la cara e inspiró fuerte un par de veces—. Todavía no consigo hacerme a la idea. Pensaba que ustedes vendrían y me explicarían algo —sus ojos vidriosos enrojecieron—. Algo diferente a lo que había escuchado.

Leonor se acercó a la mujer y le apoyó la mano sobre el hombro.

—Entiendo por lo que está pasando, pero si no le importa, nos gustaría hacerle algunas preguntas.

Sofía Vargas se tomó unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—¿Acostumbraba su marido a pasar la noche fuera de casa?

Rio, con rictus serio.

—Lo hizo varias veces, decía que estaba cerca de encontrar algo importante.

—¿Le dijo lo que era?

Negó con la cabeza y continuó.

—También viajaba con cierta frecuencia. Yo me quedaba aquí en casa, al cuidado de las niñas. Cuando aceptó la propuesta de trabajo de SpaceVal acordamos que yo estaría un tiempo sin trabajar. Sabe, nos conocimos en nuestra anterior empresa, en San Francisco. Yo

trabajaba en el departamento de finanzas cuando él fue fichado a la competencia para liderar un proyecto en el departamento de ingeniería. El momento en que nos vimos, fue un flechazo, amor a primera vista. Actualmente, no es que fuéramos la pareja perfecta, el paso del tiempo, la convivencia y los hijos van dejando algunas marcas, pero por lo que a mí respecta, yo lo quería. Siempre dijo que él me quería también, y sólo puedo decirle que no me parecía que no.

—¿Lo notó más nervioso los últimos días?

—Los últimos días no conseguía dormir bien y le recetaron unas pastillas para ayudarle a conciliar el sueño.

—¿Le preguntó usted el motivo?

—El médico le dijo que era por estrés provocado por el trabajo.

Leonor observó a su compañero que le hizo un gesto para que continuara ella.

—Tienen ustedes una casa muy bonita.

—A Ram le hacía mucha ilusión, ya ve de lo que le ha servido. Para él, todo tenía que ser a lo grande, lo mejor de lo mejor; daba igual si se trataba de su trabajo, de esta casa o de los coches que tenemos en el garaje.

Leonor observó a su alrededor para confirmar la afirmación de la mujer.

—No quiero parecer indiscreta, pero el sueldo debía ser muy bueno.

—No se consigue traer a España a uno de los mejores ingenieros de motores espaciales si no es con dinero y medios para trabajar. También es cierto que el hecho de que yo sea española ayudó en la decisión.

La conversación se alargó un rato sin grandes avances, hasta que Leonor llegó a la conclusión de que ya no había más que rascar.

—Muchas gracias, señora Vargas. Aquí le dejo mi tarjeta, por favor no dude en llamarme si descubre alguna información que piense nos pueda servir de ayuda.

—Así lo haré —la tomó en sus manos y la leyó—. Inspectora Guerrero, espero conocer pronto los resultados de la investigación. Sólo quiero que sepan, que encuentren lo que encuentren, yo conocía a un Ram Gopal, y nada cambiará lo que siento por él.

Los acompañó hasta la salida. Los dos perros seguían encerrados en la caseta, con la mirada fija en Leonor y el subinspector. El resplandor rojizo de sus ojos en la penumbra desencadenó un escalofrío que se deslizó desde la nuca de Leonor hasta la base de su columna.

—Disculpe si la hemos molestado en algo, la mantendremos informada de cualquier avance.

7

El Pibe miró de soslayo a la nueva acompañante que había subido con él al coche. La chica tenía la mirada perdida al frente. Su cuerpo, sin un gramo de grasa, tiritaba y a simple vista se podía ver como tenía la piel de gallina.

—¿Quieres que ponga la calefacción?

—No, no hace falta. Vámonos rápido de aquí —suplicó ella mientras giraba la cabeza para mirar a través del cristal trasero—. ¿Has comprobado si nos sigue alguien?

Diego echó un vistazo al espejo retrovisor. No se veían luces de otros coches ni señales de nada extraño, tan sólo la noche cerrada.

—Yo diría que no —respondió.

La chica subió las piernas sobre el asiento y con la cabeza apoyada sobre los muslos se abrazó con fuerza a las rodillas. La prótesis ortopédica reflejó la luz intermitente de una farola cercana a la carretera. El Pibe puso la calefacción y orientó la rejilla de ventilación hacia ella.

—Vamos a la Guardia Civil —le dijo.

Ella se sobresaltó.

—No, por favor, llévame a tu casa.

El Pibe dudó. Sus años como reportero de guerra por Sudamérica le habían enseñado a desconfiar de situaciones extrañas, y desde luego, esa era una de las que se podía llevar la palma en su dilatada vida como periodista. No conocía de nada a la chica que estaba sentada a su lado. Tampoco sabía que le había ocurrido. ¿Y si todo era una trampa? El uso de un anzuelo femenino por parte de las bandas era una práctica habitual para el robo y la extorsión de las víctimas, al menos en sus años de trabajo por el continente americano. Aquellos pensamientos le rondaban la cabeza cuando los ojos de ambos se cruzaron. Había visto esa mirada en muchas ocasiones, desde la selva del Amazonas hasta el desierto de Tijuana, una mirada que no dejaba lugar a dudas. Una mirada que en el pasado cambió su vida.

—No te preocupes, en poco más de diez minutos habremos llegado —dijo intentando tranquilizarla.

—¿Puedes correr más? —obtuvo como única respuesta.

Un torbellino de pensamientos asaltaba a Aurora Delacroix. No conocía de nada al hombre que tenía a su lado, pero poseía algo que, por algún motivo, le transmitía confianza. Tal vez fueran esos ojos oscuros, de una profundidad inesperada, unidos a una presencia tranquilizadora. A pesar de ese aspecto algo desaliñado y el olor a

alcohol que emanaba su aliento, había algo en su postura, una serenidad y una determinación en su manera de actuar, que su sexto sentido le inducía a confiar en él.

Lo prioritario en esos momentos era serenarse y analizar la situación con perspectiva. Necesitaba una ducha larga de agua caliente y tiempo para pensar, calibrar lo qué había ocurrido en las últimas treinta y seis horas y decidir lo que debía hacer a continuación.

El coche aminoró la velocidad y abandonó la carretera principal en un desvío con un cartel que no le dio tiempo a leer. Serpentearon cuesta arriba por las laderas de una colina. Pronto enfilaron una pequeña carretera de grava fina que llevaba a la parte más alta de la montaña. La zona estaba desierta a aquellas horas. El hombre detuvo el vehículo al abrigo de un par de farolas que alumbraban una reja metálica. Ésta se abrió tras pulsar sobre el botón de un mando que tenía al lado del cambio de marchas.

Aurora se sorprendió al ver la situación de la casa: una gran estructura blanca que volaba sobre la ladera, tras la cual se vislumbraba la silueta imponente del Peñón de Ifach y el reflejo blanquecino de la luna sobre el mar, todo propio de una postal. En días de cielo despejado y soleado, las vistas debían ser envidiables.

—Aquí está *a miña cabana* —dijo el hombre al aparcar el coche frente a una gran puerta acristalada.

Luego se acercó para ayudarla a salir.

—¿Estás *ben*? —le preguntó con un marcado acento gallego.

Delacroix esbozó una leve sonrisa. El hombre la acompañó al interior, hasta una habitación gigantesca que hacía las veces de salón, y que contaba con unos grandes ventanales que daban al Peñón cuya silueta se veía recortada por la oscuridad en la distancia, pero aquellas impresionantes vistas no fueron lo que más llamaron la atención de Aurora.

Al encender las luces pudo observar como la más grande de las paredes albergaba una estantería repleta de libros que cubría toda la pared y junto a ella había una mesa de despacho con una máquina de escribir antigua, varias libretas de todos los colores, una butaca de cuero marrón envejecido al lado y una mesa circular repleta de botellas de alcohol y un tablero de ajedrez. No había televisión. El resto de las paredes estaban recubiertas con camisetas, fotografías y ropa de futbolistas, como si se tratara de un añadido que no tenía nada que ver con el resto de la estancia. El fútbol no era un deporte que interesara a Delacroix, once hombres corriendo detrás de un balón le parecía una solemne estupidez. Sin embargo, no pudo evitar echar un rápido vistazo a las fotografías enmarcadas. De las numerosas caras que colgaban, tan sólo reconoció la de Maradona.

—Una pena que El Pelusa nos dejara tan pronto —dijo con cierto aire melancólico el hombre, al ver cómo Aurora observaba esa fotografía—. ¿Está segura de que no quiere que acudamos a la Guardia Civil? Si se trata de su pareja, es importante cursar la denuncia cuánto antes, para que la justicia pueda actuar.

Aurora no confiaba en la justicia, jamás se había comportado de forma ecuánime con ella, ni tan siquiera cuando más la había necesitado. Debía resolver las cosas a su manera, era lo único que funcionaba en estos casos.

—Se lo agradezco, pero ahora necesito otra cosa —ella bajó la mirada y se vio los pies descalzos—. ¿Le puedo pedir otro favor?

—Adelante

—¿Podría darme un baño?

El cuarto de baño era enorme, con el suelo y las paredes adoquinados en una acertada combinación de blancos y azules, un gran espejo rectangular y una bañera ligeramente ovalada en medio. Aurora abrió el grifo y puso la mano para comprobar que el agua salía caliente. Se quedó un rato parada, mientras el vapor empezaba a empañar el cristal. Cuando el agua estaba a punto de rebosar, cerró el grifo. Se desvistió con calma. Se apoyó contra el borde para quitarse la malla, el calcetín de protección y desencajar la prótesis.

Al acabar, apenas podía observar la delgada silueta de su cuerpo reflejada sobre el vaho del cristal. Se introdujo despacio en un agua ardiente. Se sumergió y contuvo la respiración hasta que sus pulmones la obligaron a salir a flote. Repitió la operación hasta tres veces. Luego permaneció un buen rato inmersa en el agua cálida, envuelta en un manto de vapor, guardándose el dolor para sí misma como siempre había hecho.

Aurora no pudo evitar que una lágrima se le derramara por la mejilla. Ram poseía algo especial que había conseguido que ella se interesara por él. A su lado, se relajaba, y sentía una paz mental difícil de explicar. Tras años de evitar el contacto físico, haberse acostado con él no le había resultado ni incómodo, ni complicado, ni arriesgado. Más bien todo lo contrario, estaba desprovisto de exigencias y resultaba diabólicamente placentero.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta de que la utilizaba? Ahora estaba muerto, y poco se podía hacer al respecto. El maldito cabrón la había engañado como a una adolescente. Cuando por fin creía que podría pasar página y dejar atrás de una vez por todas el Día en que Todo se Jodió, resultaba que había sido la víctima de un burdo montaje.

Kozlov, conocido como el Filósofo, se pasó el resto de la noche paralizado, dándole vueltas a la cabeza. ¿Cómo una mujer que apenas

debía rebasar los cincuenta kilos y con una pierna ortopédica se había escapado del restaurante? Viktor estaba ingresado en el hospital con traumatismo craneoencefálico. Su vida estaba fuera de peligro, aunque en ese instante esa era la menor de sus preocupaciones.

Tendría que dar explicaciones, y no serían fáciles de entender para sus jefes. La mujer parecía la víctima perfecta, completamente indefensa, vulnerable. Y de buenas a primeras, sin previo aviso, le había destrozado la vida, humillado, aniquilado como a un muñeco de trapo, convertido en un inútil sin valor. Kozlov sabía que en el mundo que vivía debía recuperar por encima de todo su honor si pretendía continuar con vida.

De donde Kozlov provenía, la palabra y el honor lo eran todo. Un vínculo del cual no podía evadirse. Vladimir, su hermano de sangre en la *rússkaya máfiya,* encarnaba todo lo que él mismo aspiraba a ser algún día. Solo tenía cuatro años más que él, pero le parecía que había vivido al menos cuatro vidas más, además de ser alto y fuerte como siempre había anhelado. Él, por el contrario, había heredado los genes maternos, un cuerpo enjuto, con aspecto del eterno adolescente que no ha desarrollado su musculatura. Desde que tenía uso de razón recordaba a Vladimir cerca, protegiéndolo y enseñándole a sobrevivir en las peligrosas calles de los suburbios de Moscú. «Si dudas o detectan tu miedo, no eres nadie. Debes ser fuerte y no dudar jamás», le repetía. Para su hermano, corpulento y fuerte, era sencillo actuar como un luchador. Sin embargo, Kozlov, con su cuerpo enclenque, debía hacer uso de otras cualidades.

Él atesoraba unos talentos que había desarrollado los pocos años que acudió a la escuela. Una mente rápida que junto a una lengua mordaz le habían labrado un camino rápido hacia la cumbre de la organización. Mientras Vladimir permanecía en Rusia como guardia personal del líder supremo, con la internacionalización del negocio, Kozlov había llegado para establecerse en el sureste español. Al principio, su trabajo consistió en establecer contactos locales y montar una red para el blanqueo de capitales mediante la creación de varias sociedades pantalla. A través de un bufete de abogados de Gibraltar, Kozlov era el administrador de estas empresas tapadera, que gestionaban una auténtica fortuna proveniente de negocios ilícitos, como el tráfico de drogas, armas y personas.

El último encargo de obtener cierta información de aquella mujer lo consideraba una actividad accesoria a su tarea principal. El asunto le había desagradado desde el primer momento. En su opinión, ella carecía completamente de interés, no le reportaba ningún tipo de beneficio. Pero desde sus orígenes en las calles de Moscú, Kozlov había aprendido a no hacer preguntas y ejecutar las órdenes como un soldado fiel.

Siempre se aseguraba de estudiar a la presa con minuciosidad. Sin embargo, en este caso, confiado por la colaboración que le había proporcionado Ram y el poco riesgo que en apariencia suponía la operación, no investigó en detalle a Aurora Delacroix. Un grave error. Si hubiera sido una persona normal y corriente, la muerte de su amante y verse indefensa ante unos hombres que amenazaban con torturarla hasta la muerte habrían hecho que se derrumbara como un castillo de naipes bajo un soplo de viento. Sin embargo, Aurora había conseguido zafarse de esa situación de una forma que indicaba que escondía un pasado que él había subestimado. Y en su profesión, los errores se pagaban muy caros.

La joven había huido y no debía andar muy lejos. Sola, en la oscuridad de la noche, sin apenas ropa, al parecer había logrado subir a una furgoneta blanca. Esas, al menos, habían sido las palabras que el maldito Ivan había escupido entre resoplidos. A sus cuarenta seis años, y a pesar de una constitución en origen delgada, Ivan Petrovich Kuznetsov había ganado tantos kilos en los últimos tiempos que lucía una barriga de embarazada a punto de dar a luz.

Con su pelo claro, algo canoso, recogido en una coleta y aquellas estúpidas botas de *cowboy*, llevaba tres meses fuera de la cárcel por una condena a raíz de una estúpida pelea en un bar de Benidorm que acabó con un joven ingresado en la UCI. Ahora, completamente fuera de forma, apenas había podido aguantar el ritmo de la chica unos cientos de metros.

Y eso que ella estaba coja. Aquella anoréxica lisiada había corrido más rápido. De buen gusto le hubiera pegado un tiro entre las cejas a Ivan cuando regresó al restaurante con la escasa información sobre la furgoneta blanca en la que la joven había subido. Ahora era demasiado tarde para volver atrás. Tocaba actuar con determinación. Sin perder un segundo.

Ya había puesto a trabajar en el asunto a todos los hombres y confidentes de los que disponía, prioridad absoluta. La voz se había corrido por la red de intermediarios e informantes de la organización, desde el sur de la provincia de Alicante hasta el norte de Valencia. Quien pudiera proporcionar información útil para localizar a Aurora Delacroix, sería recompensado con una generosa retribución. Los contactos que tenían en los cuerpos de seguridad del estado también habían sido alertados. Pagarían el triple de lo habitual.

Kozlov miró el reloj. Disponía de veinticuatro horas para arreglar ese entuerto. Desde ese mismo momento empezó a odiar a Aurora Delacroix con la intensidad de un hierro al rojo vivo sobre la piel. En su imaginación, la veía arrastrándose de rodillas y suplicándole clemencia. Él sería implacable. Una vez la raquítica puta le hubiera

dado lo que necesitaba, él le arrancaría con sus propias manos los ojos de las órbitas. Se iba a asegurar de que el camino que conduciría a Aurora Delacroix hasta la muerte fuera el más doloroso y terrible que se podía imaginar.

8

Cuando la inspectora Guerrero y el subinspector Ramírez llegaron a la comisaría, el equipo ya tenía preparado el informe sobre la familia Delacroix. Leonor había sido meridianamente clara al respecto: necesitaba conocer en detalle la historia de la familia, los negocios y la relación de Aurora Delacroix con todo ello. La oficial Vega, en el centro de la sala de operaciones, llevaba la voz cantante. De pie, frente a tres pizarras blancas con anotaciones, flechas y fotografías, empezó la explicación.

—Los hermanos Delacroix son descendientes de una familia de negocios. Los padres de Sebastián y Maximiliano llegaron de Francia para establecerse en Valencia en los años 50. Se enfocaron en el sector industrial, sobre todo textil, producción y exportación. Los Delacroix fueron en su día una familia verdaderamente influyente de la sociedad valenciana. Empresarios de la vieja estirpe que se mantenían firmes, afines a la dictadura, contra todo tipo de temporales. En los años sesenta eran parte de la columna vertebral de la sociedad del bienestar de España, bien relacionados con el régimen y la Iglesia. A la boda de Sebastián, el padre de Aurora, acudió la alta alcurnia de Madrid y el acto fue oficiado por el cardenal preferido de Franco. Sin embargo, esa situación idílica cambió de la noche a la mañana con la crisis del petróleo a principios de los años setenta. Fue el primer golpe duro de los que debería soportar la empresa familiar: la crisis de los tipos de interés, la bursátil, la competencia asiática, todo un conjunto de desgracias que les obligaron a malvender o cerrar la mayoría de sus negocios. Aquí es dónde, a partir de los noventa, entra en juego el carácter emprendedor e innovador de los dos hermanos para resurgir de sus cenizas.

—¿Qué nos puedes contar del propietario de SpaceVal? —preguntó Leonor.

—Maximiliano Delacroix, es el tío de Aurora. Según nos han confirmado desde la empresa acaba de llegar de los Estados Unidos de un viaje de negocios. Maximiliano es el más temerario de los dos hermanos. Un tipo que decidió abandonar la industria productiva pero que amasó una buena fortuna en la bolsa, gracias a una sociedad inversora.

—¿No tiene Aurora también una empresa de inversión? ¿Es la misma? —preguntó Leonor

La oficial negó con la cabeza.

—No tienen nada que ver, Aurora creó su pequeño imperio ella misma, sin ayuda familiar. Mientras que el padre de Aurora, Sebastián

continuó como pudo con los negocios del abuelo, su hermano Maximiliano hizo una carrera meteórica a finales de los ochenta y los noventa. Según hemos podido contrastar en Internet, negociaba con acciones y opciones, una forma de ganar dinero rápido. Luego, se metió en el negocio inmobiliario. No tardó en aparecer en la prensa del corazón como uno de los nuevos ricos, construyendo promociones por toda la costa. Le gustaba codearse con la jet set. Fiestas en Marbella, Ibiza, una cara familiar en las tertulias de las cadenas de televisión. Todavía se pueden encontrar fotografías de aquella época cuando poseía el yate más grande de España, casi sesenta metros de eslora, rodeado de la gente importante del país, mujeres espectaculares con vestidos de noche y copas de champagne, con el helicóptero al fondo posado sobre el barco.

—Bolsa y sector inmobiliario, la buena época para los especuladores.

—Así es, todo era lujo hasta la crisis inmobiliaria del 2008, con la caída de Lehman Brothers, la construcción se fue al garete. Cuando la burbuja explotó, Maximiliano quedó al borde la quiebra. El mayor yate de España se puso en venta y con él todo el glamour de aquellos años de ostentación. Se refugió en el anonimato hasta que, como un mago que saca un conejo de una chistera, en el 2015 crea una empresa aeronáutica que desarrolla satélites para el control del clima. El negocio evoluciona, y tan sólo tres años después empiezan con el desarrollo de cohetes para poner sus propios satélites en órbita. Un negocio pionero en Europa y con mucho futuro. En poco tiempo SpaceVal empieza a ser conocida, momento que Maximiliano aprovecha para aparecer de nuevo en los medios siempre que puede. Es un hombre que se gusta a sí mismo.

—¿La empresa va bien?

—No hemos encontrado nada que indique lo contrario.

Leonor inspiró con fuerza.

—¿Qué sabemos de Sebastián, el padre de Aurora?

—Sebastián es lo opuesto a Maximiliano, lleva más de veinte años fuera de la escena pública. Quienes lo conocen aseguran que es un hombre reservado, al que no le gusta el foco mediático. Centrado en sus negocios y su esposa.

—Desde luego no en su única hija —dijo Leonor.

—¿Pero no son gemelos? Dos gotas de agua en el físico, ¿cómo pueden ser tan diferentes en el fondo? —intercedió el subinspector.

Vega levantó los hombros.

—Jefa, ya te lo decía antes, la genética es caprichosa —apuntó Ramírez en voz baja.

—Es difícil encontrar información en las redes sobre Sebastián. Se estima que las cosas no le van mal, continuó con lo que pudo

mantener de los negocios familiares, sobre todo textil y la exportación. Es aficionado a la música clásica, a la que acude con su esposa de forma habitual al Palau de la Música, y actualmente apenas mantenían contacto con Aurora. Hemos confirmado con ellos la cita para mañana al mediodía. Están realmente preocupados por la desaparición de su hija, creen que le puede haber ocurrido algo malo.

—¿Has dicho que apenas mantenían contacto con ella?

—Eso nos dijo el padre por teléfono. Parecía verdaderamente abatido. No pudimos hablar con la madre, estaba bajo los efectos de la medicación. La mujer ha sufrido una crisis de ansiedad, le han recetado unos tranquilizantes y al parecer permanece fuera de juego.

Leonor asintió con la cabeza.

—Pasemos al plato principal.

La oficial carraspeó y dio un sorbo a un botellín de agua.

—Aurora Delacroix, treinta y dos años, *cum laude* en Ciencias Físicas y Ciencias matemáticas por la Universidad de Oxford y fundadora con tan sólo veinticinco de InverFénix, la empresa que revolucionó la forma de invertir en criptomonedas. Una mujer que pese a su inteligencia fuera de lo común, tiene problemas para relacionarse. La única amiga que hemos conseguido encontrar es su antigua profesora de la Universidad, la catedrática Maldonado.

—Esta última parte de los éxitos empresariales de la chica la conocemos mejor. Lo que me interesa es entender a la Aurora de niña y de joven, la que forjó ese carácter rebelde y cerrado.

Beatriz tomó en sus manos una carpeta. Empezó a leer en voz alta la primera página.

—Aurora Delacroix vino al mundo en Valencia en el año 1991. Es hija única. Su padre, Sebastián, tenía ya cerca de cuarenta cuando la tuvieron. Victoria por el contrario contaba con treinta y un años. Aurora asistió a un colegio de monjas en su infancia, pero desde bien pequeña fue una niña conflictiva. No le gustaba seguir las estrictas reglas de la institución. La expulsaron varias veces de clase, pero sus padres, fervientes católicos, nunca se plantearon cambiarla de colegio. También acudía a clases de danza en el Conservatorio de Valencia. A la edad de los doce años, Aurora acudió a un campamento espiritual en la sierra de Cuenca, una práctica habitual del colegio. Un viaje que le cambiaría la vida. A la semana de la convivencia, la niña se vuelve como loca y escapa. En la huida sufre un terrible accidente al ser embestida por una locomotora cuando cruzaba las vías. Un auténtico milagro que saliera con vida. Pierde la pierna izquierda y permanece en coma varios días, hasta que como en una película de sobremesa, despierta. Tras largos meses de recuperación, abandona Valencia y cursa el resto de sus estudios en un prestigioso colegio de Inglaterra.

Leonor la interrumpió.

—¿Qué ocurrió para que se volviera tan loca como para ser atropellada por un tren en su huida?

—No lo sabemos.

—Localizad a otras niñas que estuvieran con ella en el campamento. Alguna profesora, monja, quien sea. Han pasado muchos años, pero tal vez nos puedan contar algo.

Beatriz hizo unos garabatos en una de las hojas y prosiguió.

—Durante esa nueva etapa en el extranjero, Aurora apenas viene a España, como si no tuviera el mínimo interés en mantener el contacto con sus padres.

—Tan pequeña, menudo carácter —certificó el subinspector Ramírez.

—Así es. Cuando acaba el bachillerato, decide quedarse en Inglaterra y cursa sus estudios universitarios en Oxford. Únicamente vuelve a España para hacer la tesis doctoral en la Universidad de Valencia. Ahí es dónde entabla amistad con la profesora Clara Maldonado.

—¿Qué os ha dicho la mujer?

—Pues, que Aurora acudió a la Universidad la misma tarde en la que se produjo la muerte del ingeniero. Había ido para una charla con los estudiantes sobre la importancia de la ciencia.

—De modo que, aunque es reservada, sí que le gusta compartir su tiempo con los estudiantes.

—Eso parece. Es una habitual de la Universidad, bajo la única condición de que no se informe a los medios de comunicación, sólo a los jóvenes con ganas de aprender.

—¿Notó la catedrática algo especial ese día?

—Nada, tan sólo que tenía prisa. Al acabar, Aurora, se fue pitando.

—¿Le dijo por qué?

—No. Nos ha confirmado que Delacroix no es mujer de muchas palabras, ni tan siquiera con ella, la única amiga que le conocemos.

—Mañana pasaremos a verla, después de la visita a los padres.

Beatriz seguía revisando las hojas del dosier. Pasaron unos segundos hasta que retomó la palabra.

—Tenemos un dato curioso que hemos descubierto gracias a Google.

—Sorpréndeme.

—A pesar de la pierna ortopédica es una experta en deportes de contacto. Por lo visto, empezó con la defensa personal cuando se marchó con doce años a Inglaterra, pero ha practicado múltiples deportes a lo largo de estos años: boxeo, jiu-jitsu y karate. Actualmente, entrena los siete días de la semana.

—¿Y no ha hecho ninguna amistad en ese entorno?

Beatriz repasó las notas.

—No hemos encontrado nada. Acude de forma religiosa a primera hora de la mañana a un gimnasio que imparte varias disciplinas de artes marciales. Asiste a la clase, a las ocho se ducha y coge su moto para ir a toda prisa al trabajo. No se queda ni un solo día a desayunar con los compañeros en un bar próximo.

—Insistid por ahí, no me creo que nadie conozca un poco mejor a Aurora si acude a las clases diariamente.

La oficial prosiguió dando datos sobre las actuales actividades filantrópicas de Aurora Delacroix. Tras valorar toda la información, la conclusión era simple: se trataba de una mujer reservada, sin amigos, a la que, a pesar de su éxito empresarial, no le gustaba, al igual que a su padre, aparecer en los medios. Por el contrario, le agradaba el contacto con los estudiantes y dedicaba una gran parte de su patrimonio a proyectos filantrópicos, sin hacer alarde de su fortuna. Cuando la oficial acabó, la inspectora Guerrero lanzó la pregunta habitual al equipo.

—¿Alguna teoría sobre qué ha ocurrido?

El subinspector Ramírez tomó la palabra.

—Jefa, la joven Aurora Delacroix conoce por fin el amor al llegar a los treinta, un ingeniero aeronáutico apuesto, inteligente como ella, cansado de una vida en familia con dos hijas que empieza a asfixiarlo. Los dos descubren una pasión desconocida hasta el momento. Por fin, Aurora está disfrutando de la vida. A ambos, les gusta experimentar cosas nuevas, sensaciones diferentes, no se conforman con las que tenemos el resto de los mortales. No olvidemos que el dinero no es desde luego un problema para ninguno de los dos. Así que ella busca y alquila un apartamento a un precio disparatado dónde se pueden dar todo tipo de homenajes. Viendo el material que se encontró, ya me diréis. Cada vez necesitan algo nuevo, diferente, hasta que deciden obtener el placer mediante el ahogamiento durante la actividad sexual. Ya sabemos que hay gustos para todo y lo que está claro es que Aurora Delacroix es una persona que yo no catalogaría como normal. Empiezan jugando, pero poco a poco van a más y la cosa se les va de las manos. El hombre muere, delante de sus narices, por su culpa. Aurora se da cuenta de que va a ser difícil librarse de la acusación de homicidio imprudente. Presa del pánico, toma el camino más fácil: huir. Con la fortuna que atesora, sólo Dios sabe dónde estará ahora. Yo creo que nunca la encontraremos.

Leonor asintió con la cabeza antes de tomar la palabra.

—No te creas que no he pensado lo mismo —dijo la inspectora Guerrero—. Pero hay algo en esta historia que me chirría. Escuchad por un momento otra versión de los hechos. Compro la primera parte,

Aurora conoce por fin al hombre de su vida. Un ingeniero aeronáutico que trabajaba en desarrollar un motor que revolucionará los viajes espaciales. ¿Qué valor puede tener ese hallazgo en el mercado? Sin ser una experta, podemos imaginar que una fortuna. Y cuándo hay una fortuna de por medio, la ambición del ser humano no tiene límites.

—¿Qué insinúas jefa?

—No insinúo nada. Pero me pregunto ¿por qué un hombre en apariencia felizmente casado decide poner en riesgo su matrimonio para tener sexo con una mujer como Aurora Delacroix? Si ella estaba de alguna manera enamorada de él, ¿cómo es posible que ese juego de asfixia se le fuera de las manos como para perder la vida? Imaginemos ahora que Aurora ayuda a Ram a conseguir un motor revolucionario. La chica es muy inteligente, ya conocemos su currículum. Si consigues a Aurora, tal vez consigues la tecnología que puede revolucionar los viajes espaciales ¿Y si alguien nos quiere hacer creer que Aurora es la culpable y una vez desaparecida, caso cerrado?

El subinspector Ramírez reflexionó en silencio sobre la hipótesis de Guerrero. Vega, al cabo de un momento, comenzó a asentir mecánicamente.

—Joder, jefa —dijo con cierta cara de pasmo—. No se me había ocurrido.

—Puede ser falso de principio a fin —le previno Leonor—. Por eso es tan importante que consigamos encontrar cuanto antes a Aurora Delacroix, si es que sigue con vida.

9

Tras el reconfortante baño de agua caliente, Aurora se deslizó en un pijama afelpado de manga larga de Diego. Con el cuerpo ya templado, se sentó a la mesa de la cocina mientras su salvador gallego manejaba los fogones. Diego había sacado un tupper del congelador y calentaba el contenido en una olla, removiéndolo con una cuchara de madera. El hombre se giró y miró a Aurora con cara paternal.

—Este caldo con grelos es capaz de revivir a un *morto*.

Sirvió un plato sopero lleno hasta los bordes. Luego, se dirigió hacia una nevera de vinos. Sacó una botella de un Rioja variedad tempranillo, y justo cuando se disponía a clavar la espiral del sacacorchos, Aurora le interrumpió.

—No deberías beber más alcohol.

Diego se detuvo, visiblemente indeciso, sin saber bien qué decir.

—Y menos si vas a coger el coche, como cuando me encontraste. Por poco tienes un accidente.

La tonalidad de la cara del Pibe adquirió un color más rojizo. Por un momento, pareció que iba a arrancar a hablar, pero dejó el plato delante de Aurora con un gesto brusco y se alejó. Delacroix no se inmutó. Apartó las costillas y el chorizo y devoró el resto. Cuando estaba acabando, Diego regresó a su lado.

—¿No te gusta la carne?

—Hace años decidí dejar de comerme a otros animales vivos.

El gallego negó con la cabeza.

—Las grasas y las proteínas animales nos permitieron convertirnos en *Homos Sapiens*. Si dejas de comerlas, tendrás carencia de vitamina B12, de microelementos como el zinc, el selenio…

—Alto, ¿este sermón es por lo que te dije sobre el alcohol?

El Pibe se paró en seco, ya continuación se puso a reír.

—¡*Carallo!*, vaya carácter. Tienes razón, lo del alcohol fue una mala decisión.

—Una decisión que tal vez me salvó la vida —matizó ella con una leve sonrisa.

Diego sacó una cafetera italiana y abrió un bote de cristal de cierre hermético lleno de café molido para rellenarla. Pronto, el aroma a café recién hecho se propagó por la cocina, envolviéndolo todo. Aurora revivió sus incontables noches en vela con un tazón humeante entre sus manos, todavía algo temblorosas. Desde el Día en que Todo se Jodió, cada vez que un enigma se cruzaba por su cabeza, éste se convertía en una obsesión enfermiza.

—¿Quieres una taza? —le preguntó el Pibe—. Presiento que la noche va a ser larga.

Un sutil asentimiento de Aurora fue suficiente para que Diego le sirviera una taza de café. Delacroix la rodeó con lo dedos, se la aproximó a la boca e inspiró fuerte por la nariz. La invadió una paz reparadora. Tras un rato en silencio, con los ojos cerrados, dijo con voz firme.

—Nada de preguntas personales ni sobre mi pasado.

El Pibe asintió, se sirvió a su vez un vaso grande de café y tomó la silla frente a la de Aurora.

—¿No sabes quién soy? —preguntó Delacroix.

El hombre la miró de arriba a abajo, con detenimiento, como si estuviera evaluando la calidad de un animal en una granja. Negó con la cabeza.

—¿No tienes contacto con el mundo exterior? —prosiguió ella.

El Pibe profirió una pequeña carcajada.

—¿Tanto se nota? —le dio un largo sorbo al vaso—. Tranquila, no me importa ni tu pasado ni quién eres. Una vida dedicada al periodismo como corresponsal de guerra tiene sus consecuencias. Es curioso, comencé mi carrera con veinte años, no por vocación, más que nada buscaba vivir las aventuras que había leído durante mi juventud, *Los tres mosqueteros*, *La isla del tesoro*... Estupideces de chaval, *carallo*. A esa edad, consideraba la guerra como una aventura fascinante, la escapatoria ideal para una vida monótona que odiaba. Con el tiempo aprendí que el problema mayor de la humanidad no es la maldad, sino la estupidez. La combinación de poder y estupidez es devastadora. Y se da más frecuentemente de lo deseable. De modo que ahora vivo aquí, en mi propio mundo, aislado de un planeta que sigue girando pero que no me interesa —Diego bajó el tono de voz, como si le fuera a contar un secreto—. Te voy a ser sincero, los horrores de los conflictos armados me han proporcionado una visión desilusionada de la naturaleza humana.

Aurora alzó su taza.

—Brindo por esas palabras, no puedo estar más de acuerdo —le dio un trago al café—. ¿Cuándo lo dejaste?

—Una noche en los burdeles de Cali, lejos del fragor de la guerra, coincidí en una mesa con un par de reporteros veteranos. Tipos curtidos por la barbarie, hombres desorientados en tiempos de paz, que merodeaban entre copas y desahogos, sin rumbo fijo por locales turbios. Constaté con el paso de los años, que los que llegaban a envejecer, que eran pocos, lo hacían mal. Yo no quería acabar como ellos, de forma que llegué a una conclusión.

Tomó de nuevo el vaso y apuró de un trago su contenido. Luego, con calma, se sirvió más café.

—¿A qué conclusión llegaste? —preguntó Delacroix.

Diego esbozó una sonrisa cálida.

—El periodismo de guerra es bueno mientras uno sepa salirse a tiempo.

Aurora observó con detenimiento al hombre. La tez morena, surcada por cientos de arrugas, unos ojos acerados que reflejaban una mezcla de dureza y profundidad, probablemente los de una vida llena de experiencias extremas. El cabello canoso en las sienes, corto y bien cuidado, que en su juventud debió de ser muy diferente, pero sobre todo lo que le llamó la atención fue su sonrisa genuina y amable.

—¿Y cuándo fue eso?

Sus párpados se entornaron.

—En la guerra civil de El Salvador vi cadáveres de niños atados con alambre y quemados con cigarrillos. Cuando se presencia semejante barbarie, llega un momento en que las cargas en la conciencia se vuelven demasiado pesadas —se quedó pensativo, observando cómo se elevaba el humo del vaso—. Lo dejé hace ya quince años.

—¿Y desde entonces?

—La escritura.

Aurora dejó caer la taza sobre la mesa, los ojos muy abiertos.

—¿Eres escritor?

—Escribo para otros. No me interesa el circo mediático, eso se lo dejo para los que disfrutan del mundo actual, pegados a una pantalla, sometidos al yugo de las redes sociales. Yo pertenezco a otra época, una muy diferente. Mi primera novela llegó tras una larga enfermedad tropical que me dejó en cama durante meses. Ahí empezó la transición, la metamorfosis del periodista al escritor, un proceso en el que todavía me encuentro inmerso.

—¿Nunca has publicado nada con tu nombre?

Negó con la cabeza.

—Jamás. Me pagan de forma vergonzosamente generosa. Para la editorial mis novelas son sinónimo de superventas. El acuerdo al que llegamos es que se firmaría con un pseudónimo y nadie debe conocer al autor que se esconde tras las obras. Mi agente es consciente de que, si se quebranta la norma del anonimato, me perderían para siempre. En los tiempos que corren, no está el mercado editorial para jugársela. Tal como están las cosas, todos ganamos, nadie tiene interés en que cambien.

Diego se levantó para andar unos metros hasta quedarse plantado frente al gran ventanal, mirando hacia el mar con las manos a la espalda.

—Si no hubiera sido por la previsión de tormenta para los próximos días, esta noche estaría en mi pequeño velero navegando

rumbo a Córcega. A última hora lo cancelé.

Aquella aseveración pilló algo por sorpresa a Aurora.

—Siempre me he preguntado cómo es estar solo en el mar. Debe ser intimidante, ¿no?

Delacroix comprobó la cara de satisfacción del hombre.

—Una vez conoces tu velero y el mar, se convierte en una especie de danza. Ahora bien, a veces el mar no quiere bailar, *é moi fillo de puta*. Él está ahí, esperando a que cometas un error —matizó por lo bajo—. Por mucho que planifiques el viaje, puede reventar tus planes en un santiamén. Una vez me pilló una tormenta cerca de las Islas Baleares, me sorprendió justo después del crepúsculo. Yo estaba solo en el velero. Cada tormenta tiene su propio carácter, su propio desafío. El mar te da pistas. El primer indicio fue un cambio en el viento, una brisa que de pronto se tornó fría y mordaz, como un presagio. Luego, el cielo, antes un lienzo tranquilo, se cubrió de nubarrones. Las olas comenzaron a levantarse, montañas de agua oscura que amenazaban con tragarse todo a su paso. El velero se mecía y crujía, como un animal vivo bajo mis pies. Pero ahí radica la esencia de la navegación: en entender que tú y tu embarcación debéis trabajar juntos, en armonía con el mar, incluso cuando está furioso.

—¿Qué se siente en esos momentos? ¿Miedo, emoción?

—Es como si el mar te pusiera a prueba, te muestra lo pequeño que eres frente a su inmensidad y, al mismo tiempo, te recuerda lo fuerte que puedes llegar a ser —Diego regresó a su lado—. Quizás somos nosotros quienes le damos significado a esos momentos, buscando una conexión más profunda con este mundo inmenso y misterioso. Pero sí, me gusta pensar que el mar tiene sus formas de hablar con nosotros y ha vuelto a hacerlo de una forma clara.

Aquellos ojos acerados se clavaron en Aurora antes de continuar.

—Quería que yo estuviera en tierra, cerca de ti, para ayudarte.

Delacroix empezó a ver a ese hombre con unos ojos diferentes. Acabaron el café y él la acompañó hasta una habitación de la planta superior que había acondicionado mientras ella se bañaba. Se despidió recordándole que le podía importunar para cualquier cosa que necesitara, sin importar la hora.

—Ah, se me olvidaba. Yo duermo justo ahí —señaló hacia una puerta que estaba un poco más adelante en el pasillo—. Si ronco, puedes golpear en la madera hasta que me calle. Voy a recoger la cocina y a fregar platos. Espero que descanses bien. Buenas noches.

—Buenas noches, Diego.

Aurora se metió en la cama. Se tapó hasta el cuello con la colcha. Las sábanas, blancas inmaculadas, olían a lavanda. Se pasó hasta casi el amanecer analizando la situación, sin pegar ojo. Su futuro pendía

de un hilo y debía jugar sus cartas con sumo cuidado, aunque la mano que el destino le había repartido no era la mejor.

A su cabeza volvió Ram. Tras tantos años sin confiar en un hombre, y por una vez que lo hacía, había resultado un engaño. Maldito cabrón. No merecía la pena derramar ni una sola lágrima más por él. Ir a la policía e intentar explicar lo que había ocurrido, significaba sellar su destino. La maldita policía judicial a cargo de la investigación ya debía haber puesto precio a su cabeza, eso sin olvidar al fiscal de turno, que se debía frotar las manos con el caso que le había caído para su promoción. Por no mencionar a la prensa, que seguramente ya había tomado partido. Se podía imaginar los titulares: «La multimillonaria hija de Sebastian Delacroix mantenía una relación de alto voltaje con un brillante ingeniero de la empresa de su tío, un hombre casado y padre de dos hijas que había caído en las redes de la misteriosa científica».

Aurora era consciente de que todos los indicios apuntaban a ella, y demostrar su inocencia no le iba a resultar nada sencillo. La justicia era una mierda, eso lo sabía por propia experiencia. El Día en que Todo se Jodió había quedado meridianamente claro que no se podía confiar en el sistema. Sólo ella podía arreglar ese entuerto. Destapar la verdad estaba únicamente en sus manos. Al menos tenía un plan. Tan sólo necesitaba disponer de los recursos necesarios y ponerlo en marcha.

10

A la mañana del día siguiente, Clara Maldonado, catedrática de inteligencia artificial de la Universidad de Valencia, aguardaba a los inspectores de la policía en su despacho del campus de Burjassot. Cuando la inspectora Guerrero y el subinspector Ramírez entraron, la mujer se encontraba en medio de una videoconferencia. La profesora hablaba un inglés fluido que a Leonor le pareció perfecto, al menos infinitamente mejor de lo que ella misma era capaz de comunicarse en la lengua de Shakespeare. La mujer les hizo un gesto con la cabeza y mostró los cinco dedos, los minutos que les pidió que esperasen afuera. No habían pasado ni dos, cuando abrió la puerta para hacerlos pasar.

—Disculpen la espera, estaba finalizando una reunión importante —se excusó Clara.

—No hay problema, señora Maldonado —respondió Leonor, extendiendo su mano—. Le presento al subinspector Ramírez. Yo soy la inspectora Guerrero.

Leonor le tendió la mano y la catedrática la apretó con fuerza. A continuación, repitió el mismo gesto con su ayudante.

—Tomen asiento y disculpen el desorden.

La mujer intentó arreglar sin mucho éxito el caos de su escritorio. Leonor observó la multitud de libros, folios y carpetas que se acumulaban por el despacho. Lo consideró normal para una mente creativa, lo que realmente la dejó asombrada fue la interminable lista de fórmulas incomprensibles garabateadas sobre la pizarra que tenía delante.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre Aurora Delacroix —comenzó Guerrero.

—Por supuesto —dijo con un semblante repleto de consternación —. No doy crédito a lo que dicen los medios de comunicación.

—Siempre exageran, hace bien en no darles crédito. ¿Desde cuándo se conocen?

—Desde hace bastantes años. Un día se presentó en este mismo despacho con un propósito claro: quería que le dirigiera el doctorado. Al describirme su trayectoria, un *cum laude* en Ciencias Físicas y Matemáticas por la Universidad de Oxford, y su proyecto en desarrollar un algoritmo para la inversión en criptomonedas, pensé que sus intereses eran puramente económicos. La inteligencia artificial tiene un potencial revolucionario en el mundo de las finanzas, incluyendo el *trading* automático, la seguridad de datos y el análisis predictivo del mercado. Pero me equivocaba —la mujer se recostó

sobre la silla—. Aurora tenía una visión que iba más allá de lo lucrativo, una mente brillante, inusualmente poderosa. Con el tiempo descubrí que su interés no era económico sino vocacional. En realidad, su visión era más altruista. Su verdadera intención era retomar el contacto con la Universidad para inspirar a los jóvenes, e inculcarles la pasión por la ciencia.

—Entiendo —dijo la inspectora Guerrero—. Usted fue la última persona en ver a Aurora antes de su desaparición, la tarde en la que supuestamente acudió al apartamento en el cual apareció muerto un hombre. Si mis notas son correctas —rebuscó en la libreta—, había acudido a la Universidad para impartir una charla a los estudiantes sobre el poder de la ciencia.

—Así es.

—¿Le dijo algo o se comportó de un modo especial?

—Era la Aurora de siempre, sin tapujos, con su cazadora de cuero, la falda bien corta y esas pinceladas de maquillaje oscuro en el rostro. Siempre con prisas, pocas palabras, deseosa de compartir su experiencia con los estudiantes, pero... —Clara se detuvo, como recordando algo perturbador.

—Pero ¿qué? —instó Guerrero, percibiendo una pista.

—Es curioso, pero hace un par de semanas mencionó algo sobre un proyecto que absorbía todo su tiempo. Dijo que era algo grande, algo que cambiaría las reglas del juego. No me dio detalles, pero estaba ilusionada —Clara parecía sumida en sus pensamientos.

—¿Algo relacionado con su trabajo aquí? —preguntó Ramírez.

—No. Aurora era reservada sobre sus proyectos personales. Pero su tono... había algo diferente en su voz.

Guerrero y Ramírez intercambiaron una mirada.

—¿Habló de alguna relación nueva o de algo diferente en su vida? —preguntó Leonor.

—Aurora nunca hablaba de sus relaciones personales y yo jamás le pregunté al respecto. Lo único que les puedo decir es que, durante todos estos años, jamás le conocí ninguna pareja.

—Entiendo. Entonces no le comentó si había conocido a alguna persona recientemente.

—No —dijo Clara al tiempo que negaba con la cabeza— Pero estoy completamente segura de que Aurora no es la responsable de ninguna muerte, pondría la mano en el fuego por ella —apostilló en un tono de firme convicción.

La conversación se alargó sin más avances significativos y al cabo de unos minutos los policías se despidieron no sin antes pedirle que si recordaba algo o tenía noticias de Aurora les informara inmediatamente.

Leonor consultó su reloj. Pasaban unos minutos de la una de la tarde. Recordó que su hijo acababa el instituto los miércoles a mediodía y echó mano de su teléfono móvil.

—Hola mamá, ¿va a ir a comer Marquitos a casa?

—Sí —respondió ella—. ¿Es que vas a venir por aquí?

—¿A qué hora te dijo que llegaría?

—A las dos y media.

—Sí que me pasaré, pero no le digas nada —iba a colgar cuando añadió—. Ni a él ni a papá.

Luego se dirigió a su compañero.

—Vamos a tomar algo.

Los policías caminaron por las serpenteantes calles del centro de Valencia, cercanas a la comisaría, entre edificios con fachadas en tonos pastel, adornados con balcones de hierro forjado y persianas de madera bajo un sol cálido que invitaba al paseo. El murmullo de las conversaciones y el tintineo de la vajilla provenían de la multitud de cafés y bares que salpicaban la ruta. Continuaron por la Avenida del Oeste, bulliciosa y llena de vida, con tiendas de recuerdos, boutiques y librerías. Cuando llegaron a la magnífica estructura de hierro y de cristal del Mercado Central por la entrada frente al edificio de La Lonja de la Seda, Ramírez preguntó:

—¿Dónde la última vez, jefa?

Leonor asintió y se adentraron al ritmo rápido de la inspectora bajo una luz tamizada por las vidrieras de colores de las cúpulas del techo que teñían el interior de ámbar. Una danza de vendedores, compradores locales y turistas se movían con ritmo propio, y los policías debieron ponerse uno tras otro para ir sorteando a la multitud que abarrotaba la zona entre un murmullo de voces sobre la calidad del género, los precios y los pesos que reverberaba junto a los aromas a pescado y marisco. Transitaron así hasta que alcanzaron un pequeño bar en una de las esquinas. Se sentaron en la barra, dónde un camarero de gran mostacho les ofreció como menú un gesto hacia las tapas dispuestas tras el cristal.

—Un par de cañas, calamar plancha y una ración de jamón —pidió Leonor.

—Y algo de *esgarraet* —añadió su ayudante.

—¿Te estás cuidando?

—No jefa, es que aquí lo hacen de lujo.

Cuando les trajeron la cerveza, Guerrero se llevó el vaso a los labios y miró hacia afuera, dónde unos jóvenes se movían entre risas y aspavientos con sus mochilas a la espalda.

—¿Estás pensando en Aurora Delacroix o en tu hijo?

—¿Cómo?

—Ya me has oído —sonrió Ramírez.

—Claro —dijo Leonor regándose otra vez la garganta—. Otra cerveza —su índice señaló el vaso y el camarero no tardó en llenárselo de nuevo.

—Jefa, una pregunta —el subinspector la observaba fijamente—. ¿Piensas que Delacroix es inocente?

—Esa mujer me cae bien, pero lo que yo piense no importa. Lo crucial es consolidar unos hechos tan sólidos como el hormigón armado para poder presentarlos ante el jurado. Necesitamos pruebas objetivas e innegables que permitan a los miembros impartir justicia con total claridad, en eso consiste nuestro trabajo.

El camarero dejó el plato de *esgarraet* y de jamón sobre la mesa y la visión de la comida aplazó la conversación. Luego llegó el calamar plancha recién hecho, un ejemplar hermoso con salsa verde esparcida con arte sobre el lomo. El animal estaba marcado con cortes transversales, pero Leonor cogió el cuchillo de sierra que acompañaba al plato y lo cortó en su totalidad. Pinchó una de las anillas centrales, dorada y humeante y la observó un momento. Luego se la llevó a la boca. Cerró los ojos mientras disfrutaba de ese gusto mezcla de salado y dulce que ahora los expertos llamaban umami. Habían acabado con la comida, cuando Ramírez volvió a las preguntas.

—¿Crees que la encontraremos?

Guerrero tuvo la tentación de devolverle una respuesta absurda, pero venció su impulso inicial y acabó mojando pan en el aceite del *esgarraet* antes de que el camarero retirara el plato. Pagaron la cuenta y de camino a la comisaría, Leonor paró en uno de los puestos que conocía, compró jamón ibérico de bellota y un queso manchego trufado.

—Cómo se va a poner de contento el crío —comentó Ramírez por lo bajo.

Pilar, la madre de Leonor, abrió la puerta. Se secó las manos en la tela de la falda y le estampó un beso en cada mejilla.

—Qué ilusión verte —a continuación, bajó el tono de voz—. Está en la salita. Te hice caso y no le he dicho nada, a ver cómo se lo toma.

—Papá, ¿está en su siesta de tres a cuatro?

Su madre asintió y la sujetó del brazo sin dejar de caminar. Leonor no recordaba con seguridad la última ocasión en que había recorrido aquel pasillo. Habían transcurrido al menos tres semanas, o podía ser que alguna más desde la última vez que los había visitado. Debía dedicar más tiempo a sus padres. Se hacían mayores y el día que ya no estuvieran se arrepentiría de no haber compartido más con ellos.

Vio a su hijo tumbado en el sofá, con las zapatillas de deporte en

el suelo, los vaqueros de camales anchos y una sudadera negra en la que ponía con letras grandes: «Rebelde con Causa». El acné había empeorado en ese par de días que no lo había visto, al menos el flequillo en línea recta que se había dejado crecer hasta las cejas lo disimulaba. Cuando la vio entrar, el gesto del chico cambió.

—¡Mamá! —se incorporó, sobresaltado—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. Mira lo que te he traído.

Leonor sacó el paquete de jamón y el queso y se los tendió a su hijo, que hizo caso omiso.

—Es el manchego curado con trufa, el que te gusta.

Marcos se levantó, como si no fuera con él.

—Anda, dame un beso —dijo ella.

La inspectora fue más rápida en acercar sus labios que él en quitar la cara. Tras el beso, el chico se pasó la manga por la mejilla.

—Tengo que estudiar.

Fue su parca respuesta. Cogió las zapatillas y salió de la sala. La abuela levantó las manos y ambas cejas antes de confesar en voz baja.

—Ya le conoces, cuando está enfadado no hay quien lo aguante. Hija, dime, ¿es cierto lo qué dicen de esa mujer, Aurora Delacroix?

—Mamá, ya sabes que no puedo contarte nada del caso.

—Carla, la vecina del segundo, me ha asegurado que tuvo un accidente de niña que la dejó medio chalada. Ahora la joven se habría convertido en una adicta al sexo, una mujer de esas a la que le gustan las cosas raras —le confesó como si le estuviera contando un secreto —. Sólo Dios sabe lo que le haría a ese pobre ingeniero antes de cargárselo. Padre de dos criaturas, desde luego no hay derecho.

—Mamá, por favor, no hagas caso de lo que dice Carla. Esa mujer tiene una imaginación desbordante, debería dedicarse a escribir. Seguro que le iba mucho mejor que dedicándose a cotillear todo el día por la escalera.

Leonor se acercó hasta la habitación dónde Marcos dormía cuando se quedaba en casa de sus padres. Su hijo se había sentado y tenía encendido el portátil.

—Marcos, ¿es cierto eso que dicen sobre el Chat ese? —preguntó la inspectora— ¿Que le pides lo que necesitas y él se encarga de hacer el trabajo por ti?

Su hijo la miró con dureza.

—Más ayuda que la tuya, desde luego sí que es.

La inspectora intentó varias vías de conversación que resultaron fallidas hasta que, frustrada, volvió a la comisaría.

11

Hacía un día primaveral cuando Diego *El Pibe* se puso al volante de la furgoneta Citroën y se dirigió hacia Calpe por la nacional 332. Los reflejos dorados del sol sobre la lámina azul uniforme al costado de la silueta granítica del Peñón dejaban intuir que la tempestad había dado paso a la calma. Diego confirmó que se daban las condiciones climatológicas perfectas para salir a navegar con el velero, escaparse unos días de todo y disfrutar de la tranquilidad del barco. Aquellos hubieran sido los planes de no ser por la joven misteriosa que el destino había puesto en su camino, como una señal para redimirse del pasado.

Pensó en Aurora Delacroix. Lo que más le sorprendía de la joven era el aplomo y determinación que mostraba. Recién afeitado y duchado, no se había ni tan siquiera sentado a la mesa para tomarse el primer café de la mañana, cuando aquella joven se había plantado frente a él, con dos hojas garabateadas con toda una serie de cosas que necesitaba. Ella le explicó que tenía un plan y se aseguró de que marchara rápido, sin perder un minuto, para ayudarla con su estrategia. Él no había opuesto resistencia. A pesar de la, en cierta manera, soberbia de sus palabras, el Pibe constató con una pequeña sonrisa que le caía bien esa mujer tan segura de sí misma, tal vez algo dominante, delgada hasta el extremo, pero que transmitía una fortaleza cómo nunca había visto con anterioridad.

Diego aparcó el coche en su plaza del Club Náutico de Calpe. Al bajar, respiró primero con los ojos cerrados ese aroma a salitre y gasóleo para a continuación abrirlos y levantar la cabeza. Sobre la cima rocosa del Peñón, bajo un cielo limpio, una pequeña nube giraba sin cesar en un torbellino infinito. Le pareció distinguir en lo alto de la cumbre un par de siluetas, dos pequeños puntos que se movían en la distancia, pero no estaba seguro. Ya no podía confiar en su visión como antaño. El Pibe se quedó pensativo hasta que el graznido de una gaviota que volaba bajo le hizo volver en sí. Cuanto antes empezara, antes acabaría con la lista de Aurora.

Pasó al lado de un par de barcos pesqueros que estaban amarrados y se mecían con suavidad al resguardo del espigón portuario. Conocía a los patrones y las tripulaciones de la flota pesquera amarrada, a buen resguardo, en el puerto. Se componía mayoritariamente de buques de arrastre y embarcaciones destinadas para artes menores. Esa mañana, dos buques no habían salido a faenar con el resto. Diego intuyó algún problema mecánico, en el motor o los

aparejos, pero no tenía tiempo para aclararlo con los marineros, de modo que desvió la mirada no fuera a ser que se enzarzara en una interminable discusión que acabaría como solía ser habitual sobre el fútbol y el mar.

Al franquear la barrera de acceso de los coches cruzó uno de los bulevares más conocidos de Calpe. Una explanada junto al puerto repleta de locales para degustar las delicias que ofrecía el mar mediterráneo. El habitual bullicio de la zona de restaurantes parecía a esa hora un cementerio, carente de vida, sin transeúntes. El espectáculo con las mesas atiborradas de turistas bajo los toldos de colores, los mostradores repletos de género y las voces de los camareros que invitaban a un vaso de sangría a quien gustara recibir la explicación del menú, no había empezado a esas horas matutinas.

La escena que Diego había contemplado cientos de veces tras una mañana agotadora de navegación con su velero de quince metros de eslora se limitaba a un joven que fregaba con ahínco el cemento frente al expositor principal del local. Uno de los múltiples restaurantes en el que todavía no reposaban fuentes de pescados y mariscos sobre una cama de hielos de la cámara frigorífica. Pensar en las delicias del mar, hizo que le entrara hambre, pero no podía perder ni un minuto.

El Pibe anduvo a paso rápido hasta una tienda de electrónica y telefonía. La dependiente era una joven que no debía llegar a los veinte años. Diego no se fijó en ella, hasta que al pagar la cuenta de casi cuatro mil euros por un portátil último modelo, tres smartphones de última generación y sus correspondientes tarjetas para móvil de prepago con datos, la chica entreabrió la boca y la bola metálica del piercing en la parte interna de la lengua brilló bajo el foco como una extraña perla. Por un instante, Diego pensó que el mundo giraba a una velocidad mayor a la que él podía circular.

De la droguería que visitó a continuación se llevó dos botes de tinte de color negro y un set completo de maquillaje, rímel, pintalabios bien llamativos, colorete y un pincel que aseguraba enmascarar las pecas del rostro. Le costó bastante más tiempo encontrar el alisador de pelo, junto con las uñas y pestañas postizas que Aurora había subrayado en la lista. Finalmente, pudo conseguirlas en una tienda que le pareció de esas de bajo coste, pero en la que una amable dependienta había resuelto sus dudas con una eficiencia digna de las boutiques de alta costura de Paris.

Cansado, tras lo que consideró un primer tiempo de partido exigente que había ganado por un contundente marcador de 3-0, decidió parar en un bar a tomarse un café. Aprovechó ese momento para sacar las hojas que llevaba plegadas en la chaqueta tweed y se apoyó las lentes de cerca sobre el puente de la nariz. Se tomó unos

segundos de sosiego al acabar el primer sorbo del café. Consideró que estaba mayor de lo que pensaba cuando aceptó el encargo de Aurora. Los años sin acción no pasaban en balde, pero la adrenalina que circulaba en esos instantes por sus venas compensaba, sin el menor atisbo de duda, las complicaciones que podrían cruzarse en esa aventura.

Luego, con calma, volvió a releer la extensa lista que la chica había garabateado sobre los folios. Según señalaba con el dedo índice, repasaba mentalmente cada uno de los objetos indicados para asegurarse de que no se había dejado nada. Era consciente de que su cabeza, con los años, había perdido agilidad. Satisfecho con el resultado, una vez acabó con la primera hoja, pasó a la siguiente. Sonrió al pensar que hacía muchos años que no iba a comprar ropa para una mujer. Tantos, que ni se acordaba de cuántos. Apuró la taza, relamió la cuchara con el poso del café reseco, dejó un par de euros en la mesa y emprendió de nuevo su inesperada e intensa jornada de compras.

Las dos mujeres, madre e hija, dejaron lo que estaban haciendo y se centraron en atender a Diego, que empezó pidiendo, algo recatado, la ropa que Aurora le había indicado en los folios. No hubo problemas para la camisa blanca de seda ni el traje de chaqueta negro con zapatos de tacón estilete del mismo color del traje. Tampoco con la extensa lista de prendas, una importante variedad de modelos que Diego intuyó serviría a la joven para cambiar su estilo habitual. El tema se torció al llegar a la lencería. Diego revisó con serenidad la hoja antes de hablar.

—Quiere un sujetador *push-up* —dijo con firmeza.

Aquellas palabras en inglés que Diego desconocía, pero que rápidamente intuyó lo que indicaban, habían sido subrayadas con un trazo grueso por Aurora. Las dos mujeres le miraron fijamente, sin decir palabra. El Pibe carraspeó antes de continuar.

—Todo esto es para mi hija —simuló una sonrisa mientras recordaba a Delacroix enfundada en su pijama, una mujer asustada, sin apenas pecho—. Creo que necesita que los chicos se fijen en ella y le da vergüenza salir de compras. Es importante que el sujetador resalte su busto —Diego se llevó las dos manos al pecho e hizo un gesto de generosa amplitud—. Ya me entienden, ¿no?

Ambas le miraron, en silencio, hasta que la madre habló.

—¿Sabe cuál es el problema?

Diego entornó los ojos, sin desviar la mirada de los suyos, pero no quiso decir nada. La mujer permaneció un momento en silencio, mientras su hija la observaba, expectante a lo que iba a relatar. Apoyó ambas manos sobre el mostrador, tomó aire con lentitud, para a

continuación mirar con dureza al Pibe.

—El problema es la televisión con todos esos programas basura —bajó la cabeza, para acercarse más a él—. No puede ser que te sientes después de una jornada de trabajo o estudio, para pasar un rato agradable, le des al mando y todas las que aparezcan hayan pasado por un taller de chapa y pintura.

—¿Un taller? —preguntó Diego.

—Usted ya me entiende —la madre le guiñó el ojo para a continuación relatar a toda velocidad las variadas opciones—, silicona en los labios, en el pecho, bótox para las arrugas, tensores...

—¿Tensores? —el Pibe no pudo evitar la interrupción.

—Sí, para combatir las arrugas —terció la mujer con determinación al tiempo que con ambas manos tiraba hacia atrás la piel de las sienes—. Rejuvenecimiento facial sin pasar por quirófano. Los médicos insertan hilos tensores debajo de la piel para combatir la flacidez facial. Pueden ser colocados en el cuello, la papada, la ca…

—Mamá, por favor —intercedió la hija.

Definitivamente El Pibe se convenció que el mundo giraba más rápido de lo que él lo podía seguir.

—*Xiqueta, deixam* —la mujer se giró hacia Diego—. No podemos vivir así, siempre perfectas, jóvenes, como si el tiempo no pasara. Las chicas de hoy en día no pueden ser felices, demasiada presión. En los ochenta, ¿se acuerda usted de la frase sobre la moda que lanzó Adolfo Domínguez?

El Pibe se mantuvo unos segundos pensativos, hasta que dijo:

—La arruga es bella.

—*Exactament, això ho tenen que aprendre els joves* de hoy en día.

—Mamá, *per favor* —el rictus de la hija se tensó—. Deja que este hombre compre lo que su hija necesita —se giró hacia él—. Un *push-up* que resalte el contorno y con buen relleno, que ponga las cosas en su sitio.

El Pibe sonrió con una ligera inclinación de la cabeza y tras una pequeña discusión sobre la talla y el número de copa, la joven desapareció para volver con un par de cajas serigrafiadas con la imagen de una modelo de generosas curvas. Ambas mujeres quedaron más que satisfechas cuando El Pibe pagó la compra. No debía ser habitual una venta por ese importe recién abierto el establecimiento.

Al salir de la tienda, Diego apenas podía cargar con la multitud de bolsas, de modo que sacó los zapatos de las cajas, para que ocuparan menos espacio y las tiró a una papelera. Cuando reemprendió la marcha casi se da de bruces con un tipo de mediana edad, alto, que calzaba botas camperas llamativas, lucía una gran barriga cervecera, bigote claro y una coleta. Sus miradas se cruzaron. Una mirada que le recordó a la de un matón de pistola fácil que

conoció en un bar de Tijuana. Un tipo peligroso en la que, por primera vez, con botella de tequila de por medio, Diego temió por su vida. El Pibe percibió como el individuo le seguía con la mirada mientras se alejaba. Durante el resto del trayecto hasta el automóvil, Diego se detuvo en un par de ocasiones ante un escaparate que hacía de espejo, para comprobar si alguien le seguía. Desconfiaba, pero comprobó que no había sido más que una falsa alarma.

Los restaurantes al lado del puerto empezaban a animarse de transeúntes curiosos, bajo un sol cálido que había templado el ambiente fresco de la mañana. Diego se hubiera quitado de buena gana la chaqueta, pero no tenía brazos suficientes para llevarlo todo, de modo que cuando se sentó en la furgoneta, las gotas de sudor le resbalaban por las sienes. Se las secó con un pañuelo y se mantuvo quieto, las manos sobre el volante, la mirada sobre las calles adyacentes. –Nada, ni rastro de ese hombre, –murmuró por lo bajo. Tal vez se estaba volviendo paranoico. Arrancó el motor y puso rumbo al chalé.

Lo primero que hizo Aurora Delacroix cuando Diego llegó con las compras a la casa, fue encender el ordenador y conectarlo a Internet a través del teléfono móvil. El Pibe pensaba que querría usarlo para ver la prensa, sin embargo, al preguntarle, ella le explicó que tenía que descargarse TOR, el navegador que permitía el acceso a la *Dark Web*. Diego no tenía muy claro en esos momentos que quería decir, pero observaba atónito cómo los dedos de la chica volaban sobre el teclado a una velocidad que él ni tan siquiera podía imaginar. Se consideraba un incompetente en la materia, pero pronto se percató de que Delacroix manejaba los ordenadores como el mismísimo diablo. El Pibe todavía escribía a mano, con estilográfica, y cuando había repasado el borrador de sus novelas al menos cinco veces, repleto de rayones y correcciones, se lo hacía llegar a su editor, que se encargaba del proceso de edición y maquetado. A partir de ahí, el Pibe no modificaba ni una sola coma del manuscrito.

Aurora se descargó el programa para acceder a la *Dark Web*, activó una VPN para añadir una capa de seguridad, y tras unas sucintas explicaciones al Pibe sobre el programa que iba a usar, arrancó el servicio *TorChat* cifrado de mensajería para contactar con Tintín. El identificador de más de cincuenta caracteres garantizaría el carácter privado de la conversación.

Escribió el siguiente mensaje y lo mandó: «Necesito toda la información que se pueda obtener sobre un restaurante de carne en Altea, un sitio de lujo dónde sirven unas hamburguesas con vino francés por más de cien pavos. Y de Ram Gopal, un ingeniero aeronáutico que trabajaba en SpaceVal. Ya sabes de qué hablo.

Tendrás propina doble»

Luego cogió las bolsas y subió a la parte de arriba, con Diego tras ella.

—No estoy segura de cuántos años llevo sin cortarme el pelo —le dijo a su anfitrión, cediéndole las tijeras—. Venga, déjalo como máximo a la altura de la nuca.

—¿Estás segura?

Aurora asintió, sin abrir la boca. Los mechones anaranjados se fueron amontonando sobre el suelo, en lo que parecía una enorme montaña de fuego. Después, siguiendo las instrucciones que venían en la caja, le aplicó el tinte de pelo negro azabache con esmero.

—La mujer que me lo vendió, insistió que este era el mejor —dijo él.

La sesión, lejos de acabar, se alargó un buen rato con las fases del alisado y peinado. Cuando Aurora quedó satisfecha, se aplicó el maquillaje que disimulaba las pecas, el rímel y se pintó los labios de rojo carmín, como la última tarde que estuvo con Ram. Al finalizar se miró un largo rato en el espejo en silencio.

—Desde luego, no pareces la misma —admitió Diego, que había observado el proceso con cierto asombro—. Una metamorfosis digna de una película.

Llegaron hasta la habitación dónde Aurora amontonó la ropa sobre la cama. Tras una meticulosa selección del vestuario, le pidió a Diego que la dejara sola. Delacroix eligió la camisa de seda blanca y el traje negro. Tras corroborar el efecto del *push-up*, se enfundó en el conjunto que se ajustaba a su cuerpo como si lo hubiera diseñado una modista. Revisó de un lado y del otro, varias veces, su silueta reflejada sobre el espejo hasta confirmar satisfecha que de la pierna ortopédica no quedaba ni rastro. Diego la esperaba en el piso de abajo, sentado en la butaca. Se había servido una copa de brandy, que mecía en sus manos. Cuando la vio descender, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

—*Carallo*, ahora sí que la metamorfosis se ha completado.

Aurora iba a pedirle un último favor, cuando el estruendo de una motocicleta de gran tamaño en el exterior hizo que se le helara la sangre. De repente, el sonido cesó.

—¿Te ha seguido alguien?

Diego negó con la cabeza. Se quedó pensativo unos segundos antes de responder.

—Me crucé con un hombre al salir de la tienda, un tipo barrigudo, con coleta y cara de pocos amigos… pero ¿cómo puede tener relación?

—Diego, me lo tenías que haber dicho —y se dirigió hacia la

puerta.

—Pero ¿a dónde vas?

No hubo respuesta, para cuando el Pibe acabó su pregunta Aurora Delacroix ya había salido de la casa.

12

La tarde había tomado un cariz lluvioso, como el estado de ánimo de la inspectora Guerrero, con gruesas nubes grises y un viento desapacible que mantenía a la gente dentro de sus casas. Leonor se subió el cuello de la cazadora antes de salir del coche. Sebastián Delacroix, el padre de Aurora, vivía en una preciosa casa familiar en Santa Bárbara, una urbanización de lujo cercana al núcleo urbano de Bétera.

La vivienda a la que le había guiado el GPS era la más ostentosa de la zona. Destacaba sobre las del entorno, con una altura de tres pisos más tejado abuhardillado y unos gruesos muros de piedra. Antes de pulsar el timbre, la inspectora se detuvo junto a la pared que separaba a la familia Delacroix del resto del mundo, un muro de cemento de más de dos metros de altura rematado con una verja metálica con puntas afiladas, tras la que sobresalían las copas de los árboles que se mecían al son del viento.

Aurora sacó la placa, tomó aire y pulsó el botón de llamada.

—¿Sí? —preguntaron desde la casa.

—Inspectora Guerrero, de la Policía Nacional. Tenía una cita con el señor Delacroix.

Aurora colocó la placa junto a su cara para que la pudieran ver desde dentro.

—Un momento, por favor.

A los pocos segundos, un largo zumbido desbloqueó la puerta metálica.

Cuando entró en la casa, el empresario la esperaba en el vestíbulo. El hombre que la recibió llevaba con dignidad sus años. Esbelto, sin rastro de una barriga que la mayoría de los hombres de su edad lucía, el escaso pelo plateado peinado hacia atrás y una mirada penetrante le daban un aire aristocrático. Vestía un traje de lana fina, de un azul oscuro que contrastaba con la blancura de su camisa, y una corbata de seda con un discreto patrón geométrico. No se molestó en mirar la placa que le mostraba Aurora. Se limitó a mover la mano en un gesto para acompañarle dentro.

Había una escalinata que partía del vestíbulo hacia la planta superior, sin embargo, pasaron al salón. Las paredes, pintadas en un tono crema suave, estaban adornadas con cuadros al óleo de retratos de antepasados, cuyas miradas severas parecían seguir cada movimiento de sus pies. De entre todas las obras, destacaba una diferente al resto, un tríptico de un artista que creía conocer. En el

panel izquierdo se observaba a Adán y Eva junto a una variedad de criaturas y un paisaje exuberante. En el central, una representación detallada y vívida del mundo terrenal, lleno de seres humanos entregándose a todo tipo de placeres y excesos. Y en el último, una visión oscura y perturbadora del infierno, representando el mal en su forma más extrema.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Anduvieron sobre un suelo de madera oscura pulido, que reflejaba la luz tenue que se filtraba a través de las cortinas burdeos. Una de las paredes estaba dominada por una imponente chimenea de piedra, cuya repisa mostraba una colección de objetos: una brújula de latón, un reloj de bolsillo y un par de candelabros con velas blancas junto a una Biblia antigua, con tapas de cuero y letras doradas. En una esquina del salón, un piano de cola negro se alzaba como una pieza central. Junto a él, una ventana alta ofrecía vistas al jardín exterior, donde las copas de los árboles seguían danzando con el viento.

Sebastián la invitó a tomar asiento en el sofá mientras él optaba por el sillón orejero.

—Usted dirá —la miraba con una expresión de agrio escepticismo.

—Gracias por recibirme, señor Delacroix. Como sabrá, la desaparición de su hija es un caso prioritario para nosotros.

—¿Tienen ustedes alguna novedad?

La inspectora negó con la cabeza.

—¿Han descubierto algo respecto al hombre que encontraron muerto? ¿Realmente nuestra hija puede estar involucrada?

—Lamento comunicarle que, en este momento, no tengo nuevas informaciones sobre el caso. Sí que le confirmo que su hija continúa en paradero desconocido. Me sería de gran ayuda hacerle unas preguntas para conocer mejor su entorno, el pasado y las…

Sebastián la interrumpió de forma brusca.

—Aurora es especial, muy reservada. Desde niña ha llevado una coraza difícil de traspasar, una armadura sentimental a prueba de cualquier espada. Aurora… —el hombre suspiró su nombre de nuevo, se levantó y se acercó hasta la ventana, los brazos cruzados a la espalda—. La familia debe ser el pilar de la sociedad, una unidad inquebrantable, y así ha sido desde el principio de los tiempos. La sangre es la sangre, por encima de todo. Sin embargo, como un castigo de Dios, nuestra hija decidió hace ya muchos años romper todo contacto con nosotros. ¿Tiene usted hijos, inspectora?

Leonor asintió.

—Entonces entenderá lo que le quiero decir. No se puede imaginar el dolor por el que ha pasado mi esposa, siempre ignorada y menospreciada por Aurora, una madre que nunca pudo ejercer como

tal.

Por la mente de Guerrero cruzó, como en una película, el rostro de odio de su hijo Marcos en casa de sus padres. La soberbia mostrada, su desprecio descarado, con el único objetivo de hacerle daño, algo que había conseguido con creces.

Sebastián continuó.

—Victoria se encuentra bajo los efectos de los antidepresivos, por prescripción médica. El revuelo provocado por el caso en los medios ha sido la gota que ha colmado el vaso. El estado de salud actual de mi esposa es delicado, comprenderá usted que no pueda estar presente en estos momentos con nosotros.

—Lo entiendo, señor Delacroix, y espero que su esposa se recupere pronto. ¿Cuándo fue la última vez que vieron a Aurora?

—Ya se lo dije por teléfono al policía que me llamó —Sebastián dio unos pasos lentos hasta ponerse frente a Leonor—. Hace tantos años que ni tan siquiera estoy seguro. Al principio, cuando regresó de Inglaterra para asentarse en Valencia, pensamos que quería cortar con el pasado y empezar de cero. Una nueva vida en familia, ¿se imagina la ilusión que se llevó mi esposa? Por unos meses, renació. Una energía renovada para erradicar la apatía por la que había transitado desde la infancia de nuestra hija. Sin embargo, poco le duró la alegría —su boca dibujó una sonrisa taimada—. Aurora rechazó de pleno retomar el contacto con nosotros. Como si en realidad, como si verdaderamente lo que hubiera buscado al volver al entorno familiar, fuera ahondar en la herida para que no cicatrizara jamás.

—Señor Delacroix, ¿qué ocurrió el día del accidente en las vías del tren?

Sebastián volvió hasta la ventana. Se tomó su tiempo antes de hablar.

—Aurora fue siempre una niña conflictiva. El año en que acudió a las jornadas espirituales en la sierra de Cuenca, había sido expulsado tres veces de clase. Las monjas no sabían qué hacer con ella, tenía un carácter rebelde difícil de domar. Por eso, cuando nos propusieron aquel viaje, pensamos que alejarse de su entorno podría ser algo provechoso. Fomentar valores como la comunidad, la fe, el aprendizaje y el apego a la familia eran actividades que toda niña debería disfrutar y que, en el caso de Aurora, consideramos muy beneficioso para ella. Como quedó claro más tarde, nos equivocamos. Tras el servicio religioso del fatídico día del accidente, Aurora participaba en una sesión específica de desarrollo personal para profundizar sobre el verdadero valor de la familia. Al igual que le ocurrió otras veces en el colegio, sin motivo aparente, la niña explotó y se escapó a la carrera. Cuando la encontraron al lado de la vía del tren, junto a aquel charco de sangre, pensaban que había fallecido. Sin

embargo, nuestra hija, al igual que su carácter, está armada con un espíritu fuerte. La de veces que intentamos conversar con ella cuando recuperó la conciencia. Tanto mi esposa como yo necesitábamos entender lo que le podía haber pasado, pero jamás consintió decirnos una única palabra sobre el tema, un silencio absoluto. Hasta la fecha.

—¿No les dio ningún detalle de lo que la pudo llevar a hacer lo que hizo?

—Jamás —sentenció Sebastián.

—Entiendo. Señor Delacroix, ¿mantienen ustedes la habitación de su hija? Si no le importa, me gustaría poder verla.

—Hace ya muchos años que decidimos tirarlo todo, no tenía sentido mantener aquel cuarto con sus recuerdos, un verdadero museo del horror para mi esposa.

—¿Sabe usted que el hombre que encontraron muerto trabajaba para la empresa de su hermano Maximiliano?

Sebastián mostró una mueca de desprecio.

—Eso he leído en la prensa.

—¿No ha hablado usted con él?

—Llegó esta mañana de viaje de negocios, pero supongo que eso ya lo sabe usted. El *jetlag* por el desfase horario respecto a la costa oeste de los Estados Unidos es complicado de llevar.

—Lo cierto es que no he tenido el placer de poder viajar hasta allí —Aurora se atrevió a apretar a Sebastián—. Pensaba que, como usted dijo hace un momento, la familia es el pilar de la sociedad y habría podido hablar del tema con su hermano.

Por primera vez le pareció que Delacroix perdía ese aire de intocable que había mostrado a lo largo de la conversación. Sus ojos se clavaron con dureza sobre ella.

—¿Insinúa algo, inspectora? —preguntó malhumorado.

—Intento recabar cualquier información que pueda ayudarnos a encontrar a su hija —Leonor le quitaba importancia a sus palabras, no parecía apropiado enojar a Sebastián Delacroix—. En estos momentos, cualquier pista puede ser de gran ayuda.

—Claro, disculpe por mi tono —dijo, esta vez magnánimo—. Más bien debo alabarla por la profesionalidad con la que enfrenta su labor. Ya me hago cargo de que no debe resultar nada fácil trabajar con los medios de comunicación haciendo todo el ruido posible.

—No se preocupe señor Delacroix, del ruido prescindimos. Para que se haga una idea, no he visto ni un segundo de televisión ni he leído una sola línea de periódico desde que me asignaron el caso. Solo le pido que mantenga los ojos y los oídos abiertos, y que, ante cualquier indicio, aunque lo considere banal, nos los haga saber.

Sebastián tocó la campanilla y le pidió al mayordomo que

acompañase a Leonor hasta la salida. Mientras se dirigían hacia la verja exterior, la inspectora sopesó la visita. Tuvo la sensación de que de poco había servido la entrevista, muy por debajo de sus expectativas, pero era pronto para apretar a un miembro distinguido de la familia Delacroix. Un miembro, por cierto, que no había despertado ninguna simpatía en Leonor.

Antes de traspasar la valla exterior, Guerrero se giró y miró hacia la casa. En el piso superior, a través de la tenue luz que dejaba traspasar una cortina, se recortaba la silueta de una mujer. *Victoria*, murmuró para sus adentros. Una mujer que había sufrido en sus carnes una de las mayores desgracias que una madre podía sufrir, el desprecio absoluto de su única hija en vida.

—¿Cómo se encuentra la señora? —preguntó Guerrero a su acompañante.

El hombro arqueó las cejas y carraspeó antes de hablar.

—La señora está descansando.

Leonor volvió a mirar hacia la ventana. La cortina se había corrido ligeramente. Pudo apreciar durante unos escasos segundos como un rostro la observaba desde detrás del cristal, con una mano alzada, pero al instante, la mujer desapareció de su campo visual.

Camino de vuelta a la comisaría, Leonor llamó al subinspector Ramírez. Su compañero no había estado de brazos cruzados. Tenía los resultados del visionado de la cámara que enfocaba a la calle posterior del apartamento. En ninguno de los automóviles parecía haber rastro de Aurora Delacroix. Había contrastado las matrículas, con especial atención a los vehículos grandes, dónde era más fácil esconder a una persona en su interior.

Había descartado a todos, menos uno con cuyo propietario todavía no habían conseguido contactar. Se trataba de una furgoneta de una sociedad que no constaba como española. Les había llevado cierto tiempo averiguar que tenía la sede en Gibraltar y, entre varios negocios, era la propietaria de un lujoso restaurante de carne en Altea, Alma de Buey. Leonor se apuntó la dirección.

También le confirmó que habían conseguido la autorización del juez para el seguimiento de los móviles de Aurora y de Ram los días previos a la muerte del hombre. Eran unas estupendas noticias que podían arrojar algo de luz al callejón sin salida en el que se encontraban en ese momento. Muchos de los casos se conseguían cerrar gracias a la tecnología, ya fuera por el registro de llamadas, la triangulación del teléfono móvil o por la estupidez de los delincuentes que publicaban fotografías esclarecedoras en las redes sociales.

Gracias a las redes de antenas para la telefonía móvil, se podía ubicar sin margen de duda el teléfono del sospechoso en el sitio y en

el momento en el que se había producido el crimen. A menudo, una prueba importante para condenar al culpable. También habían solicitado autorización al juez para obtenerla. Leonor confiaba en que la compañía de telefonía móvil no pusiera tantos contratiempos como en el último caso, dónde el departamento legal había tardado una eternidad en proporcionar la información requerida, para evitar incurrir en responsabilidades frente a sus clientes. Tan sólo recordar la conversación con el susodicho señor Martínez Delgado, abogado, al que en un arrebato de ira Leonor mandó a la mierda, le hacía hervir la sangre. Guerrero temió también que tanto Aurora como Ram pudieran tener otros móviles con contratos prepago, que permitían el anonimato y resultaban imposibles de triangular al desconocerse el número que buscar.

Le faltaban pocos minutos para llegar a la comisaría con esos pensamientos rondando por la cabeza, cuando sonó su teléfono. Al ver parpadear el número del instituto de Marcos en la pantalla, Leonor tuvo la certeza de que nada bueno podía haber pasado.

13

Cuando Ivan Petrovich Kuznetsov descubrió en la tienda de moda de Calpe lo que aquel viejo, un cliente desconocido para las dependientas, había comprado, tuvo una corazonada. No fue difícil seguirle hasta el aparcamiento del puerto sin ser visto. Luego mandó al chico con la moto para que le siguiera, a ver dónde vivía.

Con la dirección en su poder, sopesó la situación. Decidió que era mejor no acudir sólo, se llevaría consigo a Mikhail. Por si las moscas. No estaba el tema como para cagarla otra vez. Mikhail Volkov se podía considerar un amigo, uno de los pocos en los que podía confiar. Se conocieron en España, un tipo que tenía contactos con la banda de los holandeses para distribuir droga de diseño por la zona de pubs y discotecas de Benidorm. Un tipo calculador que siempre pagaba lo prometido por su trabajo.

Cuando algún camello de poca monta se quedaba con parte del dinero o había que negociar los márgenes, Ivan se encargaba de hacer entrar en razón a la otra parte. La última vez se le había ido de las manos y pasó una temporada en la cárcel, pero aquel niñato se había ganado la más que merecida la paliza que lo dejó en una silla de ruedas.

Se habían puesto las cazadoras de cuero y recorrieron sin prisa el trayecto entre Calpe y aquel chalé con sus motocicletas. La propiedad no tenía muros altos, de modo que habían saltado la valla sin dificultad. Ahora estaban los dos plantados frente a una chica.

Ivan no daba crédito a lo que veían sus ojos. Una mujer en traje y zapatos, con pelo corto moreno y maquillada como para un evento, estaba en el jardín de la casa, desafiante. A pesar de su aspecto, no le cabía duda. Se trataba de la misma chica que, para su vergüenza, se le había escapado la noche anterior. Un error que estaba a punto de enmendar. Sonrió. En lugar de ser castigado, Zolkov le compensaría con una bonificación de cinco cifras. Le hizo un gesto afirmativo con la cabeza a su compañero y cada uno se acercó a Aurora por un lado. Se detuvieron a un par de metros de distancia.

—Encontrarte ha sido más fácil de lo esperado, ¿sabes Delacroix?

Aurora sonrió. Levantó la vista y contempló en la distancia el reflejo del sol sobre el mar, con el majestuoso peñón que cautivaba la vista. Luego volvió a bajar la mirada.

—Las últimas veinticuatro horas han sido una auténtica mierda. ¿Y sabéis lo qué es lo peor? Que tengo la impresión de que la cosa no va a mejorar en las próximas veinticuatro. De modo que hacedme un favor. Coged vuestras *Harleys* y desapareced de mi vista.

Ivan Petrovich Kuznetsov se quedó boquiabierto, sin saber qué decir. El que sí reaccionó fue Mikhail, que se echó a reír. Una raquítica por debajo del metro sesenta, que al primer guantazo acabaría en el suelo, les plantaba cara a dos tíos que estaban acostumbrados a vérselas en situaciones muy chungas. Esa tía estaba loca de atar, no cabía duda.

Mikhail sabía por experiencia que la apariencia con las motos, las botas y las cazadoras de cuero, infundía respeto. Un respeto que la anoréxica no había mostrado en absoluto. Allí se mantenía ella, erguida, chula, con sus ojos desafiantes. Eso no se podía tolerar. Miró de reojo a Ivan.

—¿Le damos una buena lección antes de llevárnosla? —se llevó el puño a la boca, y apretó varias veces la lengua contra la mejilla—. Por lo poco que he visto en la televisión, a esta zorrita le gustan las pollas.

Petrovich se rascó la barriga y dio un par de pasos al frente. Aurora ni se inmutó, tan solo mantenía una tensión alerta. Ivan negó con la cabeza, suspiró, para luego soltar con potencia su puño contra la cara de Aurora. Golpeó el aire. Ella había dado un paso hacia atrás a la velocidad de una gacela y permaneció quieta, en posición de guardia, alejada del alcance de sus manos.

—Ven a pegarme otra vez —dijo.

El ruso enrojeció. Avanzó lo más rápido que pudo, para lanzar una secuencia de puños de derecha e izquierda. Los movimientos de Ivan al lado de Aurora eran torpes y lentos. Tras esquivar los golpes, Delacroix lanzó una patada certera a la tibia que le hizo aullar de dolor. De forma instintiva, Petrovich se agachó, momento que Aurora aprovechó para propinarle una patada circular que lo tumbó en el suelo.

Mikhail no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Se abalanzó sobre la chica, pero esta se movía a una velocidad endiablada. Aurora se agachó, cogió un puñado de tierra y se lo lanzó a la cara. Los ojos le ardieron. Delacroix aprovechó para proyectar la punta del zapato con toda su fuerza hacia la entrepierna. Mikhail se quedó sin respiración y cayó de rodillas. Una altura mucho más cómoda para la joven, que tomó impulso y le dio otra patada en la cara con la pierna de metal, que sonó con un horrible crujido.

Por el rabillo del ojo, Aurora observó como Ivan se recuperaba y metía la mano en un bolsillo interior de la cazadora. Estaba demasiado lejos para llegar hasta él si llevaba un arma. Vio un pequeño guijarro en el suelo. Se agachó y lo lanzó, pero, aunque pasó a muy pocos centímetros de su cabeza, Petrovich consiguió esquivar la piedra. El hombre sacó la pistola e intentó quitarle el seguro, pero en ese preciso instante, el Pibe llegaba a la carrera por detrás, con un

palo de madera grueso en la mano.

—¡Maldita zorra!

Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar antes de recibir un tremendo golpe en plena cabeza. Se oyó el crujir de los huesos al romperse y el cuerpo del hombre se tambaleó de lado a lado, hasta que cayó como un saco de patatas contra el suelo.

Aurora oyó un ruido a su espalda. El otro acababa de conseguir, con mucho esfuerzo, ponerse de rodillas.

—¡Te voy a matar! —gritó el motorista.

Caminaba todavía a ciegas.

—¡Maldita puta!

Aurora se acercó hasta el cuerpo del barrigudo para coger el arma del suelo. Era una Sig Sauer de 9 milímetros. Quitó el seguro, alimentó el cañón con una bala, pasó por encima del cuerpo del hombre y, con la pistola sujeta por ambas manos, disparó a la pierna del otro, que volvió a desplomarse con un aullido de dolor.

Aurora contempló al hombre en el suelo y se preguntó si debería de tomarse la molestia de interrogarle. Sin embargo, no sabía si más secuaces podían estar de camino. Además, alguien podía haber alertado a la policía del disparo. La prioridad en ese momento era, de nuevo, escapar. Había que abandonar la zona cuanto antes. Delacroix se hubiera subido de buen gusto a una de las Harley-Davidson, pero tenía que llevarse el ordenador y un par de bolsas.

—Debemos irnos —le dijo al Pibe—. ¿Vienes conmigo?

Diego no lo dudó un instante.

—*Carallo*, vamos a Valencia, pero en mi coche.

El puesto principal de la Guardia Civil de Calpe recibió el aviso a las doce y cincuenta. El propietario de un chalé en la zona de Calpe, que respondía al nombre de Erik, un noruego retirado que hablaba un correcto castellano declaró que había escuchado un disparo en una propiedad cercana a la suya. Al acudir, se había encontrado dos hombres heridos de gravedad, uno inconsciente; el otro había recibido un disparo en la pierna. El propietario de la casa, un hombre reservado del que no conocía el nombre, no se encontraba en el lugar.

Esa mañana, la Guardia Civil de Calpe había estado muy atareada efectuando un amplio dispositivo para el control de alcohol en la nacional 332 que unía la población con Altea, una zona propensa a saltarse las normas de circulación. Pero tuvieron que interrumpirlo para dirigirse a un accidente en el túnel del Mascarat, en el que dos jóvenes turistas británicas habían estampado el vehículo de alquiler contra una de las paredes de la estructura, originando un atasco de varios kilómetros. Casi al mismo tiempo, se había declarado un incendio en la sierra de Bernia. Los avisos se sucedieron en poco

espacio de tiempo, y por ese motivo, casi todos los efectivos de la zona de la Marina Alta se hallaban ocupados.

Sin embargo, una llamada alertando de un hombre herido por arma de fuego era un asunto urgente. Pidió refuerzos a la central, que envió a dos coches patrulla hasta Calpe. El primero de ellos llegó a la propiedad del Pibe a la una y cinco minutos. Allí estaba Erik, un trabajador de plataformas petrolíferas ya jubilado, aplicando un torniquete a un hombre ataviado de motero, junto a un par de Harley-Davidson en el suelo, las ruedas pinchadas. La cabo Palomares descendió del todoterreno, se ajustó el cinturón, y preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

El anciano de ojos azules respondió.

—Yo soy quien ha llamado. He oído un tiro y me he acercado a ver qué pasaba. Casi me atropellan —dijo exaltado—. Mi vecino conducía junto a una joven a su lado —hizo una pausa, para buscar las palabras—. Corrían como locos —exclamó finalmente con unas erres suaves—. A este le han disparado en la pierna y al otro le han dado una buena paliza —aclaró justo cuando llegaba la ambulancia con las sirenas ululando. Los sanitarios se llevaron a los dos hombres que no consintieron en hablar sobre lo que había ocurrido. La cabo aprovechó para acercarse hasta el noruego.

—Han tenido suerte de que usted oyera los disparos.

—Han tenido suerte de que antes de trabajar en la plataforma petrolífera, estuviera unos años destinado en el cuerpo de operaciones especiales de la Armada Noruega. Señora, una vez se aplican en situación real los conocimientos teóricos de primeros auxilios, quedan grabados a fuego en la cabeza —dijo mientras se señalaba la sien.

—¿Conocía usted a su vecino?

El hombre negó.

—Sólo puedo decir que se trataba de un hombre amable, cincuenta y tantos años, pocas palabras. Jamás un ruido alto, jamás un problema, jamás una discusión. Cada uno a lo suyo. Vivía solo, como yo, que perdí a mi mujer hace cuatro meses por un cáncer.

—Lo siento —sacó un bloc de notas y un bolígrafo—. Por lo que nos ha contado, ¿no le parece un poco raro que estos dos moteros vinieran a casa de su vecino?

El jubilado asintió.

— ¿Le dijeron alguno de esos dos hombres algo a usted?

Erik se mantuvo unos segundos pensativos.

—Uno de ellos, el de la barriga grande y coleta, no recobró el conocimiento en ningún momento. El otro, el del tiro en la pierna, dijo unas palabras sobre una chica.

—¿Las recuerda usted?

—Mi español no es perfecto, pero si no entendí mal, que iba a

matar a esa puta coja raquítica, con una pierna de mentira.

La cabo Palomares levantó el bolígrafo del bloc de notas. El caso Delacroix, aunque llevado por la Policía Nacional, estaba en boca de todos. La joven respondía a la descripción que había dado el motero: tenía una pierna ortopédica y estaba muy delgada. No le costó sumar dos más dos para intuir que podía tratarse de Aurora. También podía tratarse de otra persona, pero no sería la primera vez que el azar se convertía en el elemento clave para la resolución de un caso. Decidió que era importante comunicar la información de inmediato para que pudiera ser contrastada.

Se fue directa a la emisora del todoterreno. El oficial de guardia estaba muy ocupado coordinando los recursos de aquella maratoniana jornada, de modo que ella misma se encargó de llamar a la comisaría de Valencia para hablar con la inspectora a cargo del caso Delacroix.

La inspectora Leonor Guerrero y el subinspector Salvador Ramírez llegaron a la propiedad de Calpe pasadas las tres de la tarde. De camino, por teléfono, un agente les confirmó que la casa estaba a nombre de Diego Ortega Martínez, empadronado en la localidad desde el año 2008. No se le conocía profesión, tan solo que era propietario de un velero de quince metros en el Club Náutico de la conocida población turística. También tenían el número de matrícula de una furgoneta Citröen blanca. Leonor dio de inmediato la orden de búsqueda. Aparte de eso, no habían encontrado nada destacable sobre él.

Los hombres que fueron hospitalizados resultaron ser Ivan Petrovich Kuznetsov y Mikhail Sergeyevich Volkov, ambos de origen ruso y ya conocidos por la Guardia Civil. Kuznetsov, el que se encontraba inconsciente, había estado involucrado en múltiples incidentes de agresiones violentas y acababa de cumplir condena por haber dejado paralítico a un joven en un conocido pub de Benidorm. Volkov, el herido de bala, había sido detenido varias veces por tráfico de drogas y era una figura habitual en el radar de la benemérita de la zona.

También habían interrogado a Erik, el jubilado noruego. Le mostraron varias fotografías de Aurora Delacroix, pero el hombre afirmó que apenas había logrado verla, ya que estuvo a punto de ser atropellado en el momento en que llegaba a la casa para averiguar qué estaba sucediendo. Aseguró que pudo distinguir a su vecino al volante, y de copiloto, si sus ojos no le engañaban, iba sentada una mujer joven, de pelo oscuro. También les repitió las palabras que había escuchado al que aplicó el torniquete: «Matar a esa puta coja raquítica, con una pierna de mentira». En el hospital, ni Ivan ni Mikhail habían querido explicar el motivo de su presencia en el lugar.

A decir verdad, Ivan no estaba en condiciones de articular palabra debido al fuerte traumatismo craneoencefálico. Leonor Guerrero conversaba en esos instantes con la cabo Palomares.

—O sea, dos tipos grandes con antecedentes vienen con sus motos hasta aquí, a uno lo golpean en la cabeza, y al otro lo disparan, pero aquí no encontramos ningún arma. Por otro lado, el propietario de esta casa, un hombre de casi sesenta años que vive solo y de apariencia normal se da a la fuga en su furgoneta blanca acompañado de una joven que, de acuerdo con las palabras del motero, es muy delgada y con una pierna de mentira. ¿Lo he entendido bien?

La cabo Palomares revisó su libreta.

—Eso es lo que he podido averiguar hasta el momento, inspectora.

Guerrero reflexionó un instante y después le pidió a la cabo que buscaran la furgoneta blanca por las carreteras comarcales de las inmediaciones y que recorrieran las casas de la zona y preguntaran si alguien había visto algo fuera de lo corriente.

—Descuide, así haremos —dijo la agente.

Leonor pensó que había sido un día aciago. Nunca se había sentido tan avergonzada como cuando la llamó el director del instituto para informarla de que su hijo se había peleado y lo iban a expulsar tres días del centro. No podía dar crédito. Marcos no le quiso contar mucho, aunque entre gritos de rabia, le había echado la culpa a ella. La culpable de todos los males de su hijo era ella, al igual que había ocurrido durante años con su ex.

Al parecer, unos chicos de la clase se habían reído cuando la inspectora salió en una toma de la televisión mientras un grupo de tertulianos debatían todo tipo de teorías sobre el posible paradero de Aurora Delacroix. Leonor andaba con prisa y los compañeros del instituto habían dicho en voz alta que la inspectora parecía un toro bravo a punto de cornear a todo el que se pusiera por delante. Marcos se encaró con ellos y la cosa fue subiendo de tono. Primero voces altas, luego unos empujones, hasta que el asunto derivó en una pelea en la que su hijo había luxado el hombro de uno de los chicos con una llave de judo. Los padres habían asegurado que interpondrían una denuncia, aunque su madre fuera la conocida inspectora de policía del caso Delacroix.

Para rematar la jornada, el caos incomprensible en la casa de Calpe. Sin duda, tenía algo que ver con el caso, pero no lograba ver cómo encajaban las piezas. La atenazaba el presentimiento incómodo de que iba muy por detrás del desarrollo de los acontecimientos. La verdad era que no entendía nada de lo que había pasado en ese chalé. De una cosa sí estaba convencida: la muerte del ingeniero Ram Gopal

practicando algún tipo de juego sexual peligroso no era más que la punta de un iceberg de dimensiones mucho mayores.

14

La sala de trabajo de la comisaría estaba en plena ebullición. Por fin la compañía telefónica había proporcionado los listados de las llamadas de los móviles de Aurora y de Ram los días previos a la desaparición. Seguían trabajando en la triangulación, para ubicar los últimos movimientos de ambos, pero se trataba de un proceso complejo que todavía requería de más tiempo, especialmente en áreas urbanas densas como era el caso de Valencia.

De la lista de llamadas de la joven Delacroix no había nada destacable. El número era tan reducido que había dos opciones: o certificaba que Aurora apenas tenía relaciones sociales, o, en el peor de los casos, como Guerrero presuponía, disponía de otro teléfono de prepago del cual no había rastro. Se preguntaba si detrás de esa aparente falta de actividad social se escondía una red de contactos más complicada y clandestina.

Por el contrario, el listado del ingeniero era extenso. Un agente lo analizaba en detalle, pero había un número con el que Ram mantuvo largas conversaciones en numerosas ocasiones los días previos a su muerte. Esa persona podría ser la llave para entender los eventos previos a su muerte. No tardarían en conocer al propietario.

La visita al antiguo colegio en Valencia en el que Aurora cursó sus estudios hasta que se marchó a la escuela privada en Inglaterra, había ido mejor de lo esperado. A pesar de los años transcurridos, se acordaban perfectamente de Aurora. Estaban dispuestos a entrevistarse con la policía si ello servía para encontrar a la joven.

La guinda final llegó cuando Leonor fue a por un café de la máquina. En la salita, había una televisión. La inspectora escuchó de pasada el apellido Delacroix y le prestó atención a la pantalla. Emitían en ese instante un programa de debate de una conocida cadena a nivel nacional. Había tomado la palabra uno de los tertulianos, experto en procedimientos policiales según rezaba el rótulo impreso bajo un rostro rechoncho enmarcado con unas pequeñas gafas circulares. El hombre no dejaba de criticar con aires de superioridad la forma en la cual se estaba llevando la investigación.

—Menudo gilipollas, es fácil hablar desde un estudio, desde la barrera, todos somos toreros, —murmuró Guerrero en voz alta tras dar un sorbo al vaso de café.

Iba a apagar el viejo aparato de un golpetazo cuando los gritos de la oficial Vega la sobresaltaron.

—¡Guerrero!

Vega llegaba a la carrera, con unos papeles en las manos.

—¿Ha hablado ya contigo Ramírez?

Leonor negó.

—Estaba revisando la documentación recibida. Hay algo que creo es importante.

—Cuenta.

—Parece que ya tenemos un hilo del que tirar —se detuvo a su lado con una amplia sonrisa dibujada en el rostro—. ¿Te acuerdas de Ivan Petrovich Kuznetsov?

—Todavía el alzhéimer no es severo.

—Nuestro amigo ha pasado por el trullo varias veces, tiene licencia de arma corta. ¿Sabes dónde está empadronado?

—¿No me digas que en la casa de los Delacroix?

La oficial sonrió.

—¿Recuerdas la furgoneta que detectó la cámara del apartamento del restaurante en Altea?

Aurora asintió.

—Nuestro amigo reside en Altea.

—¡No me jodas! —exclamó.

El Real Monasterio de la Santísima Trinidad situado en el margen izquierdo del antiguo cauce del río Turia, próximo a las Torres de Quart, quedaba cerca de la comisaría. La inspectora Leonor Guerrero se detuvo un momento antes de entrar para apreciar la majestuosidad del lugar. La fachada del monasterio, imponente en su sencillez, estaba adornada con detalles góticos que se entremezclaban con la robustez del estilo renacentista.

Siempre que estaba ante un edificio religioso, no podía evitar pensar en su padre. Don Zacarías, el omnipresente y autoritario profesor del pueblo castellano donde la inspectora se crió de niña, era un auténtico apasionado del arte cristiano, además de un devoto católico. Pasaron varios agostos recorriendo en coche las dos Castillas, Aragón y Cataluña en busca de iglesias, conventos, monasterios y catedrales en los que poder apreciar la belleza del trabajo humano y de Dios, una actividad que a la joven Leonor siempre le pareció un auténtico peñazo.

Mientras sus amigas pasaban unos días en alguna zona costera, disfrutando del mar y del buen clima, ellos tres se montaban en el Seat 127 y recorrían kilómetros bajo un sofocante calor, que apenas conseguían aliviar con el aire caliente que entraba por las ventanillas abiertas. Si en vez de atravesar esas mesetas esteparias, hubieran viajado a Italia o a otros países, otro gallo hubiera cantado.

«Estos altos muros de piedra caliza guardan siglos de historia de nuestra nación, y las grandes puertas de madera, desgastadas por el tiempo, se abren hacia un mundo de paz y oración», repetía las

mismas palabras verano tras verano, en cada visita que hacían a los diferentes santuarios bajo un sol de justicia. La escena con su padre frente al portón adquiría a menudo una imagen mística, casi celestial. Ahora, con los años, si bien Leonor no compartía la pasión del viejo por aquella arquitectura, al menos había aprendido a apreciar la belleza de las estructuras y, en cierto modo, agradecía las enseñanzas.

La hermana Teresa, una mujer de avanzada edad que portaba el hábito de las religiosas del monasterio, la esperaba en la puerta. Al cruzar el umbral, Leonor se encontró en un amplio patio rodeado de arcadas. El suelo de adoquines, desgastado por los pasos de incontables fieles a lo largo de los siglos, guiaba hacia un claustro adornado con plantas y flores bien cuidadas, creando un ambiente de tranquilidad, tan diferente al bullicio de la ciudad.

Mientras avanzaban, los reflejos del sol se filtraban a través de los arcos, creando patrones de luz y sombra que danzaban sobre las paredes de piedra. A lo lejos, se escuchaba el suave ronroneo de las monjas durante la liturgia, añadiendo una capa de misticismo al ambiente. La Hermana Teresa llevó a Leonor a través de un pasillo adornado con frescos descoloridos y estatuas de santos que desembocaba en una pequeña sala con una cama y una mesita sobre la que descansaban un rosario y un vaso de agua.

El Padre Mendoza estaba sentado con un libro antiguo en sus manos, sobre el que se proyectaba el haz de luz anaranjado del ventanuco que había encima de su cabeza. El hombre se levantó cuando Leonor entró en la habitación. Era alto, espigado, le recordó a un espantapájaros escuálido y canoso, con problemas de equilibrio. Se ayudaba de un bastón. No le dio la mano, pero le señaló la otra silla que había frente a la mesita. Leonor se sentó en el momento en que la Hermana se despidió con un gesto de la cabeza y cerró la puerta.

—Inspectora Guerrero, ¿no es así?

La habían advertido de que el párroco había sufrido un derrame cerebral, sin embargo, su voz sonaba convincente y sus ojos conservaban una chispa de curiosidad.

—Así es, Padre Mendoza. Supongo que conoce usted el motivo que me ha traído hasta aquí.

El hombre asintió.

—Me gustaría preguntarle primero ¿está usted al corriente de lo qué le ha ocurrido a Aurora Delacroix?

—Después de que su compañero hablara conmigo por teléfono, pedí a las hermanas que me compraran varios periódicos. No puedo todavía dar crédito a lo que leí. No es posible que la Aurora que yo conocí sea capaz de hacer lo que se dice. Todo lo que le puedo contar sobre la niña me lo contó ella misma hace mucho tiempo. A veces, la

memoria ya no me funciona como antaño —sus ojos se perdieron un momento en el vacío, como si estuviera navegando por recuerdos lejanos—. Verá usted, sufrí un derrame cerebral hace dieciocho meses. Los médicos no daban nada por mí. Cuando me trajeron al monasterio, los primeros días, ni tan siquiera podía valerme por mí mismo para comer. Pero al mes, cuando las hermanas me llevaron al comedor social y me dejaron allí sentado, observando a toda esa gente tan necesitada, el Señor iluminó de nuevo mi camino. Poco a poco, fui recobrando las fuerzas. A los tres meses, empecé a ayudar a las hermanas a repartir la poca comida que tenemos para los más necesitados. De alguna manera, el Señor ha querido que todavía pueda servir de ayuda a los demás —un pequeño ataque de tos hizo que se callara—. Disculpe, me podría acercar el vaso de agua.

Tras dárselo, el Padre se lo llevó con una mano temblorosa hasta los labios. Se le derramó algo de líquido por la comisura y Leonor estuvo tentada de secárselo. La inspectora temía que aquel anciano hubiera perdido el juicio y nada de lo que le pudiera contar tuviera algún valor. Tras colocar de nuevo el vaso en su sitio, el hombre prosiguió con su relato.

—Volvamos a Aurora. La conozco desde que era una niña, acudía todos los domingos a misa con sus padres. Los Delacroix siempre han sido fieles católicos, activos participantes de nuestra comunidad. Aurora, con su mente inquisitiva, a menudo planteaba preguntas que desafiaban nuestras enseñanzas más básicas, mostrando una curiosidad que iba más allá de su edad. Las hermanas del colegio en el que estudiaba Aurora conocían mi buena relación con lla familia. Fueron ellas las que me propusieron que mantuviera unas charlas para ver si podíamos corregir el carácter rebelde que la niña mostraba en las clases. La primera vez que nos reunimos, acababa de cumplir diez años…

—Disculpe que le interrumpa, Padre, pero ¿qué tipo de rebeldía mostraba Aurora? ¿Era desafiante con la autoridad o simplemente inquisitiva?

El Padre Mendoza reflexionó un momento antes de responder.

—Era una mezcla de ambas, inspectora. Aurora siempre tuvo un espíritu crítico, preguntaba sobre todo y cuestionaba lo que no entendía o no le parecía justo. En el colegio, esto a veces causaba conflictos con las hermanas, que no estaban acostumbradas a ese nivel de curiosidad por parte de una niña. Yo quedé impresionado con la madurez de esa criatura. Parecía que conversaba con una mujer adulta. Han pasado muchos años, pero la recuerdo como si la tuviera ahora mismo delante de mí. Ese pelo rojizo, la cara llena de pecas y unas piernas más delgadas que mis muñecas.

—Entiendo. Y en cuanto a su familia, ¿notó algo inusual en el

entorno?

El rostro del Padre Mendoza se ensombreció.

—La dinámica familiar era compleja. Aquella niña no pasaba por un buen momento en el hogar, el padre tendía a beber y a gritar con demasiada…

—¡Joder!, pobre Aurora —Guerrero se dio cuenta de que le había interrumpido—. Disculpe por el vocabulario.

—Sí, el padre de Aurora, Sebastián, era un hombre muy estricto. Su voz era siempre autoritaria, incluso en los momentos más triviales, lo que creaba una atmósfera tensa alrededor de él. Le voy a confesar algo, cuando las personas cruzan la puerta de entrada al hogar a veces se transforman, sacan a relucir su verdadera identidad. El hombre serio y refinado que todo el mundo conocía en Valencia recriminaba de forma continuada a la madre de Aurora que no pudiera darle un hijo varón que heredara el imperio familiar. Generaciones de hombres Delacroix habían llevado las riendas de las empresas con orgullo, ahora él era padre de una primogénita que no cubría sus expectativas.

—Entiendo. Pero ¿y su hermano Maximiliano?

El sacerdote esbozó una sonrisa maliciosa.

—Maximiliano nunca se planteó tener una familia. A él le interesaban las mujeres, el lujo y las fiestas, un hijo no hubiera sido más que un quebradero de cabeza para el tren de vida que le gustaba llevar.

—Claro, volvamos al padre de Aurora.

—Sebastián era cualquier cosa menos simpático con Victoria, la madre de Aurora. Él era un conocido empresario mayor que ella cuando se conocieron. Una chica de apellido con solera de Madrid. Supongo que él buscaba una mujer que pudiera darle lo que tanto deseaba. Al no salirle las cosas como había planificado, empezó a beber más de la cuenta. Los gritos eran algo habitual en aquel hogar, algo que al parecer no mejoró con los años.

—¿Pero las pegaba?

—No, por Dios. Nunca me constó que les pusiera una mano encima, a ninguna de las dos. Los gritos eran siempre hacia Victoria. Cuando empezaban, la madre solía mandar a Aurora al cuarto. Al parecer Sebastián no mostraba el mínimo interés hacia su hija, como si no existiera. Todo iba dirigido hacia la madre. Sobre ella ejercía una violencia verbal, psicológica, de las que provoca un daño profundo, aunque no deje marcas superficiales. Si conoce usted a Aurora, sabrá que tiene un espíritu protector hacia los más necesitados. Si es testigo de una injusticia, no puede evitar actuar con contundencia —el Padre se tomó una pausa—. Inspectora, Aurora era una niña singular desde sus primeros días en el colegio —miró directamente a la inspectora—. Cuando contaba con once años, ella se dio cuenta de que una de las

monjas, que impartía matemáticas, no solo favorecía a las chicas de familias adineradas, sino que menospreciaba a las de origen más humilde. Con su memoria prodigiosa y sentido de igualdad, Aurora se armó de una relación de hechos irrefutables —sus ojos reflejaron una mezcla de admiración y preocupación—. Un día, durante la clase, se levantó con voz firme y confrontó a la monja. Citó ejemplos reales, fechas, incidentes específicos dónde se habían producido las injusticias. Fue un acto de valor y solidaridad hacia los más débiles, pero también de rebeldía. Fue la primera vez que la expulsaron de clase y la enviaron ante la Madre Superiora. Hubo más incidentes que ella se encargó de denunciar a pesar de las amenazas de sanción. Dudo que la Aurora que yo conocí haya cambiado con los años. En las charlas que manteníamos, me confesó que faltó más de un día a clase con el pretexto de estar enferma, para poder estar con su madre, y así poder vigilarla, cuidar de ella. El mundo al revés, una hija cuidando de su madre. Comprenderá usted que por muchos años que hayan pasado, no lo haya podido olvidar.

—¿Piensa usted que ese menosprecio de Sebastián hacia su hija pudo ser el origen del atropello en la vía del tren?

Leonor percibió tristeza en el rostro del sacerdote, que no abrió la boca.

—¿Podría decirme dónde estaba usted cuando se produjo el accidente? —preguntó de nuevo ante la falta de respuesta.

—Estaba en Mozambique en aquel entonces, inspectora. Había sido enviado allí para ayudar en una misión humanitaria, un país con desafíos enormes, azotado por la pobreza y las enfermedades. Nuestra misión era brindar asistencia médica y educación a las comunidades más vulnerables —miró al vacío—. Me encontraba alojado en una aldea remota, trabajando en un proyecto para construir una escuela, sin acceso a comunicaciones regulares. A mi regreso a Valencia, descubrí el terrible suceso. Aurora ya se había marchado a estudiar a Inglaterra. Intenté ponerme en contacto con ella, pero fue imposible. También hablé con las hermanas de la congregación, pero nadie podía entender lo que había llevado a una criatura tan pequeña a arriesgar la vida de esa manera.

—¿Lo discutió usted también con su padre o con su madre?

—Pude conversar con Sebastián, pero el hombre andaba desconcertado. En cuanto a su esposa, Victoria, fue un mazazo terrible. La vida dejó de tener significado para ella, se transformó en una mujer enfermiza, encerrada en su casa, sin apenas contacto con el mundo exterior, salvo cuando acude a misa los domingos.

—Entonces, ¿no consiguió hablar de lo sucedido con ella?

El Padre negó con la cabeza y le pidió otro trago de agua a Guerrero.

—Esa mujer ha sufrido mucho. Durante años quise visitarla, pero ella nunca quiso recibirme.

La imagen de las palabras de Sebastián sobre su esposa y la silueta tras la ventana cuando abandonaba la propiedad le vinieron a la cabeza

—¿Fue ella misma quien le dijo que no quería hablar con usted, o fue su marido?

—La verdad es que era con él con quien conseguía hablar por teléfono, aunque tampoco se dejó ver durante meses. Intenté en numerosas ocasiones poder atenderlos, en su casa o en la de Dios, pero siempre recibí negativas. Acudí en más de una ocasión a la iglesia dónde acuden cada domingo, pero siempre me ignoraron.

—¿Cree que había algo más, algo oculto en esa familia, algo que tal vez no se viera a simple vista?

—En todas las familias hay secretos, inspectora —su expresión era una mezcla de reflexión y preocupación—. Y en algunas, esos secretos tienen tanto peso que puede alterar el destino de sus miembros. En el caso de los Delacroix, siempre sentí que había una especie de velo que ocultaba algo más profundo, algo que no se atrevían a compartir ni siquiera con su confesor.

Leonor asintió.

—Una última pregunta, Padre, ¿sabe algo sobre el tiempo que Aurora pasó en Inglaterra? ¿Mantuvo contacto con ella?

—Desgraciadamente, no. Después de su partida, perdí toda relación. Solo supe que se dedicó a sus estudios y que destacaba, especialmente en ciencias. Pero más allá de eso, era como si se hubiera desvanecido en la oscuridad de la noche.

Leonor miró el reloj. Se levantó, agradeciendo al Padre su tiempo y sus palabras.

—Gracias, su ayuda ha sido de gran valor. Si se le ocurre algo más que pueda ser relevante, no dude en contactarme.

Mientras se alejaba del monasterio, la inspectora Leonor Guerrero no podía evitar sentir que cada respuesta del Padre solo había abierto más preguntas y que Aurora Delacroix era mucho más que una simple científica con un pasado complicado que había desaparecido tras matar de forma accidental a su amante.

15

Aurora Delacroix y Diego Ortega aparcaron la furgoneta en el garaje comunitario de la propiedad del agente literario, a quien El Pibe había convertido en millonario con sus obras de ficción. Los modelos de los escasos coches aparcados dejaban entrever el elevado poder adquisitivo de los propietarios del edificio. Diego utilizó una llave especial para activar el ascensor, cuyas puertas doradas revelaron un interior con un amplio espejo y una elegante moqueta azul en estilo art-decó. Una agradable música ambiental hizo que el trayecto hasta la vigésimo quinta planta fuera relajante.

Al alcanzar el piso deseado, accedieron directamente al recibidor de la vivienda, donde depositaron las bolsas y el portátil. Aurora siguió a Diego hasta el salón, una estancia gigantesca de suelo de mármol blanco reluciente con grandes ventanales por los que se perfilaba el contorno de la arquitectura futurista de Santiago Calatrava. Las paredes exhibían obras de una diseñadora que Aurora admiraba desde hacía unos años, junto a unos pocos muebles minimalistas de una prestigiosa marca francesa. La cocina abierta, separada por una isla, contaba con todo el equipamiento imaginable, presidida por una sofisticada cocina de gas de acero inoxidable y una máquina de café que cualquier cafetería de moda querría tener. Todo parecía estar impecable, como si nunca se hubiese utilizado.

Aurora se acercó a un telescopio ubicado en una esquina que apuntaba hacia el Museo Príncipe Felipe de las Ciencias. Al mirar a través de él, la estructura de acero blanco y vidrio del museo, compuesta por arcos entrelazados y vigas blancas que se elevaban hacia el cielo, le evocó el esqueleto de un enorme animal prehistórico erguido en el antiguo cauce del río. La contemplación fue interrumpida por la urgencia de volver a la realidad y ponerse manos a la obra.

Tembló de rabia. En primer lugar, porque había puesto en peligro la vida de Diego, un hombre bueno, al que de no haberse encontrado ella en esa casa, aquellos matones lo hubieran torturado hasta la muerte en busca de información. En segundo lugar, porque el cerco para cazarla se iba estrechando. Aunque había escapado, la policía habría acudido con seguridad a la casa de Calpe. Era muy probable que ya estuvieran al tanto de que Aurora Delacroix había huido en una furgoneta blanca junto al dueño de la casa. Ya habrían dado aviso de búsqueda y captura a las fuerzas policiales de medio país.

Encendió el portátil y se conectó a internet a través del teléfono

móvil. Lo primero que hizo fue revisar las últimas noticias en la prensa digital. Tal como temía, circulaban noticias de que la joven Delacroix podía estar relacionada con el tiroteo en el que se habían visto envueltos dos individuos de nacionalidad rusa, con un amplio historial delictivo, en una localidad del norte de la provincia de Alicante. Se desconocía el paradero de la joven y su misterioso acompañante. Estaba armada y era muy peligrosa.

Luego abrió el programa TorChat. En la bandeja de entrada, aguardaban dos notificaciones de mensajes no leídos. Tintín, tan eficiente como siempre, le había enviado los archivos encriptados que contenían los informes que le había solicitado sobre Ram y la empresa propietaria del restaurante. Los dedos de Delacroix volaron sobre el teclado para ingresar una suma de cinco cifras en el monedero de criptomonedas de su eficiente colaborador como pago por sus servicios.

Primero hizo doble *click* en el archivo con el nombre de «R. Gopal». Tras ingresar la contraseña, el archivo se descomprimió en una carpeta que contenía por un lado un documento de texto de quince páginas y, por otro, un extenso informe de más de cien páginas que agregaba la información recopilada de internet y de diversas redes sociales.

Comenzó por el segundo archivo, dónde se mostraban varias imágenes de un joven y alegre Ram durante sus estudios en el campus de la Stanford University, cuna de la pujante industria tecnológica de Silicon Valley. Al verlo rodeado de sus amigos de promoción, con una amplia sonrisa en el rostro, Aurora sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¡Era un maldito cabrón! —se repitió una vez más en voz alta.

Las imágenes seguían: fiestas, viajes al Gran Cañón y, con el paso de los años, su creciente afición por el lujo y el glamur. Varias fotografías mostraban sus avances en el desarrollo de cohetes junto a colegas de las empresas en las que había trabajado, e incluso algunas tomas recientes en Valencia con su esposa, donde también aparecían sus hijas, expuestas a cualquiera en las redes sociales. Un almanaque completo de su vida en formato digital y accesible para todo el mundo. Volvió a repasar con especial atención las del último año.

En varias de las tomas, Ram aparecía en compañía de su tío. Era curioso, Ram jamás le había hablado de él, sin embargo, las fotografías sugerían una amistad que trascendía lo meramente profesional. ¿Por qué había mantenido en secreto la relación con él?

Luego, su atención se centró en una fotografía donde Ram posaba junto a un Porsche 911 Cabriolet amarillo. Detrás de él, a unos metros, había una pared y unas personas que le resultaron vagamente familiares. Aurora amplió la imagen en la pantalla con ayuda de los

dedos. La fotografía se pixeló, lo que dificultaba la visión. Sin embargo, no había duda: se trataba del restaurante de Altea y del gigante culturista rubio al que había golpeado en plena cabeza con la piedra para afilar cuchillos. A su lado, dos mujeres jóvenes con generoso escote y curvas pronunciadas parecían esperar al ingeniero.

—Sí que era un cabrón —certificó por segunda vez.

A continuación, abrió el documento que Tintín había compilado, lleno de información personal y confidencial sobre Ram. Escaneó los datos a la velocidad de la luz. El informe estaba perfectamente estructurado. La fecha y lugar de nacimiento, quiénes eran sus padres, estudios cursados, contratos de trabajo, nada había quedado fuera de la red de contactos de Tintín, auténticos hackers internacionales que accedían sin barreras a cualquier tipo de información. Aurora avanzaba sin encontrar nada fuera de lo normal, hasta que llegó a la sección económica. Las cosas se empezaron a poner interesantes. Descubrió que Ram era el titular de una cuenta bancaria en las Islas Caimán con un saldo de un millón y medio de dólares. El saldo de la cuenta se había alcanzado gracias a dos transferencias efectuadas en los últimos nueve meses a través de una empresa de Panamá.

Aurora se quedó pensativa por un momento. Tras reflexionar brevemente sobre las posibles implicaciones de este descubrimiento, volvió a la pantalla del portátil e hizo doble click en el segundo archivo enviado por Tintín, esta vez enfocado en la empresa propietaria del restaurante donde la habían retenido en Altea.

El archivo se descomprimió, revelando una red de transacciones y conexiones que iban más allá de un simple establecimiento gastronómico. La empresa, denominada "Gibraltar Gourmet Group", parecía ser una fachada para operaciones mucho más complejas y oscuras. Según los informes de Tintín, la compañía estaba vinculada a una serie de empresas en paraísos fiscales, todas ellas con un patrón de operaciones sospechosas, incluyendo movimientos de grandes cantidades de dinero y conexiones con conocidos oligarcas rusos. Personas próximas al presidente y con contactos directos con los magnates del gas y del petróleo.

Lo que más llamó la atención de Aurora fue el descubrimiento de una serie de operaciones recientes entre Gibraltar Gourmet Group y una entidad desconocida en Rusia. Los movimientos coincidían en fechas con los pagos efectuados a la cuenta de Ram en las Islas Caimán. Las pistas comenzaban a encajar, formando un cuadro más grande de lo que Aurora había sospechado inicialmente. Gibraltar Gourmet Group no era solo un restaurante en Altea; era la punta visible de una red de lavado de dinero y posiblemente otras actividades ilegales, con conexiones que se extendían hasta Rusia a los más altos niveles.

—Maldito cabrón —repitió por tercera vez Aurora en voz alta.

—Sí que debía tratarse de un auténtico cabrón —dijo el Pibe con su marcado acento gallego—. Llevo un buen rato observándote y es lo único que has repetido desde que te has sentado con el ordenador. Tengo una teoría, ¿sabes?

Las palabras de Diego la sobresaltaron. Aurora levantó la vista y arqueó las cejas.

—Sorpréndeme.

—*O uso destes aparellos intelixentes é inversamente proporcional á intelixencia da persoa que os usa* —exclamó satisfecho—. Dentro de poco, no sabremos ni sumar dos más dos.

Diego esbozó una sonrisa ante la reacción tensa de Aurora.

—En serio, cuéntame lo que has encontrado —dijo él.

Ella se mantuvo muy seria hasta que finalmente preguntó.

—¿Por qué me ayudas?

Diego sostuvo la mirada de Aurora, su expresión serena pero firme.

—Te ayudo porque ya te dije que me cansé de ver injusticias y permanecer con los brazos cruzados. Juré que, si se volvían a interponer en mi vida, lucharía contra viento y marea contra ellas. En este mundo enmarañado de engaños y medias verdades, no podemos permitirnos el lujo de ser indiferentes. Si tengo la posibilidad de ayudar, lo haré. Sin importarme las consecuencias si es por una causa justa. Aprendí que el fin justifica los medios —el Pibe apoyó la mano sobre el hombro de la joven—. Puedes contar conmigo para lo que haga falta.

Aurora se quedó pensativa. No entendía lo que le estaba pasando. El hombre que tenía ante ella y que podría ser su padre, el que nunca tuvo, empezaba a atraerla. ¡Para partirse de risa! Nunca jamás iba a ocurrir, ya había tenido suficiente como para complicarse de nuevo otra vez de una forma tan infantil en una estúpida relación que no tenía pies ni cabeza. Se quedó mirando la pantalla para eliminar esa idea disparatada.

Una vez su compañero se retiró a buscar una cerveza en la nevera, la mente de Aurora empezó a elaborar un plan. Urgía tomar unas cuantas decisiones de carácter logístico. Lo primero era asegurar un medio de transporte. Usar la furgoneta blanca de Diego estaba descartado. De buena gana se hubiera llevado la Harley del chalé de Calpe, pero habría sido la forma más directa de ser detenida. Consideró alquilar un coche bajo un nombre falso; sin embargo, eso requeriría tiempo para que Tintín le facilitara una identificación falsa y, aun así, correría el riesgo de ser reconocida al presentarse en una agencia de alquiler.

Los dos hoyuelos en las mejillas aparecieron. Tintín, claro, cómo no se le habría ocurrido antes. Abrió de nuevo TorChat y le envió instrucciones sobre lo que necesitaba para esa noche. También pidió información financiera sobre SpaceVal y el patrimonio de los hermanos Delacroix. La compensación ofrecida era, una vez más, una suma considerable de cinco cifras en criptomonedas. Luego, borró cualquier rastro de su actividad en línea antes de cerrar la tapa del portátil.

Diego había salido a la terraza, apoyado sobre la barandilla metálica. Aurora le observaba a través del cristal, que enmarcaba las edificaciones de Santiago Calatrava, iluminadas de noche. Se quedó observando al hombre en silencio. No, no podía ser verdad. Delacroix se levantó enfurecida y fue hasta la cocina para ver si podía encontrar algo de comida no procesada.

El Pibe se levantó y, con paso vacilante, se apoyó contra la barandilla de la terraza, con la mirada perdida en las formas iluminadas de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Mientras contemplaba las luces destellando en la oscuridad, una idea le vino a la cabeza, una que había evitado conscientemente: empezaba a sentir algo más que una mera preocupación o instinto de protección por Aurora. Se trataba de una mezcla de admiración y una atracción inesperada que le resultaba desconcertante. Aurora, bajo ese cuerpo débil, con su fuerza y determinación, había despertado algo en él que creía perdido hacía tiempo, algo que dejó años atrás en la selva colombiana, cuando cubría como corresponsal de guerra el conflicto armado del país.

Empezó a sentir una presión insoportable. Sacó medio cuerpo al exterior buscando aire que respirar. Cuando se calmó, se sentó en una de las sillas. Temblaba. No estaba seguro si de frío o tal vez era de miedo. Ese miedo que le había acompañado desde hacía veinte años.

Diego suspiró; los recuerdos afloraban en su mente. En la selva colombiana, donde la exuberante naturaleza se entrelazaba con la brutalidad del conflicto, el Pibe había conocido a Lucía. Ella era una luz en medio de la oscuridad, una líder que defendía con fervor los derechos de su comunidad. Diego, en aquel entonces un joven reportero de guerra idealista en busca de su identidad se sintió cautivado no solo por la belleza, sino por la fuerza y convicción mostradas por la joven.

Lucía luchaba tenaz por un futuro en el que su pueblo pudiera vivir en paz, lejos de los horrores de la guerra. Sus ideales de justicia y libertad resonaban con fuerza en Diego, quien veía en ella la personificación de la esperanza. Juntos, compartieron sueños y visiones de un mundo mejor, un mundo donde la violencia y el miedo no dictaran el curso de la vida diaria.

Se enamoraron en medio del caos, su amor se convirtió en un refugio seguro en un conflicto lleno de incertidumbre. Diego encontró en Lucía no solo una compañera, sino también una inspiración para su trabajo. Ella le mostró la realidad del pueblo, las historias no conocidas de la guerra, que él transmitió al mundo a través de sus reportajes. Historias de personas sencillas envueltas en un manto de horror en el que irremediablemente se veían inmersas.

Pero el destino tenía reservados otros planes. Una tarde, en un pequeño pueblo rodeado de selva, una emboscada de la guerrilla los separó. Lucía fue tomada por los insurgentes, y Diego, herido, logró escapar y sobrevivir durante días en la selva. La posterior búsqueda de Lucía resultó en vano; la desaparición de su amada se convirtió en uno de los muchos misterios sin resolver del conflicto colombiano.

Diego llevó consigo el dolor de esa pérdida, un dolor que lo acompañó a lo largo de los años. Cada reportaje, cada historia que cubría desde entonces, estaba teñida con la sombra de lo que había perdido. Lucía se había convertido en un recuerdo doloroso, un «qué hubiera sido» que nunca dejó de atormentarlo.

Ahora, viendo a Aurora, Diego sentía resurgir esos mismos sentimientos de conexión, pasión y temor. Aurora, con su valentía y determinación, le recordaba tanto a Lucía que era imposible no sentirse atraído por ella. Pero esta vez, Diego estaba decidido a no dejar que la historia se repitiera. Esta vez, protegería a Aurora a toda costa, para por un lado redimirse, y por el otro, honrar el recuerdo de Lucía.

Todavía sentado, con la Ciudad de las Artes y las Ciencias centelleando a lo lejos, Diego sacó la vieja fotografía en blanco y negro de su cartera en la que él sonreía abrazado a una mujer de larga melena rizada que sostenía en las manos una cámara fotográfica. Sintió una certeza abrumadora. Ese encuentro con Aurora no había sido casual; era la ocasión para enmendar errores pasados, una segunda oportunidad que le ofrecía la vida. La noche que debía estar navegando rumbo a Córcega en el velero y en la que por poco tiene un accidente con el coche, se había encontrado a Aurora muerta de miedo en la carretera. El destino había decidido por ellos.

No recordaba el nombre del autor, sin duda un poeta brasileño si su memoria no le fallaba, pero a su mente llegó una frase que había escuchado años atrás: «Todos tenemos dos vidas, la segunda empieza cuando nos damos cuenta de que tenemos solo una». El Pibe tuvo en ese instante la certitud de que iba a ayudar a Aurora con su propia vida si era necesario en la nueva que empezaba a vivir. No solo por ella, sino por todo lo que Lucía había representado.

Esta es mi segunda oportunidad, pensó. *No la desperdiciaré*.

16

El auxiliar del comisario Mateo Molares saludó desde la mesa a Leonor y le indicó que pasara. Los estores metálicos no dejaban ver el interior, pero la puerta estaba entreabierta. La inspectora golpeó levemente con los nudillos y entró. El Colibrí la esperaba de pie, moviéndose junto a la ventana.

—Jefe, ¿quería verme?

El comisario se volvió y le dedicó una breve sonrisa antes de dirigirse con pasos cortos y rápidos a su mesa y sentarse. Leonor permaneció de pie.

—Leonor, siéntate por favor —guardó silencio mientras ella ocupaba una de las sillas del otro lado del escritorio—. Quiero que sepas que cuentas con todo nuestro apoyo en lo referente a la denuncia que han interpuesto contra tu hijo.

—Gracias —musitó, sorprendida.

—Estuve hablando con Ramírez y me lo contó todo. No debe ser fácil llevar una investigación tan mediática si además se tienen problemas en casa. Los chicos de hoy en día andan revolucionados, todo el día pegados a una pantalla, chateando o subiendo fotos y vídeos estúpidos a las redes sociales. Más mano dura es lo que necesitan, una figura paterna fuerte que les imponga unos límites claros —dejó escapar un suspiro mientras Leonor se esforzaba por mantenerse serena, no sabía si indignarse o echarse a reír delante de sus narices, de modo que optó por el punto intermedio, no reaccionar hasta comprobar adónde derivaba la charla—. Quería que supieras que el abogado del sindicato está a tu disposición. Si necesitas asesoramiento, no lo dudes.

—Gracias —repitió—, pero no creo que sea necesario. En cualquier caso, lo tendré en cuenta.

El comisario se enderezó en la silla y apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Qué pasó en la visita qué hiciste a Sebastián Delacroix?

Leonor no pestañeó. El tono de Mateo se había vuelto duro, áspero.

—El hombre accedió a que le entrevistara. Me atendió únicamente él, su esposa estaba indispuesta, bajo los efectos de los antidepresivos. Comisario, este rompecabezas se complica cada vez más. Tengo la corazonada de que el pasado de la familia Delacroix puede ayudarnos a encajar las piezas para encontrar a Aurora Delacroix y entender lo que ha pasado. Sebastián y su familia esconden algo oscuro, mi sexto sentido no me suele engañar.

—Me ha llamado el Comisario Jefe —reconoció por fin el Colibrí, se habían acabado los rodeos—. Sebastián Delacroix mantuvo una conversación con él. Al señor Delacroix le sorprendió que la inspectora de policía le interrogara como si él y su mujer fueran los culpables y no las víctimas de la desaparición de su hija.

—¿Su esposa? Si no pude intercambiar ni una sola palabra con ella.

—A mí no me importa con quien hablaras, si con Sebastián o con su esposa. Hay personas con las que debemos ser especialmente cuidadosos.

—No lo entiendo, jefe. En ningún momento se me ocurrió presionar a los Delacroix —se defendió Guerrero.

—Llevas demasiados años a la espalda para comportarte como una novata. Por Dios Leonor, tú lo sabes especialmente bien. En esta vida hay charcos que no conviene pisar si uno no quiere pringarse de barro hasta las cejas. Existen personas, empresas e instituciones con los que tenemos que utilizar mano izquierda si se pretende conseguir resultados.

—¿De qué resultados habla? ¿De los nuestros o de los suyos?

El comisario se removió en la silla.

—No puedes ir por ahí como un Miura lanzado derrotes al primero que se cruce por tu camino.

Coño, otra vez con lo del toro, pensó Leonor mientras notaba cómo le ardían las mejillas.

—No creo que el señor Delacroix se sintiera en absoluto intimidado por la conversación que mantuvimos —dijo finalmente.

—¿No utilizaste un tono demasiado alto o unas palabras que pudieran dar lugar al equívoco? Que sonara a amenaza, por ejemplo.

—En absoluto.

—Bien —el silencio se alargó, los ojos del comisario no dejaban de girar en torno a la cara de Leonor, buscando lo que rondara la cabeza a la inspectora.

—Si me disculpas, tenemos que concertar una nueva cita con SpaceVal. Por fin Maximiliano Delacroix está en condiciones de atendernos tras el fatigoso *jet lag* de su viaje a California —dijo ella con cierto retintín.

—Recuerda Leonor, hay charcos que no conviene pisar.

Guerrero que casi se había levantado tuvo que sentarse de nuevo cuando el comisario retomó la palabra.

—A partir de ahora, todo lo relacionado con la familia Delacroix pasará antes por esta mesa, y yo decidiré si es pertinente o no. Visitas, llamadas por teléfono, entrevistas, hasta un encuentro casual por la calle, lo que sea. ¿De acuerdo?

Leonor se aferró a la silla con fuerza y apretó la mandíbula antes

de hablar.

—No lo entiendo. Me presenté en casa del señor Delacroix para obtener información sobre la infancia de Aurora y ver si eso podría ayudarnos a resolver un rompecabezas en el que las piezas cada vez son más difíciles de encajar. Buscamos a una persona desaparecida, precisamente su hija, cuya vida corre peligro y que puede estar implicada en la muerte de un hombre. Deberías hablar con el Comisario Jefe para que los Delacroix nos ayuden, y no poner trabas o frenarme en la investigación.

La cabeza del Colibrí se movió de lado a lado en rápidas oscilaciones.

—No más movimientos en falso. Avanzaremos sobre seguro por un camino bien delimitado para no levantar susceptibilidades innecesarias.

—¿Sobre seguro? —Leonor estuvo a punto de incorporarse de un salto—. ¿Seguro para quién? En esa casa, el señor Delacroix parece tener un control absoluto sobre lo que su esposa puede o no puede hacer o decir. A lo mejor me presento allí cuando él no esté para que me cuente su versión de los hechos libremente.

—Leonor, te he dado una orden clara —el comisario se levantó y empezó a dar golpes sobre la mesa con el dedo índice—. No espero que la compartas, pero ni se te ocurra discutirla. La acatas y punto. Tus ideas preconcebidas no siempre son ciertas, y si tu memoria no te falla, a veces pueden dañar al cuerpo de policía. No creo que sea necesario recordarte los detalles del último caso. De modo que ni se te ocurra volver a presentarte en casa de los Delacroix como un elefante en una cacharrería o lo consideraré como una insubordinación.

Leonor se puso de pie y sacudió la cabeza dando a entender que había entendido y a modo de despedida. Oyó gritar al comisario cuando ya había abandonado el despacho.

—¡Guerrero, no olvide mis palabras!

Encontró a Ramírez en su mesa. El subinspector parecía concentrado en el teclado del ordenador, pero Leonor lo conocía bien. Ya la había visto llegar por el rabillo del ojo.

—¿Podías haberme avisado? —le espetó por la espalda.

El subinspector se giró, con cierta cara de sorpresa. Luego, intentó justificarse.

—El Colibrí me llamó primero a mí al despacho. Le dije que a la casa de los Delacroix acudiste tú sola. También le insistí en que jamás se te habría ocurrido presionar a nadie. No tuve tiempo para avisarte.

—¿Y lo de Marquitos?

—Leonor, los cotilleos vuelan por estos pasillos como la pólvora. Lo de tu hijo y la pelea en el instituto lo sabe ya toda la comisaría.

La inspectora se fue con paso firme y rápido a los aseos. El zapateo sobre el suelo hizo que éste temblara. Los tacones resonaban como proyectiles contra el terrazo recién pulido. *Maldita sea*, tenía que dejar de llevar esas botas de jinete que su madre le había regalado las últimas Navidades. Pero en verdad, no era el ruido lo que la enervaba. Cada paso era un puñetazo, una patada en la cara, una puñalada que le hacía hervir la sangre. Intentaba dejar atrás la rabia y la frustración, pero su corazón rugía con las palabras del comisario retumbando en la cabeza cuando se encerró en el baño con un portazo. Golpeó varias veces con el puño contra la madera.

—Joder —gritó.

Apoyada contra la puerta, cerró los ojos e inspiró intensamente, al menos cinco veces. Dejó la mente en blanco unos segundos, para que los problemas se alejaran. Cuando el corazón dejó de palpitar a cien por hora, salió.

Observó su cuerpo reflejado en el espejo del lavabo. La espalda, ancha, se mantenía tensa y al fijar la mirada, se percató de cómo todavía apretaba con fuerza la mandíbula. Las órdenes del comisario de no molestar a la familia Delacroix retumbaban en su cabeza, una directiva que chocaba frontalmente con su instinto policial.

Cuando cumplió los dieciocho años, y en contra de la voluntad de su padre, que se mantuvo más de un mes sin hablarle, Leonor decidió quedarse durante las vacaciones de Navidad en la casa que sus abuelos maternos tenían en un pequeño pueblo del País Vasco, rodeado de valles verdes y picos abruptos.

Aprendió de su abuelo, Aitor, a seguir su instinto, a confiar en esa voz interna que tantas veces la había guiado durante las largas jornadas de caza que había disfrutado con él. Recordó aquellas mañanas frías, cuando el aliento se convertía en vapor y el bosque parecía guardar todos sus secretos. Aitor, con su paciencia de cazador, le enseñó a leer las señales más sutiles, a esperar el momento adecuado, a relajarse incluso en la anticipación.

Ahora, frente al espejo, Leonor cerró los ojos e intentó recordar todo lo que le enseñó su abuelo. Respiró hondo, dejando que el aire del baño llenara sus pulmones, intentando encontrar ese punto de calma que su abuelo siempre decía era esencial en la caza, y en la vida. «La paciencia es una virtud, Leonor», solía decirle, «pero saber cuándo actuar es un arte». Con los ojos aún cerrados, Leonor se imaginó a sí misma en aquellos bosques, bajo la atenta mirada de su mentor. Revivió la quietud, la observación, el análisis cuidadoso antes de cualquier movimiento para no ahuyentar a la presa.

Al volver a abrir los ojos, la tensión había comenzado a disiparse. No podía desobedecer directamente las órdenes del Colibrí, pero su instinto, ese que su abuelo ayudó a forjar, le decía que había

algo más en la familia Delacroix, algo que debía ser investigado.

El móvil empezó a vibrar. Era Ramírez, pero ahora no tenía ganas de hablar con nadie, así es que apagó el teléfono. El sonido de la cadena de uno de los baños la sobresaltó. Leonor abrió el grifo de agua y se enjuagó la cara. Una agente uniformada llegó hasta su lado para lavarse las manos.

—Inspectora, ¿se encuentra bien?

Leonor forzó una sonrisa mientras se secaba el rostro con un papel.

—Estupendamente.

Salió de la comisaría con ritmo todavía acelerado. Había oscurecido y el ruido de las tripas relegaron las ideas que merodeaban por su cerebro. La saliva le llenaba la boca. Entró en el primer bar que le dio buena impresión, uno de esos con comida casera de toda la vida y no platos precocinados para turistas deseosos de cenar paella.

Los escasos parroquianos que ocupaban las mesas la miraron cuando se sentó en el taburete y apoyó ambas manos sobre la barra. Pidió un bocadillo de calamares con alioli, un plato de aceitunas y un tercio de cerveza, la más fría que tuvieran. Masticó en silencio, con la mirada perdida en el plato. No consiguió relajarse del todo hasta el segundo sorbo, cuando ya se había ventilado medio bocadillo. Entonces, tras exhalar un ligero suspiro, cogió el teléfono del bolsillo y marcó el número de Ramírez.

—Jefa, ¿dónde estás? —había un cierto aire de preocupación en su tono.

—La familia Delacroix oculta algo, ¿por qué, si no, la llamada de Sebastián al Comisario Jefe? El Padre Mendoza me confesó que Sebastián era un hombre muy estricto, que ignoraba a su hija y reprochaba a Victoria que no pudiera darle un hijo varón para tomar las riendas del imperio familiar. Ramírez, hay algo oscuro que quieren ocultar, un pasado que nos revele el motivo del accidente y que puede estar relacionado con el presente.

—¿Cómo estás tan segura?

Leonor se calló un instante. No tenía mucho sentido hablarle del instinto, de eso que diferenciaba al buen policía o al buen médico del malo.

—Victoria me hizo una señal desde la ventana de aquella especie de casa-museo-iglesia —replicó poco después—. Estoy convencida de que esa mujer quiere contarme algo. Tengo que conseguir hablar con ella.

—Recuerda las palabras del Colibrí. El día menos pensado…

Ella interrumpió sus advertencias.

—Tenemos que conseguir hablar con Victoria.

—Pues deberás hacerte pasar por cura —bromeó Ramírez.

—O tal vez como apoderada de la plaza de toros también funcione, visto mi cuerpo de Miura a los ojos de los demás.

El subinspector rio al otro lado de la línea. Ella continuó.

—Ramírez, la clave para descifrar este jeroglífico puede estar en manos de Victoria. Es una pieza fundamental para entender lo que pasa aquí. Por cierto, ¿para qué me habías llamado antes?

—Jefa, ya hemos identificado al propietario del número de teléfono al que llamaba Ram los días previos a su muerte.

—¿Y? —preguntó incorporándose del taburete.

—¿Estás sentada?

17

Los ojos azules, casi gelatinosos de Zolkov, brillaban de rabia. Tras la llamada que había recibido, era evidente que el destino de la organización pendía de un hilo, y él estaba en el centro de ese torbellino. Fuera lo que estuviera en poder de esa zorra, era de vital importancia. Había mucho dinero en juego, pero lo más importante era que su propio prestigio se encontraba en entredicho por la torpe actuación de él mismo y la de sus hombres.

El ruso daba vueltas alrededor de la sala de despiece del restaurante, las manos a la espalda. Todo se había ido al garete y las desgracias se sucedían sin cesar. En las últimas horas, las cosas no habían hecho más que empeorar. Ese maldito imbécil de Ivan la había cagado. Otra vez. Ahora se encontraba en el hospital junto a ese camello de poca monta con los que hacía negocios para sacarse un dinero extra. La policía los interrogaría. ¿Podía confiar en que ninguno de los dos abriese la boca?

Para la *bratva,* los chivatos eran la peor calaña. Los que se atrevían a cooperar con la justicia, recibían una sentencia de muerte ejemplar, tanto para el delator como para su familia. Pero, ¿hasta qué punto podía asegurarse de que ese par de estúpidos no se irían de la lengua? ¿Estaba seguro el negocio que tanto le había costado construir?

Poco antes había puesto la televisión para seguir el avance de los acontecimientos. Los noticieros estaban inundados de reportajes sobre el insólito tiroteo en el chalé de Calpe, donde unos traficantes rusos se habían visto envueltos. También relacionaban a Aurora Delacroix y al misterioso propietario de la vivienda con el caos que aparentemente reinaba. Aunque de momento no había nada contra él, una cosa estaba clara: Ivan y Mikhail acabarían en los tribunales. Tal vez todo quedara en que fueran encarcelados un tiempo. Pasar temporadas en el trullo eran gajes del oficio. Pero tal vez las pesquisas avanzaran y la investigación vinculara a la *bratva* con esas dos calamidades. Y entonces la tempestad no habría hecho más que empezar.

Por encima de todo, lo más desagradable, lo que le producía un dolor intenso, era que Aurora Delacroix había conseguido escapar. Lo había hecho otra vez. Resultaba incompresible como aquella escuálida mujer sin una pierna con apariencia de niña había podido pegar un tiro y dejar inconsciente a dos tipos como esos, acostumbrados a lidiar con la peor escoria de la sociedad. Ni en la más remota de sus pesadillas había contemplado que algo así pudiera suceder.

Zolkov se mantuvo pensativo. Un aficionado era aquel que no

estaba preparado para asumir las consecuencias. Desde luego, él no se consideraba uno de ellos. Se detuvo frente a una mesa de acero inoxidable, sobre la cual descansaba una variedad de cuchillos de carnicero meticulosamente alineados.

—Viktor, ¿ha contactado ya nuestro hombre de la comisaría en Valencia? —preguntó sin mirar a su subordinado.

—Sí, jefe. Dice que mantendrá los ojos y las orejas bien abiertos. No espera que ninguno de esos dos hable.

—¿Saben algo de nosotros?

El gigante dudó antes de hablar.

—Cree que no.

—¡¿Cree?! Viktor, necesitamos ir un paso por delante de la policía. Págale lo que haga falta, pero que ese maldito cabrón haga bien su trabajo. Si le pagamos de forma tan generosa, es para que nos mantenga informados.

—Sí, jefe.

Zolkov volvió a caminar en círculos alrededor de los cuchillos.

—Cualquier cambio, que nos avise de inmediato. Respecto a Aurora Delacroix —negó con la cabeza—. Esa mujer es astuta y peligrosa. No podemos subestimarla.

Se alejó de la mesa y se acercó a la ventana. Miró hacia fuera, donde las luces del pueblo de Altea titilaban como faros alrededor de la cúpula recubierta de cerámica azul y blanca de la iglesia que destacaba del resto de estructuras. Más allá, la luna brillaba sobre la lámina del mar resplandeciente.

Se quedó pensativo unos segundos.

—Si como parece estamos ante una loba, atacará.

Zolkov miró el reloj. La muñeca le empezó a temblar. Se le acababa el tiempo.

La noche empezaba a caer cuando Diego se acercó a la cocina. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro al ver una vinoteca de magníficas dimensiones que ocupaba uno de los laterales.

—Buen dinero dan mis libros como para poseer esta choza y este servicio —murmuró en voz alta con un tono de satisfacción.

Con las botellas perfectamente ordenadas por denominación de origen y año de cosecha, se decantó por un Ribera del Duero del 2018, cien por cien variedad tinta fina del país. Los utensilios necesarios para disfrutar del vino estaban colocados a un lado. Tras servirse una generosa copa, se dirigió a la nevera.

Su mirada se centró primero en uno de los estantes que contenía una doble hilera de botellines de cerveza, refrescos y zumos. Comprobó que en los cajones de la parte inferior había algo de fruta. Cogió una manzana. Luego, se puso a rebuscar entre los armarios.

Satisfecho, abrió una lata que calentó con la ayuda de un plato sopero en el microondas. Aurora trabajaba con el portátil sobre la mesa de cristal del comedor cuando él se sentó a su lado. Dejó la manzana pegada al teclado.

—¿No tienes hambre? —preguntó mientras mojaba un trozo de pan.

—¿Cómo puedes comer eso a estas horas?

El Pibe se encogió de hombros y se limitó a ofrecerle una cucharada de la fabada asturiana de bote que acababa de calentar. Aurora dirigió la mirada de nuevo hacia el ordenador mientras Diego atacaba de nuevo el plato con maestría.

—¿Cuál es el plan? —preguntó él.

Ella dejó de teclear.

La probabilidad de que nos encuentren en las próximas 24 horas es del 17%, aumentando un 3% cada hora," calculó rápidamente.

Siguió un silencio incómodo, que Aurora acabó rompiendo con una voz tierna.

—Quería darte las gracias por todo lo que has hecho.

—No hay nada que agradecer —replicó Diego.

Una sombra de pudor velaba su expresión severa. Delacroix sonrió débilmente.

—Eres una buena persona —dijo ella finalmente.

El Pibe bajó los ojos.

—No digas eso, no me conoces.

Ella mordisqueó la manzana sin ganas. Diego la observaba.

—¿Qué?

—Nada. Me gusta verte comer.

Aurora le dio otra dentellada a la manzana y sonrió en un gesto que se tornó agrio.

—Te preguntaba que cuál era el plan para mañana —reiteró él, ante el cambio en su cara.

Aurora, con un rictus de dolor en el rostro, se levantó con movimientos lentos y apoyó la cadera contra la mesa. Diego se aproximó a ella.

—¿Por qué no descansas un poco? Mañana será otro día.

Un latigazo recuerdo del accidente en las vías del tren sacudió la pierna de Aurora. El dolor le mordió el muslo, como el veneno de una serpiente. El Pibe tuvo que sujetarla para que no se cayera al suelo.

—A veces el dolor es tan intenso que apenas puedo respirar —señaló la prótesis—. No tengo conmigo las pastillas.

Aurora tenía el rostro cubierto de lágrimas por el dolor y la rabia. Apenas se podía mantener en pie. Diego la condujo hasta el dormitorio y la tendió sobre la cama con delicadeza. Él le quitó los zapatos.

—¿Quieres que te ayude con la prótesis?

Aurora negó con la cabeza y el Pibe la cubrió con un edredón. Luego se fue hasta el baño. Delacroix escuchó como abría y cerraba cajones, y revolvía su contenido. Pasaron un par de minutos hasta que volvió con un frasco de analgésicos.

—¿Una o dos pastillas? —preguntó.

—Tres.

Le dio dos píldoras junto con un vaso de agua. Aurora tragó las pastillas y respiró entrecortadamente. El Pibe le tomó la mano y esperó a que se tranquilizase. Ella le miró con los ojos enrojecidos y la cara surcada de lágrimas.

—No me dejes sola, por favor.

—No me voy a ir a ninguna parte.

Aurora intentó sonreír. Él apagó la luz.

—Descansa.

Le sostuvo la mano en la penumbra, oyendo como temblaba de dolor, hasta que media hora más tarde aflojaba el tacto y se adentraba en el sueño. La pierna herida se movió en un par de ocasiones con un movimiento espasmódico. La escuchó murmurar palabras a las que no encontró sentido hasta que lentamente cayó dormida.

Los reflejos de la iluminación de la Ciudad de las Artes y las Ciencias se filtraban por el ventanal, dibujando el rostro de Aurora sobre la almohada. El Pibe pensó por un instante que parecía muerta y le tomó el pulso. Se preguntó si aquellas lágrimas que había visto en su rostro se las arrancaba la herida de la pierna o si el dolor provenía de más adentro. Al rato, la fatiga empezó a hacer mella también en él y se retiró a la habitación contigua para tenderse en una cama mullida. Cerró los ojos y suspiró.

—No creo que esto vaya a acabar bien —se sorprendió a sí mismo murmurando en voz baja.

Se acercaba la medianoche cuando el Pibe abrió los ojos y se encontró a Aurora observándolo fijamente en la penumbra desde una silla que había junto a la cama.

—¡*Carallo*! —consiguió articular El Pibe— ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Un rato.

Diego se incorporó y se frotó la cara.

—Debía haberte advertido de que ronco fuerte cuando estoy cansado.

—No me importa, ni te he escuchado. Las pastillas que me diste han funcionado a la perfección. Sólo había venido a comprobar que estabas bien —resumió Aurora con cierto aire malévolo—. Ahora descansa. Mañana será un día largo.

—Esta cama es una auténtica maravilla.

—El propietario tiene buen ojo para el mobiliario, claro, que con el dinero que debe ganar con los derechos de los libros, todo es más fácil.

Diego sonrió. Ella se levantó y le miró fijamente a los ojos.

—Gracias por todo.

—Anda, deja de agradecerme tonterías. ¿Cómo te encuentras?

—Avergonzada.

—*Carallo*, no sé de qué. ¿Y el dolor?

—Mejor, mucho mejor.

—¿Por qué no duermes un rato?

—Tengo cosas que hacer.

Aurora entornó la puerta y volvió a la mesa del salón. Esperó hasta volver a oír los ronquidos del Pibe y tomó el teléfono. Antes de marcar el número respiró hondo y cerró los ojos.

18

Leonor Guerrero y Salvador Ramírez llevaban casi diez minutos recorriendo carreteras entre vallas que rezumaban lujo cuando se abrió ante ellos un camino flanqueado por gruesos muros de piedra que conducía hasta el portón de lanzas de Villa Victoria. Durante la primera visita, con la escasa luz, Leonor no se había percatado del nombre de la mansión de la familia Delacroix en grandes letras doradas sobre la puerta corredera de la entrada. Solo aquella entrada podía costar más que el apartamento alquilado en el que vivía con Marquitos. Un jardinero con mono verde trabajaba al otro lado. Dejó el rastrillo al ver aproximarse a la pareja hasta la verja.

—Ustedes dirán —dijo el hombre con unas gruesas gotas de sudor que le resbalaban por la frente.

—Veníamos a ver al señor Delacroix.

—El señor Delacroix no se encuentra en casa.

Ramírez le hizo un gesto con la cabeza, pero Leonor no tenía intención de marcharse.

—¿Está la señora Delacroix?

El hombre no supo qué responder. Tras identificarse como los investigadores de la policía a cargo de la desaparición de Aurora, el jardinero retiró la carretilla y el rastrillo y se marchó al interior de la vivienda. Los cinco minutos de espera se le hicieron eternos, hasta que finalmente, tras un chasquido metálico la verja empezó a deslizarse sobre los rieles. Leonor contempló los jardines de estatuas, el estanque y las rosaledas vigorosas moviéndose a la brisa primaveral. El mayordomo, uniformado como la otra noche, les esperaba en la entrada de la vivienda principal con porte elegante.

—Desde luego, no parece que al señor Delacroix le vaya nada mal —suspiró el subinspector que observaba con los ojos muy abiertos lo que le rodeaba.

Leonor recordó el informe sobre las empresas de los hermanos, en el que, al menos financieramente, parecía haberle ido mucho mejor a Maximiliano los últimos tiempos. Al hermano gemelo de Sebastián le gustaba el riesgo, había invertido su fortuna en el sector de las inversiones financieras y gestión inmobiliaria. Los negocios de Sebastián eran los tradicionales de la familia, con aparentes problemas financieros.

—Me dijiste que la esposa estaba enferma —dijo Ramírez.

—Ahora veremos.

El mayordomo tenía una sonrisa fría y cierto aire condescendiente, como si los años de servicio le hubieran salpicado

algo de sangre azul, otorgando el privilegio de poder mirar a la gente por encima del hombro. Se acomodaron en un sofá de piel de un despacho repleto de libros que estaba presidido por un enorme retrato de Sebastián Delacroix en el que, con aire de patricio, los observaba desde la altura. La estantería incluía obras de Santo Tomás de Aquino y San Agustín, cuidadosamente colocadas junto a la literatura contemporánea. Al lado, un rosario de cuentas grandes y un agua bendita en una delicada botella de cristal adornaban un pequeño altar personal.

Leonor analizaba el cuadro cuando Victoria llegó con pasos lentos, arrastrando los pies. Estudió el rostro pálido y compungido de la mujer, cuyas arrugas hablaban de décadas de sufrimiento. Aun así, mostraba rasgos de una belleza madura. Vestía una bata de seda blanca y zapatillas de andar por casa a juego. Venía agarrada del brazo del mayordomo, apoyándose en él como si no se pudiera valer por sí misma. Leonor observó cómo las manos de Victoria temblaban levemente, una fina red de venas azules se transparentaba bajo la piel translúcida de sus brazos. Su respiración era casi imperceptible, pero cada inhalación parecía requerir un esfuerzo considerable.

Siempre le había fascinado cómo, si se sabía leer el lenguaje de las miradas, se podía adivinar el momento en que a las personas el mundo les había clavado un dardo envenenado. Al ver aquellos ojos, ahora nublados por el paso del tiempo y la enfermedad, tuvo la impresión de que aquella mujer no era más que un títere en las manos de Sebastián, una marioneta desgastada por los años y las circunstancias. Victoria tomó asiento frente a ellos, hundiéndose lentamente en el cojín del sofá. Estaba encorvada cuando por fin habló.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarlos.

Leonor se sorprendió del tono seguro de aquella mujer de aspecto tan frágil.

—Le agradecemos que haya podido atendernos, doña Victoria. Somos conscientes de que son momentos difíciles para la familia y para usted —aventuró Guerrero.

Victoria asintió con ademán paciente y mirada perdida.

—Comprenderá usted que cualquier información que nos pueda proporcionar sobre el pasado de su hija, puede ayudarnos a encontrarla.

Victoria se acomodó en su asiento, su mirada reflejaba una mezcla de nostalgia y dolor. Respiró hondo antes de hablar, su voz teñida de un matiz melancólico.

—Aurora siempre fue una niña extraordinaria, incluso desde muy pequeña. Tenía una curiosidad insaciable por el mundo que la rodeaba —su voz se suavizó al sumergirse en los recuerdos—.

Recuerdo una vez, cuando tenía apenas seis años, encontró un pájaro herido en el jardín. Se pasó horas cuidándolo, hablándole, hasta que pudo volar de nuevo. Esa era Aurora, siempre empeñada en resolver los misterios de la vida, en arreglar lo que estaba roto.

Leonor observó con atención, tratando de discernir la relación entre madre e hija.

—¿Y cómo se lleva con ustedes? ¿Compartía sus intereses y preocupaciones? —preguntó con delicadeza.

Victoria miró hacia la ventana por un momento, como buscando las respuestas en el paisaje.

—La verdad es que Aurora siempre fue muy independiente, diría que incluso distante. Se sumergía en sus libros y estudios. A veces, parecía estar en su propio mundo, un lugar al que ni su padre ni yo podíamos acceder.

—¿Recuerda si tenía alguna amiga especial o alguien en quien confiara durante su niñez o adolescencia? —inquirió Ramírez, intentando establecer alguna conexión con su desaparición.

La madre de Aurora suspiró, cerrando los ojos por un instante.

—Aurora siempre fue selectiva con sus amistades. Tenía pocos amigos, pero con ellos era intensamente leal. Había una niña... Julia, creo recordar. Eran inseparables. Pero, como todo en la vida de Aurora, esa amistad también se enfrió con el tiempo.

—¿Recuerda el apellido? —preguntó Leonor.

—Han pasado tantos años… Mi memoria falla con más frecuencia de la deseable.

Leonor tomó nota mentalmente del nombre.

—¿Hubo algún evento o situación que cree que pudo haber influido en su forma de ser o en sus decisiones? —siguió Leonor, consciente de que cada detalle podía ser crucial.

Victoria reflexionó un momento antes de responder.

—No puedo señalar un momento específico... Pero siempre tuve la sensación de que Aurora buscaba algo, alguna verdad que solo ella podía ver.

El sonido de unas ruedas derrapando sobre la gravilla hizo que se callaran. Un portazo y unos pasos acelerados los mantuvo en silencio hasta que Sebastián Delacroix hizo acto de presencia acompañado de otro hombre. El acompañante vestía traje azul, corbata, gemelos de oro y unos relucientes zapatos negros.

—¿Qué demonios hacen aquí? —preguntó Sebastián con voz seca.

Leonor se incorporó.

—Señor Delacroix, hemos venido para hacerle unas preguntas a usted y a su esposa. ¿Mantuvo conversaciones telefónicas con Ram

Gopal, los días previos a su muerte?

El hombre arqueó las cejas y enrojeció. El otro se interpuso.

—Sebastián, no digas nada.

—¿Y usted es? —preguntó Leonor.

—Soy Miguel Medina-Huerta, el abogado del señor Delacroix. ¿Han traído ustedes una orden judicial?

—Disculpe señor Huerta, su cliente estuvo hablando por teléfono con el hombre que apareció muerto en aquel apartamento y queremos hacerle unas preguntas.

—Medina-Huerta —aclaró el abogado—. Le repetiré la pregunta, ¿han traído una orden judicial para personarse en casa de mis clientes?

—Señor Medina, me gustaría en primer lugar aclarar que la señora Delacroix ha accedido por voluntad propia a hablar con nosotros.

Sebastián miró de soslayo a su esposa. El abogado tomó de nuevo la palabra.

—Van a disculpar a mis clientes, pero ahora no es ni el momento ni el lugar para tratar estos asuntos. Le rogaría que, de ahora en adelante, siempre que desee hablar con cualquiera de ellos, me advierta de antemano sobre los hechos que desea discutir. De ese modo podremos preparar la información como es debido, para que nadie pierda el tiempo, empezando por usted, inspectora. Quiero que quede claro que para la familia Delacroix, encontrar a su hija es ahora mismo la prioridad, pero las cosas se deben hacer siguiendo un orden establecido.

—Al menos, ¿permítame saber de qué trataba en esas llamadas con Ram Gopal? —Leonor evitó el cuerpo del abogado que se interponía ella y Sebastián. Medina-Huerta volvió a moverse para evitar el contacto visual entre su cliente y Leonor.

—Le repito inspectora que no es ni el momento ni el lugar. Les ruego que me acompañen a la salida.

Leonor sabía que debía seguir las indicaciones del abogado o el charco que acababa de pisar se convertiría en un foso de arenas movedizas que la engulliría por completo.

—Un pez gordo… —apostilló Ramírez de camino al coche.

—Muy gordo y de un caladero selecto. Tendremos que ver si acepta por las buenas aclarar de lo que habló con el ingeniero y por qué no nos puso al tanto de esas conversaciones cuando le interrogamos. Si no es por las buenas, lo citaremos en comisaría —se quedó pensativa unos segundos—. Sebastián, ¿de qué hablaste en varias ocasiones con Ram Gopal los días previos a su muerte? —se preguntó a sí misma Leonor en voz alta.

19

Por espacio de varios minutos, Aurora procedió a resumir los acontecimientos transcurridos los últimos días. Su mente trabajaba desgranando cada detalle, cada conversación, cada mirada que había cruzado con aquellos que habían entrado en su órbita desde que el caos comenzó. De forma recurrente, Ram volvía a ocupar sus pensamientos. Las sutilezas en sus expresiones que ahora, con el beneficio de la retrospectiva, cobraban un significado más claro. Recordaba la forma en que sus ojos se desviaban ligeramente cuando hablaba de ciertos temas, un indicio claro de que ocultaba algo y que ella no supo detectar entonces. Aquellos habían sido días de placer y rosas envenenadas, cuando su príncipe azul le regalaba flores todos los viernes antes de encontrarse en el apartamento. Días en los que ella no se daba cuenta de que se había convertido en un simple objeto manipulado por el ingeniero para lograr sus fines. Intentó borrar el rostro de Ram de su mente. Se conectó a TorChat, pero no había ningún mensaje.

Aún deberían permanecer un rato más en el piso, pero sabía que no sería capaz de volver a conciliar el sueño. Se acercó hasta la estantería de una habitación que hacía de biblioteca. Ante ella se extendía una impresionante colección que abarcaba desde clásicos literarios hasta obras modernas. Observó primeras ediciones de Hemingway y Fitzgerald, junto a ellos, libros de historia y filosofía, desde Platón hasta Simone de Beauvoir. Había una sección de ciencia, entre las que estaba una primera edición de *La teoría de las invariantes algebraicas de la matemática* de Emmy Noether, su guía de base durante los estudios en Oxford. Acarició el lomo de cuero del ejemplar sintiendo añoranza de los que probablemente habían sido los mejores años de su vida. Luego comprobó que había otra sección dedicada a la literatura española y latinoamericana, con obras de García Márquez, Isabel Allende y Borges meticulosamente alineadas.

Si se trataba del agente literario de Diego, los libros publicados por el Pibe deberían estar entre los cientos de ejemplares que poblaban los estantes. Finalmente, en la sección de autores contemporáneos, encontró una colección de thrillers y novelas de misterio. Nada más ver las portadas, Aurora tuvo la corazonada de que se trataban de sus obras. Tomó uno de los libros, un thriller político que prometía intriga, suspense y denuncia social. Al abrirlo, una dedicatoria manuscrita en la primera página atrajo su atención. Los trazos en color oro no dejaban lugar a duda sobre la autoría del escrito.

Se llevó el libro al baño. Allí se miró en el espejo el flequillo de pelo negro que le caía por mitad de la frente. Su melena rizada rojiza había pasado a mejor vida. Arrugó la nariz como cuando era niña y dejó correr el agua caliente hasta llenar la bañera. Prendió las dos velas aromáticas sobre la repisa de la cabecera, apagó la luz y se sumergió en la balsa humeante de vapor. Dejó que el calor del agua calmará las molestias de la herida y cerró los ojos. Cuando dejó de pensar en las probabilidades de éxito que tendría, tomó el libro. A medida que pasaba las páginas, la inquietud que se había apoderado de ella se fue deshaciendo poco a poco. Al rato, Aurora perdió la noción del tiempo. Se sorprendió de la pluma de su nuevo compañero, de su capacidad para enganchar al lector y transportarlo a otros mundos. Pensó que hubiera podido quedarse allí toda la noche.

Al salir de la bañera se apoyó en el lavabo y se enfrentó al espejo. Contempló los hilos de vapor que ascendían por su cuerpo. Las cicatrices sobre el muñón de la rodilla dibujaban unas raíces envenenadas que subían por el muslo. Se las palpó con los dedos y sintió una punzada leve de aviso. A continuación, se ciñó las correas de la prótesis fuertemente. Tras ponerse la ropa interior que Diego le había comprado, Aurora se enfundó en el vestido. Luego, para marcar diferencias con la Aurora Delacroix original, se maquilló a conciencia.

Eran las dos de la mañana cuando volvió al ordenador para conectarse al chat de la *Dark Web*. En la carpeta de entrada parpadeaba un mensaje de Tintín en el que se anexaban varios documentos encriptados con información sobre las sociedades participadas por los hermanos Delacroix.

Después de descifrar los archivos, con un total de más de ciento cincuenta páginas por analizar, Aurora se sumergió en la maraña de datos que se desplegaba ante ella. La información era extensa y detallada, abarcando desde transacciones financieras hasta informes de auditoría.

Lo que más llamó su atención fue el historial financiero de SpaceVal, la joya de la corona de Maximiliano. La compañía aeroespacial había comenzado su andadura con el desarrollo de satélites para el control del clima. Posteriormente, se introdujo en el prometedor negocio de cohetes para lanzar esos satélites al espacio. Una tecnología al alcance de pocos países de la que se enorgullecía su tío. Ese giro del negocio, pionero en Europa, fue un acierto, y en poco tiempo, SpaceVal había ganado notoriedad.

Lo que Aurora encontró particularmente intrigante fue la transformación financiera de SpaceVal. Para su sorpresa, la empresa había estado al borde de la suspensión de pagos un par de años atrás. Sin embargo, una serie de ingresos importantes revirtieron su suerte.

Esos fondos no solo salvaron a SpaceVal de la quiebra, sino que también permitieron a la empresa saldar sus deudas y financiar nuevos y ambiciosos proyectos, como el de desarrollo de nuevos motores para los cohetes.

Las hojas de cálculo detallaban la compleja red de transacciones financieras y conexiones empresariales de SpaceVal. Las cifras y datos volaban en su cabeza mientras se grababan en su memoria fotográfica. Era como si cada apunte se convirtiera en una imagen indeleble en su mente. Mientras sus ojos se deslizaban sobre las filas y columnas, su mente iba tejiendo patrones.

La situación le hizo recordar el momento en el que, al principio de la andadura de su empresa de inversión en criptomonedas, InverFénix, tuvo que enfrentarse a una situación parecida. Recordaba cómo los patrones irregulares en las transacciones de criptomonedas habían llamado su atención. Aurora pasó noches en vela, analizando cada transacción, cada fluctuación del mercado. Su habilidad para detectar esas irregularidades no solo salvó a InverFénix de una posible quiebra financiera, sino que también catapultó a la empresa a la vanguardia del mercado de criptomonedas.

Sin embargo, en el caso de SpaceVAl, la fuente de los fondos permanecía oculta. Debía existir alguna conexión entre estos pagos y los recientes acontecimientos que habían sacudido su vida. Se encontraba tan absorta en el trabajo que dio un respingo cuando la notificación de la cuenta de Telegram en el móvil tintineó. Tintín había dejado la localización del coche y un escueto mensaje: «En el maletero».

Aurora dibujó una sonrisa torcida en su rostro. A las tres de la madrugada ya había preparado la mochila. Llevaba ropa para cambiarse un par de veces, el portátil, móvil, cargadores y la pistola Sag Sauer de 9 milímetros. Extrajo el cargador y las balas una a una. Quedaban once. Luego las introdujo de nuevo, amartilló el arma y la bloqueó con el botón del seguro. Unas piezas de fruta completaron todo lo necesario.

El suave ronroneo de los ronquidos de Diego hizo que se acercara con sigilo hasta el marco de la puerta. La silueta del Pibe se dibujaba sobre el colchón, con el pecho hinchándose y deshinchándose al ritmo acompasado de la respiración. Estuvo tentada de acercarse hasta él para despedirse, pero sabía que ese hombre no la dejaría marchar sola. Lo mejor para todos era una separación abrupta, sin darle opción de permanecer a su lado. Alejarlo de un peligro seguro era la mejor alternativa que tenía.

En la biblioteca encontró un folio y un bolígrafo. Había tantas cosas que decirle… Empezó a garabatear palabras hasta que en un

arrebato de furia cogió el papel, lo arrugó y lo lanzó a la papelera. Nunca le confesaría lo que sentía. Bastante había hecho el ridículo los últimos tiempos como para volver a tropezar dos veces con la misma piedra.

Pero él se merecía algo más que su silencio. Se quedó mirando el nuevo folio en blanco. Diego había actuado como un buen jugador de ajedrez, sin preguntar, sin interesarse por lo que realmente había ocurrido, sin emitir juicios y, lo más importante, sin esperar nada de ella a cambio. Lo consideraba una buena persona, tal vez de las pocas con las que se había cruzado a lo largo de su vida. Escribió una sola línea con la mano temblorosa y dejó la hoja plegada en la encimera de la cocina, bajo la botella de vino.

Repasó otra vez lo que iba a hacer y cuál era la probabilidad de éxito. Estimó que, por debajo del quince por ciento, siendo optimista. Poco antes de las tres y media de la madrugada abandonaba de puntillas y descalza el lujoso apartamento de la Ciudad de las Artes y las Ciencias con el corazón encogido en un puño.

Aurora encontró aparcado el Dacia color blanco en la ubicación centelleante que mostraba el mapa de su móvil. El modelo de coche más vendido en España podría resultar más difícil de localizar en el caso de ser identificada. Se acercó a la rueda posterior derecha. Se puso de rodillas y empezó a hurgar por los recovecos junto al neumático. Los primeros intentos infructuosos hicieron que el corazón empezara a palpitar ligeramente más veloz. Probó en el lado opuesto y el tacto metálico de la llave hizo que se relajara. Las luces de los intermitentes parpadearon cuando abrió el maletero. Ante sus ojos estaban perfectamente alineadas cada una de las cosas que había solicitado a Tintín por el chat. Tan eficiente como siempre. Con la lectura de la huella dactilar y el código de ocho caracteres procedió a ordenar el pago de casi seis cifras en forma de criptomonedas que le había prometido. Luego borró cualquier rastro digital, arrancó el coche y puso rumbo al hospital de La Fe.

Diego Ortega, el Pibe, se despertó a las seis y cuarto. La media botella de vino que se había bebido la noche anterior junto a la fabada asturiana le habían ayudado a dormir de un tirón. Mucho mejor que las píldoras que al parecer necesitaban la mayoría de los españoles. Tras un largo bostezo, se levantó y se acercó hasta la habitación de Aurora. La cama estaba vacía, sin hacer. Al atravesar el salón, comprobó que ni ella, ni el portátil, ni el resto de sus cosas estaban dónde las había visto por la noche.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Comprobó cada uno de los cuartos de baño sin éxito. Pasó por la cocina y el folio que había bajo el Ribera del Duero que había

disfrutado tan solo unas horas atrás captó su atención. El papel estaba doblado por la mitad. El corazón de Diego palpitaba con fuerza, una de una intensidad que creía haber olvidado muchos años atrás en la selva colombiana. Encontró inmediatamente su críptica respuesta escrita a trazos grandes con una caligrafía irregular.

Gracias por todo.

Según leía cada letra, una sensación de vació le invadía el estómago. Le dio la impresión de que se trataba de una frase de despedida, de un adiós definitivo. Aurora Delacroix sola contra el resto del mundo. Preparada para luchar y derribar todo lo que se le pusiera por delante. *Carallo, ¿como fun tan parvo?*

Diego se dio una ducha rápida, se puso la ropa de la noche anterior y tras probar con varios botones de colores diferentes, consiguió prepararse un café bien largo de aquella máquina cromada que más bien parecía un robot del futuro. ¿Por qué habría dejado de gustar la clásica italiana de toda la vida? Si dominar algo supuestamente tan sencillo como una cafetera le había supuesto tal dificultad, no quería ni pensar si sería capaz de ejecutar lo que aquella chica con una bola metálica en la lengua le había explicado en la tienda de electrónica y telefonía de Calpe.

Se fue hasta la maleta, sacó las lentes de cerca y una libreta de cuero que siempre le acompañaba. En ella, solía anotar las ideas que le venían a la cabeza cuando tejía las tramas y los personajes de sus novelas. Por supuesto, el mayor caladero provenía de los clásicos, Poe, Conan Doyle, Agatha Christie o más recientes como Chandler y Hammet, pero también los *bestsellers* del momento, películas, series de televisión o las noticias. Toda valía durante el proceso creativo.

Cuando las musas le eran esquivas, el Pibe se sentía libre de robar allá donde la inspiración le estuviera haciendo un guiño para alimentar y dar forma a sus novelas. Un botín de guerra al que todos los escritores tenían derecho. Pero a veces, el material aparecía dónde uno menos lo esperaba. Bastaba con escuchar una conversación ajena o despertarse en mitad de la noche con una nueva idea, y era en ese preciso instante donde la libreta cobraba su auténtico valor.

En esta ocasión había dado un uso diferente a su fiel compañera de ideas. Con la taza humeante a su lado, la abrió por el pliegue que había junto con aquel teléfono móvil casi tan caro como una de las velas de su barco. Sonrió al releer en la página anterior la ficha del personaje principal de su última novela. Jeremías Montero, un expolicía expulsado del cuerpo nacional de policía y convertido en detective privado, al que una mujer propietaria de uno de los imperios más poderosos de la moda le contrataba para encargarse de probar que su marido le era infiel. La punta del iceberg de un entramado mucho más complejo. La novela ideal para los lectores hartos de que

siempre ganaran los poderosos. Una historia en la que rodaban muchas cabezas, se denunciaba la falta de escrúpulos de las grandes empresas para sobrevivir y la corrupción de la clase política. El libro español traducido a más idiomas del siglo XXI, un éxito internacional.

Diego apartó esas ideas de la cabeza y se centró en descifrar cada uno de los pasos anotados en la libreta por la chica de la bola metálica en la lengua. Aurora estaba ahí afuera, sola, buscando ella misma impartir justicia. El Pibe no sabía lo que realmente le había ocurrido, pero sí que conocía lo que le dictaba el corazón. El tiempo se le acababa, como años atrás en la selva colombiana. La única forma que tenía para encontrarla se hallaba en las instrucciones escritas a mano en esa hoja.

20

Leonor apenas pudo conciliar el sueño en toda la noche. La única vez que lo había conseguido, se despertó sudorosa en medio de la soledad. En la pesadilla, su hijo Marcos estaba luchando por salir de una balsa de agua oscura. Agitaba sus manos y brazos en busca de auxilio. Ella deseaba con todas sus fuerzas ayudarlo, pero unas fuerzas invisibles no la dejaban moverse. Era como si el aire se hubiera transformado en un medio gelatinoso, denso, dónde cada movimiento se convertía en una lucha desesperada. A pesar de sus esfuerzos, Leonor se encontraba atrapada, observando impotente cómo su hijo se hundía en el abismo.

El rostro de Marcos reflejaba una mezcla de miedo y confusión, sus ojos buscaban los de su madre, suplicando una ayuda que ella no podía ofrecerle. En ese instante, la escena cambió: el agua oscura se transformó en un océano de serpientes enroscadas, deslizándose entre sí, sus escamas resplandecientes bajo una luz mortecina.

La angustia de Leonor se intensificó. Las serpientes se movían en oleadas, elevándose y cayendo alrededor de Marcos, quien ahora parecía paralizado por el terror. A medida que las serpientes se acercaban, el rostro de su hijo se desdibujaba, sus facciones se tornaban borrosas y su cuerpo empezaba a desvanecerse, como si se estuviera disolviendo en el aire mismo.

Leonor intentó gritar, pero su voz no salía. Estaba atrapada en esa parálisis, en ese espacio donde la realidad y la pesadilla se confundían. De repente, una de las serpientes se elevó frente a ella, sus ojos fijos en los suyos, y en ese instante, Leonor lanzó un grito seco que la arrancó del sueño.

Se sentó en la cama. Estaba empapada en sudor. Los números rojos del despertador digital palpitaban al ritmo de los ecos de su corazón. Las tres y cuarto de la mañana. Era inútil, pero se levantó y caminó hacia la habitación de su hijo para comprobar, como ya sabía, que ahí no iba a encontrar a nadie. Lo único que consiguió fue acrecentar la sensación de angustia, el temor de que a su hijo le hubiera ocurrido algo horrible. Estuvo tentada de coger el móvil y llamar a su madre para que comprobara si Marquitos se encontraba bien. Pensarían que se había vuelto loca de atar y, tal vez, algo de razón tendrían. Regresó a la cama, pero ya no pudo pegar ojo el resto de la noche. La cara de desesperación de su hijo la golpeaba una y otra vez, alejando cualquier atisbo de paz que le permitiera sumergirse en los brazos de Morfeo.

A las seis y media de la mañana ya estaba duchada y frente al

armario. Lo único que tuvo claro al elegir la ropa que se pondría fue reemplazar las botas de tacones por unos zapatos con suela de goma. Se decidió por una camisa blanca de algodón, que se ajustaba a sus amplios hombros, y unos pantalones de vestir negros, de corte recto, que algo disimulaban el grosor de los muslos. O al menos, eso era lo que le había asegurado la chica de la tienda dónde los compró mientras ella se observaba en un espejo que de forma descarada estilizaba la silueta.

Aunque era consciente de que la mayoría de los mortales a esa hora tan solo podían tomarse el café de la mañana, Leonor de buena gana se hubiera metido entre pecho y espalda una cerveza bien fría y un bocadillo de jamón serrano para templar los ánimos. Al fin y al cabo, llevaba horas despierta y para su cuerpo ya era hora de almorzar. Suspiró. Esa no era la mejor forma de empezar a perder peso, una de las promesas que se había hecho durante las largas horas de desvelo.

Cogió las llaves del coche y salió hacia la comisaría. El tráfico no sería un problema a esas horas intempestivas. Como mucho se cruzaría con alguna furgoneta de reparto, el camión de la basura o con restos de jóvenes a los que el amanecer pillaría todavía de fiesta. Encendió la radio y subió el volumen. El noticiero nacional empezaba con la última hora sobre el caso Delacroix a lo que Leonor respondió con un enérgico golpe de mano para sintonizar otra emisora. La voz de Freddie Mercury entonando *Another one bites the dust*, hizo que Guerrero empezara a cantar en voz alta la melodía y por unos pocos minutos, su hijo Marquitos, el Colibrí y la familia Delacroix pasaron a un segundo plano. El mundo era de nuevo un lugar en el que merecía la pena vivir.

Cuando la inspectora Guerrero llegó a la comisaría el agente de la entrada señaló hacia un banco en el que estaba sentado un hombre de mediana edad, con cazadora de cuero negra y las manos en los bolsillos.

—Dice que quiere hablar con usted.

Sus miradas se cruzaron y el hombre se puso de pie. A primera vista, parecía el tipo de persona normal que uno podría encontrarse cualquier día en la calle, profesor de instituto o médico de familia. Rondaría los cuarenta, de estatura media, ni demasiado alto ni llamativamente bajo, tenía un aspecto desenfadado y accesible. Su cabello, castaño y ligeramente desordenado, le caía de forma casual sobre la frente. Se acercó hasta colocarse junto a Leonor.

—¿Inspectora Guerrero?

Leonor asintió. El hombre le tendió la mano.

—Me llamo Daniel Serrano y soy el instructor de artes marciales

de Aurora Delacroix.

Leonor arqueó las cejas. Tras un rápido intercambio de palabras, se acercaron al bar El rincón de Carlos. Acababa de levantar la reja metálica y tenía las luces encendidas. Encontraron a Carlos colocando la bollería de una caja en la vitrina de cristal. El camarero, con el delantal negro manchado de azúcar glas, los saludó con un gesto amistoso. El aroma a repostería recién horneada que impregnaba el local hizo que Leonor empezara a salivar.

—Buenos días, inspectora.

—Buenos días, Carlos.

El hombre puso un gesto de disgusto.

—Celia no llegará hasta las 8 para ponerse con los fogones —Carlos le guiñó un ojo y Leonor no pudo evitar pensar en aquella delicia de tortilla española de medio palmo de altura hecha a fuego lento con el huevo poco cuajado y que se deshacía al partirla—. Pero me acaban de traer estos cruasanes de mantequilla que no te tomarías ni en el mismísimo Arco del Triunfo en Paris.

Leonor dudó unos segundos, hasta que llegó a la conclusión de que sería mejor empezar la dieta tras la resolución del caso o el mal humor que se le pondría cada vez que tuviera hambre haría que explotara como una mascletá en el momento más inoportuno. Se decidió por uno de los cruasanes rellenos de jamón york y queso que Carlos calentó en la tostadora y un café con leche. Daniel, ante la insistencia de Leonor, se pidió un cortado con leche de soja.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó ella.

—Sí, ayer noche aterricé de un seminario de JiuJitsu que he impartido durante toda la semana en Berlín. Cuando vi los titulares de la prensa en el kiosco del aeropuerto, aluciné. Se me ocurrió comprar un par de periódicos y una revista sensacionalista que acabó en la basura a los cinco minutos. No tienen ni puta idea de cómo es Aurora Delacroix. En uno de los periódicos la calificaban como una asesina fría y calculadora, en el otro como una devoradora de hombres. En la portada de la revista, en letras grandes ponía «Es bisexual», con la fotografía de una morena que decía ser su amiga de la infancia. Que, si es una inadaptada, incapaz de integrarse, con problemas evidentes de identidad sexual, un bicho raro, adicta al sexo… la lista de calificativos era interminable —Daniel apretó los puños y los nudillos, deformados por el entrenamiento, se tornaron blancos—. La prensa está echándola mucha mierda encima, hostia. No leí ni una palabra buena, ni una, de esos putos cabrones malnacidos.

Leonor detuvo el trozo de cruasán con el queso fundido que estaba a punto de morder.

—Has encadenado tres tacos seguidos.

Daniel rio.

—Perdón inspectora. Había jurado controlarme, pero solo recordar lo que decían esos hijos de pu… perdón, lo que dicen esos desgraciados, me hierve la sangre. Estoy bastante cabreado. Necesitaba hablar con alguien a cargo de la investigación. Anoche no me costó ni diez minutos encontrar en Internet una fotografía suya, fui tirando del hilo hasta llegar aquí.

Leonor se ayudó de la servilleta para limpiar el queso que había caído sobre la madera de la mesa y devolvió el cruasán al plato.

—Un par de agentes se acercaron hasta el gimnasio para buscar algún conocido de Aurora. ¿No te lo dijeron? —Leonor volvió a coger su tentempié—. Y no me hables de usted, que me haces parecer mayor.

—Ya le he dicho que llegué ayer noche. Quería hablar con usted antes de abrir el gimnasio. Creo que es importante para que conozca mejor a Aurora. Llevo esperándola en ese banco desde las 6 de la mañana.

—Vale, ¿qué me puedes contar de Aurora Delacroix?

—A ver, no todo lo que dicen de Aurora es mentira, ¿pero una psicópata asesina? Joder, la conozco bien. Esa mujer es capaz de muchas cosas, pero desde luego no de matar a alguien con esa sangre fría—se calló y la miró a los ojos, pensativo—. Al menos sin una motivación clara. Tenemos que darle el beneficio de la duda.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Leonor.

—A ver, Aurora es un poco chalada, pero siempre del lado de los buenos. Déjeme contarle cómo empezó todo. Entrena conmigo desde hace diez años. En aquella época mi escuela era únicamente de boxeo, las artes marciales mixtas llegaron más tarde. A mi gimnasio venían muchos chavales del barrio que en lugar de estar por ahí haciendo cosas que no debían, ya me entiende usted, encontraban una motivación para hacer deporte, pero sobre todo un grupo en el que apoyarse. Yo era el segundo padre para muchos de ellos. Le voy a decir la verdad, en esos años todo eran chicos, ni una mujer, jóvenes del barrio curtidos a veces en peleas callejeras. Aurora debía tener veintitrés años cuando se presentó en la puerta de la nave con aquel cuerpo flacucho y la falda vaquera corta que dejaba ver la pierna ortopédica. Ya conoce la pinta que tiene. Llevaba una camiseta negra por la que afloraban dos brazos como palillos y la larga melena rojiza sobre una cara pecosa que le hacía parecer mucho más joven. Imagínese, había unos chicos haciendo saco, otros comba, y en el cuadrilátero estaba entrenando Mammadou, un joven prometedor llegado de Senegal un par de años atrás y que llevaba ganados cinco combates regionales por KO. Pues Aurora se planta ahí, delante de todos esos chavales, pregunta por el entrenador y cuando estoy frente a ella, me pide en voz alta, delante de todos, entrenar con el grupo en

el gimnasio.

—Me puedo imaginar la escena.

—Media docena de chavales se partieron de risa —Daniel bajó la mirada—. Yo también dejé escapar una. Se metieron con ella, cosas del tipo «las niñas pueden hacer baile» o «en qué categoría estás, mosquito», reconozco que no supe detener semejante sarta de estupideces. No vea la cara que puso, parecía que iba a explotar.

—Aurora no se lo tomó nada bien, ¿cierto?

—Pues no, la rabia y la impotencia se apoderaron de ella. Me clavó sus ojos, abrió la bolsa de deporte, sacó unos guantes rojos y unas zapatillas del mismo color, y se los puso.

—Esto promete, ¿seguía con la falda vaquera y la camiseta?

El entrenador asintió.

—Me pidió que la dejara subir al ring con el Mamma. Era como enfrentar a un elefante con un ratón, en el boxeo el peso es clave. Le respondí que ni de coña, se podía hacer daño. Me dijo que probara yo con ella.

—Esto se pone cada vez más interesante —dijo Leonor que dejó el último trozo de cruasán en el plato.

—Aurora siempre tuvo muchas pelo…, mucho valor. Dijo que se iba a quedar ahí hasta que le diera una oportunidad. Primero me reí, pero lo cierto es que me picaba la curiosidad. Al final me puse yo también los guantes. El resto de los chavales dejaron lo que estaban haciendo y formaron un círculo a nuestro alrededor. Le lancé una secuencia de *jabs*, en plan broma, que Aurora esquivó sin ningún problema. Ahí estaba haciendo el payaso con ella y me giré hacia Mamma una décima de segundo para indicarle la estrategia que podía seguir con alguien veloz que habíamos entrenado el día anterior. Atenta como una buena boxeadora, aprovechó ese instante para lanzarme una combinación endiablada de golpes. Conseguí bloquearlos todos hasta que me encajó un *uppercut* de su mano izquierda que me dio de lleno en el mentón. Era tan rápida que no lo vi venir. A ver, su fuerza era poca y yo en aquella época aguantaba puños de hormigón, pero esa pequeñaja demostró con creces que sabía boxear. De verdad. Dominaba la técnica. Estuvo otro par de minutos en los que hacía todo lo posible para tirarme al suelo. Le dije que parara, que ya había demostrado bastante, ¿pero sabe cuál fue su reacción?

—Aurora quería seguir hasta que uno de los dos cayera.

—Así fue. Esa chica es incansable, cuando se le mete algo entre ceja y ceja no hay quien la detenga. Al final la tuve que agarrar entre pataletas para que parara. Luego caí en la cuenta, y me dio…me dio mucha vergüenza. Habíamos puesto carteles por el barrio para atraer a los jóvenes al club y cuando decide venir, lo que se encuentra es una

panda de chavales y un profesor idiota que solo se ríen de ella.

—Y empezó a boxear en el club.

—Cuando se tranquilizó le pregunté si de verdad quería entrenar con nosotros. Le dije que tenía un nivel muy bueno. Me contó que acababa de llegar de Inglaterra y que allí era normal que las chicas también practicaran boxeo. Volvimos a pegar carteles por el barrio y a la semana había otras tres chicas.

—¿Aurora entabló amistad con alguna de ellas?

—Aurora siempre ha sido reservada, ella está dispuesta a ayudar y corregir a otra persona el tiempo que haga falta, pero cuando acaba el entreno, se ducha, coge sus cosas, arranca la Ducati y se marcha a todo gas. Los primeros años, con el único con el que a veces mantenía una conversación de más de dos palabras, fue con Mamma.

—¿El chico de Senegal?

Daniel asintió.

—Sí, el chico se marchó a trabajar a Madrid hará cosa de unos cinco años. Verá, una tarde le pedí a Delacroix que se pusiera el casco, el protector y subiera al cuadrilátero con él. Ya había hablado antes con el chico, nada de golpes serios, nada de noquearla. Quería que Mamma aprendiera a boxear con alguien ágil y que se moviera rápido. Se puede imaginar, con esa pierna ortopédica —Daniel se frotó los ojos, como si no diera crédito—. Hablamos de hacer cinco asaltos, pero yo me percaté como a cada toque de la campana, Mamma iba imprimiendo cada vez más fuerza a sus golpes. Aurora se movía… Inspectora, ¿recuerda a Cassius Clay? —Leonor asintió—. Él dijo que el boxeo era revolotear como una mariposa, picar como una abeja. Esa era la definición perfecta del boxeo de Aurora Delacroix. El combate no lo ganó ninguno de los dos, pero entablaron una cierta amistad. A partir de ese día los chavales empezaron a respetar a Aurora. Yo la usaba para que hiciera de *sparring* de chicos bastante más altos y grandes que ella. Resultó ser un entrenamiento cojonudo para los chicos y también para Aurora, que se sentía una más del grupo.

—¿Qué pasó luego?

—El gimnasio fue para arriba. Nos movimos a una nave más grande, con mejores instalaciones —Daniel se quedó pensativo—. Cada vez teníamos más chicas y empezamos a impartir defensa personal. Inspectora, usted ya sabe que anda mucho malnacido suelto por ahí. Es bueno que las mujeres aprendan a defenderse, pero que le voy a contar yo a usted que no sepa ya. Para mi sorpresa, ella se ofreció a prestarme el dinero, pero me negué. No soy de esos, las cosas las hago yo solo y de forma legal con el sudor de mi frente —el instructor volvió a perder la mirada en el infinito—. No sabía que Aurora era tan lista, ni tan rica, hasta que hace unos meses me la encontré en la portada de una revista, con la Torre Eiffel al fondo. Esa

chica consigue lo que se propone, no lo dude.

—¿Y de verdad tras tantos años no tiene ninguna amistad en el gimnasio?

El instructor se quedó pensativo.

—Ya se lo he dicho, ella casi nunca habla con nadie. Cumple de forma rigurosa con el entrenamiento y luego desaparece en su motocicleta.

21

Aurora Delacroix se sentía una estúpida adolescente mientras conducía de camino al hospital de La Fe. En lugar de centrarse en el análisis de los datos financieros y las proyecciones económicas de SpaceVal, no se podía quitar de la cabeza a Diego. Debía alejar esos pensamientos y concentrarse en lo importante.

La mención del hospital desencadenó un torrente de información en su mente. Para su dicha, o tal vez para su desgracia, desde el accidente del Día en que Todo se Jodió, Aurora había desarrollado una memoria fotográfica.

Recordó que el hospital de La Fe, el más grande de la Comunidad Valenciana, contaba con más de mil camas, todas en habitaciones individuales y atendía aproximadamente 250.000 urgencias al año. El ruso barrigudo de la coleta sería un número más de aquellas estadísticas. Una pena que el dinero público se malgastara en personajes de semejante calaña en lugar de destinarlo a acciones más beneficiosas para la comunidad. Sin embargo, lo que realmente captó su atención era el hecho de que el hospital acogía a más de 400 residentes en formación cada año, lo que la llevaba a pensar que infiltrarse haciéndose pasar por uno de ellos no sería una tarea complicada.

Bajo una luna terciada que acababa de asomar por el horizonte, la silueta de los edificios de corte moderno de La Fe, con sus fachadas blancas y cristal, reflejaban las luces en un mosaico cambiante. Delacroix siguió unas indicaciones que la llevaron hasta el aparcamiento. El estacionamiento estaba casi vacío, salvo por algunos pocos vehículos dispersos.

Aurora condujo al lugar más apartado, una esquina en la que estaba fundido uno de los focos del techo y que quedaba algo protegida de miradas indeseadas gracias a la ayuda de un muro que sobresalía un par de metros. Se bajó del Dacia y levantó la cabeza. No había cámaras. Tras un pequeño forcejeo con la cerradura, consiguió abrir el maletero. Se puso las zapatillas deportivas y una bata blanca que estaba meticulosamente doblada al lado de la palanca para la rueda de repuesto. Luego metió la mano en el bolso para sacar la 9 milímetros. La acarició e introdujo el arma tras el botón del pantalón, la culata apoyada contra su ombligo. El cañón de la Sig Sauer estaba frío como su mente.

Al ajustarse la bata, se aseguró de que el arma quedara totalmente disimulada. Antes de entrar a buscar al barrigón de la

coleta se agachó para observar el rostro reflejado en el espejo retrovisor. Desde luego, esa morena sin pecas no se parecía ni por asomo a la Aurora que la policía debía estar buscando por media Europa.

Se dirigió en primer lugar al pabellón de cuidados intensivos. No le costó encontrar a un enfermero de guardia que la puso al tanto de la situación. El ruso había recobrado el conocimiento y había sido trasladado a planta. Lo mantendrían un par de días en observación y luego dependía de lo que decidiera el juez. Con el número de la habitación en su poder, se dirigió con paso firme y decidido a su destino.

El pasillo de la unidad donde estaba ingresado el ruso, bañado en una luz tenue que permitía el tránsito sin perturbar a los pacientes, se mostraba tranquilo. Al pasar junto al mostrador de enfermería, ausente de personal, Aurora aceleró el paso hasta alcanzar la puerta entreabierta. Que ese cabrón barrigudo tuviera una habitación individual todavía la enfadó más.

Ahí estaba tumbado, con una máquina que emitía pitidos conectada a su cuerpo, un par de goteros en los lados que colgaban de un brazo metálico y como sonido de fondo unos ligeros ronquidos que se movían al ritmo del punto de luz verde sobre el monitor. Dormía a pierna suelta.

Aurora cerró la puerta con delicadeza. Se aproximó a la máquina y desconectó los cables. La habitación quedó en silencio, rota únicamente por el suave ronroneo del hombre. Comparados con los del ruso, Diego había demostrado sin atisbo de duda que sus ronquidos eran dignos de un tenor. Aurora deslizó la mano bajo la bata, extrajo la Sig Sauer y quitó el seguro. Apoyó el cañón de metal contra la sien y apretó con fuerza. La cabeza del hombre se giró y abrió los ojos. El ruso iba a gritar, pero Aurora le tapó la boca con un trozo de toalla.

—Como hagas un movimiento en falso, te trituro los sesos —le susurró al oído.

Con ambas manos levantadas, empuñaba el arma y la apuntaba directamente a su cara.

—No tengo ni ganas ni tiempo de discutir contigo. Quiero que me digas el nombre de tu jefe y dónde puedo encontrarlo. Ahora mismo. Parpadea con el ojo derecho si me has entendido.

Ivan Petrovich Kuznetsov se quedó paralizado. Una gota de sudor le empezaba a resbalar por la frente.

—Diez, nueve, ocho…—empezó a contar ella.

El párpado derecho de Ivan comenzó a moverse convulsivamente, aunque el otro ojo también temblaba. El muy idiota no sabía ni parpadear.

—Bien, veo que me has entendido. Te lo repetiré: tengo una bala en la recámara de esta bonita Sig Sauer que te cogí prestada en Calpe. Está sin seguro y apunta justo a tu cabeza. Cualquier movimiento en falso y apretaré el gatillo; oirás un estruendo y luego, fin de la historia. No querrás que eso ocurra, ¿verdad?

El hombre negó.

—Voy a preguntarte de nuevo y espero que no mientas. No aceptaré un «no lo sé» como respuesta. Te doy una sola oportunidad. Si tu respuesta no me convence, disparo. Si dices que no sabes, disparo. Parpadea con el ojo derecho si has entendido.

Esta vez, el hombre asintió al tiempo que parpadeaba de forma compulsiva con ambos ojos. La frente se le había empezado a llenar de minúsculas gotas de sudor.

—Nombre de tu jefe y dónde puedo encontrarlo —insistió Aurora, quitándole la toalla de la boca con cuidado—. Recuerda, solo tienes una oportunidad.

—Dmitri…

La voz era débil, temblorosa. Aurora presionó el cañón contra su frente.

—Habla más claro y fuerte o tendré que disparar.

Ivan carraspeó antes de continuar.

—Por favor, no... Dmitri Ivanovich Zolkov—logró decir finalmente, entre sollozos—, lo podrás encontrar en el restaurante Alma de Buey, en Altea.

Aurora le reintrodujo la toalla en la boca.

—Escucha lo que va a ocurrir a partir de ahora —comenzó Aurora—. Voy a conectar la máquina que te monitoriza y después me marcharé. Espero que no tenga que pegarte un tiro. Para evitarlo, permanecerás en la cama, durmiendo. No contactarás a Zolkov, ya sabes lo furioso que se pondrá si descubre que has revelado su identidad y ubicación. Tampoco llamarás a la policía; después de todo, ¿qué podrías decirles? No tendría sentido. —Aurora le pasó el cañón por la mejilla—. Actuarás como si nada de esto hubiese sucedido. Es lo mejor para ambos. Si llego a saber que te has movido de aquí o que has alertado a alguien, volveré y te eliminaré. ¿Entendido?

El ruso, bañado en sudor, asintió y parpadeó de forma compulsiva con ambos ojos. Aurora percibió que la sábana a la altura de la zona genital se había humedecido. Evaluó que la probabilidad de que el ruso contactara con Zolkov era como mucho del cinco por ciento. Había logrado evadirse de ese incompetente en dos ocasiones: una en la carretera y otra en el chalé de Calpe, dejándolo en una posición de notable debilidad. Su jefe no estaría precisamente contento, menos aún con la posibilidad de fallar una tercera vez. Además, era probable que Zolkov ya hubiese contemplado deshacerse

de un eslabón suelto que, interrogado por la policía, solo podría causarle problemas.

Aurora tardó cerca de diez minutos en regresar al volante del Dacia. De camino al coche, se tropezó con un matrimonio de avanzada edad que deambulaba por los pasillos del hospital. La mujer se le había quedado mirando fijamente y le preguntó si no se conocían. Aurora puso como excusa que la aguardaba una urgencia médica y salió apresurada.

Luego, ya en el vehículo, se serenó, aunque se sentía levemente irritada. Un nombre y una dirección no eran demasiada cosa, pero había confirmado la pista más sólida. Sorteó el escaso tráfico de la madrugada para coger la pista de Silla hacia Alicante. Puso el limitador de velocidad al máximo de la permitida en ese tramo, 100 km/h, para evitar llamar la atención de radares o de la Guardia Civil.

De forma instintiva, miró por el espejo retrovisor. Un Mercedes de gama alta color negro con unos faros muy luminosos se mantenía detrás de ella. Demasiado coche para una velocidad tan moderada. Pisó el acelerador hasta los 140 km/h, para observar cómo reaccionaba el conductor. El estómago le dio un vuelco. El otro se mantuvo a una distancia prudencial, pero seguía tras ella. Luego, redujo la velocidad a 90 km/h para comprobar si el misterioso acompañante actuaría en consecuencia o la adelantaría.

—Maldita sea —bramó en voz alta.

Ahí lo tenía, pisándola los talones. Ese contratiempo no lo había previsto en sus cálculos, haciendo que la probabilidad de éxito de la misión se desplomara al 5%.

En la autovía, Aurora sabía que no podría despistar al Mercedes. Su única baza residía en tomar una carretera secundaria y confiar en la poca pericia del otro conductor para perderlo de vista. Con la Ducati, la situación habría sido distinta. Trazó la mejor ruta en la que consideraba podría dejar atrás al sedán negro. Sonrió al pensar que las probabilidades de éxito se elevaban al 10%.

Tomó la primera salida hacia la Albufera. Aurora conocía el laberinto de caminos que discurrían entre acequias, plantaciones de arroz y humedales como la palma de su mano. Más de una mañana, tras el entreno, cogía su Ducati y ponía rumbo a ese lugar que le transmitía paz, pero sobre todo calmaba su mente por unos minutos. Siguió por la carretera comarcal hasta Sollana y, tras atravesar el pueblo, tomó un camino estrecho hacia el Este.

El sol, una bola anaranjada cuyos rayos se reflejaban entre las cañas, empezaba a despuntar sobre el horizonte de la laguna de la Albufera. Unas aves zancudas blancas, que buscaban alimento a picotazos sobre el humedal, daban a la escena un aspecto de postal.

Unos metros más adelante Aurora divisó una barraca valenciana, con su característica forma rectangular y techo inclinado a dos aguas, cubierto de paja. Al pasar por su lado, las paredes blancas de cal reflejaron la luz ámbar. La Albufera, se hallaba aislada del ruido de la gran ciudad. Un sitio donde los amaneceres entre aves, humedales y la silueta de la barraca la transportaban a un lugar mágico para empezar el día con energía positiva.

Tras unos minutos de conducción por aquellos caminos, había llegado el momento que Aurora estaba esperando. Empezó a acelerar, aprovechando la ventaja inesperada del Dacia frente al Mercedes: su caja de cambios manual. Al aproximarse a un cruce, redujo la marcha y, al llegar a la curva de casi noventa grados a la derecha, giró el volante con determinación mientras tiraba de la palanca del freno de mano. Las ruedas traseras perdieron adherencia, provocando un derrape controlado. El sonido estridente de la goma sobre el asfalto deteriorado chirrió con unas notas agudas que se le clavaron en el oído. Esta maniobra permitió que el Dacia girase de manera abrupta para seguir su camino por la carretera.

Aurora echó un vistazo al espejo retrovisor, anticipando lo que vendría. Como esperaba el Mercedes no pudo virar con la misma agilidad y se salió del trazado, entre una gran nube de polvo y matorrales. Sin embargo, el conductor reaccionó con pericia y volvió al camino con facilidad. Aurora aminoró entonces la marcha.

Vale, aquí te espero.

El Mercedes se acercaba a gran velocidad. Delacroix había hecho los cálculos. Esperó a tenerlo a unos veinte metros para acelerar a fondo y ocupar el centro de la calzada. El sol estaba justo en frente, ligeramente elevado ya sobre la línea del horizonte, lo que dificultaba la visión. Pero ella se conocía aquel trazado de memoria.

En el siguiente cruce, con el Mercedes a escasos centímetros, ejecutó de nuevo la maniobra con el freno de mano, esta vez girando noventa grados a la izquierda. Aurora no había contado con la grava dispersa sobre el asfalto en mal estado. El coche culeó y la parte posterior se salió de la calzada, con las ruedas traseras volando sobre la acequia. Corrigió la trayectoria gracias a un volantazo en sentido contrario y pisando a fondo el acelerador. Vio a cámara lenta a través de la ventanilla derecha como estaba a punto de caer de costado contra el canal de agua, hasta que en el último segundo la tracción delantera consiguió corregir la trazada y sacar al Dacia de la zona de peligro, la rueda trasera derecha por unos segundos en el aire. Redujo la velocidad, las manos todavía aferradas con fuerza al volante y el corazón galopando desbocado en el pecho.

Aurora lanzó otra mirada al espejo retrovisor y vio como la parte frontal del Mercedes, impactaba de forma violenta contra uno de los

laterales de la acequia. Era tierra dura. Un estruendo metálico, agudo y deformante, sonó cuando el morro del coche se estrujó como si fuera papel maché. Después del choque, el vehículo resbaló hacia atrás, hasta que la parte posterior quedó sumergida en el agua del canal, donde finalmente se detuvo. Aurora constató cómo el airbag había saltado sobre el conductor y una cortina de humo negro se elevaba por encima de lo que quedaba del capó. Sonrió antes de volver a poner rumbo a la autopista. Minutos después, cuando la adrenalina comenzó a disiparse, se tocó la rodilla y suspiró, no sabía si de dolor o de alivio. Era el momento de saldar cuentas.

22

El instructor de artes marciales de Aurora insistió en que la inspectora Guerrero añadiera su número de teléfono a los contactos, asegurándole total disponibilidad, sin importar la hora. «No lo piense dos veces, inspectora. Sea lo que sea lo que necesite, solo tiene que llamarme. Estaré disponible 24/7 para usted», le aseguró con firmeza, mientras le estrujaba la mano como si fuera de goma.

Le había caído bien aquel tipo tan directo, tan visceral que, llevado por su estado de ánimo, no medía las palabras que utilizaba. Todavía recordaba, atónita, cómo había dejado de comer el cruasán cuando el instructor encadenó tres tacos seguidos a los pocos segundos de empezar a hablar de Aurora. ¿Qué había dicho? Se quedó pensativa unos segundos hasta que repitió sus palabras en voz alta: «Putos cabrones malnacidos». No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro.

Su simpatía por Aurora Delacroix iba también en aumento. La encontraba inteligente, decidida y capaz de superar cualquier obstáculo, por complejo que fuera. Veía en ella una fortaleza de carácter que, sospechaba, había sido moldeada por el accidente que le costó la pérdida de su pierna. Desde el inicio de la investigación, Leonor no podía evitar la sensación de que algo se le escapaba, pero ¿qué podría ser?

La conversación con el padre Mendoza solo había añadido más incertidumbres, revelando la tensa relación entre Aurora y su madre con Sebastián, un hombre dominante que había relegado a su hija al olvido. La visita a la residencia familiar, con la presencia de aquel arrogante abogado, no auguraba nada bueno. Leonor estaba convencida de que el padre ocultaba algo turbio; de lo contrario, ¿por qué habría ocultado sus comunicaciones con el ingeniero asesinado?

Guerrero se llevó las manos a la nuca y se recostó sobre la silla. Se sintió tentada de quitarse los zapatos que le apretaban y descansar los pies sobre la mesa. Permaneció con los ojos cerrados, sumida en sus pensamientos, hasta que se levantó impulsada por la necesidad de revisar nuevamente las notas de la pizarra. Sebastián y Maximiliano, dos gemelos con idéntico ADN, pero cuyas personalidades eran completamente opuestas. Dedicó cinco minutos más a pasear alrededor de la gran mesa; caminar siempre le ayudaba a organizar sus ideas.

Luego, regresó al ordenador para revisar los detalles financieros de la empresa SpaceVal. Abrió los informes mercantiles obtenidos en el Registro que contenía las cuentas de resultados de los últimos años.

Observó que, para el proyecto de desarrollo del nuevo motor espacial, disponían de una inversión significativa, una suma que ascendía a varios millones. A ver si conseguía concertar de una vez por todas una cita con Maximiliano. Eso sí, siempre que contara con el visto bueno del Colibrí y el *jetlag* del empresario lo permitiera.

Aún no eran las ocho y cuarto de la mañana cuando recibió un nuevo correo electrónico de la empresa de telefonía móvil. El encargado del departamento de Relaciones Institucionales iniciaba el mensaje disculpándose por el retraso al entregar la información solicitada acerca de los lugares frecuentados por Aurora Delacroix y Ram Gopal en los días anteriores a su fallecimiento. Triangular la señal en una zona tan poblada como Valencia era una tarea compleja, teniendo en cuenta que los técnicos habían debido analizar los ingentes volúmenes de datos para proporcionar las coordenadas geográficas exactas de las localizaciones más visitadas por ambos.

Tardó alrededor de media hora en descartar aquellas ubicaciones irrelevantes para la investigación, tales como el hogar, el lugar de trabajo, el gimnasio y, evidentemente, el apartamento cerca de la catedral donde mantenían sus encuentros íntimos. La cosa se puso interesante cuando corroboró que Ram había acudido en varias ocasiones al restaurante de Altea. No había duda de que existía una conexión entre los gestores de la empresa propietaria del local y el ingeniero. Pero no pudo evitar lanzar un improperio a plena voz cuando constató que Aurora había visitado tres veces el Real Monasterio de la Santísima Trinidad.

Leonor se levantó de un salto, como si la impulsara un resorte, y comenzó a caminar alrededor de la mesa bastante más rápido que antes. Había decidido acercarse a las máquinas expendedoras para tomar otro café y quizás una barrita de chocolate como tentempié, cuando Fabián, el auxiliar del Colibrí, apareció en el umbral de la puerta, pálido como si hubiera visto un fantasma.

—Quiere verte —hizo un gesto para que le acompañara.

Leonor se sintió más segura de sí misma al comprobar que gracias a aquellos zapatos de suela de goma, aunque le quedaban un tanto ajustados, ya no parecía un Miura al trote por los pasillos de la comisaría. Al llegar, encontró la puerta del despacho del Colibrí cerrada.

—Me ha dicho que pasaras —le informó el auxiliar.

Con un golpe suave de sus nudillos en la puerta y sin aguardar una respuesta, la abrió. Se encontró con un ambiente denso, el aire viciado con el olor característico de los espacios sin ventilación. El Colibrí la esperaba, sentado tras su escritorio, los puños cerrados con fuerza sobre la mesa. Era la primera vez que Leonor observaba las

venas de su frente tan pronunciadas, como si estuvieran a punto de estallar. Sus labios eran una línea delgada y tensa, temblando ligeramente con cada respiración entrecortada.

—El Comisario Jefe me ha llamado a primera hora —las palabras salían de su boca como balas de una ametralladora—. ¡¿Qué parte fue la que no entendiste de la charla que tuvimos ayer?! —de repente su voz se elevó todavía más, cargada de frustración—. ¡Joder, Guerrero! Te dejé bien claro que no molestaras a Sebastián Delacroix, es amigo de Jesús.

El Colibrí se puso en pie, visiblemente alterado. Se encontraban frente a frente, la mesa del despacho y las dos sillas de por medio. Aquella mirada podía aniquilar a una persona. Leonor iba a hablar, pero el comisario alzó la mano, deteniéndola en seco.

—Has desobedecido una orden directa mía. Fui claro, muy claro al respecto. Cualquier contacto con la familia Delacroix debía pasar primero por este despacho para su aprobación.

—Jefe, ese hombre nos ocultó que tuvo varias conversaciones telefónicas con Ram.

—¡Me importa una mierda lo que Sebastián Delacroix ocultara! —las palabras cortaban el aire, denso—. Has desobedecido una orden directa. Se te va a levantar un procedimiento disciplinario —El Colibrí tragó saliva, los ojos brillantes—. Hasta que se resuelva, quedas suspendida de forma cautelar de tus funciones. Entrega tu placa y el arma a Fabián antes de marcharte.

—Comisario… —Leonor se había quedado en blanco, como si le acabaran de encajar un puñetazo directo a la mandíbula—. No puede hacerme esto.

El comisario cerró los ojos y respiró profundamente.

—Leonor, he perdido la confianza en ti. No puedes seguir con el caso.

Un silencio espeso se apoderó de esa atmósfera cargada. Leonor volvió a la carga, en un intento desesperado para recuperar lo que era suyo.

—La investigación está en un momento clave. Estoy cerca de algo. Mi intuición nunca me ha fallado, lo sabes —hizo un amago para sentarse, pero el comisario le indicó con un gesto que se mantuviera en pie—. Nunca, lo ha hecho, jefe. Dame solo un par de días más y luego haz lo que quieras. Tenemos varios hilos de los que tirar y estoy segura de que alguno de ellos nos conducirá directamente hasta Aurora. Y una vez encontremos a Aurora, averiguaremos lo que realmente ocurrió. Solo te pido 48 horas más, después, haz lo que tengas que hacer.

El Colibrí se había girado y observaba por la ventana.

—Guerrero, no se lo repetiré —subió de nuevo el tono de voz—.

Desobedeció una orden directa mía. Mientras el proceso disciplinario esté en curso, queda apartada del caso y suspendida de empleo y sueldo.

Leonor sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Una sensación de vacío invadió su cuerpo, como si fuera a desplomarse.

—¿Quién se hará cargo de la investigación? —preguntó.

El Colibrí seguía sin mirarla.

—El inspector De la Cruz de la Comisaría General de la Información en Madrid.

Leonor sintió que no podía respirar, el aire se negaba a llegar a los pulmones. Empezó a hiperventilar. Una nebulosa de puntitos brillantes que centelleaban a su alrededor fue lo último que vio hasta que todo se fundió en negro.

Las serpientes de escamas doradas volvieron a aparecer. Envolvían el cuerpo de Marcos que permanecía con los ojos muy abiertos, en silencio, hasta que empezó a mover los labios. Al principio tan sólo unos sonidos ininteligibles, una especie de letanía indescifrable. Poco a poco, en la distancia, Leonor distinguió que pronunciaba su nombre. Hasta que lo escuchó con claridad. Se repetía constantemente. Cada vez con más fuerza hasta que de repente abrió un ojo. Lo primero que vio fue a Fabián que la tenía agarrada por la camisa y la zarandeaba como un monigote mientras el Colibrí revoloteaba a su alrededor con pasos rápidos.

—¿Estás bien? —preguntó el auxiliar del comisario.

Leonor notó una bofetada en la mejilla. El sonido seco hizo que abriera los dos ojos. Tenía la sensación de haber caído en un sueño profundo. El contorno del despacho fue tomando forma poco a poco y la hizo ser consciente de que en realidad seguía en la comisaría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la inspectora.

El Colibrí con la ayuda de Fabián la ayudaron a sentarse.

—Te has desmayado —dijo el comisario.

—¿Te duele algo? —le preguntó Fabián.

Leonor se llevó la mano al codo.

—Parece que el brazo.

Guerrero recordó entonces las últimas palabras en los labios del comisario: iba a ser suspendida de forma cautelar y debía abandonar la investigación. Cerró de nuevo los ojos. El nombre del inspector De la Cruz golpeó con fuerza renovada su cerebro. ¿Cómo podía ser que la mala suerte la persiguiera de esa manera? Notó que le empezaba a faltar el aire y se obligó a respirar de forma profunda y pausada.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a urgencias? —preguntó Fabián, preocupado —. Al menos, toma mi mano.

Ella declinó la oferta de ayuda e hizo amago de levantarse por su

cuenta.

—Puedo por mí misma —afirmó con voz fría.

Después, se levantó y deambuló hasta la sala de reuniones, tambaleante, con las piernas como flanes, mientras se recordaba a sí misma, una y otra vez, que estaba fuera del caso y que sería el inspector jefe De la Cruz quien tomaría las riendas. De todos los investigadores de renombre en España, ¿por qué había tenido que ser él quien se encargara del caso Delacroix? Las fuerzas se le agotaban. Recogió sus pertenencias en una caja, entregó el arma y la placa, y salió de la comisaría, en dirección a su casa caminando como si fuera una zombi.

No se detuvo hasta llegar a la esquina con Literato Azorín. Sólo entonces, escondiéndose entre el gentío del barrio de Ruzafa, Leonor se paró en el escaparate de la tienda de ropa dónde se había comprado los pantalones y se secó las lágrimas que le caían por el rostro. *Mi vida es un desastre*. Contempló su reflejo en el cristal y dejó que la rabia la consumiese por dentro. Casi podía oír las palabras del Colibrí riéndose en algún rincón de su mente.

—Estúpida —se dijo.

Ya casi había llegado a casa cuando se detuvo en la cafetería La Esquina Bohemia, un encantador rincón que se había convertido en su refugio favorito. El local, ubicado en una de las esquinas más pintorescas del barrio, destacaba por su fachada de azulejos antiguos que contaban la historia de Valencia a través de sus intrincados diseños en blanco y azul.

Las mesas estaban dispuestas al aire libre, bajo unas sombrillas de colores vivos, situadas frente a la fachada cubierta de macetas frondosas que colgaban de las terrazas del edificio. Era el lugar ideal para tomarse algo en las tórridas noches de verano. Sin embargo, en esa ocasión, atravesó la puerta de madera tallada. Nada más cruzar el umbral el aroma omnipresente de café recién molido mezclado con el pan tostado hizo que le subiera algo el ánimo.

En el establecimiento no había más que una mesa ocupada por tres estudiantes y otra por un par de matrimonios sexagenarios del norte de Europa con la cara y los brazos bronceados por el sol del levante. Irene, la barista, la saludó y le sirvió un café largo con mucha crema. Las siguientes dos horas, las pasó meditando sobre lo que debía hacer, ¿Debería seguir su instinto, tal como su abuelo le habría sugerido, o era mejor plegar velas y abandonar el caso por completo?

23

Diego era plenamente consciente de sus limitaciones, especialmente su marcado analfabetismo en lo que a tecnología se refería. No poseía un móvil con capacidad para reproducir música y la idea de tener que conectarlo a un altavoz moderno le resultaba aún más ajena. Temía que su agente literario tuviera un equipo musical con conexión a Internet en el que le fuera imposible poner algo de música de forma tradicional. Por eso, al descubrir en el salón una estantería custodiada por la escultura de una pantera negra y repleta de discos de vinilo, sintió un escalofrío de satisfacción recorrer su cuerpo.

Encontrar el tocadiscos, que se integraba a la perfección con el amplificador en un diseño minimalista, le tomó un poco más de tiempo. A primera vista, los altavoces, tan solo unas líneas suaves en un primer vistazo, le parecieron más una escultura moderna o un elemento decorativo exclusivo. Una estética que desafiaba el concepto que tenía de un altavoz.

Volvió a la estantería. Los discos estaban ordenados según género y estilo. Sonrió al comprobar que compartía gustos con su agente. Pasó primero las yemas de los dedos por los de música clásica, luego por los grupos de rock de toda la vida, pero su mano se detuvo al llegar al Jazz y el Blues. Artistas como Miles Davis, Elia Fitzgerald o B.B. King estaban entre sus favoritos y parecía el momento idóneo para escucharlos. Su compañía durante las largas de escritura le ayudaban a inspirarse, y ahora lo necesitaba más que para cualquiera de sus novelas.

Dudó entre el álbum *Ella and Louis* de Elia Fitzgerald o *Live at The Regal* de B.B. King. Finalmente sostuvo unos segundos en sus manos *Live at The Regal*. Sus dedos acariciaron la textura desgastada del cartón. En el centro de la portada destacaba una fotografía en blanco y negro de King, en plena actuación, con su expresión apasionada mientras tocaba a Lucille, su famosa guitarra.

Extrajo el vinilo, sosteniéndolo por los bordes para evitar mancharlo con sus huellas. Lo colocó en el plato del tocadiscos. Luego, con un movimiento suave y delicado, levantó el brazo y bajó la aguja. Tras unos segundos de silencio sonaron los primeros acordes. La voz de B.B. King, profunda y emotiva, se unía a la melodía, transportando a Diego por unos segundos a un mundo donde solo existía el blues. Aquellos altavoces no sólo podían ocupar una esquina de cualquier museo de arte moderno, sino que además cumplían con creces con su función.

Su cuerpo le pedía un buen trago. La noche anterior ya había comprobado que el mueble bar en forma de globo terráqueo, con un mapa del mundo antiguo que incluía las rutas de navegación de los primeros exploradores, atesoraba una interesante colección de botellas. Sin embargo, consideró que no era el momento.

Se sentó en la mesa dónde estuvo trabajando Aurora la noche anterior. El aroma floral de su piel flotaba todavía en el aire del apartamento, un recuerdo que le hizo sentirla como si estuviera ahí mismo. Suspiró. Desbloqueó el móvil y siguió las anotaciones de la libreta: activó la función de localización, ingresó el número de serie del otro teléfono y sincronizó ambos dispositivos. El proceso le pareció menos complicado de lo que había imaginado.

La pantalla mostró un pequeño punto azul que parpadeaba en el mapa. Era la señal de Aurora que iba hacia el sur, por la autopista AP-7. ¿Cómo había conseguido un vehículo? Aquella chica no dejaba de sorprenderle. Si la llamaba, ella se desharía del móvil y la perdería para siempre.

Cuando la nueva melodía de B.B. King inundó la habitación no pudo resistirse a abrir la bola del mundo. Una sutil iluminación resaltó el brillo de las botellas. Tomó un vaso corto y más ancho en la base con un grabado serigrafiado en el cristal. Tras una duda inicial, acabó inclinándose por un puro malta escocés de 15 años. Un par de dedos, sin hielo. Se acercó con la bebida en la mano hasta la ventana para observar cómo los primeros rayos de sol bañaban las formas futuristas del Palacio de las Artes y del Museo de las Ciencias de luz dorada. Apenas había transeúntes, tan solo un par de corredores matutinos por los alrededores del estanque del complejo.

Cerró los ojos y le dio un sorbo al vaso. La calidez inicial dio paso a notas de madera en el paladar, incluso adivinó un cierto sabor a caramelo. Disfrutaba de esos matices de un buen whiskey, siempre parecidos, pero algo diferentes, con los pensamientos centrados en ayudar a Aurora. Debía encontrar la manera de salir de ahí sin ser identificado. Calibró las opciones que se le presentaban. Conducir la furgoneta era una garantía para que lo detuvieran. Dio unos golpes con los dedos al cristal del vaso antes de dar otro sorbo a la bebida. Sólo le quedaba una opción.

Cogió el teléfono prepago comprado en Calpe y marcó el número de la única persona que podía ayudarle en ese momento. No fue hasta el tercer intento de llamada quince minutos más tarde que Javier Barrachina, su agente literario, respondió.

—¿Dígame?

—Javier, soy yo Diego.

El silencio se apoderó de la línea.

—Dame unos segundos —respondió el otro.

El Pibe notó como el hombre tapaba el micrófono y le decía algo a otras personas. Al poco, escuchó unos pasos decididos y un portazo.

—Joder, Diego, ¡me cago en diez! ¿Pero qué cojones está pasando? —nunca le había hablado con ese tono de voz—. Tu cara ha salido en todas las televisiones. ¿Pero qué coño de historia es esa que estás envuelto en lo de la familia Delacroix? ¿Qué Aurora estuvo en tu casa y los dos os fuisteis en una furgoneta tras pegarle un tiro y darle una paliza a un par de rusos? Estaba almorzando en un bar y al escuchar de fondo tu nombre pensé que se trataba de una broma. Ya comprobé, cuando mostraron la fotografía en la pantalla, que, de una broma, nada. Se me cayó el café encima. ¡Coño Diego! —volvió a repetir de forma enérgica—. No veas en el marrón en el que me has metido.

Javier Barrachina era un hombre pausado. Le había conocido muchos años antes cuando coincidieron en un tema internacional de tráfico de armas en Méjico, él como abogado de un policía nacional infiltrado en una poderosa organización criminal que cubría con sus tentáculos Centroamérica, Estados Unidos y que ahora usaba España como puerta de entrada para Europa. El conocimiento del conflicto del Pibe de las bandas del narcotráfico sobre el terreno sirvió para conseguir que el hombre se librara de todo y consiguiera una nueva identidad para empezar de cero. Ahora, tras años de exitosa colaboración, el bueno de Barrachina disfrutaba de los ingresos como agente literario y como abogado tan solo aceptaba casos de los que podían salir en los titulares.

—¿Qué yo te he metido en un marrón? —respondió a modo de pregunta el Pibe.

—Diego, he mantenido tu identidad en secreto durante años —bajó el tono, como si estuviera contando en secreto—. Nadie te relaciona conmigo o con los libros, pero recuerda mi segunda profesión.

—Una profesión casi olvidada gracias al dinero de los libros.

—El mismo dinero que te tú has embolsado y que te permite vivir como un rey en el anonimato —acató de forma rápida—. Además, sabes que todavía ejerzo en los casos que me interesan. Según el artículo 452, el delito de encubrimiento por un homicidio puede llegar a una sentencia de hasta tres años de prisión. Mi deber es ir a la policía e informar sobre ti.

Aquel hombre le gustaba al Pibe. Iba siempre de frente.

—Javier, tengo una historia entre manos que va a ser la bomba.

El agente literario tardó en responder.

—Una que hará que seamos número uno internacional de nuevo —añadió el Pibe.

—Diego, ¿qué cojones está pasando?

—Ahora no tengo tiempo para contártelo, pero escucha con atención. Esa chica Aurora Delacroix es inocente y necesita ayuda.

—No es eso lo que dicen en los medios.

—¿Desde cuándo lo que dicen los medios es la verdad absoluta? Acuérdate del caso que tuviste con la farmacéutica que me sirvió de inspiración para mi última novela. En este país condenamos sin tener suficiente información, la presunción de inocencia se olvida con demasiada frecuencia —había que tocar la fibra sensible del pragmático agente—. Javier escucha lo que te voy a contar sin interrumpirme, por nuestros años de amistad que ya son muchos — Diego tragó saliva antes de confesar desde dónde le llamaba. Había llegado el momento de explicarle cosas que no le iban a gustar—. Te llamo desde tu apartamento en Valencia …

—¡No me jodas Diego! —le interrumpió el otro.

—Por favor, Javier, escúchame. Esa chica necesita ayuda y ahora mismo yo soy la única persona en el mundo con la que puede contar. Cuando todo esto pase, tendremos la mejor novela que te puedes imaginar. Un *best seller* a nivel internacional que nos va a llenar las cuentas de dinero, de mucho dinero. Javier, te lo ruego por nuestros años de amistad.

Se pudo imaginar la cara de Barrachina al otro lado, con un rictus de satisfacción, la nariz arrugada, pensando en los ceros de su cuenta bancaria.

—¿Y yo qué pinto en todo eso? ¿Para qué me has llamado? Porque algo quieres, ¿no?—respondió el agente finalmente —. Suéltalo de una vez.

—¿Tienes un coche que pueda usar?

Javier resopló y dio la impresión de dejarse caer sobre un asiento.

—Un coche, no.

—¿El qué entonces?

—Apenas voy por ese apartamento, últimamente no tengo tiempo libre. La que lo visita más a menudo es mi hija Sandra —soltó una risa ligera—. Para una universitaria, Valencia reúne los elementos importantes de la vida: el sol, el buen tiempo y marcha hasta la madrugada cualquier día de la semana. Ya sabes, el mediterráneo tira mucho. Aprovecha cualquier puente para coger el AVE y plantarse allí en apenas un par de horas. Has tenido suerte de no encontrártela.

—*Parabéns por esa filla amante da festa*

Javier dejó escapar un gruñido.

—A Sandra le encanta moverse por la ciudad con su scooter de 50 centímetros cúbicos que está aparcada en el garaje.

El punto azul parpadeante circulando a más de cien kilómetros hora por la autopista sentido sur de la provincia golpeó el cerebro de

Diego.

—¿No tienes un coche? ¿Algo más grande, al menos?

—Joder Diego, encima con exigencias. ¿Lo tomas o lo dejas?

El agente literario le explicó dónde encontrar el casco, las llaves del candado y del scooter. Con seriedad, enfatizó que esa llamada nunca había ocurrido. También le recordó que, en la vida, tarde o temprano, todo terminaba por saberse. Javier Barrachina sabía que si la policía descubría que él era la única persona al tanto de que el autor más vendido de España era el mismo que había asistido a Aurora, negaría cualquier implicación. Su estrategia sería simple: afirmar que el caso Delacroix nunca había captado su interés y bastaría negar haber visto al Pibe en cualquier fotografía o imagen.

—No se te ocurra volver a llamarme —dijo tras darle las explicaciones.

—Tranquilo Javier, no habrá más favores. Gracias por todo.

El otro se mantuvo en la línea. El Pibe por su parte también aguantó sin colgar.

—Diego, una última cosa.

—Dime.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos juntamos?

Cómo iba a haberlo olvidado, con una botella de buen brandy de por medio alargaron el debate de los mejores jugadores de la historia del fútbol hasta el amanecer.

—Pues hace poco leí en un periódico que una inteligencia artificial ha compuesto el equipo de fútbol perfecto.

—¿Y?

—Pues salvo unos pocos ajustes, que sepas que coincidía bastante con la tuya.

—¡*Carallo*! ¿Hasta de eso saben las máquinas? ¿Acaso ven los partidos y vibran con las jugadas? Supongo que, con el 10 Maradona, ¿no?

El otro rio al otro lado de la línea y colgó no sin antes desearle suerte, pero, sobre todo, con la petición de que no se le ocurriera volver a llamarle o avisaría a la policía. El Pibe se quedó pensativo. Sabía que lo que hacía estaba mal. Como ciudadano, debería coger el teléfono y llamar a la inspectora a cargo del caso para informar de que conocía el paradero de Aurora Delacroix. Pero si lo hacía, el tema se había complicado de tal manera, entre medias verdades y cosas calladas, que se vería abocado a acabar en un lío de tres pares de narices. Su historia, bien pensado, no tenía ni pies ni cabeza. Se sirvió otro vaso del estupendo *single malt*.

En el fondo, ese no era el verdadero problema. Aurora iba a la caza de los que la habían tendido una trampa y asesinado al ingeniero. Si avisaba a la policía dónde encontrarla, enviarían a un grupo de

operaciones especiales para detenerla. Por experiencia, sabía que las unidades de asalto de los cuerpos de seguridad no se andaban con chiquitas. Y, sin duda, por lo que había aprendido de esa mujer, ella opondría una violenta resistencia. Al final, optó por no hacerlo. Demasiado arriesgado para Aurora. Lo que más temía es que resultara dañada por su culpa.

Diego apuró la bebida de un trago, luego recogió en una bolsa todo lo que consideró necesario y se dirigió al garaje para tomar el ciclomotor. Una creciente inquietud en el estómago se apoderó de él. Temía no llegar a tiempo y que Aurora cometiera una locura.

24

Aurora Delacroix aparcó el Dacia blanco en el aparcamiento de un lujoso hotel de cinco estrellas, ubicado en primera línea de playa y a unos trescientos metros del restaurante. Vestía unas botas de montaña, unos pantalones verdes de estilo militar, sudadera gris, gafas de sol y una gorra de un equipo de fútbol americano.

A simple vista, parecía una turista más haciendo *trekking* por la zona. Se colgó la mochila al hombro, ocultó su gorra bajo la capucha bien ajustada y comenzó a caminar con las manos en los bolsillos, haciendo un esfuerzo por disimular el intenso dolor que le picoteaba la pierna como las mordeduras de una serpiente.

Aurora optó por el camino peatonal paralelo a la carretera que circulaba al lado de la línea de costa. Mientras avanzaba a pie por la nacional 332, el contorno del Albir dibujaba un espectacular telón de fondo, flanqueado por las casas blancas que se escalonaban sobre la colina. Estas estaban coronadas por la cúpula azul de la iglesia de Altea, con el mar Mediterráneo extendiéndose majestuoso al otro lado.

Unas nubes negras de tormenta se extendían rápidamente desde el mar hacia tierra, una línea de sombra que avanzaba inexorable hacia ella. El viento había salpicado el mediterráneo de borreguitos y las olas rompían sobre la orilla de cantos rodados con un estruendo impresionante. La isla de la Olla, un pequeño islote al pie de la Sierra Helada parecía encogerse ante la grandeza de la inminente tempestad. Un espasmo eléctrico iluminó el horizonte y, al poco, las primeras gotas gruesas de lluvia golpearon el cuerpo de Aurora. En cuestión de minutos, un diluvio transformó la escena y la habitual estampa iluminada por el sol se sumergió en una tiniebla gris e impenetrable.

Aurora respiró hondo, llenando sus pulmones con el aire cargado de salitre y humedad. Avanzó hacia el famoso restaurante sin cruzarse un alma. Dedujo que se trataba de una zona turística por los carteles, el tipo de construcción y las persianas bajadas en la mayoría de las viviendas. Al llegar la altura del establecimiento, subió una rampa entre arbustos azotados por el vendaval y por la que discurría un pequeño riachuelo que arrastraba hojas secas hacia la playa. Se detuvo un momento.

La cortina de agua desdibujaba los contornos a escasa distancia y brindaba un manto que velaba sus movimientos. Solo la estrecha carretera la separaba del restaurante. Dentro, el local estaba iluminado por una luz tenue y en el aparcamiento no se veía más que una furgoneta y un coche de gama alta. No había nadie a la vista.

Continuó y se detuvo en la esquina bajo el alero de un bloque de

apartamentos típicos de verano, protegiéndose de la lluvia. Agazapada entre un par de macetas, y oculta de cualquier mirada curiosa, Aurora tenía una vista despejada de la entrada del restaurante.

La lluvia azotaba con fuerza y resbalaba por la fachada de la casa. El cielo se partió en dos y un rayo estalló sobre el pico del Puig Campana, cegándola momentáneamente. El trueno hizo vibrar la estructura del edificio. En ese momento, se encendió la luz de una habitación en el lateral del restaurante. Aurora divisó una silueta en lo que parecía ser un almacén, a la izquierda de la entrada, aunque la cortina de agua dificultaba ver los detalles.

De repente, una puerta corredera se abrió, y el gigantón de pelo corto como cepillo apareció en el porche acristalado. Sin duda alguna, era él. El culturista rubio, inflado por los anabolizantes y con un tatuaje de diablo en el antebrazo, se había acercado a la terraza, quedándose junto al ventanal, mirando hacia el levante. Vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta negra ajustada que resaltaba su musculatura. Aurora confirmó una vez más su apariencia de bestia forjada en incontables horas de gimnasio. Aunque no podía ver su rostro con suficiente claridad como para identificar las marcas que el encuentro anterior había dejado, sabía que el golpe que le propinó con la piedra de afilar en la cabeza habría dejado a un hombre normal hospitalizado por un largo periodo. Si se las volvía a ver con él, tendría que andarse con mucho ojo, ya conocían sus habilidades.

El culturista parecía absorto observando la tormenta. Se mantuvo inmóvil un par de minutos hasta que se giró. Fue entonces cuando apareció Zolkov con una pequeña bolsa de mano. El remilgado filósofo ruso llevaba un traje ajustado a su enjuto cuerpo. Aurora asintió con la cabeza. Por fin podría ajustar cuentas con aquel par de desgraciados.

Ambos hombres intercambiaron unas palabras y luego entraron al interior, desapareciendo de la vista de Aurora. Analizaba las mejores opciones para asaltar por sorpresa el restaurante cuando un utilitario aparcó dentro del recinto. De él descendieron cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, que se cubrieron la cabeza con las manos para protegerse de la lluvia y corrieron hacia la entrada.

El Filósofo salió a recibirlos en la zona acristalada del restaurante, donde se saludaron antes de entrar juntos, desapareciendo del campo visual de Aurora. Unos pocos minutos más tarde salieron ataviados para trabajar en la cocina con delantales blancos y gorros. “Maldita sea”. El plan para entrar por sorpresa en el restaurante se había ido al traste. Ahora debería esperar una nueva oportunidad o confiar en que Zolkov se marchara para interceptarlo e interrogarlo.

La nueva prioridad se convirtió en acercar el coche. Apenas diez

minutos más tarde, Aurora se encontraba parapetada en la misma esquina, con el Dacia aparcado un poco más abajo, cerca del mar, bloqueando la entrada a una plaza de garaje que parecía no haberse utilizado en meses. Las olas rompían violentamente contra el espigón, con un estallido de gotas que permanecían suspendidas en el aire, como congeladas en el tiempo. La lluvia, aunque había amainado de forma considerable, seguía cayendo con fuerza y mantenía la zona libre de transeúntes. En esa momentánea tranquilidad, Aurora adoptó entonces una postura más cómoda y sacó una manzana de la mochila para sumirse en sus pensamientos mientras la mordisqueaba.

Irritado, Diego el Pibe Ortega tamborileó con los dedos sobre el depósito de la Scooter. Desde luego Sandra, la universitaria marchosa hija de Barrachina, no se preocupaba mucho de poner gasolina a la motocicleta. Había tenido que parar a repostar en una gasolinera a unos pocos kilómetros del centro de Valencia. El indicador del llenado del depósito había empezado a parpadear al instante en que comprobó que unos nubarrones negros asomaron por el horizonte. Diego sabía por experiencia que el color que traían era una garantía de tromba de agua. Había tenido el tiempo justo de parar en la estación de servicio de la circunvalación antes del diluvio.

Ahora, con el depósito lleno, pero con el aguacero en su momento álgido, debía aguardar a que la tormenta amainara. Llevaba allí parado más de media hora. Ni tan siquiera podía entrar a calentarse en el bar, con algo que llevarse a la boca, por riesgo a que alguien le pudiera reconocer. El bocadillo de longaniza de El Castillo dónde jugaba al dominó con los parroquianos junto a una buena cerveza le hizo salivar.

Debía centrarse en salir de allí. La conversación telefónica con Barrachina había dejado claro que su rostro había aparecido en los medios. Suspiró, frustrado y se puso a dar vueltas alrededor del ciclomotor frotándose las manos a ver si recuperaba el tacto en los dedos. Quince minutos más tarde, la situación mejoró, con los rayos de sol buscando asomar por algún resquicio del manto de nubes. Miró la aplicación de localización en el móvil por octava vez desde que había puesto gasolina. El punto azul ya no se movía sobre el mapa. Aurora, si todavía llevaba consigo el teléfono, estaba en Altea, cerca de dónde la recogió la noche en que la rescató.

Luego, comprobó la hora. El tiempo pasaba más rápido de lo normal y la batería ya solo estaba al 25%. Debería haber alquilado un coche o haber evaluado otro medio de transporte en lugar de conducir ese pequeño ciclomotor en el que sentía como un auténtico estúpido. La sensación de que no llegaría a tiempo para ayudar a Aurora iba en aumento. Valoró la posibilidad de pedir un taxi al chico de la caja,

aún a riesgo de que le pudieran identificar.

Media hora más tarde, un viejo Seat Toledo se detuvo frente a Diego. La carrocería, alguna vez sin un rasguño, acumulaba varias magulladuras, mostrando años de servicio fiel a su dueño. El taxista, un hombre de avanzada edad con una incipiente calvicie y ojos vivaces, bajó la ventanilla y asomó la cabeza al ver aproximarse a Diego que se había cubierto la cabeza con una bolsa de plástico.

—¿Es el servicio para Altea? —preguntó con un marcado acento valenciano.

El Pibe asintió y el hombre bajó para ayudarle a guardar la bolsa de deporte en el maletero. Diego desestimó la ayuda y se sentó en la parte posterior. Evitaba las miradas directas con el taxista.

—¿Se le ha estropeado el coche?

—Sí, un imprevisto de última hora.

—Los coches ya no son como los de antes, hoy en día la electrónica lo gobierna todo. Hace años, bastaba con saber el ABC de la mecánica, carburador, junta de culata, radiador, sota, caballo y rey, pero ahora… —el hombre rio y arrancó a toser—. Ahora si no le conectan una máquina nadie tiene ni idea de lo que le pasa.

Buscó por el espejo retrovisor una respuesta que el Pibe no ofreció. En su lugar, Diego miraba por la ventanilla, una mano apoyada contra la mejilla.

—¿Le importa que ponga música? —continuó el otro.

—Lo que usted prefiera.

A pesar de la edad del vehículo, el interior estaba bien cuidado, con unas fundas de asientos nuevas y un aroma a pino fresco que enmascaraba un cierto tufo a nicotina. El hombre conectó un pequeño dispositivo a la radio. Por los altavoces empezó a sonar la "Nocturne op.9 No.2" de Frédéric Chopin.

—Chopin —dijo el taxista, con un tono de reverencia en su voz —. Me encanta cómo su música puede ser tan tranquila y, al mismo tiempo, tan llena de pasión.

Diego giró la cara y centró su mirada en el taxista.

—Es curioso —continuó el hombre—, cómo la música puede transportarnos a otro mundo. A veces, cuando las cosas se ponen difíciles, pongo a Chopin y me dejo llevar por sus melodías. Es como un refugio para el alma.

—Adoro esta pieza —confesó Diego, la voz teñida de cierta nostalgia—. Me recuerda a mi madre. Era una gran admiradora del gran músico polaco-francés. Solía tocarla en el piano que teníamos en casa cuando de niño no salíamos a la calle a jugar en las embarrizadas calles de A Coruña.

El Pibe cerró los ojos y sonrió. La vida seguía siendo un cúmulo

de misteriosas coincidencias, un lugar lleno de sorpresas agradables. Por unos minutos, se olvidó de los problemas que le agobiaban y se relajó, recostado sobre el asiento, hasta que el taxi cruzó el límite con la provincia de Alicante y una señal de alerta se activó en el cerebro. Se incorporó sobresaltado para consultar el móvil. Aurora seguía en el mismo punto, inmóvil en la localidad de Altea.

Leonor Guerrero decidió hacer dos llamadas guiada por su instinto. La primera buscaba resolver como era posible que de acuerdo con la compañía telefónica Aurora Delacroix hubiera visitado al padre Mendoza y éste le hubiera omitido esas visitas de la joven al Real Monasterio. No tenía el contacto del hombre, de hecho, dudaba de que tuviera un teléfono móvil. Le costó su tiempo que las Hermanas entendieran el motivo de la llamada y le pusieran con el párroco.

—Un momento inspectora Guerrero, no cuelgue. Iré a buscar al Padre Mendoza —dijo la hermana sin perder el tono plano a pesar de la importancia del asunto.

Después de varios minutos en los que Leonor no dejaba de mover la pierna, por fin oyó el auricular levantándose al otro lado. Imaginó al Padre sentado a oscuras en la quietud de una humilde sala decorada bajo la mirada de alguna imagen de Jesucristo.

—Inspectora —enunció él despacio, sin matiz alguno en la voz —. ¿Qué ocurre?

—Disculpe, pero he tenido noticias importantes del caso de Aurora.

—Espero que sean buenas, inspectora.

—Siento decirle que tal vez no lo sean para usted.

Una pausa. No había respiración ni sonido alguno.

—Usted dirá —dijo al fin.

—Hemos obtenido información de la compañía telefónica que indica que Aurora Delacroix visitó el Real Monasterio varias veces los días previos al asesinato del joven ingeniero —lo lanzó de forma directa, sin rodeos—. Necesito saber por qué.

Cayó otra de las pausas.

—Sí, Aurora vino a verme porque necesitaba confesión. Se encontraba en un momento de gran conflicto personal y buscaba guía espiritual.

Leonor frunció el ceño.

—¿Conflicto personal? ¿Podría especificar más, Padre?

—Lamento decir que los detalles específicos de su confesión deben permanecer entre el confesor y Dios. No puedo…

—¡Por Dios, Padre! —Guerrero había elevado la voz—. Estamos hablando de que Aurora puede estar en peligro y de la resolución de un posible asesinato. ¡Un hombre ha muerto! ¿No cree que eso está

por encima de …

—La moralidad de mis deberes no es negociable, inspectora —acató con voz firme por primera vez Mendoza—. Lo que puedo decirle es que nuestras conversaciones no tenían nada que ver con la muerte de ese hombre.

Leonor respiró profundo.

—Padre Mendoza, le ruego comparta conmigo lo que hablaron.

Esta vez la pausa se acompañó de un murmullo, como si el Padre rezara por lo bajo, antes de hablar.

—Puedo compartir con usted que parte de su angustia estaba relacionada con su familia, en particular con su deseo de rehacer el contacto con su madre después de tantos años.

—¿Su madre? ¿Tiene algo que ver con el caso?

—No puedo confirmar ni negar eso, inspectora —el Padre medía sus palabras—. La reconciliación familiar puede ser un proceso muy emotivo y complicado. Mi papel como confesor se limitó a ofrecerle consuelo y consejo espiritual.

—Entiendo —Leonor había rebajado otra vez el tono—. Aurora podía estar atravesando un conflicto emocional que la llevara a escapar de todos. ¿Le mencionó algún plan o acción concreta respecto a su madre? ¿A lo qué pensaba hacer?

—Inspectora… —se tomó otra vez su tiempo—. Aurora expresó su deseo de enfrentar el pasado y encontrar alguna forma de reconciliación. Su inquietud era interna, no mencionó ningún peligro ni amenaza presente. Pero debo enfatizar, que lo que se dice en confesión no puede ser usado en una investigación.

Guerrero suspiró. Parecía que no había mucho más que sonsacarle al Padre Mendoza, enrocado en el secreto de confesión que amparaba la legislación.

—Padre, agradezco su ayuda. Le voy a pedir una última cosa. Si Aurora se pone en contacto de nuevo con usted en algún momento, ¿podría aconsejarla al menos que hable con la policía? Y si ella no lo hace, ¿me avisara usted?

—Por supuesto, inspectora. En lo que pueda, siempre que no me obligue a violar mis votos sagrados, trataré de ayudar.

25

Aurora sabía que debía ser paciente, que la prisa era enemiga del cazador. Sus ojos no dejaban de observar el restaurante. De vez en cuando se cruzaban sombras tras los vidrios empañados por la lluvia. Entonces, el pulso le latía en las sienes y un cosquilleo le recorría el estómago. El cielo seguía gruñendo, pero los truenos y el repiqueteo de las gotas de agua contra el asfalto había dejado de sonar con fuerza. Por eso, cuando escuchó el pitido de un dispositivo en la mochila, se sorprendió.

La noche anterior se había asegurado de que toda la electrónica tuviera las baterías cargadas. El sonido se produjo de nuevo. Abrió la bolsa y empezó a rebuscar. En uno de los laterales, había una pequeña cremallera. La abrió y al meter la mano se sorprendió de encontrar un móvil. Aquello no era suyo. Probó a desbloquear, pero como era de esperar, el reconocimiento facial no funcionó. “Diego”, dijo en voz alta tras reflexionar unos segundos. Meneó la cabeza, anduvo unos metros hasta la orilla y lanzó al mar el aparato.

Regresaba a su puesto de vigilancia cuando por fin las puertas del restaurante se abrieron de nuevo. El culturista y el filósofo ruso salieron. Hablaban entre ellos. Aurora se agazapó. Los hombres se dirigieron al coche de gama alta que estaba estacionado en el aparcamiento. Cogió las cosas, corrió hasta el Dacia y lo condujo hasta el cruce con la nacional 332.

Seguía al otro coche a una distancia prudencial, la gorra calada y las gafas puestas. Al pasar a la altura de la Isla de la Olla, Aurora no pudo evitar volver a mirar hacia el pequeño, islote, una sombra oscura bajo un cielo todavía encapotado. A la izquierda, sobre la roca del acantilado, las olas rompían con furia contra sus costados, como si la naturaleza estuviera en sintonía con la tensión que sentía.

Al dejar las últimas casas, la carretera empezó a serpentear colina arriba entre una frondosa pinada verde. Al llegar a una curva sobre la que emergió una iglesia ortodoxa rusa el Mercedes negro puso el intermitente. Aurora continuó y se desvió en el primer cruce a la derecha, un pequeño camino de tierra entre vegetación mediterránea. Bajó del coche y sacó unos pequeños prismáticos de la mochila.

Los hombres habían entrado al templo. Aurora desconocía la existencia de aquella iglesia al estilo arquitectónico de las estructuras ortodoxas rusas del siglo XVII. La información, como tantas otras cosas, le había quedado grabada cuando leía un libro de arte en sus años de colegio en Inglaterra. La estructura, construida con madera, destacaba por sus agujas puntiagudas y cúpulas bulbosas,

características de la arquitectura eclesiástica rusa, que se elevaban hacia el cielo gris como lanzas en medio de la pinada.

A los cinco minutos, los rusos habían salido de nuevo acompañados por un tercer hombre, de más edad. Salvó el Filósofo, que estaba de cara, los otros dos habían quedado de espaldas. Gesticulaban bajo una lluvia suave en un jardín bien cuidado, con palmeras, presidido por una estatua de San Nicolás de Mira, el patrón de Moscú, que parecía vigilar el recinto. Algo desencadenó una discusión. Zolkov se ajustó la corbata y se fue velozmente hacia el coche. Los otros dos hombres entraron de nuevo a la iglesia.

El deportivo, conducido por el Filósofo, pasó a toda velocidad por dónde esperaba Aurora. Se incorporó a la calzada con barro en sus ruedas. Las primeras curvas, las ruedas deslizaron sobre el asfalto. Debía ir más rápida o lo perdería. Los árboles desfilaban a cámara rápida a uno y otro lado de la carretera. En más de una ocasión, Aurora perdió el control del Dacia y se salió del carril.

Al cruzar el túnel del *Mascarat*, como por arte de magia, dejó de llover. Por la derecha, tras los mojones que desfilaban a toda velocidad, había un acantilado. El ruso había acelerado todavía más la marcha. Aurora pensó que debía aminorar o el plan acabaría antes de lo previsto por una estúpida imprudencia. El coche al que pretendía seguir era un modelo deportivo mucho más potente.

Redujo la velocidad, prestó especial atención al trazado de la carretera, hasta que, al empezar a descender, ésta se tornó más recta. Los acantilados quedaron atrás y los pinos habían dado paso a campos con almendros y olivos, salpicados aquí y allí por chalés y casa blancas con sus balcones adornados con macetas de geranios. Aurora volvió a acelerar hasta quedar de nuevo a una distancia prudencial del filósofo, pero sin riesgo de perderlo.

Cinco kilómetros más adelante el coche puso el intermitente por un desvío que Aurora reconoció de inmediato. Se trataba del camino que llevaba hasta el lugar dónde la tuvieron encerrada. En la documentación proporcionada por Tintín constaba que la empresa era propietaria de dos locales, el que estaba en el núcleo de Altea y otro previsto para abrir en verano.

Pasó de largo y se detuvo un kilómetro más adelante, en un espacio al margen de la carretera dónde una furgoneta vendía frutas de temporada con unos grandes carteles garabateados a mano con trazo irregular. Sacó el teléfono para evaluar sobre el mapa la mejor manera de llegar hasta el restaurante sin ser vista. Tres minutos más tarde estaba de nuevo al volante del Dacia con una bolsa de nísperos a su lado y saboreando una de esas delicias jugosas en la boca.

Leonor no podía ocultar su alivio al ver que Ramírez, después de

tantos años de camaradería y algunos desencuentros en el camino, accedía a hacerle un último favor. Era cierto que había habido ciertos altibajos en la relación, pero necesitaba su ayuda para visitar el restaurante de Altea, la misma localidad donde además estaba empadronado el ruso.

Guerrero sabía que las coincidencias eran como las piezas ocultas de un rompecabezas, raramente tan aleatorias como parecían. El subinspector la intentó convencer de que ahí no había nada que rascar, pero cada casualidad llevaba impresa una pista. Y esta, la tenía que descifrar. Le quedaban un par de horas hasta su encuentro, cuando una breve vibración en el bolsillo de la chaqueta le anunció la llegada de un nuevo mensaje en el móvil.

¿Puedo verte?, preguntaba Marquitos.

Claro hijo, ¿pasa algo?

No, ahora estoy en clase. Nos vemos en quince minutos en el Puente de las Flores.

Ok

Leonor dio por hecho que su hijo necesitaba hacer las paces. No era la primera vez que, tras varios días de cabezonería, él, por iniciativa propia, se volvía tan dócil como un cordero y demostraba afecto hacia ella. Ahora, alejada del caso y con su exmarido, el padre de Marcos, asignado como el nuevo inspector, reconciliarse con su hijo se presentaba como el mejor bálsamo para empezar a sanar las heridas.

Con el cambio climático la lluvia era una presencia poco habitual en Valencia, tanto, que se había convertido en un extraño fenómeno meteorológico. Al menos, el aguacero había dejado las calles casi desiertas de transeúntes. Caía una lluvia mansa. Guerrero avanzaba apresurada hacia el Puente de las Flores, con el pelo desordenado por la humedad y el viento creciente. El sonido de sus pasos se mezclaba con el rítmico tamborileo de la lluvia. Al acercarse al antiguo cauce del Turia, el olor a tierra mojada impregnó sus pulmones. Un aroma que le recordaba las largas jornadas de caza con su abuelo en los montes del País Vasco, ocultos, esperando a que la presa se mostrara para apretar el gatillo.

El puente, conocido por su decoración floral constante, rebosaba ese día con una explosión de color, gracias a una gama multicolor de geranios que casi desbordaba sus límites. En ese tramo del Jardín del Turia, hasta el cercano puente de Aragón, se extendía un paisaje ajardinado donde el Palau de la Música y un gran estanque figuraban como joyas centrales. Leonor se extrañó de que su hijo no estuviera esperándola ya que el instituto quedaba a escasos cinco minutos y la clase había acabado hacía ya más de quince. Sacó el teléfono.

Ya estoy aquí, tecleó lo más rápido que pudo.

Marcos estaba en línea y leyó de inmediato el mensaje. Leonor, con las manos en los bolsillos, alzó la vista al cielo plomizo. “Hace falta que llueva después de este invierno tan seco”, murmuró en voz alta. Un sonido detrás de ella cortó el momento de reflexión: pasos apresurados, el chapoteo de unos pies sobre los charcos. El chirriar de ruedas de un coche al frenar a su lado hizo que se le activara la señal de alarma. Por instinto echó mano a la cartuchera. A partir de ese momento, el tiempo se ralentizó y la escena se volvió a cámara lenta.

Antes de que consiguiera girarse para ver quién tenía por detrás, un golpe brutal contra sus riñones la dobló de dolor, y cayó de rodillas sobre el pavimento húmedo. Al levantar la mirada, una figura amenazante con una máscara de caballo emergió del vehículo. Llevaba una pistola. La levantó y apuntó hacia ella.

Leonor rodó sobre el suelo y el tiro fue a dar contra la piedra. Tomó la única decisión posible: correr hacia el puente. Oyó otro disparo, tan cerca que casi pudo sentirlo rozar su cabello. “Te quiero, Marcos”, ese fue el último pensamiento que la acompañó antes de volar por encima de la barandilla del puente.

Sin desviar la mirada del chalé que iba a servir como nuevo restaurante en unos pocos meses, Aurora Delacroix estiró un brazo para coger otro níspero de la bolsa. Estaba tumbaba junto a un par de almendros, tras unos matorrales bajos, con la alfombrilla del Dacia a modo de esterilla improvisada. Se encontraba a unos trescientos metros de la carretera nacional, aislada de cualquier atisbo de civilización. La lluvia había pasado y el sol se asomaba tímido entre unas nubes bajas. Se caló la gorra y sacó los prismáticos.

El edificio principal se hallaba a unos noventa metros de Aurora. Destacaba por su fachada de piedra y madera noble, con unas columnas y un balcón en la parte superior, desde dónde las vistas hacia el mar y el Peñón debían ser espléndidas. Había un edificio auxiliar, más pequeño, que reconoció como la sala de despiece el día que la capturaron.

El conjunto se rodeaba de unos jardines con senderos de piedra que serpenteaban entre flores y arbustos. Había un pequeño estanque en el centro con una fuente rodeada de una zona de pérgolas cubiertas por enredaderas. El único vehículo era el deportivo que había quedado aparcado en una zona amplia cercana al edificio secundario, bajo un techado de cañizo.

Entre el muro que delimitaba la propiedad y Aurora había un área de tierra que se había convertido en un barrizal por la lluvia. Al otro lado, un pequeño bosque de pinos y arbustos hacía de cortina protectora de los posibles vecinos, que quedaban a más de quinientos metros. Por lo tanto, el restaurante que Aurora tenía ante sus ojos

estaba relativamente aislado.

El mapa en el móvil no ofrecía ninguna descripción detallada de la zona salvo lo que ya había comprobado con los prismáticos. Recordaba la noche en que la retuvieron y quisieron acabar con su vida, que a buen seguro hubieran conseguido de no haber podido escapar y cruzarse con Diego. Una cierta melancolía la invadió. Su despedida había sido brusca, una simple nota con tres palabras.

"Es mejor así".

Tenía el sol del mediodía de cara. Llevaba más de una hora parapetada en aquel improvisado escondite y no había ocurrido nada. Esperó, pacientemente, vigilando la zona con sus prismáticos a que algo ocurriera. Alrededor de las tres, vislumbró una silueta cruzar por el ventanal de la parte de arriba, sin embargo, no consiguió apreciar ningún rostro.

Cinco minutos más tarde se abrió la puerta de la terraza. El Filósofo salió. Ese cuerpo lo reconocería entre un millar. Cruzó los brazos y permaneció así un buen rato, la cara orientada al sur, como si buscara el calor del sol, hasta que regresó al interior. Aurora permaneció quieta durante varios minutos más. A continuación, bajó los prismáticos y se recostó. Se comió los dos nísperos que le quedaban en la bolsa.

Más tarde, abrió la mochila. Extrajo la Sig Sauer del ruso. Le sacó el cargador y comprobó que nada bloqueaba la corredora ni el cañón. Verificó que todavía le quedaban once cartuchos del calibre nueve milímetros. Lo volvió a introducir y acerrojó una bala en la recámara. Echó el seguro y se metió el arma en el bolsillo derecho de la sudadera. Luego revisó que llevaba consigo el resto del equipamiento.

Aurora inició la maniobra de aproximación a la casa dando un rodeo hasta llegar al bosque de pinos. Inspiró hondo cuando empezó a acometer el tramo final para llegar a la parte posterior del restaurante. Avanzaba despacio, con la mente vacía de todo cuanto no fuese estudiar el terreno que pisaba, la casa cada vez más cercana. Iba concentrada en mirar alrededor, atenta por instinto a un principio fundamental: repasar el plan, según el viejo código del escorpión: mira, pica y vete.

Eligió las zonas más espesas de los árboles para acercarse. Mientras andaba, se quedó observando la simetría de una piña que colgaba de una rama. Una gota se deslizaba entre las escamas leñosas, dispuestas en espiral alrededor del núcleo central, hasta quedar suspendida de la punta. Un patrón complejo y simétrico. La forma geométrica discurría por su mente junto a porcentajes y probabilidades de éxito. Había recorrido más de noventa metros cuando, de repente, se detuvo en seco.

¿Cómo no lo había visto antes? Al comparar esos patrones naturales con la relación simétrica de los números primos, Aurora lo comprendió. La respuesta a la hipótesis de Riemann era de una sencillez conceptual tal que la desarmó por completo. Un juego de columnas de cifras se ordenó de golpe en su cabeza, circulando a la velocidad de la luz. Cada una se colocaba en su sitio, desentrañando una fórmula jamás alcanzada por nadie. No había necesitado de la capacidad de computación de un ordenador de última generación ni de la aplicación de complejos algoritmos para su resolución.

Todo estaba ahí, al alcance de cualquiera que fuera capaz de detectar una simetría que se producía de forma habitual en la naturaleza. Se quedó tan perpleja que tuvo que sentarse en suelo, sobre unos restos de ramas y pinocha húmeda. Dejó la mirada perdida al frente, mientras verificaba mentalmente una y otra vez la fórmula. Era correcto. Había resuelto el problema de la secuencia de los números primos, la hipótesis de Riemann, uno de los acertijos abiertos más importantes de las matemáticas modernas.

“Un artista gráfico habría tenido más posibilidades de resolver este enigma que cualquier matemático. Los patrones visuales eran la clave”.

Al cabo de un rato se levantó y continuó su avance hacia el restaurante a través de la vegetación con una reconfortante sensación de victoria. El futuro de los viajes espaciales estaba a punto de cambiar para siempre.

26

Diego Ortega maldijo en voz alta cuando comprobó en la pantalla del teléfono móvil que el punto azul de Aurora había dejado de parpadear hacía ya rato. El taxista se había detenido en el margen de la carretera nacional, a unos escasos metros de la entrada del restaurante, en Altea.

—Usted dirá —el hombre le observaba por el espejo retrovisor.

—¿Puede esperarme aquí unos minutos?

—El tiempo que haga falta, siempre que vuelva usted para pagarme —señaló los números del taxímetro que seguían en movimiento—. No tenga prisa, me pondré el Lago de los Cisnes de Tchaikovsky y disfrutaré de las vistas al mar y a aquel islote en medio de las olas —certificó con una media sonrisa mientras bajaba la ventanilla.

El Pibe se acercó a pie hasta la entrada del restaurante. Un camarero estaba acabando de montar unas mesas en una terraza acristalada. Diego abrió la puerta de entrada a la estructura principal. El local olía a producto de limpieza mezclado con otro aroma que no alcanzó a identificar. A la izquierda, una nevera enorme con piezas de lomos de vaca con varios grados de maduración captó la atención del escritor. Una pieza en particular, la de mayor tamaño, con la capa exterior oscurecida y ligeramente seca, que por un pequeño corte en la parte superior mostraba un interior veteado de grasa blanca. Acercó la cabeza a la vitrina e identificó de inmediato ese olor a tierra y nueces del proceso controlado de descomposición que emanaba por la rendija. Disfrutaba de esos instantes cuando una voz femenina lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Desea usted algo?

Carraspeó antes de hablar.

—Mi hija me dijo que una amiga suya había reservado mesa hoy para comer. Somos unos amantes de la carne y buscamos los mejores restaurantes allá dónde vamos —forzó todavía más el acento gallego.

—Pues está usted en el lugar apropiado ¿A qué nombre?

—Verá, soy tan despistado que olvidé el nombre de la amiga. Ni tan siquiera le podría asegurar si reservó para una o para dos personas.

—No se preocupe, son tantas las cosas que nos pasan por la cabeza. Déjeme que compruebe el listado de reservas.

La mujer se fue tras una barra y sacó un gran libro. Encima, en letras doradas, se anunciaba la mejor hamburguesa del mundo acompañada de una botella de champagne. “Menudo desperdicio de

carne", pensó para sus adentros el Pibe.

—Disculpe, pero no tenemos ninguna reserva para comer hoy para una persona. Tenemos un par de mesas para dos y el resto son grupos más grandes. ¿Es extranjera la amiga de su hija?

—Me temo que no, castellana de pura cepa.

—Pues lamento informarle que no ha reservado en nuestro restaurante. Las mesas de dos son de unos clientes habituales de Suecia y Holanda.

Diego escrutaba con atención por el local y las cocinas, en busca de alguna pista que le llevara hasta Aurora. No había nada extraño allí dentro. De repente, el sonido de un coche captó su atención. Se giró justo a tiempo para ver cómo un vehículo de gama alta aparcaba en el exterior. De él bajaron dos hombres: uno de mediana edad, vestido con un elegante traje negro, y otro más joven, con el aspecto de un matón. Ambos tenían un aire que gritaba su procedencia del este de Europa, y se dirigieron hacia una pequeña caseta que quedaba al otro lado.

—Disculpe, me habré equivocado, es posible que la reserva fuera en otro restaurante famoso por sus chuletas de buey. ¿No conoce otro en Altea o alrededores?

La mujer sonrió.

—No en Altea, pero que sepa que en pocas semanas vamos a abrir uno nuevo, más grande, cercano a Calpe. No dude en invitar a su hija, no les defraudará.

—¿Podría darme la dirección?

La mujer le explicó el concepto del nuevo local y cómo encontrarlo. Diego comprendió que se trataba del mismo lugar en el que recogió a Aurora aquella noche atemorizada en la carretera. Se despedía de la mujer cuando los dos hombres se fueron de forma precipitada en el deportivo rojo.

El cuerpo de la inspectora Leonor Guerrero impactó contra un seto frondoso, que logró amortiguar en parte el brutal golpe de su caída desde tres metros de altura. Una pareja de jóvenes que hacía jogging por los jardines del Turia gritó al verla y se detuvo a su lado. A lo lejos, arriba, sobre el puente, la inspectora oyó voces y gritos en un idioma que no reconoció. Uno de los jóvenes, vestido con ropa de deporte, se acercó con expresión de horror. Se arrodilló junto a ella y le colocó la mano en la cabeza.

—No se preocupe, vamos a avisar a emergencias.

—Soy… soy policía —consiguió balbucear Leonor.

Las ruedas de un coche derraparon en la distancia. La mente de Leonor fue consciente poco a poco de que no había muerto. Había quedado de costado. La cara le abrasaba y un tambor martilleaba el

cerebro de forma atronadora. Chequeó despacio su cuerpo. Tuvo que apretar los dientes para aguantar el dolor intenso del brazo, que estaba bajo su peso. El joven la quiso girar, pero se produjo un chasquido en el hombro que llegó acompañado de un nuevo espasmo de dolor. No estaba segura del estado de sus huesos, así que intentó moverse muy despacio. Primero las piernas, esperando la señal de sus terminaciones nerviosas. Era inútil, las piernas no respondían. Luego, con mucho esfuerzo consiguió levantar la mano izquierda. El chico se la cogió.

—No se mueva. Ya hemos avisado a emergencias.

Guerrero cerró los ojos. Intentó abrirlos de nuevo, pero todo se movía a su alrededor. El sabor metálico de la sangre inundó su boca. Tuvo miedo. Quizás aquel chico la estuviera acunando, pensó, hasta que lentamente se sumió en la oscuridad.

Parecía que iba a ser una jornada apacible en la UCI del Hospital de la Fe de Valencia, pero aquella promesa de tranquilidad se desvaneció a primera hora de la mañana cuando un ciclista llegó malherido por una caída a una zanja mal señalizada de unas obras cercanas. Unos gamberros se habían llevado las vallas de advertencia y el hombre había salido catapultado. Varias magulladuras y la clavícula fracturada. Aun así, nada que ver con la noche anterior. El compañero saliente de guardia le había dado el parte de una jornada extenuante. Una caída de un motorista con rotura múltiple de tibia y peroné, dos jóvenes que se habían peleado a la salida de una discoteca por lo que hubo que dar más de quince puntos de sutura y arreglar el tabique nasal de uno de ellos. Y lo más grave, un accidente de coche en la avenida del Mediterráneo. El hombre llevaba exceso de velocidad y se había acabado empotrando con la esquina de un bloque de viviendas que albergaba una tienda de flores. Su pronóstico era muy grave.

La doctora Ortuño miró de reojo por la ventana y divisó unas nubes negras que se alejaban a toda velocidad. Era el primer instante de la mañana en que había podido parar cinco minutos a descansar. Hubiera jurado que la previsión del tiempo era buena. Una ambulancia llegaba justo en ese instante con las sirenas ululando. La doctora salió hacia la entrada de urgencias al encuentro del paciente.

—¡Sujetad la camilla, que no golpee contra el muro! —escuchó la inspectora Leonor Guerrero.

El chirrido metálico hizo que volviera a abrir los ojos. Estaba rodeada de sanitarios que intentaban estabilizar su estado. Voces que iban y venían.

El médico del SAMU puso al tanto a la doctora de la UCI.

—Mujer, cuarenta y cuatro años, se ha caído del Puente de las

Flores…

—¿Del puente de las Flores?

—La policía estaba tomando los datos a un par de jóvenes cuando nos las llevamos. No está claro lo que ha pasado. Es inspectora de policía —comprobó la hoja que tenía en sus manos—. La hemos intubado y está estable hemodinámicamente, en apariencia sin otras lesiones, ni fracturas abiertas ni hemorragia externa salvo el fuerte golpe en la cabeza y el hombro dislocado —tuvo que parar unos segundos porque le faltaba el aire para hablar.

La doctora asintió con la cabeza y le dio una palmada en la espalda a su colega.

—Rápido, a rayos —le ordenó al enfermero que la asistía—. Un TAC —no necesitaba dar más explicaciones—. Preparar ingreso en la UCI para vigilancia neurológica. Es posible que haya que operar.

La doctora Ortuño se podía considerar una guardia fronteriza que controlaba quién podía quedarse en la tierra, o por el contrario, debía emprender el viaje al más allá. El futuro de las personas que ese día cruzaran por la puerta corredera de urgencias estaba en sus manos. Su trabajo consistía en decidir las medidas que habría que tomar para sanarles, y si se equivocaba, podía ocurrir que el paciente muriera o despertara con una minusvalía para el resto de su vida. En el caso de un paciente con una fuerte contusión cerebral, la tomografía computarizada, conocida como TAC, era el examen médico de diagnóstico por imágenes para evaluar el alcance de la lesión. Luego, podría ser necesario actuar de urgencia en el caso de tener que intervenir por una hemorragia, fractura o cualquier otro problema derivado del trauma. Jamás había fallecido un paciente en su turno, y en esa ocasión, tampoco se iba a producir semejante suceso.

27

Aurora Delacroix hubiera preferido esperar a la caída de la noche, dónde las sombras se convertían en aliadas. El problema era que no tenía el control sobre la variable tiempo. Desconocía por cuánto el Filósofo permanecería dentro del restaurante. En el parquin estaba únicamente aparcado el deportivo rojo y no había visto movimiento alguno dentro de otras personas, pero en cualquier momento podían aparecer más secuaces. Y entonces, todo se complicaría.

Ahora, al otro lado del muro, las dudas la asaltaban. Le incomodaba que el sitio pareciera tan desprotegido, aunque daba por descontado que el ruso tendría un arma consigo. Tras un prolongado momento de análisis, calculó que debía hacerlo ya, con las probabilidades de éxito reduciéndose cada cinco minutos que el tiempo avanzara.

Tomó aire, se aupó con la ayuda de las manos y después salvó la tapia sin dificultad, encaramándose de un salto para dejarse caer del otro lado. El impacto provocó un latigazo de dolor en la pierna de la prótesis. Apretó los dientes.

La casa principal debía quedar a unos cuarenta metros. Aurora contaba con la protección de un seto denso de vegetación para ocultarse. Avanzaba agachada para no sobrepasarlo. Llegó hasta el muro de la casa, que permanecía en la quietud, sin rastro de vida. Dobló la esquina mientras exploraba el edificio, y fue entonces cuando oyó un gruñido lejano y bajo. Era un perro y no uno pequeño, pensó. Ojalá estuviera atado. Les tenía un pánico irracional desde que, siendo una niña, en una visita a un pueblo de Segovia, de la mano de su madre fue a acariciar a un chucho de la calle que le devolvió una dentellada que por poco le pilla la mano. Se le erizó el vello mientras echaba mano a la mochila que llevaba enganchada por la parte delantera.

Asomó la cabeza por la esquina de la estructura. Al final de uno de los caminos empedrados, entre las flores de los jardines, la silueta imponente de una bestia negra emergió. Un Rottweiler. Sus ojos brillaban. Sabía que no podía correr, eso solo incitaría al perro y se convertiría en una presa fácil.

El animal ladró primero y luego empezó a mover las patas a toda velocidad. A medida que se acercaba, Aurora podía escuchar unos gruñidos que iban en aumento. No podía usar la Sig Sauer o la operación se iría al traste.

Sacó de la mochila la pistola eléctrica Taser que había cargado la

noche anterior. El modelo que le había proporcionado Tintín tenía un alcance de nueve metros. Con la respiración entrecortada, levantó las dos manos y apuntó en la dirección en la que venía el Rottweiler, que rugía como un demonio. Sabía que tenía solo una oportunidad, si fallaba...

Esperó a que el animal estuviera lo suficientemente cerca, tanto, que el perro dio un salto impulsado por sus patas traseras para clavar los colmillos en su cuerpo. En ese instante, apretó el gatillo. Los dos dardos pequeños conectados por un cable al arma cortaron el aire zigzagueantes e impactaron en el pecho, bajo la cabeza, alcanzándolo en pleno aire. Ella también sintió una fuerte descarga eléctrica en los brazos. El animal sufrió un espasmo y cayó al suelo, como un saco de patatas, la cabeza a unos escasos centímetros de los pies de Aurora. Un último gruñido seco y el Rottweiler dejó de moverse. Tenía la boca repleta de una espuma blanca y los ojos desorbitados, enrojecidos. Todo quedó en silencio.

Delacroix permaneció inmóvil, la espalda contra la pared, calculando los efectos de lo ocurrido. Respiraba profundo, los ojos cerrados. Recobrada la calma, se movió con rapidez y cautela. Podría ser que los ladridos hubieran alertado al Filósofo. O podría ser que, en el interior del restaurante, el ruido hubiera quedado amortiguado. Le dio un cincuenta por ciento de probabilidad a cada opción.

Anduvo pegada a la pared hasta la puerta principal. Todo iba bien. Lista para ejecutar lo que había ido a hacer. Impartiría justicia contra aquellos que casi habían acabado con su vida. Echó mano al juego de ganzúas, pero al bajar la manivela de la puerta comprobó que la lámina se deslizaba sin problema. Un segundo más tarde ya estaba dentro.

En el salón principal la elegancia era evidente, con mesas de madera sin tratar de varios tamaños, sillas del mismo material, una iluminación cuidada y obras de arte contemporáneo por las paredes. Aurora avanzaba a través de la sala con sigilo hacia la zona de las cocinas. La batería de fogones, hornos y planchas resplandecían a la espera de ser utilizados por primera vez. Una gran barbacoa metálica para leña y parrillas elevables por medio de poleas ocupaban la pared principal. El centro lo ocupaban una serie de cuadrículas, en apariencia también para trabajar con las brasas.

Al fondo había una escalera que se bifurcaba hacia el piso de arriba y hacia un sótano. Había que comprobar cada una de las habitaciones. Decidió primero subir a la planta superior, el único lugar dónde había visto al ruso. La Sig Sauer en las manos, el seguro quitado. Subía los peldaños con la respiración contenida. Llegó a una puerta y la cruzó con las dos manos en alto. El lujo era más evidente allí. Las mesas vestidas, el gran ventanal ofrecía unas vistas

espectaculares de la montaña. Escudriñó cada rincón sin encontrar nada sospechoso. Tenía calor y le sudaban las manos. Tras un prolongado momento de duda, salió de la sala y bajó las escaleras.

Por instinto, a Aurora no le gustó la situación. Podía ser que el Filósofo se hubiera comportado con una arrogancia y falta de previsión propia de un principiante cuando la retuvieron en aquella sala de despiece, pero la información proporcionada de las múltiples empresas tapadera y sus operaciones financieras mostraban que se trataba de un hombre inteligente y calculador, que debía haber sobrevivido a muchas batallas para llegar tan arriba. No podía tampoco menospreciar la posibilidad de encontrarse con nuevos culturistas repletos de anabolizantes dispuestos a demostrar su hombría frente a una joven que ya los había puesto en ridículo con anterioridad.

Habría preferido sorprender Zolkov de un tiro en la cabeza con un rifle de mira telescópica, pero necesitaba hablar con él. Sacarle la información que la ayudara a entender que había ocurrido. Pensó en Ram y en Diego Ortega. Aurora se mordió el labio inferior. El hombre debía estar abajo en el sótano, no quedaba otra opción.

Bajó las escaleras hasta el hueco de un montacargas. Apenas había luz, tan solo la que se filtraba del piso superior. Se adentró unos pasos y pasó por una gran bodega. Cientos de botellas de vino, licores y una cava para puros esperaban a los primeros clientes. Al otro lado había una puerta con doble cerradura de seguridad, pero que estaba abierta. La entrada estaba a oscuras. Dudó. Algo no cuadraba, apretó con fuerza la pistola entre sus manos.

El contorno le ofreció una estancia de unos seis metros cuadrados que tenía las paredes cubiertas de estanterías con botes y conservas. Se adentró unos pasos. Entonces, a mano derecha advirtió una línea oscura que se asemejaba a una grieta, una especie de túnel.

Dio dos zancadas rápidas y dirigió el arma al interior, pero ahí no había nadie. Escuchó un crujir de unas pisadas tras de sí y se volvió como una serpiente. Intentó levantar la pistola para disparar, pero un fuerte golpe en la muñeca hizo que se le cayera el arma. Lanzó un puñetazo, que dio en el pecho del otro, pero unos brazos fuertes la rodearon y la levantaron como si fuese una muñeca. Pataleó unos segundos en el aire hasta que reconoció la voz de Zolkov, con su característico acento ruso Moscovita.

—No le hagáis daño, tiene que hablar con ella.

Cinco minutos más tarde estaba con las manos atadas por una brida a la espalda en una pequeña habitación al final de aquel túnel, sentada en un sofá viejo, en una pequeña estancia horadada en la piedra. La luz tenue del casquillo de una bombilla que colgaba del

techo dibujaba la silueta de los dos hombres que la vigilaban. La habían cacheado a fondo. La mochila estaba a un par de metros, sobre una mesa vieja. Aurora los había puesto a prueba con varias preguntas, pero no habían abierto la boca. Tenían instrucciones claras de ignorarla. Al rato, Zolkov llegó. Delacroix comprobó que cojeaba ligeramente. Alzó la mirada y miró su cara. Sus ojos no podían ocultar el odio.

—Había empezado a creer que no te ibas a atrever a venir —lanzó el ruso con tono calmado—. Te llevamos vigilando desde que nos seguiste a la salida de Altea. Maldita puta, ¿con quién te crees que estás tratando?

—¿Te duele todavía la pierna? —rio Aurora—. Aún me acuerdo de tu cara de sorpresa cuando te machaqué la tibia. ¿Y el gigantón? ¿Cómo tiene la cabeza?

Guardó silencio durante un momento.

—¿Realmente pensabas que me ibas a encontrar completamente desprotegido en este restaurante en medio de la nada?

Aurora movió la cabeza de lado a lado e hizo amago de levantarse.

—Ni se te ocurra moverte —dijo Zolkov con severidad. Los otros dos tensaron sus músculos—. Si lo haces tendré que matarte.

Zolkov introdujo la mano bajo la chaqueta y desenfundó un revólver Smith & Wesson Modelo para seis cartuchos calibre 44. El cañón de acero brilló bajo la bombilla.

—¿Te acuerdas de Harry el Sucio?

—Dudo que un hombrecillo como tú pueda levantar un arma así.

Zolkov apretó los dientes. Su tez blanca empezó a tornase roja.

—¡Joder, qué pinta tienes! —comentó finalmente señalando la cara—. Ese flequillo moreno, ese maquillaje…Pareces una puta, aunque nada que ver con las de mucho pecho como le gustaban a Ram. Hay que ver que mal gusto tenía ese tipo para poder acostarse con una lisiada como tú. Claro, era el precio que debía pagar para conseguir lo que necesitábamos.

—Tienes muchas ganas de matarme, ¿verdad?

No contestó. Se puso serio. De repente, soltó la risita atenuada de hiena que tanto la molestaba.

—Me he acordado mucho de ti estos dos últimos días. Prácticamente cada minuto. He de reconocer que me sorprendió la forma en que conseguiste escapar. Te he odiado cada segundo desde entonces. He imaginado mil maneras de hacerte sufrir hasta que me supliques que acabe con tu vida.

—¿A qué esperas?

Zolkov le lanzó una mirada triunfadora.

—Ahora lo verás. Tengo una sorpresa preparada para ti.

La mirada gélida del mafioso hizo que un escalofrío bajara por la columna vertebral y se le erizara el vello.

28

Con la camilla de Leonor Guerrero circulando a toda velocidad por los pasillos del Hospital La Fe de Valencia se inició el baile, en apariencia caótico, pero perfectamente orquestado, habitual en los servicios de urgencias. La inspectora volaba hacia la zona de rayos para la realización del TAC. El alta para la UCI se estaba preparando: se le iba a asignar el BOX 9 que había sido liberado un par de horas antes por una mujer que había fallecido por una sepsis general tras permanecer diez días con respiración asistida y en coma inducido.

—¿Quién está hoy operando? —preguntó la doctora Ortuño a su asistente.

—El doctor Quiles.

La boca de la mujer dibujó una sonrisa.

El doctor Quiles era un reputado médico, valorado como el mejor neurocirujano del país y el único en haberlo conseguido dos veces consecutivas, por lo que se sentía especialmente orgulloso. El motivo era que para la obtención de ese premio se consideraba la opinión de los pacientes y también de los compañeros de profesión. «El premio lo hago extensible a todo el equipo, anestesistas, enfermeros y celadores. Sin ellos las cosas no saldrían tan bien», fueron sus palabras cuando le entrevistaron en el periódico local. Ese tipo de reconocimiento era su vitamina para seguir trabajando. Cuando un paciente llegaba mal y, tras la operación, su vida mejoraba, encontraba la mayor recompensa y satisfacción posibles.

El doctor Quiles entornó los ojos y se rascó la nuca mientras esperaba los resultados del TAC. La medicina no era una ciencia exacta, como las matemáticas. El cuerpo humano seguía siendo un misterio difícil de descifrar.

—¿Se ha caído de una altura de unos tres metros?

Preguntó a su ayudante cuando por fin aparecieron sobre la pantalla del ordenador las diferentes tomas del cerebro de Leonor Guerrero. Se incorporó de un salto. La situación era crítica: tenía un hematoma subdural masivo, causado por el golpe en la cabeza. La presión intracraneal estaba aumentando rápidamente, poniendo en riesgo áreas vitales del cerebro. Con cada segundo que pasaba, el riesgo de daño permanente o incluso la muerte se incrementaba. No había tiempo que perder.

—Hay que operar de urgencia —ordenó.

Al llegar al quirófano se lavó las manos y los antebrazos con su meticulosidad habitual. Primero enjabonarse a fondo, para luego pasar

el cepillo por las uñas al menos tres veces, y acabar con el aclarado y secado con una toalla limpia. El enfermero le esperaba para ponerle los guantes mientras el resto del equipo seguía con los preparativos. La cabeza de la paciente ya estaba rasurada.

—Bisturí.

La fina película de dermis se abrió como una cremallera mientras una enfermera utilizaba un aspirador para quitar la sangre. Con la ayuda de unas pinzas mantuvieron la piel abierta. Se veía el cráneo. Después llegó el desagradable momento donde el doctor Quiles empleó un taladro para hacer un agujero en el hueso y sacar la sangre acumulada Gracias a la precisión de las imágenes de la tomografía sabía perfectamente donde tenía que actuar. Los asistentes trabajaban en silencio, pasando instrumentos, aspirando fluidos, anticipando cada necesidad. La anestesista, con ojos fijos en los monitores, ajustaba las dosis para mantener a Leonor en el umbral preciso entre la vida y la inconsciencia.

A medida que el doctor Quiles evacuaba el hematoma, la tensión en la sala aumentaba. Cada movimiento tenía que ser perfecto, no había margen para el error. El neurocirujano era consciente de que, en un quirófano, un milímetro o un segundo podían ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Finalmente, Quiles sonrió. Parecía que la operación había sido un éxito, con el hematoma drenado en su totalidad. Iban a suturar la herida cuando un cambio súbito en el monitor cardíaco rompió la calma que reinaba dentro del quirófano. El ritmo constante de los latidos del corazón de Leonor se transformó en un tono agudo y continuo sobre la pantalla. Un sonido temido por el equipo de la operación.

—¡Parada cardiaca! —gritó el doctor —. Iniciamos RCP.

Un enfermero empezó las compresiones torácicas mientras él mismo preparaba el desfibrilador. Tump, tump, tump, los ecos de las manos sobre el pecho de la inspectora sonaban como golpes secos.

Quiles apartó los brazos del hombre un instante y colocó un electrodo en la parte superior derecha del pecho, y el otro en la parte inferior izquierda, debajo del corazón. El aparato empezó a emitir un pitido agudo y continuo, mientras cargaba la energía.

—Apartaos —ordenó—. Un, dos, tres,

¡Clack! Se liberó la descarga. El cuerpo de Leonor dio un espasmo sobre la cama. Un silencio tenso, tan solo interrumpido por el sonido uniforme del monitor cardiaco y el zumbido del equipo, inundó el quirófano.

—Un, dos, tres.

¡Clack! La segunda descarga eléctrica se propagó a través de la musculatura de la inspectora. El cuerpo se arqueó ligeramente antes

de caer de nuevo sobre la camilla. El doctor se retiró para facilitar que el enfermero repitiera las compresiones torácicas.

Tump, Tump. Tump, el pecho de la doctora se hinchaba y deshinchaba bajo las manos del sanitario en un intento vano de que el corazón volviera a latir de nuevo. Quiles observó el monitor. El punto verde continuaba su trazado plano, sin altibajos, con ese pitido continuo que tenía clavado en la cabeza.

—Administrar un miligramo de epinefrina cada tres minutos —ordenó mientras volvía a cargar el desfibrilador.

—La perdemos —dijo el enfermero.

Leonor se encontraba en un lugar indefinido, un espacio donde la realidad se mezclaba con lo onírico. Todo a su alrededor era difuso, como visto a través de una neblina. Había una luz tenue y cálida que lo impregnaba todo, un resplandor que no provenía de ninguna fuente identificable, pero que llenaba el espacio con una sensación de paz y serenidad.

En ese mundo etéreo, Leonor se sentía extrañamente ligera, como si las cargas y el dolor que había llevado en su vida se hubieran disipado. Sentía su mente clara, pero al mismo tiempo, había una sensación de desconexión con su yo físico.

De repente, en la distancia, una figura se materializó. Era su abuelo. Él se encontraba al final de un sendero iluminado por esa luz mística, sonriendo con una expresión de amor y tranquilidad. Leonor comenzó a caminar hacia él. Cada paso la llevaba más cerca de su figura, y a medida que avanzaba, los recuerdos de las cacerías juntos, de las conversaciones, de las risas compartidas, inundaban su mente.

Al acercarse, su abuelo extendió su mano. La luz se hizo más y más brillante, hasta que todo lo demás desapareció. Y entonces, tan repentinamente como había llegado a ese lugar, Leonor se vio envuelta en la oscuridad, sintiendo una fuerte sensación de movimiento, arrastrada a gran velocidad al interior de un torbellino tenebroso.

29

Zolkov recibió una llamada en el móvil.

—No le quitéis el ojo de encima —dijo en ruso—. Si se mueve, le pegáis un tiro. Esta vez, no quiero sorpresas.

Aurora Delacroix permanecía sentada en el sofá, las manos atadas a la espalda mediante una brida de plástico. Los dos matones la observaban con caras de pocos amigos sin despegar la mirada de ella. Sobre la mesa, estaba la mochila. La única posibilidad de escapatoria pasaba por hacerse con ella, pero esa tira que ahogaba sus muñecas lo complicaba todo. Su mente empezó a trabajar en opciones y probabilidades de éxito. Las estadísticas se desplegaban en su mente como un complejo mapa de rutas. Si podía actuar, debía ser contundente. Golpear primero y con la mayor fuerza posible.

Unos pasos por el pasillo horadado en la tierra por el que se llegaba al cuarto donde se encontraba la alertaron. De repente, las personas se detuvieron, a poca distancia. Oía unas voces, pero no era capaz de distinguir lo que decían. Hablaban rápido, sus palabras se entremezclaban en un murmullo confuso. Aurora se incorporó al creer reconocer el que había elevado algo el tono. No era posible, debía tratarse de un error.

El filósofo fue el primer en entrar con su traje a medida en tonos oscuros que resaltaba la silueta esmirriada de su cuerpo. Arrastraba en la boca esa mueca de suficiencia que tanto molestaba a Delacroix, como si estuviera saboreando la victoria. Cuando confirmó quien era la persona que venía detrás, el suelo se le abrió bajo los pies y sintió que su cuerpo se arrastraba de forma inexorable al fondo de un abismo oscuro y terrible.

—Hola, Aurora —dijo Maximiliano Delacroix con voz calmada.

—Menuda sorpresa, ¿verdad? —Zolkov había clavado sus ojos en los de ella, como si intentara leer sus pensamientos—. Te sorprenderá conocer que hace ya un tiempo que tu tío hace negocios con nosotros. Un hombre listo que sabe de qué lado se debe estar para triunfar en la vida.

El tío de Aurora bajó la vista, incapaz de sostener su mirada.

—Déjanos a solas —Maximiliano empleaba casi un tono de subordinación.

La mueca de arrogancia se acentuó en el rostro del ruso. Solo por borrar esa sonrisa de la faz de la tierra, aquel hombre merecía dejar este mundo. Zolkov hizo un gesto con la cabeza a los dos esbirros.

—Estaremos cerca, ten mucho cuidado con tu sobrina, es una

loba peligrosa —advirtió con una sonrisa burlona. Estaban a punto de salir, cuando se giró—. Ah, la mochila me la llevo.

Maximiliano cerró la puerta. Sus miradas se enfrentaron un rato largo en silencio.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Aurora, desafiante.

El hombre pasó una mano por la cabeza.

—Déjame que te explique —dijo, y por un instante, su voz se quebró hasta que pudo continuar—. Sabes que para los Delacroix las empresas son el mayor activo que se puede poseer. Somos los herederos de un legado de generaciones que debemos cuidar y hacer prosperar como el más preciado de nuestros tesoros —el hombre se mordió el labio—. Cuando todo esto comenzó, te juro que jamás pude predecir el desarrollo de los acontecimientos. Hay variables que por desgracia escapan de nuestro control. Aurora, las decisiones tomadas en el pasado no se pueden cambiar, todavía no hemos inventado la máquina para viajar en el tiempo. Lo importante es mirar hacia adelante, hacia el futuro. Podemos arreglarlo todo y volver a ser una familia próspera, con un poder sin límites.

—¿Volver a ser una familia próspera? —Aurora rio—. Tu ansia de poder te ha convertido en un asesino —le reprochó con dureza.

El hombre contempló a su sobrina con una expresión extraña. Abrió la boca como si fuera a decir algo; luego, dudó y permaneció callado. Miró hacia la puerta por el rabillo del ojo y, de repente, mostró una sonrisa cínica.

—Yo no he matado a nadie. Ram decidió coger un trozo del pastel más grande del que le correspondía y las cosas no le salieron como hubiera deseado. Era un científico inteligente que no sabía calibrar los riesgos. Mírate, Aurora. ¿No vas a despertar nunca y darte cuenta del mundo en qué vivimos? Sigues con el mismo sentido del honor por el que te expulsaron del colegio veinte años atrás, con tu aspecto de universitaria idealista.

—De modo que fuiste tú el que planeó que Ram me utilizara. Tú, mi propio tío. Me das asco —Aurora cabeceó—. ¿Qué es lo que te han ofrecido?

Maximiliano se encogió de hombros.

—No es un tema tan solo de dinero. Aurora, cuando se produjo el crack inmobiliario del 2008 las cosas se pusieron muy mal, estaba con el agua al cuello. Tuve que buscar financiación, pero no conseguía abrir ninguna puerta. Los amigos desaparecen por arte de magia, se los traga la tierra, cuando pasas de la cumbre al barro. Con la venta del yate a un oligarca del petróleo conseguí unos contactos en el Este de Europa que me ofrecían unos planes de futuro con los que jamás había soñado.

—¿Probaste con tu hermano? La familia lo es todo para los

Delacroix —dijo ella con una media sonrisa.

Maximiliano meneó la cabeza.

—Sebastián… —dejó caer con un tono de desagrado —. Compartimos el mismo código genético y sin embargo, nuestros caracteres son radicalmente opuestos. Nos guían filosofías distintas a la hora de afrontar los proyectos vitales de la vida. Él rehúye el riesgo, y nunca se dignó a escuchar mis propuestas. Tú y yo, en cambio, somos iguales, dos almas idénticas. Nos atrae el riesgo y superar las dificultades, enfrentarnos a los desafíos. Aurora, juntos seríamos imparables —Maximiliano tomó aire—. Con Sebastián no se puede contar y tu madre hace tiempo que nos dejó, como si no existiese. Yo soy tu única familia.

—Es curioso este discurso de amor, cuando tus amigos los rusos me quisieron quitar la vida. Insistían en que el camino que transitaría hasta la tumba sería el más doloroso posible —Aurora le miraba incrédula.

—La verdad es que no entraba en nuestros planes. Este idiota de Zolkov se tomó la licencia de actuar por su propia cuenta cuando Ram les exigió más dinero. El indio cayó presa del pánico y se volvió intratable. Nos enfrentábamos a un riesgo inaceptable; en cualquier momento, podría haber ido a la policía. Zolkov tuvo que tomar una decisión rápida. Y actuó como se debía. Con respecto a ti, cometió un error que hubiera pagado con su propia vida. Ahora ha comprendido las órdenes. ¿Piensas que no me siento miserable por ello? — Maximiliano hizo una pausa, buscando en los ojos de Aurora algún atisbo de comprensión—. Aurora, si logramos acceder a la tecnología para los nuevos motores espaciales, los oligarcas rusos nos catapultarán a la élite, nos abrirán las puertas a un mundo al que solo unos pocos pueden aspirar. Piénsalo. Recursos ilimitados, todo el dinero que se te ocurra para que nuestro apellido se mantenga más allá de nuestras vidas.

—Tus delirios de grandeza me importan una mierda.

—Aurora, no te precipites. Te estoy ofreciendo la posibilidad de que tu nombre quede escrito para la inmortalidad.

Maximiliano sacudió la cabeza.

—¿Por qué no aceptas y te vienes conmigo? Yo podría cuidarte mejor de lo que jamás lo hicieron en tu hogar. ¿Piensas que no sabía lo que ocurría ahí dentro? Aunque te cueste creerlo, te conozco mejor que nadie. Me basta con mirarte para ver que ahora mismo se te está comiendo viva el dolor. Tú que consideras que estás por encima del bien y del mal. En el fondo, tú y yo somos iguales, nos gustan los desafíos y ser los mejores en lo que hacemos. Te miro a los ojos y veo que no confías en mí. Tienes miedo, me duele tanto…

—Estoy a punto de echarme a llorar.

—Reconozco que me he equivocado. Y te pido disculpas. ¿Es eso lo qué quieres? Porque si hace falta me arrodillo. Ya ves, yo también soy humano, con sentimientos. Aurora, —la mirada de Maximiliano se endureció—. ¿Qué necesitas para cambiar de opinión?

—No me uniré a ti.

—Aurora, no te das cuenta de la importancia de esto. Juntos, seremos invencibles, llevaremos las empresas Delacroix a la cima.

—Jamás contribuiré a tus planes.

—Por Dios, te ofrezco el mundo entero a tus pies —su voz se había endurecido.

Aurora le respondió con un escupitajo a la cara. Maximiliano, sin decir palabra, se limpió con calma y se quedó en silencio por unos momentos, como sopesando sus próximas palabras.

—Hay una cosa que debes saber —había suavizado el tono—. La verdad es que... yo soy tu padre.

Aurora quedó paralizada, incapaz por un instante de procesar lo que acababa de escuchar.

—¡Mientes! ¿Cómo se te ocurre semejante estupidez! ¡No es posible! Eres un sucio mentiroso capaz de lo que sea con tal de ponerme de tu lado.

Él la miró de forma compasiva.

— Aurora, por difícil que sea de aceptar, yo soy tu padre.

Diego Ortega el Pibe descubrió un coche deportivo que se cruzó con ellos a gran velocidad cuando se acercaba al punto kilométrico de la carretera donde había recogido a Aurora la otra noche. Reconoció el lugar enseguida. A pesar de la oscuridad y del alcohol, nunca olvidaría el volantazo que tuvo que dar para esquivar el camión con el que por poco choca de frente. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Deténgase a la derecha, por favor —le indicó al taxista.

El hombre asintió sin hacer preguntas y se detuvo unos pocos metros más adelante de un cártel que anunciaba el restaurante.

—Gracias —dijo el Pibe, que no dejaba de mirar por la ventana —. Podría esperar aquí mientras me acerco a comprobar algo importante. No tardaré mucho.

El otro le miró por el espejo retrovisor con unos ojos mezcla de curiosidad y resignación.

—No hay problema. Ya sabe, el taxímetro no se detiene.

Diego bajó del coche con la mirada fija en la montaña. Luego se giró hacia la línea de costa. Un grupo de flamencos, en una formación en V, con sus cuellos largos extendidos hacia delante, y las patas alargadas hacia atrás, creaban una silueta elegante surcando el cielo. Por un momento, el Pibe recordó como las salinas de Calpe se habían

convertido en el paraíso de numerosas especies de aves.

Retomó su camino, avanzando despacio por un sendero flanqueado por bancales con almendros y olivos, hasta que divisó un muro que delimitaba la edificación principal. Se detuvo a escuchar. Permaneció quieto un par de minutos, pero no pudo oír ningún sonido más que los esperados, el ruido del motor de vehículos en la distancia por la nacional y su propia respiración, entrecortada. Nada extraño.

Asomó la cabeza al otro lado. En el aparcamiento había estacionado un deportivo. Ni rastro de Aurora. Ni una sola señal de que ella estuviera allí. Diego tuvo un mal presentimiento. Una sensación de vacío que se expandía en su pecho. Echó mano al teléfono. Tal vez las cosas habían ido demasiado lejos y había llegado el momento de avisar a la policía. Pero ¿qué les iba a decir? ¿Cómo explicar la maraña de eventos que le habían conducido hasta ese lugar?

30

Las palabras de Maximiliano retumbaban todavía con la fuerza de una bomba en la cabeza de Aurora. Se negaba a aceptarlas. Aquel hombre no estaba en su sano juicio, no podía ser su padre.

—Eso es imposible —afirmó ella, tajante.

— Busca en lo más profundo de tus sentimientos; sabes que lo que digo es verdad. Aurora, no tienes escapatoria. No pongas las cosas más difíciles, no podré detenerlos si no colaboras. Yo siempre supe de tu poder, únete a mí y, juntos, podremos poner fin a esta locura.

—Sólo sabes escupir mentiras.

Maximiliano se acercó y le acarició la cara.

—Hija, juntos cambiaremos el mundo.

Sebastián salió de la clínica con los resultados del espermiograma en el interior de un sobre que rompió en múltiples pedazos y lanzó al interior de un contenedor. El chófer le esperaba unas manzanas más arriba y cuando le vio aproximarse se bajó del coche para abrirle la puerta.

—Al hotel —ordenó con cara de pocos amigos.

El vehículo negro y con los cristales tintados enfilaba la Diagonal bajo un sol de justicia, junto a edificaciones que contaban la historia arquitectónica de la ciudad de Barcelona. Obras insignes que partían del modernismo como la Casa Comalat hasta una arquitectura contemporánea, un proyecto que buscaba mejorar la imagen de la ciudad de cara a los juegos olímpicos.

Al girar hacia el paseo marítimo, el aroma del mar inundó el coche a través de una rendija que había dejado abierta en la ventanilla. Finalmente, el coche se detuvo frente al Hotel Arts, una torre de cristal y acero que simbolizaba el espíritu de innovación. Una muestra más de la transformación urbana, para presentar al mundo la esencia de una ciudad como un icono de arte y modernidad.

Sin embargo, los pensamientos de Sebastián se centraban en otras cosas lejanas a las olimpiadas que estaban a punto de iniciarse. Era la tercera clínica a la que había acudido en secreto el último año. Todas habían confirmado el mismo diagnóstico. Uno que Sebastián no se había planteado que pudiera existir ni en la peor de sus pesadillas. En el fondo, estaba convencido de que los médicos no tenían ni idea. Todas aquellas pruebas a las que se había sometido no valían para nada. La culpa de no haber engendrado un hijo en su matrimonio era tan solo de Victoria. Esa mujer carecía del instinto maternal necesario y Dios la había dejado al margen, a modo de castigo, de la misión principal de las mujeres en este mundo.

Durante la cena en la última planta del hotel se veía por un lado un cielo repleto de estrellas que titilaban a la noche y del otro la energía de una metrópoli que nunca dormía. Sebastián, pidió una botella del mejor champagne. A lo largo de la velada, se preocupó de que Victoria bebiera más de lo que acostumbraba. Con los postres, se dejaron asesorar por el maître con un par de copas de un afamado vino dulce francés. Una delicia a la que su esposa no se pudo resistir y que repitieron.

Victoria no entendía que le ocurría a su marido. Cada día más distante, se desahogaba cada noche en casa, con unos gritos que no venían a cuento, sin motivo aparente. Le había prometido un fin de semana especial, uno para reencontrarse, con motivo de las olimpiadas. Aquella noche, sin embargo, apenas hablaba. Nada había cambiado. Ella sentía un ligero cosquilleo que le recorría el cuerpo, fruto del alcohol. Cuando llegaron a la habitación, se desvistieron en silencio y se acostaron en el lado que cada uno acostumbraba, espalda contra espalda, sin tan siquiera intercambiar unas palabras.

A mitad de la noche, su marido la giró. Ella había estado llorando en silencio. Él le secó con su dedo una lágrima que corría por la mejilla. Luego la abrazó, aspiró el aroma de su pelo y se mantuvieron callados, sin moverse, recibiendo el uno el latido del otro. Él cogió su barbilla y la besó en los labios. Ella se estremeció al sentir una boca distinta, una calidez diferente, una humedad desconocida. Hicieron el amor como dos desconocidos, arrastrados por una pasión desenfrenada, potenciada por hallarse en un hotel, lejos de lo cotidiano. Envuelta en el fragor del deseo, Aurora se entregó en cuerpo y alma a un desconocido Sebastián, tan tierno, tan impetuoso, tan sorprendentemente ardiente que por primera vez la hizo tocar el cielo, en un estallido de placer. Por un instante Aurora pensó que era como si se hubiera borrado su vida anterior y fuera la primera vez que se acostaban juntos.

Los minutos que Sebastián se mantuvo al otro lado de la puerta del cuarto de baño sintió que el dolor le iba a consumir. A cada gemido, cada sonido de placer de su esposa estuvo tentado de salir para arrancar a Maximiliano a golpes de los brazos de Victoria. De pisarle la cabeza y meterse en la cama con ella. Debía ser fuerte. Dios le daría las fuerzas necesarias para superarlo. Permaneció en silencio, arrodillado junto al váter, las manos sobre los ojos, con la rabia consumiendo cada rincón de su cuerpo, los gemidos carcomiendo su interior, hasta que el silencio reinó de nuevo en la habitación.

—Hija, juntos cambiaremos el mundo —repitió Maximiliano.

Aurora adquirió un aspecto malvado.

—Jamás te daré la solución a los motores que tanto buscó Ram y por la que lo asesinaste. ¡Jamás!

—Hija, déjame que te cuente lo que de verdad ocurrió —suplicó su tío—. Después, tú decides.

Cuando Maximiliano se inclinó hacia adelante para acariciar la cara de Aurora, con las manos aún atadas a la espalda, ella se levantó de un salto del sofá y le mordió la nariz con furia. El grito de dolor de Maximiliano resonó en la habitación, su rostro ahora bañado en sangre. La puerta se abrió violentamente. Uno de los dos hombres que vigilaban al otro lado irrumpió, pistola en mano y disparó. Aurora ya se había echado dos pasos a un lado, de modo que la bala atravesó el aire y fue a destrozar un bote de cristal. Ella se adelantó un metro y le lanzó una patada con la prótesis metálica a la entrepierna. Sonó como si algo se hubiera roto. El hombre aulló de dolor y cayó al suelo, la pistola junto a él.

El segundo guardia apareció por detrás con los ojos muy abiertos. Echó mano a la cartuchera, pero antes de que hubiera podido sacar el arma con unas manos temblorosas, Aurora encadenó un par de *mawashi geri* sobre el rostro que remató con una patada circular que mandó al hombre directo al suelo. Sabía que al menos quedaba Zolkov afuera. Al que más ganas tenía. Ahora debía salir de aquel escondrijo lo más rápido posible. Los gritos de Maximiliano provocaron que se detuviera.

—Hija —gritó él—, no te vayas.

Iba a escapar cuando por el rabillo del ojo vio a Zolkov levantar el brazo unos metros por detrás.

«El cabrón ha levantado la Smith & Wesson»

El descubrimiento impactó de golpe en su cabeza. Escuchó un fogonazo que retumbó con un eco multiplicado por las paredes de la roca y se echó a un lado. La bala le rozó en la parte exterior del hombro y le hizo perder el equilibrio. Sintió como el proyectil la había atravesado la carne. La zona le ardía.

Se iba a incorporar cuando la segunda y la tercera bala le alcanzaron de lleno la espalda, a la altura de los omoplatos. Se quedó sin aire. Aurora cayó contra el suelo, la cara sobre la tierra de aquel pasadizo. Un hilo de sangre roja bajaba por el brazo, acumulándose bajo su rostro en un charco espeso granate con un asqueroso olor metálico. Lo último que escuchó fueron las palabras de Zolkov. «Ha estado a punto de escapar». La maldita hiena se había salido con la suya. Si pudiera levantarse le daría su merecido. Con las palabras del ruso resonando en su cabeza todo empezó a tornarse negro, hasta que perdió la conciencia.

31

Leonor Guerrero se encontraba en caída libre hacia un abismo oscuro, arrastrada por espirales al interior de un torbellino que la engullía de forma inexorable. En medio de su descenso, una voz familiar la sacó de su trance; era su hijo, Marcos, quien, desde arriba, con las manos extendidas hacia ella y bañado en una luz blanca intensa, la imploraba que no lo dejara.

En un instante mágico, la caída se detuvo, y ella quedó suspendida en el aire, mirando hacia la figura de su hijo. Él extendía las manos hacia ella, con una luz blanca muy luminosa tras él. En ese momento de quietud, un aroma a etanol invadió sus sentidos, y la sensación de tener la boca impregnada de alcohol la sacudió, como si emergiera de un sueño profundo.

¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido? ¿Otra pesadilla?

Intentó tragar, pero su lengua se sentía adormecida. Quiso abrir los ojos, pero le resultó imposible. A lo lejos, oyó el sonido de máquinas y un murmullo de voces. Parecía que una en concreto buscaba dirigirse a ella, aunque no era capaz de discernir las palabras. Al poco, la percibió clara y nítida.

—Creo que se está despertando.

Notó que alguien le tocaba la frente.

—Inspectora Guerrero, ¿puede abrir los ojos?

Aurora sentía los párpados pesados. Hizo un esfuerzo y consiguió abrir dos finas ranuras. Al principio solo vio unos puntos de luz que daban vueltas hasta que acabaron por materializarse en una figura. Intentó enfocar, pero aquella silueta no hacía más que moverse. Era la misma sensación como si se acabara de despertar con una resaca de primera. La cama se movía en círculos.

—Señora, ¿puede volver a abrir los ojos?

La segunda vez le costó algo menos. Vio una silueta extraña con un gran foco circular sobre su cabeza. Llevaba un gorro verde de papel en la cabeza y una mascarilla en la boca. Unos ojos intensamente azules la miraban con atención.

—Hola, me llamo Andrés Quiles, soy médico del hospital La Fe de Valencia. Tuvo una caída y se está despertando de una operación. ¿Sabe cómo se llama?

—Leonor —dijo con mucha dificultad—. Leonor Guerrero.

—De acuerdo, ahora me va a hacer el favor de contar hasta diez.

—Uno, dos, tres, —tuvo que parar para tragar saliva. Con mucho esfuerzo continuó—… nueve y diez.

—Estupendo inspectora. Ahora si puede, levante su brazo

derecho.

Al principio, los músculos no respondieron. Poco a poco, consiguió mover los dedos. Se concentró y finalmente levantó el antebrazo. Ese simple movimiento le supuso tal esfuerzo que cerró los ojos, exhausta. Luego, se quedó medio adormilada.

El doctor Quiles observó satisfecho las respuestas de la paciente. Había articulado su nombre, había contado hasta diez, aunque con dificultad, e incluso había conseguido mover el brazo que no había sufrido ninguna lesión. Eso significaba que sus facultades cognitivas seguían intactas y que la operación, junto con la posterior reanimación cardiopulmonar, habían sido todo un éxito. Con su experiencia, era consciente de que no debía echar las campanas al vuelo. Sería necesario esperar otras cuarenta y ocho horas para confirmar el buen pronóstico, pero todos los indicios apuntaban en la dirección correcta.

Con un gesto sonriente, apuntó la hora en la que la paciente se despertó. Ordenó al personal de cuidados intensivos que tuvieran un control especial sobre el electrocardiograma y que le suministraran morfina cada hora. Una extraña sensación de euforia lo invadió cuando salió de la sala de la UCI. Había merecido la pena prolongar la guardia un par de horas. Momentos como aquel le recordaban porque había decidido convertirse en médico.

Leonor volvió a despertarse al cabo de un rato. Abrió lentamente los ojos, enfrentándose a un haz de luz que descendía del techo. Comprobó que de sus brazos y del cuerpo salían cables conectados a una máquina. Tenía un impreciso dolor de cabeza y, al intentar mover el brazo izquierdo, experimentó un intenso latigazo en el hombro. Se sentía extremadamente agotada, como si se hubiera sometido a un esfuerzo físico extenuante.

Al principio, concentrarse le resultó arduo. Volvieron a ella los recuerdos de unos ojos azules informándole de su caída y operación reciente. Luego, imágenes dispersas asaltaron su mente. Durante unos segundos fue presa del pánico, cuando a su mente acudieron fragmentos de recuerdos en los que se veía escapando de aquel hombre con máscara de caballo que quiso acabar con su vida, pistola en mano. Un carrusel de imágenes a cámara rápida. La caída al vacío en los Jardines del Turia y el joven que llegó para socorrerla. Apretó con fuerza los dientes y se concentró en la respiración. Había sobrevivido.

De pronto, su hijo Marcos ocupó sus pensamientos. Lo vio claro. Él la había salvado. Él le había proporcionado las fuerzas necesarias para permanecer en el mundo de los vivos. En ese instante, los acontecimientos del puente se le antojaron lejanos, como un sueño y

se concentró en el presente.

El médico de los ojos azules ya se lo había explicado, aunque ella sabía que estaba malherida sin necesidad de que nadie se lo dijera. Consiguió levantar la mano derecha y se palpó la cabeza dónde un dolor como un taladro no la dejaba concentrarse con normalidad. Estaba llena de vendas. Entonces vio como una mujer de uniforme blanco se acercaba y se inclinaba sobre ella.

—Hola, soy la doctora Verónica Ortuño, ¿entiendes lo que te digo?

Leonor asintió.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Podría beber agua?

Carolina se la dio con ayuda de una pajita.

—¿Sabes dónde estás?

—¿Hospital?

—Estás en La Fe. Te han operado y estás en la UCI.

—¿Estoy muy mal?

La mujer le cogió la mano.

—Tu pronóstico es bueno, te recuperaras pronto.

—¿Sabe dónde está Marcos?

—¿Quién?

—Mi hijo.

La mujer le volvió a apretar la mano.

—El chico ha estado sentado afuera en un banco desde que ingresaste. No ha querido moverse ni un segundo, por si acaso había novedades. Dudo que haya ido siquiera al baño —dijo con una sonrisa —. Ya se ha hecho famoso entre el personal de la unidad. Marcos no deja de preguntar por ti a cada persona que cruza por la puerta de la UCI. Voy a dejarlo entrar, es evidente lo unidos que estáis.

«Marquitos la quería más de lo que pretendía aparentar»

Leonor notó que se le nublaba la vista. Quiso tragar saliva, pero un nudo le cerraba la garganta. Intentaba contener el lloro hasta que empezó a derramar lágrimas sin parar, los ojos cerrados, con el calor humano que le proporcionaba la mano de la doctora, ansiosa de poder abrazar por fin a su hijo.

Y entonces, como si su deseo lo hubiera materializado, la puerta se abrió suavemente. Allí estaba Marcos, vacilante en el umbral, los ojos grandes y llenos de preocupación. Cuando sus miradas se encontraron, el chico corrió hacia la cama, sin importarle las reglas o las miradas de quienes estaban en la sala.

—Mamá —dijo, con la voz temblorosa, tratando de ser fuerte—. Mamá, siento mucho lo del móvil, me lo robaron.

Leonor consiguió levantar el brazo y Marcos la abrazó con delicadeza, sin poder contener las lágrimas.

32

Dmitri Ivanovich Zolkov bajó el arma entre temblores mientras la adrenalina le fluía todavía por todo el cuerpo. Los oídos le pitaban y aquel pasadizo oscuro apestaba a pólvora. Miró la pistola. No daba crédito que aquella chica, con las manos atadas a la espalda, hubiera dejado inutilizados a tres hombres, dos de ellos armados.

—La puta ha estado a punto de volver a escapar —repitió en voz alta.

Maximiliano Delacroix se palpó la cara. La tenía ensangrentada por el mordisco de Aurora. La herida alrededor de la nariz le quemaba y el roce de sus dedos sobre la herida le hizo gemir de dolor. El ruso le tendió un pañuelo para que se limpiara. Con el corazón encogido, Maximiliano miró el cuerpo de Aurora.

Estaba tumbada de espaldas sobre la tierra, con la cara junto a un charco de sangre espesa. Parecía una muñeca de trapo. Tan sólo unos segundos atrás por fin él le había confesado la verdad, que era su auténtico padre. Ahora, ella estaba muerta. Todo se había ido a la mierda a la velocidad de la luz.

—No hemos conseguido la fórmula —dijo finalmente, armándose de valor mientras se limpiaba la cara.

—Tendremos problemas —aseguró el ruso—. Si aprecias tu vida, no deberías tardar en encontrar la solución.

Maximiliano sabía que le quedaban pocas cartas que jugar frente a las mafias del Este. Estos habían invertido millones en su empresa, a cambio de una tecnología prometedora que revolucionaría los viajes espaciales. Sin embargo, con la ausencia de Aurora, el núcleo de ese avance se desvanecía; el secreto de la innovación se había perdido con ella. Ahora, las complicaciones se multiplicaban para él.

—Llevadla a la sala de despiece y deshaceros del cuerpo—ordenó Zolkov.

—Creo que me ha roto la nariz —dijo el que había recibido la patada circular.

—Idiotas, os dije que no os confiarais, esa chica era mucho más peligrosa de lo que aparentaba.

El hombre agarró a Aurora por el cuello de la sudadera y la arrastró por el suelo a través de la galería. Una vez en el sótano, se la cargó a los hombros y emprendió el camino hasta la edificación auxiliar.

Maximiliano siguió en silencio al hombre por el camino de piedras hasta que soltó el cuerpo de la joven sobre la mesa metálica con canaleta, rodeada de juegos de cuchillos y demás utensilios

colgados en las paredes. El ruso cogió uno que tenía una hoja larga y ancha y empezó a afilarlo. En la cámara, decenas de lomos de vaca seguían su proceso de maduración. Maximiliano, paralizado, tuvo una arcada al pensar en lo que harían con quien, en definitiva, era su verdadera hija. La única descendiente de la familia Delacroix. Pero era tarde para cambiar lo ocurrido.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Maximiliano.

—¿Tú qué crees? —respondió el otro mientras deslizaba la hoja por la piedra.

Aquel suave chirrido se le clavó en los oídos.

—Me voy afuera —dijo él.

Sacó el paquete de tabaco y prendió un cigarrillo con la mirada y los pensamientos perdidos sobre el Peñón de Ifach.

Aurora Delacroix oyó en la distancia un zigzagueo metálico, agudo y constante, que se repetía con un patrón armónico. Poco a poco fue recobrando la conciencia. Había perdido la noción del tiempo, sin embargo, un latigazo de dolor en el hombro la hizo ser consciente de que la habían disparado. Si no hubiera sido por el chaleco antibalas que se había ajustado bajo la sudadera, ahora no estaría con vida. La lista de sucesos de los últimos minutos desfiló por su cabeza como en una película. Las palabras de Maximiliano diciendo que era su padre, aún resonaban con incredulidad en su cerebro.

Entreabrió un ojo y reconoció la sala dónde la tuvieron encerrada la primera noche. El tipo que ella acababa de mandar al suelo de una patada en el rostro afilaba con meticulosidad un cuchillo de grandes dimensiones. Ese maldito chirrido. No había nadie más alrededor. Aurora no podía mover ni un solo músculo sin que las oleadas de dolor le recorriesen el hombro. Respiraba con dificultad. Aunque el chaleco había hecho su trabajo, tenía la impresión de que los impactos de los proyectiles en la espalda la habían dañado alguna costilla.

No hacía falta ser muy astuta para prever lo que se avecinaba. Delacroix sabía que debía liberarse de la brida y neutralizar aquel hombre. Con un esfuerzo silencioso, se arrastró hasta la pared donde un serrucho colgaba. El ruso seguía concentrado con el cuchillo. A pesar del dolor que paralizaba su cuerpo, Delacroix logró coordinar sus brazos, moviéndolos arriba y abajo contra el filo del serrucho. *Click*. Tenía las manos libres pero el mundo se tambaleaba a sus pies. Un vértigo inmediato la embargó justo cuando el ruso, alertado por algún sexto sentido, se giró hacia ella.

A Maksim le habían dejado bien claro que debía andarse con mucho ojo con la joven Delacroix. Nada de confiarse. La primera vez que la encerraron, ella sola había escapado de Zolkov e Ivan. Hacía

unos pocos minutos había visto como la disparaban en tres ocasiones. Había caído muerta contra el suelo, junto a un charco de sangre. El calibre 44 de la pistola de su jefe podía acabar con un elefante. Él mismo la había arrastrado hasta la sala de despiece como un saco de patatas. Por lo tanto, la criatura que ahora se encontraba ante él era un ser que había vuelto del más allá, no se trataba de un humano.

La sorpresa se pintó en el rostro del ruso, brindándole a Aurora el tiempo justo para tomar uno de los ganchos pequeños pero robustos de la pared. No tenía fuerzas para levantarlo por encima de su cabeza de modo que se lo lanzó con un trazado lateral. El hombre lo esquivó con destreza. Avanzó hacia ella con los ojos muy abiertos y pasos inseguros, el cuchillo por delante. Aurora le arrojó de nuevo otro gancho de metal. Esta vez la improvisada arma le dio de lleno en la cara. Se escuchó un 'clank' metálico, seguido de un gruñido sordo del ruso, quien, cegado por el dolor y la ira, se lanzó en una embestida furiosa contra ella.

Aurora esquivó el primer ataque, pero no anticipó la patada que la derribó, dejándola de rodillas y desorientada. El mundo giraba a su alrededor mientras luchaba por mantenerse consciente. Luchó por levantarse, pero las piernas le flaquearon. Había perdido las fuerzas. El hombre aprovechó para propinarle una segunda patada brutal en el estómago que provocó que se doblara por el dolor.

No había escapatoria. Sin fuerzas y sin opciones, Aurora se vio atrapada en la cruel aceptación de su destino. Con una mezcla de resignación y desafío, levantó la cabeza, encarando al ruso con una mirada que mezclaba la derrota con un atisbo de desafío, preparada para enfrentar el golpe final. «Vamos, estoy lista».

Justo cuando el hombre levantó el cuchillo, Aurora vio por detrás el destello de una hoja metálica que impactaba sobre la parte derecha del trapecio del ruso. La penetración silenciosa y fulminante hizo que el hombre soltara su arma, llevándose la mano al hombro herido, mientras emitía un gruñido ahogado por el dolor. Un segundo golpe, rápido y certero a la altura del cuello provocó que se desplomara justo a su lado.

El caído quedó inerte, los ojos abiertos, la boca torcida. La carótida, seccionada, empezó a expulsar sangre en pulsos rítmicos, tiñendo la escena de un rojo intenso. Maximiliano lo observaba con el gesto desencajado, perplejo por lo que acababa de hacer. Se miró la mano en la que todavía empuñaba el cuchillo que goteaba sangre fresca y lo soltó como si le hubiera ocasionado un calambre. No dejaba de mirarse la mano abierta, ensangrentada, temblorosa.

De pronto, a Aurora la invadió un cansancio paralizante. No sabía si estaba a punto de desmayarse o dormirse y se tumbó poco a

poco. Comprobó como Maximiliano se agachaba para ayudarla. El hombre alargó la mano y le empezó a quitar el último utensilio que ella había agarrado para usar como arma arrojadiza. Aurora dio un último apretón. Se miraron durante unos segundos eternos. Su mirada empezaba a desenfocarse, hasta que, sin fuerzas, aflojó los dedos.

—Tú no eres mi padre —murmuró ella antes de cerrar los ojos.

33

A pesar del escaso margen de tiempo, la unidad de intervención de la Policía Nacional se dirigía toda velocidad hacia Calpe, siguiendo instrucciones detalladas. En uno de los furgones, al equipo le acompañaba el inspector De La Cruz, cuya presencia imponía respeto y determinación. La alarma había sido disparada por una llamada del enigmático propietario del chalé en Calpe, cuya veracidad, tras ser minuciosamente contrastada, parecía indiscutible: la vida de Aurora Delacroix estaba en juego, y no había momento que perder. Al aproximarse a la dirección facilitada, las sirenas se silenciaron, y los vehículos se estacionaron a una distancia segura.

Los primeros en descender fueron un par de agentes. El más joven de ellos, extrajo de una caja de plástico un dron y su correspondiente unidad de control con pantalla LCD.

—Rápido, sobrevuela la zona —le instó el otro.

Con un suave y constante zumbido, las hélices del cuadricóptero cobraron vida, y el aparato ascendió, evocando el ronroneo insistente de un insecto grande. Al alcanzar la altura deseada, el dron se adentró sigilosamente en el recinto. Mientras tanto, otra pareja de agentes, equipados con material de visión y rifles de precisión, avanzaba hacia la cima de una colina cercana, preparándose para ofrecer apoyo desde una posición elevada.

El dron comenzaba a transmitir las primeras imágenes del interior: un par de vehículos estacionados en el área de aparcamiento, pero sin señales evidentes de actividad. Suavemente, el aparato ajustó su curso hacia el edificio principal del restaurante, donde todo parecía sumido en una calma sospechosa. De manera inesperada, un hombre de traje negro y cabello rubio emergió apresuradamente por la puerta principal. Su andar denotaba urgencia.

En ese momento, Zolkov, que iba a consultar con Maximiliano los próximos pasos a seguir, se detuvo, alertado por un sonido lejano. Un zumbido, similar al de un insecto grande, resonaba por encima de él. Al alzar la mirada, descubrió, a unos veinte metros sobre su posición, un objeto estático en el aire. ¡Era un dron! Acto seguido, se precipitó hacia el coche.

—Un hombre intenta huir en un deportivo rojo —informó el policía a través de la radio.

Dos agentes se desplazaron con rapidez para cubrir la salida, mientras el conductor de la furgoneta maniobraba para obstruir cualquier posible escape. Al otro lado de la valla, un motor de muchos

caballos rugió poderoso. La puerta se abrió de golpe y el deportivo, con Zolkov al volante, realizó un giro audaz para después acelerar por el camino de tierra, levantando a su paso una estela de polvo y piedras.

El inspector, tras informar por radio a la Guardia Civil sobre las especificaciones del vehículo, dio luz verde a la unidad de intervención para proceder. El sol caía tras la montaña cuando penetraron el perímetro del recinto. Dos corpulentos agentes con escudos tácticos abrían la línea compuesta por cinco hombres provistos de chalecos antibalas, cascos con radio y armas de refuerzo. En un abrir y cerrar de ojos, se dividieron en dos grupos.

El primer equipo, compuesto por tres agentes, accedió al restaurante. Inspeccionaron la desierta zona de salones sin encontrar a nadie. De repente, uno de ellos percibió un ruido proveniente del sótano. Descendieron las escaleras, liderados por el agente que portaba el escudo antibalas. Atravesaron una bodega repleta de botellas hasta toparse con una puerta reforzada con doble cerradura de seguridad.

El especialista en irrupción, armado con un ariete de acero de 22 kilogramos capaz de ejercer una fuerza de 11,8 toneladas, la derribó con dos impactos precisos. Más allá, descubrieron un pasillo excavado en la tierra. Se disponían a abordar otra puerta cuando un hombre apareció y abrió fuego contra ellos. Las balas rebotaron en el escudo del agente líder y el atacante fue neutralizado con un par de disparos certeros a las piernas por parte del segundo policía en la formación. Tras inmovilizarlo, solicitaron de inmediato una ambulancia. Continuaron inspeccionando con meticulosidad todas las estancias de las tres plantas del edificio. Finalmente, confirmaron que el lugar estaba completamente asegurado.

La cabo Marina Palomares de la Guardia Civil recibió el aviso cuando estaba a punto de terminar su turno. Por la radio habían dado parte de una persecución de un deportivo rojo relacionado con el caso Delacroix. El coche circulaba por la carretera nacional 332 en sentido a Altea. Dos unidades iban tras el sospechoso.

La guardia civil era de la población cercana de Gata de Gorgos y se conocía las carreteras y la zona como la palma de su mano. Activó la sirena y se dirigió al puente del barranco del Mascarat, un desfiladero estrecho con paredes verticales de más cien metros de altura que se abría entre Calpe y Altea entre dos túneles. Se trataba de un obstáculo natural difícil de sortear pero que Palomares conocía centímetro a centímetro. Al pasar el primero de los túneles, ocultó el vehículo al abrigo de la montaña, sobre el puente. Por la radio confirmó que el deportivo que perseguían estaba a menos de cinco

minutos.

Palomares apretó con fuerza el volante. Sus dedos empezaron a golpearlo. Pudo escuchar en la distancia el ulular de las sirenas. Cuando el deportivo entró en el primero de los túneles, el sonido retumbó por la estructura con un eco infinito que se multiplicaba rebotando por las paredes. El rugido del deportivo se acercaba, y con él, el sonido de las sirenas. Palomares esperó, calculando el momento perfecto. «Ahora» La guardia civil tomó aire, soltó el pedal del freno y se detuvo en medio de la calzada. Su corazón latía con fuerza, pero su determinación era férrea.

Zolkov, sorprendido por la aparición repentina de otro obstáculo, frenó bruscamente. Las ruedas del deportivo chirriaron contra el asfalto, con el ruso luchando por mantener el control. Palomares, firme y decidida, no se movió. Sus ojos se encontraron con los de Zolkov a través del parabrisas, en un momento que pareció eterno.

En una fracción de segundo, Zolkov tomó una decisión. Giró el volante bruscamente, intentando esquivar el coche de la Guardia Civil. Pero la maniobra fue demasiado abrupta y el deportivo perdió tracción sobre el asfalto. Palomares comprobó como el coche se desplazaba en diagonal, sin control. Atravesó el túnel a escasos centímetros de su todoterreno y nada más salir impactó bruscamente contra la valla lateral, dando una vuelta de campana. En un instante el vehículo salió despedido hacia afuera, una caída vertical de más de cuarenta metros sobre un cauce seco repleto de rocas. El sonido de la posterior explosión anulaba cualquier posibilidad de que el conductor del vehículo pudiera quedar con vida tras el accidente.

34

A las doce del mediodía del día siguiente, el juez César Pizarro dejó los papeles sobre la mesa. Se levantó y se preparó un café largo con una nube de leche de soja. Luego volvió a su escritorio. Había leído dos veces los informes y de alguna manera las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Los sucesos del día anterior eran un auténtico caos, con numerosos cabos sueltos, pero las declaraciones de los implicados y las pruebas aportadas por la policía por fin arrojaban algo de luz sobre el asunto. Le dio un sorbo a la taza, suspiró y se recostó sobre el sillón. Debería cancelar el fin de semana romántico que le había prometido a su esposa.

Repasó mentalmente lo leído para hacerse una composición de lo que había ocurrido. Se trataba al parecer de un complot para conseguir una tecnología que revolucionaría los viajes espaciales. Los temas tecnológicos nunca habían sido uno de sus puntos fuertes. De hecho, odiaba la nueva aplicación implantada por los servicios informáticos del ministerio de Justica dónde se debía tramitar la documentación de los casos en formato digital, con un complejo sistemas de accesos y aprobaciones. A Pizarro leer los documentos en pantalla le resultaba imposible. De modo que se había saltado las nuevas reglas a la torera e imprimía todas las hojas para gestionar el expediente en papel.

A pesar de su reconocido analfabetismo tecnológico, era obvio comprender que dotar a las futuras naves espaciales con unos motores revolucionarios era un codiciado botín para muchos gobiernos extranjeros, empresas y organizaciones criminales. Si además se añadían al sumario las, al menos, tres muertes directas, dos por asesinato, otra por un accidente en la carretera, junto con la larga lista de personas ingresadas con heridas de diversa consideración, entre las que se encontraba una inspectora de policía y la propia Aurora Delacroix, se dibujaba una escena, como poco, compleja. El juez se llevó las dos manos a la cabeza antes colocarse las gafas de cerca y de leer por tercera vez toda la documentación con detalle.

La confesión de Maximiliano Delacroix confirmaba que la sociedad SpaceVal estaba vinculada a un entramado empresarial de blanqueo de capitales con orígenes en Rusia. El empresario valenciano había reconocido tener una deuda con la mafia rusa que pensaba saldar con la concesión de la nueva tecnología cuyo valor en el mercado no tenía precio. Un acuerdo que le convertiría en uno de los hombres más ricos del país.

Sin embargo, las cosas se torcieron cuando el ingeniero que

llevaba a cabo el desarrollo de los motores y que tenía una aventura con la joven Aurora, decidió pedir más dinero por la tecnología. Su actitud precipitó toda una serie de sucesos, poco aclarados, que comenzaron con su propia muerte a manos de la mafia. Maximiliano aseguró que jamás quiso poner en peligro la vida de su sobrina, pero las cosas se complicaron a una velocidad de vértigo. Según sus propias palabras, como una gran bola de nieve que va cogiendo tamaño por la ladera de la montaña y ya no se puede detener hasta que impacta con fuerza al llegar al valle, arrasando lo que encuentra por medio.

Por otro lado, se confirmaba que los dos moteros hospitalizados trabajaban para la supuesta organización criminal propietaria de unos restaurantes y locales de ocio en la zona de la Marina Alta. Aquellos hombres habían acudido hasta el chalé en Calpe propiedad de Diego Ortega para ajustar cuentas con Aurora. Gracias a la ayuda del hombre, ambos consiguieron escapar. El juez no entendía como dos personas de las características de Aurora y Diego habían podido reducir a dos matones con un historial como el de aquellos, pero la vida era una caja de sorpresas a menudo difícil de descifrar.

Quedaban muchas dudas por resolver. ¿Por qué la joven no había acudido a la policía y por el contrario había decidido tomarse la justicia por su cuenta? Volvió a recordar que en esos momentos había cinco personas ingresadas en varios hospitales por el caso Delacroix. Se hubiera podido evitar tanto derramamiento de sangre. El juez se levantó y se sirvió una nueva taza de café.

Tras tres horas de duro trabajo, César Pizarro cerró la carpeta del sumario de un golpe. Todavía se encontraba en fase inicial y sería completado con varios cientos de páginas más antes de que llegara la hora del juicio. Pero ya en ese momento, se veía obligado a tomar una serie de decisiones con respecto a determinadas cuestiones.

A las trece horas el inspector De la Cruz se presentó en su despacho. Su llegada a Valencia desde Madrid para reemplazar a la inspectora al cargo del caso había coincidido con la resolución de este. Leonor Guerrero se recuperaba de la operación en el hospital. El juez había trabajado varias veces con ella y era de su total confianza. Consideró una auténtica pena que la mujer no pudiera asistir a la reunión. Al inspector le acompañaba el subinspector Ramírez, otro viejo conocido.

—Tenemos pruebas suficientes para dictar auto de procesamiento contra Maximiliano Delacroix por haber consentido y participado en el asesinato de Ram Gopal y posterior secuestro de Aurora Delacroix —dijo el juez—. También dictaré prisión preventiva para Ivan Petrovich Kuznetsov y Mikhail Sergeyevich Volkov, ambos dos identificados como miembros de organización criminal, cuyo

cabecilla falleció en el accidente de coche y que intentaron acabar con la vida de la joven Delacroix.

Los policías asintieron, era la información que estaban esperando.

—¿Qué hacemos con Aurora? —preguntó el inspector De la Cruz.

César Pizarro dio un largo sorbo a la taza, hasta acabarla. Estuvo tentado de levantarse a por otro café, pero recordaba las palabras del médico respecto a la última revisión y la presión arterial y se quedó con las ganas.

—Es una chica con un currículum impresionante que sin embargo padece una curiosa aversión al sistema judicial de nuestro país —el juez empezó a tamborilear con los dedos en la mesa—. Voy a dictar libertad bajo fianza hasta que se celebre el juicio. Espero que para entonces podamos entender las verdaderas motivaciones para que actuara como lo hizo.

—¿Y para Diego Ortega?

—Un caso todavía más curioso el de este señor. Todo indica que le movió la compasión. Unas ganas loables de ayudar al prójimo, incluso poniendo en peligro su propia vida. También dictaré libertad bajo fianza.

—No parece que ninguno de los dos vaya a tener problemas económicos para conseguir la fianza. ¿No hay riesgo de que escapen?

—Les quitaremos el pasaporte. Las fianzas serán elevadas y deberán personarse una vez por semana en el juzgado. No veo indicios de que vayan a escapar —el juez se pasó la mano por el mentón—. Eso sí, nos quedan unos cuantos cabos sueltos por cerrar hasta la celebración del juicio.

La conversación se alargó unos pocos minutos más. El juez felicitó a los policías por el trabajo y les recordó que era de vital importancia mantener el sumario en secreto hasta el veredicto. Cuando los dos hombres abandonaron el despacho, César cogió el teléfono y marcó el número de su esposa para informarla de que cancelaba el viaje previsto para ese fin de semana.

35

Unos días más tarde

Aurora Delacroix estaba tendida boca abajo haciendo unos fondos en el suelo de su habitación del hospital cuando la enfermera abrió la puerta.

—Mmmm, no tengo claro que sea lo que más te conviene —dijo la mujer, manifestando sus dudas sobre la idea de tumbarse en el suelo para realizar esos ejercicios. Aunque aceptó que era el único lugar que tenía para hacerlo.

Aurora llevaba más de cuarenta y cinco minutos intentando hacer abdominales, sentadillas y flexiones, fruto de su hábito de machacar su cuerpo en el gimnasio durante los extenuantes entrenos en artes marciales. Estaba completamente empapada en sudor. Se había diseñado ella misma una tabla para reforzar la musculatura de los hombros tras la herida de bala. Por fortuna, el proyectil había seguido una trayectoria limpia, sin dañar ningún músculo ni tendón clave. Sin embargo, se cansaba enseguida y el hombro le dolía al menor esfuerzo. Pero sabía que la única manera de recuperarse pronto pasaba por sufrir aquellas sesiones autoimpuestas.

No podía evitar recordar a Daniel Serrano, su entrenador, con cierta melancolía. Tantos años transcurridos desde que sus vidas se cruzaron cuando se había presentado en el gimnasio para boxear, recién llegada de Inglaterra. Serrano era de las pocas personas con las que se había encariñado.

Ella consideraba que se encontraba más que de sobra en condiciones como para marcharse del hospital, pero los médicos no le habían dado el alta y se encontraba vigilada por un guardia de seguridad las veinticuatro horas del día. Así que de momento seguía en aquella habitación del hospital de La Fe, algo apartada del resto de pacientes, con demasiado tiempo libre y su cabeza sin parar de procesar datos.

En cualquier caso, su estancia era cuestión de unos pocos días más. Tras el caos ocasionado en aquel restaurante de Calpe, las cosas se habían aclarado. Y aunque el fiscal la visitaba con más frecuencia de la deseada, a nadie le quedaba ya duda que ella no había sido la culpable del asesinato de Ram y que el origen de aquella sucesión de crímenes estaba en un entramado criminal asentado en el levante español.

Cuando recuperó el aliento, se incorporó y usó una de las toallas del cuarto de baño para secarse el sudor. Luego se sentó en el borde

de la cama mirando por la ventana. Había recibido varias visitas de la inspectora de policía al cargo de su caso, Leonor Guerrero. La habían tenido que operar en la cabeza por una caída tras intentar acabar con su vida. Había algo en aquella mujer que la irritaba, sin embargo, era por su culpa por la que había estado a punto de perder la vida. Si añadíamos lo que ella le había contado sobre la relación con su hijo, algo empezó a cambiar en su interior. Entendía que desde un punto de vista práctico y profesional la inspectora se interesara por detalles de su pasado. Era lógico y comprensible que necesitara los datos.

Pero lo que más odiaba Aurora era hablar de sus sentimientos, de su modo de vida o de actuar. Su vida era asunto suyo y de nadie más. Ella no tenía la culpa de lo que ocurrió El Día que Todo se Jodió. Tampoco de que su tío fuera un imbécil que había caído en las garras del dinero fácil, habiendo llegado hasta consentir el asesinato.

Y menos mal que no había nadie que supiera que supuestamente Maximiliano era su padre. Aquellas palabras todavía martilleaban su cabeza. A medida que los días habían pasado, algo en su interior le decía que tal vez, estuviera en lo cierto. Podría justificar en cierta manera el comportamiento de Sebastián en el hogar siendo una niña y el comportamiento violento con su madre.

Era su vida la que iba a ser puestas pata arriba en el juicio y en la que ella se vería obligada a explicarse por lo ocurrido. En esos momentos, lo que de verdad deseaba era que la dejaran en paz y poder marcharse del hospital de una vez por todas. De pronto, sus pensamientos fueron interrumpidos por el vigilante jurado que abrió la puerta e hizo pasar a la inspectora Leonor Guerrero que la visitaba con más frecuencia de lo que ella deseaba.

—Hola, ¿cómo te encuentras hoy?

—Bien.

La inspectora se acercó a ella y se sentó en la cama, a su lado. Aurora sentía como la observaba con atención.

—¿Y el tatuaje? ¿Puedo verlo entero?

Delacroix se dio cuenta de que tenía levantada la parte de arriba del pijama y su espalda había quedado al descubierto.

—Es un ave fénix muy bonita. ¿Por qué te lo hiciste?

Aurora se cubrió la zona que lo había dejado al descubierto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad.

Aurora reflexionó durante un buen rato. Luego la miró.

—Me lo hice por una razón personal de la que no quiero hablar.

Leonor meditó la respuesta.

—Claro, tienes razón. Perdona por la pregunta.

Entonces ella se levantó la tela, sin decir palabra, y le mostró la espalda. El ave estaba rodeada de llamas y se elevaba sobre sus

cenizas, en colores vivos rojos, naranjas y amarillos que capturaban la esencia del fuego y la regeneración. Una verdadera obra de arte llena de significado.

—¿Te dolió mucho? —preguntó la inspectora mientras su dedo surcaba el tatuaje.

—Hay cosas que duelen más.

—¿Sabes por qué me hice policía? —preguntó de repente.

Aurora negó con la cabeza. La inspectora Leonor Guerrero se tomó un momento antes de continuar.

—Aurora, vengo de un hogar tradicional. Mi abuelo era cazador, un hombre de la tierra que conocía el valor del trabajo duro y la importancia de proteger a los suyos. Me crie escuchando historias sobre la caza, la naturaleza, y que el único camino para conseguir nuestros objetivos es el del esfuerzo.

Se detuvo un momento, como si recogiera sus pensamientos, antes de continuar.

—Desde pequeña, vi cómo la injusticia y la desigualdad afectaban a la gente del barrio. Eran años duros dónde la heroína acabó con la vida de muchos jóvenes. Mi primo se nos fue con dieciséis años. Fue un golpe muy duro que mi tía nunca superó —los pensamientos de Leonor se transportaron al pasado—. Mi abuelo siempre decía que cada persona tiene el poder de marcar la diferencia. Así que, cuando crecí, supe que quería ser esa diferencia. Ser policía no fue solo una elección de carrera para mí; fue mi forma de luchar contra las injusticias, de proteger a aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos. Fue mi manera de llevar adelante los valores que mi abuelo me enseñó: coraje, honor, y un compromiso inquebrantable con la verdad y la justicia. Mi padre, nunca entendió mi decisión. Él insistía que ese no era un trabajo para mujeres, que debía hacerme profesora, como él.

Leonor hizo una pausa, mirando hacia la ventana.

—Y sobre el dolor... —su voz se suavizó—. Aprendes que ciertos dolores llevan consigo su propia forma de sanación. Como tu ave fénix, todos tenemos la capacidad de renacer de nuestras cenizas, transformados y fortalecidos.

Delacroix frunció el ceño y se preguntó, llena de suspicacia, si no le estaría tomando el pelo. Pero la mujer parecía completamente sincera.

—Aurora, me pregunto …

Leonor permaneció callada tanto tiempo que ella estuvo a punto de preguntarle qué quería. Pero se contuvo y esperó.

—Me pregunto si te enfadarías si te hago una pregunta personal. De mujer a mujer, no como policía. No trataré el asunto con nadie, nada de lo que me quieras contar saldrá en el juicio. Y por supuesto,

no hace falta que no me respondas si no quieres.

—¿Cuál?

—Es una pregunta muy personal.

Ella se topó con su mirada.

—¿Qué ocurrió durante aquel campamento para qué escaparas y ocurriera el accidente? Desde aquel día has huido de tu familia, del mundo, como si no existiera nadie más y quieres impartir la justicia tú misma. ¿Por qué?

Los ojos de Aurora Delacroix se apagaron ligeramente. Permaneció callada un par de minutos.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Si te soy sincera, no lo sé a ciencia cierta. Creo que intento comprender algo.

La boca de Aurora Delacroix se torció en un gesto raro.

—No hablo con la justicia porque nunca me escucharon. Al igual que las personas que se supone deben apoyarte pero que a la hora de la verdad no lo hacen. ¿Me entiendes lo que te digo?

Esta vez le tocó a Leonor esperar.

—Cursábamos estudios de primaria y yo tenía doce años. El colegio nos obligaba a realizar a final de curso una serie de ejercicios espirituales para los que contaba con la participación del Padre Caronte. Teníamos que pasar unos días en una casa rural, aisladas en plena sierra de Cuenca. Eran jornadas de descanso y reflexión, que debían servir para mejorar como personas —Aurora se detuvo y tomó aire—. Después de cenar nos reuníamos en una sala lúgubre y fría dónde el Padre Caronte nos daba una charla. Una noche el tema que abordó fueron los pecados contra el sexto mandamiento. ¿Conoces el sexto mandamiento?

Leonor Guerrero negó con la cabeza.

—No cometerás actos impuros —Delacroix no pudo evitar una risa sarcástica—. Hay que reconocer que aquel cabrón tenía dotes dramáticas, con sus palabras sobre que si moríamos en pecado entonces iríamos directas al infierno. La mayoría de las chicas estaban aterrorizadas. El último día, llegó el momento de la confesión. Como no había confesionario, el Padre realizaría la labor en su habitación, tarea que le llevaría todo el día. Cuando una buena parte del grupo había cumplido con el sacramento, al salir, una chica dijo que le había tocado los pechos. No podía dar crédito. Llegó mi turno. El Padre me hizo sentarme en sus rodillas, señalando el hueco entre las piernas. Me inmovilizó y sin mediar palabra empezó a tocarme desde el pecho hasta la cadera. El muy cerdo. Di un salto y me quedé pegada contra la pared. Venía hacia mí, con su cara de babosa, pero pude agarrar la lámpara y se la lancé con todas mis fuerzas a la cabeza. Luego alcancé la puerta y salí gritando como una posesa hasta encontrar a la Madre

Concepción. ¿Sabes lo que me respondió cuando le conté lo ocurrido?

Guerrero volvió a negar.

—Que no dijera tonterías. Que el Padre era un hombre muy cariñoso y que nos quería ayudar a que salieran nuestros pecados. Ayudarnos… —Aurora cerró los ojos, los dientes apretados—. Exploté de rabia. Me fui corriendo sin girar la cabeza ni atender a los gritos de la monja que exigía que volviera. La casa estaba a unos cientos de metros de la vía del tren. A medida que me acercaba, escuché el sonido de una locomotora. Atravesé unos árboles hasta llegar a un tramo de vía en línea recta. Me quedé esperando en el borde a que estuviera cerca. El traqueteo de la locomotora hizo que el suelo vibrara bajo mis pies. Todavía lo recuerdo como si estuviera ahí mismo. Y cuando faltaban unos pocos metros, no lo dudé. Salté —Aurora se detuvo y Leonor le apretó la mano—. Luego llegó el vacío más absoluto hasta que me desperté en la cama de un hospital. El reloj que me regalaron en la comunión, todavía lo llevo puesto —mostró la muñeca—. Se paró marcando la hora del suceso: las nueve y veintidós minutos. Una alarma suena todos los días a esa misma hora. El recuerdo del Día que Todo se Jodió —Delacroix tomó aire—. Pero eso no fue lo peor. A la mañana siguiente mi madre se presentó en la habitación. Como de costumbre, mi padre se encontraba fuera de España en viaje de negocios. Yo no me podía mover, recién operada de la pierna. Cuando le conté lo que había ocurrido me suplicó que no dijera mentiras, que la Madre la había advertido que yo tendía a inventar cosas, historias raras —los ojos de Aurora se tornaron vidriosos—. La persona que debía cuidar de mí, la que debía confiar en mi palabra, a la que yo ayudaba ante el acoso constante de mi padre cuando no era más que una niña, me abandonó en el momento que más la necesitaba. El Día que Todo se Jodió decidí que la única persona en la que podía confiar era únicamente yo. En nadie más. Tuve la certeza de que la mejor solución pasaba por alejarme de todos y de todo y de empezar desde cero en otro lugar.

Leonor Guerrero tragó saliva antes de hablar.

—Aurora, la vida nos pone pruebas. A veces, nos sentimos solos en nuestra lucha, pero entonces aparecen personas que nos muestran que no tenemos que enfrentarlo todo solos —la inspectora tomó su mano—. Quiero que confíes en mí. Yo estoy convencida de tu inocencia y así se lo haré saber al juez. Quiero que sepas que no estás sola, hay más gente de la que piensas que te apoya.

Permanecieron un rato en silencio antes de que Leonor se levantara.

—Tengo que volver, mi hijo Marcos me espera.

—Gracias por todo.

Aurora Delacroix se recostó contra la almohada, sumida en sus

pensamientos. Sopesó las palabras de la inspectora. Se preguntó por qué ella, que le costaba tanto hablar de sí misma, había compartido sus secretos más íntimos con esa mujer. Reflexionó sobre los cambios internos que había experimentado en los últimos meses: la relación con Ram, buscar guía espiritual con el Padre Mendoza respecto a su relación con su madre, pero, sobre todo, el impacto de haber conocido a Diego Ortega. Elementos suficientes para considerar que tal vez había llegado el momento de abrirse a la posibilidad de disfrutar de una nueva etapa en su vida.

Epílogo

Aurora Delacroix se despertó sobresaltada. Había estado soñando con su madre. A través de la persiana se filtraba una luz tenue. ¿Oscurecía o se hacía de día? Comprobó la hora en su reloj. Para su sorpresa, llevaba más de doce horas durmiendo. No había sido una mala idea quitar por fin la alarma que marcaba la hora del Día que Todo se Jodió. Se levantó de la cama y caminó hacia el salón dónde Diego leía un periódico. Al verla, lo dejó sobre la mesa.

—Por fin no salimos en primera plana. Ya sabes, en periodismo eres noticia hasta que llega algo nuevo. La primicia manda —sentenció con un golpe de mano sobre el ejemplar.

El juicio había acaparado los titulares de los medios de comunicación los días que se alargó su celebración. Sin embargo, desde que el jurado había dictaminado que ambos eran inocentes y la firme condena a Maximiliano Delacroix, el revuelo mediático inicial comenzaba a disiparse de forma gradual.

—Diego, debes ser la única persona en el mundo que todavía compra el periódico en papel.

—*Carallo*, un lujo que la gente hoy en día no sabe apreciar— respondió con una sonrisa—. ¿Quieres que te prepare un café? Por fin he logrado domesticar esa máquina diabólica.

Aurora sonrió. Aquel hombre con el que ahora compartía su vida le proporcionaba una serenidad inesperada. Los días juntos en la casa del agente literario de Diego, a lo largo de las interminables sesiones del juicio, habían sido los más felices que recordaba en mucho tiempo.

—A propósito de máquinas diabólicas —continuó Delacroix, su mente deambulaba de un lado a otro—. He estado pensando mucho en la nueva tecnología de motores. Quiero que sea accesible para todos, vamos a hacer algo grande con esto.

Después del café y una ducha revitalizante, apenas veinte minutos más tarde, Aurora Delacroix abandonaba el apartamento de la Ciudad de Artes y las Ciencias, en dirección norte. Inició la marcha con paso decidido. Había calculado que el trayecto le llevaría unos cuarenta minutos. El camino serpenteaba por los Jardines del Turia, el antiguo cauce del río reconvertido en un corredor verde, pulmón de la ciudad. Pronto, las estructuras modernas de acero blanco y cristal que marcaban el inicio del Museo de las Ciencias cedieron el paso a

jardines y senderos que discurrían bajo los puentes de la ciudad, entre naranjos, palmeras, fuentes y estanques resplandecientes por la luz matutina. La primavera se anunciaba con un intenso aroma a azahar, saturando el aire con su dulzura.

Por primera vez en mucho tiempo, Aurora avanzó sin que su mente se entregara a cálculos e hipótesis, dejándose llevar por el momento. Y entonces, de forma imprevista, su destino emergió a la derecha: el Real Monasterio de la Santísima Trinidad.

Salió del cauce y se detuvo ante la puerta, con sus grandes aldabas en metal. Respiró hondo en un par de ocasiones. Comprobó de nuevo el reloj. Se había adelantado cinco minutos respecto al horario previsto. El Padre Mendoza la recibió en su habitación.

—Padre, he cargado con este peso durante tantos años — comenzó ella—. El miedo, la traición, la soledad… incluso mi propia madre dudó de mí.

—Aurora, lo que llevas en tu corazón es una herida profunda — Mendoza empleaba un tono pausado—. Una que ha marcado tu vida de manera que solo tú puedes comprender plenamente. Pero recuerda, el Señor nos enseña sobre la redención y el perdón. No solo hacia los demás, sino también hacia nosotros mismos.

—¿Cómo puedo perdonar, Padre, cuando el dolor sigue tan presente? ¿Cómo puedo esperar que ella me entienda, cuando en mi momento más oscuro, sentí que me había abandonado?

—El camino hacia el perdón es posiblemente uno de los más difíciles que uno puede emprender, especialmente bajo circunstancias tan dolorosas. Pero también es el camino hacia la liberación, hacia la felicidad. Aurora, tu madre, al igual que tú, ha vivido con las consecuencias de aquellos días. La duda, el miedo, la culpa... son sombras que oscurecen el corazón. Acercarte a ella no es olvidar lo ocurrido, sino abrir una puerta hacia la comprensión y, con suerte, hacia la sanación.

—Pero… ¿Y si aún cree que lo que dije fue una mentira?

—Aurora, es posible que tu madre también haya estado esperando este momento, buscando una señal para cerrar la herida. La duda que tuvo en el pasado ha sido su propio calvario. Al ofrecerle tu perdón, le das la oportunidad de expresar su amor por ti, un amor que quizás nunca dejó de existir, a pesar de las sombras del pasado.

—Padre, ¿y si no estoy lista para lo que descubra al otro lado?

El Padre le tomó las manos y la invitó a pasar a la sala dónde la esperaba su madre. Aurora se detuvo frente a la puerta, los dedos temblorosos apenas eran capaces de sostener la manija. Tras respirar hondo, empujó con determinación.

Al entrar, Victoria estaba de pie, junto a la ventana. Al trasluz, su piel blanquecina, repleta de arrugas, le daba un aurea mística. Los

años de dolor la habían consumido. Durante unos segundos el tiempo pareció detenerse, y lo que iba a decir quedó en suspense, cargado de tanto tiempo de silencios. Sus miradas se cruzaron. Aurora vio un reflejo de su propio miedo y esperanza, un espejo de su sufrimiento en los ojos de su madre.

—Mamá —su voz era apenas un susurro—, he venido porque…

La emoción no la dejó continuar.

—Aurora, mi niña —respondió ella, la voz quebrada—. No te imaginas cuanto he esperado este momento.

Aurora se acercó y se fundieron en un abrazo, llorando la una contra la otra, en el más absoluto silencio, hasta que ya no quedó lágrima por derramar.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado con la lectura de la novela y Hermanos de Dios te haya hecho pasar un buen rato. La mejor recompensa que puede recibir un escritor es que gracias a la lectura de sus obras, los lectores se hayan podido evadir algo de los quehaceres del día a día.

Puedes hacerme llegar cualquier comentario o sugerencia a mi dirección de correo electrónico: jorgezaragoza@jorgezaragozagomez.com

O a través de mi página web, dónde podrás darte de alta para estar al tanto de novedades: www.jorgezaragozagomez.com

Si la historia, te ha enganchado, estaría encantado y muy agradecido si puedes dejar una reseña en Amazon o cuando el Kindle te lo solicite al llegar al final del libro: https://amzn.to/3UFgNJU

También te dejo el enlace a los libros que he publicado hasta el momento: https://amzn.to/3rxFZqU

Gracias por haberme dedicado tu tiempo.

Un abrazo.